Irati Elorrieta

Luces de invierno

Galaxia Gutenberg

© Falk Weiß

Irati Elorrieta

(País Vasco, 1979) reside en Berlín y es escritora en lengua vasca. Debutó con una novela compuesta de relatos, Burbuilak (Alberdania, 2008), que está traducida al castellano, Burbujas (Alberdania, 2011). Neguko argiak (Pamiela, 2018), que ahora publicamos en castellano, recibió el Premio Euskadi de Literatura 2019.

Luces de invierno nos transporta a un Berlín contemporáneo, el lugar donde convergen todos los personajes que rodean a la protagonista, Añes, una mujer vasca que dejó su pueblo para irse a París y de ahí, por avatares que irás descubriendo mientras saboreas esta novela, a Berlín. Berlín es el centro pero cada personaje tiene una historia y unas raíces que, si bien no determinan su vida, sí las marca indeleblemente. El desarraigo y los afectos encontrados que provoca –melancolía y sensación de libertad, desapego y necesidad de memoria, soledad e independencia– es uno de los hilos que teje la trama. En ese desarraigo, o en las vidas de nómadas y migrantes, caben muchas vidas: relaciones de pareja en las que el maltrato psicológico es evidente pero que se mantienen tal vez para paliar la soledad, amistades que serán para toda la vida y sobreviven a los desencuentros, amistades volubles que desaparecen con el movimiento, historias cruzadas, historias entrelazadas.

La tenue luz del invierno que nos presenta Irati Elorrieta guía a estos personajes migrantes que tienen dos formas de asirse a la realidad: a través de la memoria de quiénes han sido y de dónde vienen, de qué heridas configuran su cuerpo, y a través de los vínculos afectivos que van creando en el presente. Esta novela es una reflexión honda y emotiva, a partir de una mirada íntima que explora la cotidianeidad de la vida, sobre la amistad, la creación de lazos comunitarios, el desarraigo y el arraigo, la migración, sobre la búsqueda de afecto y de un lugar en la vida donde seguir creciendo.

(Del prólogo de Edurne Portela)

IRATI ELORRIETA

Luces de invierno

Prólogo de Edurne Portela

Galaxia Gutenberg

Título de la edición original: Neguko argiak

Traducción del euskera: Jon Gerediaga y Irati Elorrieta

Publicado por

Galaxia Gutenberg, S.L.

Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª

08037-Barcelona

info@galaxiagutenberg.com

www.galaxiagutenberg.com

Edición en formato digital: octubre de 2021

© Irati Elorrieta Aguirre, 2021

Autora representada por The Ella Sher Literary Agency

© de la traducción: Jon Gerediaga y Irati Elorrieta, 2021

© del prólogo: Edurne Portela, 2021

© Galaxia Gutenberg, S.L., 2021

Imagen de portada: © Kike de la Rubia, 2021

Conversión a formato digital: Gama, S.L.

ISBN: 978-84-18807-45-9

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, aparte de las excepciones previstas por la

ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

Índice

Prólogo de Edurne Portela

1. Marta encuentra un sitio para Añes
2. Primeros encuentros
3. Claire vive en casa de Xuan
4. Encuentro una grieta
5. Marta y Martin discutiendo
6. El zorro
7. Xuan quiere ayudar a Añes a poner unas baldas
8. La segunda grieta: el adiós
9. Las andanzas de Xuan y Claire
10. Los vecinos de Añes y el señor Kappe
11. Grietas para el sexo
12. Intermezzo
13. Grietas en París
14. Claire se va
15. Marta pierde el sueño
16. Grietas dentro de las grietas
17. Xuan, el último en marcharse
18. Marta empeñada en construir el nido
19. Grietas: esas otras Añes
20. Paseos y viajes con Xuan
21. Añes y Marta van al Salon Bruit
22. La cena de Xuan, Añes y Marta
23. Marta en casa de Lasse
24. Una grieta en el camino
25. Añes está enferma y Xuan la visita
26. Lasse regresa de Dinamarca
27. Añes en el taller de Kai
28. Inundaciones en el piso de Xuan
29. Lasse, Marta y Emiko
30. Grietas en el metro
31. Añes va a casa en Navidades
32. Marta ha tenido una niña
33. Traen a Karen de Dinamarca
34. Grietas en el avión
35. La Nochevieja de Añes y Kai
36. Añes va a conocer a Rosa
37. Añes habla con Xuan sobre Esteban
38. El rescate de Karen

39. Xuan y Añes van al Sasaya
40. El mar
41. Marta pide ayuda a Lasse
42. Marta y Añes en Niesen
43. Ventanas abiertas
44. Primavera

Agradecimientos

Las ventanas son para una casa lo que los cinco sentidos para la cabeza.

K. MARX

18 de Brumario de Luis Bonaparte

Prólogo de Edurne Portela

Irati Elorrieta ganó el Premio Euskadi de Literatura en Euskera 2019 con Neguko argiak (Pamiela, 2018). La propia autora, junto con Jon Gerediaga, ha traducido al castellano esta novela bella y delicada, narrada con un lenguaje poético sin pretensiones, caleidoscópica y fluida, una novela de personajes nómadas que no se desprenden de sus raíces.

Luces de invierno nos transporta a un Berlín contemporáneo, el lugar donde convergen todos los personajes que rodean a la protagonista, Añes, una mujer vasca que dejó su pueblo para irse a París y de ahí, por avatares que irás descubriendo mientras saboreas esta novela, a Berlín. Berlín es el centro pero cada personaje tiene una historia y unas raíces que, si bien no determinan su vida, sí las marca indeleblemente. El desarraigo y los afectos encontrados que provoca –melancolía y sensación de libertad, desapego y necesidad de memoria, soledad e independencia– es uno de los hilos que teje la trama. En ese desarraigo, o en las vidas de nómadas y migrantes, caben muchas otras vidas: relaciones de pareja en las que el maltrato psicológico es evidente pero que se mantienen tal vez para paliar la soledad, amistades que serán para toda la vida y sobreviven a los desencuentros, amistades volubles que desaparecen con el movimiento, historias cruzadas, historias entrelazadas. En estas páginas se encuentran vascas y vietnamitas, daneses y japonesas, alemanes y francesas, cada una con un pasado que empuja o que pesa, cada uno con un presente que se hace vivible a través de la creación de lazos afectivos y comunitarios fuera de la institución de la familia.

Es una novela en la que el movimiento en el espacio, la experiencia de migración, es fundamental, pero además ese movimiento en el espacio se da también en el tiempo. Los personajes y particularmente Añes, la protagonista, es muy consciente de que cada lugar tiene una historia y que el tiempo pasado permea el presente. Los lugares son, para Añes, una especie de palimpsesto: quitando la capa de papel pintado en la pared surge la historia de los inquilinos anteriores, debajo de los adoquines del presente se oyen las voces del pasado, los cimientos de las nuevas casas se construyen sobre las ruinas donde todavía habitan los fantasmas. La realidad en Luces de invierno está llena de grietas por las que se cuela el tiempo invisible con el que convivimos. Y en particular, se cuela Esteban, que visita a Añes recordándole cuestiones que quedaron irresueltas. Xuan, el amigo vietnamita de Añes, le dice: «El pasado y el presente existen al mismo

tiempo. Al mismo tiempo y en la misma habitación, ¿entiendes? ¡Los antepasados viven en el cuarto de estar! Es una forma de entender el tiempo, y amplía el sentido de familia». Esta forma de entender el tiempo, fluida y hospitalaria, impregna la novela.

La tenue luz del invierno que nos presenta Elorrieta guía a estos personajes migrantes que tienen dos formas de asirse a la realidad: a través de la memoria de quiénes han sido y de dónde vienen, de qué heridas configuran su cuerpo, y a través de los vínculos afectivos que van creando en el presente. Esta novela es una reflexión honda y emotiva, a partir de una mirada íntima que explora la cotidianeidad de la vida, sobre la amistad, la creación de lazos comunitarios, el desarraigo y el arraigo, la migración, sobre la búsqueda de afecto y de un lugar en la vida donde seguir creciendo.

1. Marta encuentra un sitio para Añes

Ya el primer día voces extrañas llenaron el piso. En una habitación roja, un balcón que daba a la calle, y, en la cocina, una ventana que miraba hacia el patio. Las voces extrañas lo llenaron todo, a pesar de que habían mantenido abiertas de par en par la puerta del balcón y la ventana de la cocina toda la semana. Cuando Marta ayudó a Añes a preparar el piso de Berlín, los secretos guardados en sus rincones empezaron a hablar. Llevaron en el coche de Martín la moqueta mugrienta y el armario de la cocina hecho trizas al punto de reciclaje. Limpiaron las ventanas, rasparon la porquería acumulada en las hendiduras de las puertas, y frotaron con fuerza la costra negra pegada a las baldosas.

Quitaron el papel de la pared, que en algunas zonas tenía varias capas, y debajo apareció una larga carta: «Mein liebes Mädchen». Estaba escrita a lápiz directamente sobre la pared y parecía ir dirigida a una chica. Las líneas torcidas ocupaban todo el ancho de la pared: «Du hast dich wohl dafür entschieden, in Polen zu bleiben». Iba dirigida a alguien que, en lugar de estar en casa como se esperaba, había decidido permanecer en Polonia. A la decepción, le seguía una confesión de culpa, y eso convertía inmediatamente a la chica en mujer. Era el arrepentimiento de alguien que, en los últimos meses, no había conseguido ser el marido perfecto. Den perfekten Mann. Que había estado terriblemente ocupado, y bla, bla, bla, el rollo de siempre, la excusa perfecta para no dar ya tantos besos como antes. Y, de pronto, «so einsam ohne dich», el pánico a la soledad, el miedo a ser abandonado.

Un «te quiero» de esos que se dicen demasiado tarde en la pared de la casa que Marta había encontrado en Berlín para Añes. Que llevaba mucho tiempo sin decirlo, pero que su «ich liebe dich» era de verdad. Marta y Añes leyeron poco a poco la carta, a medida que iban arrancando de la pared las tiras de papel rojo.

En el piso de París, tuvieron un viejo dibujo al carboncillo en una pared, y no podían creerse la extraña correspondencia que se había creado con aquella otra pared de Berlín. Marta tuvo en su cuarto una caricatura de Napoleón III; un hombre que había sido poderoso y después degradado a la categoría de chiste. Otro perdedor. Una inscripción rodeaba la cabeza del emperador que se había rendido ante los prusianos: «Badinguet le lâche». Badinguet era su apodo; el juicio del pueblo, el cobarde. El joven que le enseñó la casa le contó que, al renovar la habitación, bajo muchas capas de papel, había

quedado al descubierto la pared original, repleta de dibujos al carboncillo. La mayoría eran bocetos hechos con líneas ligeras, algunas casi imperceptibles. Él le mencionó dos que se le habían quedado grabadas: un árbol –símbolo de la libertad– y un cura tripón vestido con sotana –símbolo de anticlericalismo. Sin embargo, la caricatura de Napoleón III estaba dibujada con mucha precisión y, cuando pintó la habitación de color pistacho, en lugar de cubrirla, la dejó a la vista.

–Marta, ¿sabes qué? Ya se te nota la tripa.

Marta estaba subida a una escalera, con una lima en la mano, y Añes le miraba la tripa, que había empezado a crecer en su delgada figura.

–¿De verdad? –Marta se acarició la tripa con la mano que tenía libre–. Todavía no estoy ni de cinco meses.

Añes ablandó con el vaporizador el papel que escondía el siguiente párrafo. El marido preguntaba a la mujer que no había vuelto a casa si recordaba lo difícil que había sido el principio. Mencionaba los problemas que tuvieron para llegar desde Polonia, para esperar a casarse, los cinco días comiendo espaguetis con dinero polaco de la mafia del tabaco. Unidos a los trámites para atravesar la frontera, las batallas privadas, codificadas, de una pareja. Destaparon frase por frase toda la carta. «Was ist seitdem passiert?» ¿Y después, qué? ¿Cómo sostener el amor? Cuando vio el peligro de ser abandonado, el marido quiso recuperar lo perdido. Marta y Añes podían haber sentido compasión; sin embargo, el tono les pareció demasiado lacrimoso. Por favor, bitte, no me dejes solo otra vez. ¿Quién le había dicho que tendría otra oportunidad? Cuando Añes decidió de un día para otro dejar a Bruno, no tuvo piedad. «So schmerzhaft!» ¿Doloroso? Demasiado tarde.

Mientras Añes aflojaba la última tira de papel rojo, les sobresaltó el timbre de la casa. La puerta no tenía mirilla y abrió con recelo. Tras introducir un palo en la abertura, un hombre viejo entró dando un único y sólido paso. Parecía el mismísimo Don Quijote, o una curiosa variación de este; en lugar de lanza llevaba una fregona. Invadió la pequeña entrada de la casa y obligó a Añes a retroceder.

–¿Dónde está el señor Kappe? –Agitando la fregona.

–No sé.

–¿Eres su mujer? –Añes negó con la cabeza–. Entonces, ¿qué haces aquí?

–Vivo aquí. –Esta vez con decisión.

–¿Y a qué esperas para cambiar la placa? ¡Cómo voy a saber que no eres la señora Kappe! ¿Y qué es toda esta basura? –Señalando con el mango de la fregona los trastos apilados frente a la puerta de Añes.

–Estoy renovando la casa, pintándola y eso. Todavía no he

terminado.

–Déjalo todo limpio, ¿eh? ¡Que los vecinos no piensen que no hago mi trabajo como es debido! A estas escaleras no se les puede pedir milagros, pero, al menos, que estén limpias. Ese es mi trabajo. ¿Entiendes? No quiero quejas de nadie.

El de Añes era el último piso, y nadie más subía hasta allí, ya que la vivienda situada junto a la suya estaba sin alquilar por problemas de humedades. Pero Añes le aseguró que lo entendía, y que dejaría la escalera limpia. Cuando iba a cerrar la puerta, el hombre repitió que no quería que nadie pensara que él hacía mal su trabajo.

–¡Se me ha metido un viejo loco en casa! –Añes se quedó boquiabierta.

Tras contener la risa un momento, Marta estalló:

–Será mejor que te lleves bien con ese.

Luego sacó una foto a la carta.

–¡Añes, tienes en casa una historia de amor de cuando terminó la Guerra Fría! Un resto de ella, al menos.

Las dos rieron.

–¡Parece la letra de una mala canción! Vete a saber. En aquel momento casarse sería la única manera legal de salir de Polonia.

Marta admitió que esa razón podía explicar el haber visto en aquel hombre más virtudes de las que realmente tenía. Abrió el bote de pintura blanca con una navaja.

–Ahora todo es más complicado que antes –dijo–. Mira, Irán quiere tomar parte en el negocio nuclear, y nadie sabe cómo salir airosos del asunto.

Aquella tarde hablaron de Irán. Añes puso en duda que los presidentes Obama y Ahmadinejad consiguiesen llegar a un acuerdo. Marta esperaba que encontraran alguna manera de que las situaciones de Afganistán e Irak no se volvieran a repetir. Hablaron del Irán que aparecía en las noticias, y de la otra imagen que ellas tenían de aquel país. Las dos amigas compartían su simpatía por los iraníes. Algunas semanas antes, miles de ellos habían salido a la calle en Teherán para denunciar el fraude electoral. Ahmadinejad aplastó por medio de la violencia las mayores movilizaciones habidas en Irán desde 1979. Tanto Marta como Añes habían conocido la Revolución de 1979 contada en viñetas en blanco y negro. Incluso antes de haber leído Persépolis en casa de Marta, Añes conocía Irán gracias a las películas del «Cinema Paradiso» de su pueblo. Aunque lo intentó, nunca consiguió contagiar a Bruno la fascinación que le producían las películas iraníes.

Sin dudarlo, cubrieron la carta con pintura blanca. Las últimas palabras, «bitte, geh nicht weg». Dijo todo aquello porque no había sido capaz de decir «por favor, no te vayas». A veces se dice cualquier

cosa, se dicen burradas, cuando lo que de verdad se quiere decir resulta impronunciable. Pedir a alguien que no se vaya es una manera de tocar fondo. Tal vez, la mujer que sintió el impulso de hacer las maletas y volver a Polonia cuando las cosas se torcieron ni siquiera había leído nunca la carta.

Añes también se largó sin dar ninguna explicación a Bruno, cuando hizo las maletas y se fue a vivir a la casa de Marta en Rue des Gobelins. A partir de septiembre, Marta y Añes volverían a vivir en la misma ciudad. No juntas, como en París, sino una a cada lado del parque, una en cada lado de esa frontera que, en algún tiempo, había dividido en dos la ciudad entera.

Salieron al balcón a comer la tortilla de patatas que había hecho Añes. El balcón era estrecho, y estaban sentadas en el alféizar de la ventana que daba a él, sobre una calle con poca circulación. A la derecha del edificio blanco que tenían justo delante, había un hermoso sauce que fascinó a Añes desde el primer día.

–De París, no vine directamente a Berlín –dijo Marta, con la mirada lejos, al otro lado del parque, en el lugar donde se dibujaban las líneas de la ciudad.

–¿Cómo que no?

La misma Añes había acompañado a Marta a Gare du Nord, para coger el tren.

–Visité a un amigo en Bruselas. –Marta bebió el té en pequeños sorbos y apoyó la espalda contra la ventana–. Estaba embarazada y aun así paré en Bruselas.

Se rascó de las piernas los restos de pintura blanca que formaban blancos archipiélagos en su piel, y preguntó: «¿has tenido alguna vez una aventura?». Dejó muda a Añes. Apartó el plato a un lado; dobló las rodillas y las rodeó con los brazos.

–Sí, una vez. Pero me parece que aquella noche no existió realmente. –No recordaba más que fragmentos–. ¿Sabes cómo se recuerda un sueño? Pues así se me ha quedado.

–¿Se lo contaste a Bruno?

–¿A Bruno? No se lo he contado a nadie. A ti, ahora mismo, por primera vez.

–¿Y no te sentiste mal?

Añes negó con la cabeza.

–No. No pasé con Esteban más que aquella noche. Al poco tiempo se murió.

El vino descendió suavemente por la garganta de Añes. También el sol de agosto se estaba poniendo suavemente, dejando el cielo rojo sobre los bordes de la ciudad.

–Yo me siento mal porque no tengo ningún sentimiento de culpabilidad –dijo Marta. Vertió más vino en el vaso de Añes, y dejó la

botella en una esquina del balcón.

Los últimos días los habían pasado borrando rastros de vidas ajenas. Pero en el momento que dieron por ocultos los secretos de los demás, Marta y Añes se confesaron historias que hasta entonces habían guardado en silencio.

Cuando preparó con Marta la casa de Berlín en verano, los turcos solían estar en las mesas que tenía la panadería en la acera, tomando té en vasos pequeños hasta pasada la medianoche. Añes sabe que decir los turcos es una mera simplificación, que ni siquiera es correcto, pero eso era lo que le parecía ver desde el balcón: la esquina de una ciudad turca en verano, el mar cerca. En los grupos de mujeres y de ancianos se fumaba un cigarro tras otro mientras jugaban al backgammon. Niños y niñas jugaban al escondite en los portales y en los huecos entre los coches, y a chutar el balón desde una punta a la otra del cruce. También frente al quiosco de la esquina, en las noches templadas, los chicos jóvenes pasaban las horas.

Añes está fumando un cigarro en el balcón y, ahora, el barrio está tranquilo en comparación con la vida de los atardeceres de agosto. De tanto en tanto, entradas y salidas al quiosco y a la taberna irlandesa que hay junto a la casa. El viento de otoño ha interrumpido la vida de la calle y sacude las delgadas ramas del sauce. El edificio de enfrente solo tiene una ventana iluminada. El día que Marta le enseñó el piso, dos mujeres las saludaron con la mano desde aquella ventana, una era alta, la otra rechoncha. Marta y Añes les devolvieron el saludo. La más corpulenta es la que ahora está en el ordenador. Añes la está mirando, pero es ella la que se siente observada. A su espalda, la mirada de la habitación la vigila.

En otro balcón, Añes y Marta contemplan una ciudad iluminada. París, sofocante noche de verano. Añes observa la piel morena de Marta. Marta, con el pelo revuelto, sin necesidad de sujetador, camiseta holgada, pantalones cortos. Una mano en la barandilla del balcón, la otra sostiene una taza de menta, la mirada dispersa queriendo buscar los límites de la ciudad. Alguien que sabe mantenerse a salvo en momentos críticos. Alguien sin miedo, en paz. De vez en cuando, gira la cabeza para mirar a Añes. Caen unas pocas gotas de lluvia, demasiado pocas para refrescar el calor bochornoso del ambiente o para saciar las plantas secas del balcón de Marta. Un último sorbo a la infusión, y, entrando al cuarto lleno de libros, Marta le dice «te voy a dejar una camiseta para dormir».

Añes vio las torres de libros en la habitación de Marta, pero no vio el medallón de Napoleón III dibujado en una de las paredes. Añes tenía la mirada en las transparencias de los laterales de las bragas de Marta, cuando esta se quitó la ropa y se puso otra camiseta. Marta le

dio las buenas noches, y Añes, aunque había echado una pequeña siesta después del concierto de CocoRosie, cogió la cama con ganas. La habitación de la otra puerta que daba al balcón estaba vacía, aparte del futón que habían colocado sobre el suelo de madera. Añes se acostó abarcando todo el espacio de la cama y dejó de una vez por todas la costumbre de dormir hecha un ovillo en una esquina.

Cuando alrededor del mediodía Añes apareció en la cocina, Marta estaba preparando el café, descalza, con la camiseta que apenas le llegaba hasta debajo de los glúteos. Marta, con aspecto de recién levantada, la fascinó. Había un hombre moreno empapado en sudor sentado a la mesa de la cocina. Le estrechó la mano y se le presentó, «Fabio», sonriendo, y, después, siguió dando explicaciones a Marta, que si se hubiera levantado antes lo habría tenido acabado para el mediodía. Marta respondió de parte de las dos, que le ayudarían después de tomar el café.

Bajo el sol del mediodía, cruzando la Avenue de Gobelins con los trastos de Fabio en la mano. A ambos lados, los bloques haussmannianos de París con tejados abuhardillados. Marta no tenía un cuerpo musculoso, pero a Añes le pareció que era fuerte. Cuando terminaron de meter los trastos de Fabio en el coche, en un ascensor antiguo, sacando del bolsillo las llaves de casa, Marta le dijo, «si te quieres quedar algún otro día más, tienes sitio». En el ascensor apenas había espacio para las dos, pero en casa de Marta se acababa de liberar una habitación. Añes se dio una ducha; se puso el vestido que le había dejado Marta y salió a la calle como si supiera adónde ir. En los próximos dos días no volvió a pasar por su casa y, para el tercero, ya tenía tomada la decisión de dejar a Bruno. Metió todas las cosas que pudo en dos maletas, dejó las llaves sobre la mesa y dijo «me voy». «¿Adónde vas a ir tú?», gritó Bruno amenazante. Añes ya no estaba de humor para responder. «¿Llevas tres noches fuera de casa y te crees que te vas a librar de dar explicaciones? ¿Me tomas por idiota? ¡Miserable pedazo de mierda! ¡Dime a la cara que te vas a follar con otro hijo de puta! Debe de ser un gran estúpido ese imbécil, eso sí, para contentarse en la cama con una basura como tú.» Sabía que esa era la última vez que oía los insultos de Bruno y soportó la arremetida final. «A mí por lo menos, no me has engañado nunca, cuando se dé cuenta de que eres una frígida, no tendrá la paciencia que he tenido yo contigo.» Añes dio un portazo al salir y, según bajaba por las escaleras, Bruno siguió diciendo perrerías: «¡No pensarías que después de haber estado follando en la cama de otro te iba a dejar volver! ¡Coño barato!». Añes no tenía intención de volver con Bruno y se metió en la habitación que había sido de Fabio en el apartamento de Marta en Rue des Gobelins. Tenían una habitación cada una; la cocina, compartida.

En el edificio de enfrente, la otra mujer se acerca por detrás a la que está trabajando en el ordenador; le acaricia un brazo. Le dirá que se va a la cama. La más corpulenta deja el trabajo y se pone a fumar en la ventana. Añes, como desde el tren, la saluda con la mano antes de entrar en casa.

2. Primeros encuentros

Vaciaron el piso de Añes hasta que las paredes y las viejas tablas del suelo quedaron completamente desnudas. Lo pintaron de blanco. Se esforzaron en borrar los rastros de la superficie. Mientras lo hacían, encontraron restos de antiguos inquilinos: además de la carta de la pared, la foto de pasaporte de una mujer joven y una carta de la oficina de protección de menores que pedía la devolución de una cantidad de dinero.

Añes no sabe si la mujer que volvió a Polonia y la de la foto son la misma. Llevaba un peinado cardado de los ochenta, una permanente hasta los hombros y flequillo. Una Ellen Ripley rubia. Añes no sabe si el hombre que estafó a la oficina de protección de menores es el mismo que escribió la carta a la mujer polaca, ni si fue quien empapeló las paredes y las pintó de rojo. Diría que el nombre grabado en la placa de la entrada, Kappe, y el del receptor del requerimiento de pago no coinciden. Añes afloja los tornillos de la placa, y pega en la puerta un adhesivo que lleva escrito «Arteaga» en tinta negra.

Tiene la ropa colgada en un burro metálico, los libros alineados en el suelo. Añes tiene demasiadas pocas cosas como para atenuar los murmullos del pasado. Llenan la habitación. Añes los inhala, y, dentro de ella, pidiendo cuentas, se enredan con los hilos de pensamientos apátridas.

Marta encontró la casa para Añes al otro lado de las vías del tren que rodean el centro de la ciudad. Marta leyó en el anuncio: «Calefacción de carbón, balcón, luminoso, 230 euros al mes». Cuando quiso concertar la cita para verlo, la señora Clausen, que vivía en el bajo, le dijo por teléfono «Mañana no puedo, vienen unas amigas a visitarme, y quiero llevarlas a que vean el Center». El Center está junto a la estación Gesundbrunnen; la señora Clausen hace allí todas sus compras. En la calle en la que vive apenas hay tiendas: una panadería que sirve café filtrado, una farmacia y un quiosco que siempre está abierto.

Antes de nada, Añes se aprendió los nombres de los puentes. Hay tres puentes para ir del barrio de Añes hacia el centro, los tres por encima de las vías. Si sale de casa y va hacia la izquierda, llega a Bösebrücke, que había sido punto de control de la frontera. Si va hacia la derecha, todo recto, Millionenbrücke. A Añes no le gusta la calle que conecta este puente con el siguiente: a un lado hay un solar vacío y un campo de fútbol; al otro, una urbanización de cemento gris. Diez pisos de ventanas le dan el aspecto de una colmena. En lugar de tomar

ese camino, que se le hace interminable, va a Behmbrücke pasando por las huertas, por detrás del campo de fútbol. En agosto, cruzaba ese puente con Marta en el coche de Martin en los viajes de ida y vuelta al punto de reciclaje. Siempre que va en esa dirección, los altivos álamos que se elevan por encima del sol le sugieren que se va a encontrar con un río. Pero no hay agua: por debajo, se extienden en las dos direcciones las vías del tren del eje norte-sur. Diez caminos se curvan por detrás de la urbanización gris, por debajo del Millionenbrücke, hacia la estación Gesundbrunnen. Desde este puente comienza una pasarela peatonal hasta Mauerpark. Otros cuatro raíles giran bajo esta pasarela, junto con los cinco más que atraviesan la estación, nueve en total, para dirigirse hacia el este. Parece que ese ovillo que une y divide las vías del tren se extiende sobre el cauce seco de un río. Es un paisaje amplio, con un alarde de nudos en el centro, que dejan elegir entre muchos posibles caminos.

Ruptura. Cuando se llega a una ciudad desconocida, podría pensarse que la vida va a empezar en ese momento. El inicio de París se le ha quedado ya lejos, y Añes no sabe si tiene ganas de hacerlo todo otra vez. Ha venido sin pensar en ello. Rompió con algo cuando fue a París. Allí también rompió con algo tras conocer a Marta. Ahora, ha venido a Berlín para no romper con Marta. Para no romper el único vínculo que le queda. Pero duda de si es justificación suficiente. Al fin y al cabo, tampoco ahora sabe qué es lo que busca. Solo sabe que no podía quedarse en París.

Una vez pasado el puente, encuentra una cafetería. Se escucha música clásica, y, aparte de la camarera que está leyendo el periódico, no hay nadie más. Lleva los labios pintados de un rojo vivo; mira a Añes a los ojos. Le sirve el café en una de las mesas de fuera, y se queda fumando un cigarro junto a la puerta. Justo enfrente, el sol ilumina una fila de árboles de ramas delgadas que va directamente hacia el parque.

–Mientras se pueda, hay que aprovechar para estar en la calle, ¿verdad? –le dice la camarera.

–Sí, no vamos a quejarnos de estar aquí.

Cuando el sol está llegando al punto más alto del día, Añes cruza el parque por el corredor del medio: el anfiteatro, el lago y, en la salida del parque, la línea de casas en la que vive Marta. A partir de ahí se adentra entre calles, sin objetivo, rumbo al centro. Se cruza con gente que le mira a los ojos, con gente que deja escapar una sonrisa. Sin saberlo, ha salido en busca de ese tipo de gestos vitales, a la caza de caricias de desconocidos.

¿Cómo se llamaban esos pájaros migrantes que siempre van al lugar más luminoso? En aquel cabo del sur de Islandia, cientos de pájaros blancos emergieron de la arena negra. Una pareja de turistas

le dijeron el nombre de aquellas esbeltas aves, Sterna paradisaea. Las tuvieron sobre sus cabezas, chillando y agitando las alas con sonido mecánico. Añes había ido con Bruno a Islandia, pero recuerda el viaje como si hubiera estado sola.

Por la cristalera de la zapatería Camper ve a Marta metiendo un par de zapatos en una caja y entregándoselos al cliente con una amplia sonrisa. Cuando se sujeta la tripa con las dos manos, la nota cansada. Marta ve a Añes y le hace un gesto para que espere. Van juntas a comer a un restaurante bajo los arcos del tren. De camino, hay mercado en la plaza, y el aire huele a embutido, queso y crepes recién hechos. Se deciden por sentarse primero ante sendos platos de Spätzle y dejar los crepes para postre.

–Vender zapatos no es tu pasión, ¿eh?

–Prefiero enseñar francés, está claro. Pero esto es provisional, Añes.

–También podrías ser una desempleada provisional.

–Mira, si en estos meses antes de que nazca el bebé no tengo ingresos, recibiré muy poco cuando esté de baja por maternidad. Martin hizo los cálculos.

–Así será. Pero tú en París, entre otras cosas, dejaste el trabajo para venir aquí, y él tiene sueldo de abogado.

–También le pasa dinero a su madre. Que no recibe suficiente pensión. Vivo en su casa. Puedo vender zapatos unos meses para poder vivir cuando coja la baja. Es casi un milagro tener este trabajo. ¿Quién te crees que le da trabajo para seis meses a una embarazada?

Marta deja los Spätzle en el plato sin acabar. Añes se muerde los labios por la atmósfera que han creado sus comentarios.

–Podemos ir a ver la nueva película de Haneke.

–He quedado con Martin hoy a la noche.

–Claro.

Dejando para otro día el crepe que les hace recordar París y el plan del cine, Añes acompaña a Marta a la tienda, y coge el metro que la llevará a Gesundbrunnen. Se le sienta delante un hombre joven, este levanta súbitamente el pie y se quita el zapato para sacar un guijarro que le está molestando. El gesto es tan preciso, tan rápido, que Añes piensa: «va a sacar un arma y va a secuestrar todo el vagón». Pero todos viajan muy formales. Los párpados del guitarrista vibran con el motor de alguna droga. El estribillo menciona una mujer que se ha marchado. El que se marcha, a diferencia del que se queda, siempre tiene una razón. Añes imagina el panorama económico de Polonia en la década de los noventa, y considera que, para volver a Polonia, la mujer que vivía en su casa debía de sentir la falta de algo más que de unos cuantos besos.

Se fija en unas manos que sujetan un libro. Las reconoce. No quiere mirar al hombre a la cara, solo sus largos dedos, las uñas anchas que

aplastan las puntas. Retirando la mirada eliminaría la posibilidad de que esas manos fueran las de Esteban. La ocurrencia le parece normal. En París, durante muchos años imaginó que cualquier día se iba a encontrar con Esteban. Y eso es lo que sucedió una vez, reconoció la figura de Esteban desde el otro lado de la avenida.

A la salida de la estación Gesundbrunnen oye su nombre. Es Xuan, desde una de las mesas altas en el puesto de salchichas. Xuan es la única persona que conoce en la ciudad además de Marta.

–Añes, ¡qué alegría! –Se limpia los labios con el pañuelo de papel–. Déjame darte un abrazo. –Añes se aferra lo más firmemente posible al abrazo de Xuan–. Pide una salchicha para ti también.

–Vengo de comer con Marta ahora mismo.

–¿Y qué tal? Aquí tienen las mejores currywurst de la ciudad. Si no pregúntales a estos dos.

Le presenta a la pareja que tiene al lado. Son unos amigos que han venido a visitarle, y Xuan les ha enseñado los alrededores de Wedding. A Añes le parece un barrio triste. Aceras llenas de caca de perro, casas de apuestas, salones de manicura y barberías.

–¿Qué tiene Wedding para enseñar? ¿Les has llevado a ver el Center?

–Es un barrio con raíces. Mira durante dos minutos ese cruce, sitúate mentalmente en su centro y deja a los peatones mezclarse contigo.

El semáforo se pone en verde, y los que estaban esperando cruzan la carretera. Un cigarro colgando de los labios, un teléfono, un joven al que empujan en silla de ruedas, un paraguas que se balancea, un perro atado, unos niños en sus carritos, un gesto para ponerse bien el pañuelo, una escalera de mano bajo el brazo, auriculares, botines con lentejuelas, bolsas de la compra que penden de los andadores de los ancianos. Entre todos tocan la marcha de lo que se quiere enseñar y no se puede esconder.

Xuan dice que quería enseñar a sus amigos un barrio normal. Han subido a la colina del parque Humboldthain, y les ha mostrado el hermoso panorama del norte de la ciudad. Sobre la colina, el cielo toma el color oscuro de los árboles desnudos.

–Añeska, estas nubes traen tormenta. Vamos a una heladería donde sirven raciones enormes. ¿Vienes con nosotros?

Añes rechaza la invitación. Xuan lleva los platos a la ventanilla y limpia las manchas de tomate de la mesa con una servilleta de papel. Con otra, repasa la comisura de su boca que previamente había humedecido con la lengua. Hace un gesto a la pareja para ponerse en marcha. Luego besa a Añes en la mejilla.

–¿Cuándo vas a venir a cenar? Tengo una bicicleta para ti en el

sótano.

Añes entra en el quiosco de su calle para comprar tabaco. El chico que lleva una bolsa de deporte del Barça al hombro pide tres cigarros sueltos y el vendedor se los apunta en la lista de deudas. Para comprar cigarros sueltos con Esteban camino al instituto, solían reunir las monedas de los dos. Compartían durante el día los cigarros que habían comprado por la mañana, se los pasaban el uno a la otra. Ha visto esas mismas manos sosteniendo un libro en el metro. Aparte de Esteban, nadie más le ha llamado nunca Añeska.

Una nota escrita con letra afilada pegada en la puerta. «Señora Arteaga, ¡¡¡recuerde que el miércoles debe guardar el felpudo, si no no puedo limpiar!!!» Le gustaría saber si el viejo loco trata de la misma forma a todos los vecinos. Se sienta en el balcón, y, cuando ha encendido un cigarro, suena el timbre. «¿Qué más querrá el Quijote?» Abre la puerta con la intención de mandar al viejo a tomar vientos. Pero en la escalera le sonríe un joven pálido que le saca dos cabezas. Lleva puestas las zapatillas de casa y deja caer a un lado la cadera para aproximarse a la altura de Añes.

–¡Ey! –dice, y Añes responde de la misma manera–. Soy Max. Vivo abajo, en el tercero.

–¿En la puerta del Vip Lounge? –Se ríe, además tiene pinta de reírse mucho–. ¿Tú también recibes una multa si no retiras el felpudo los miércoles? ¿O te salva ese Vip?

–¡Aquí no se salva nadie! Pero yo vengo en son de paz.

Ha venido a avisar de que el próximo viernes va a hacer una fiesta en casa para celebrar su cumpleaños, que se pase si le apetece, y le ha pedido que si no le apetece que por favor sea comprensiva.

Después de salir del trabajo, Marta espera el tranvía. A su lado, unas diez personas dispuestas a desdeñar el frío y a hacer frente a la noche del viernes. Bolsas de ropa en la mano, ensaladeras envueltas en papel de aluminio y botellas en los bolsillos de los abrigos. Marta también tiene un plan para la noche. Cuando pasa el cuarto tranvía en dirección contraria y ni uno solo en la suya, empieza a caminar con el bulto que es parte de su cuerpo.

Echa la ropa de trabajo a lavar y, además del jersey rojo, elige el collar de flores que fue de su madre. Para trabajar en la zapatería tiene que vestir ropa nueva, cada mes le dan una cantidad de dinero precisamente para eso. Ella en cambio, prefiere la ropa que fue de su madre, o la de segunda mano. Le gustan los objetos que perduran. Mientras se da crema en la cara y en las manos agrietadas por el viento frío, se alegra de la cita con Martin. Fuera de la cocina, que se ha convertido en el escenario de sus discusiones, en la mesa del restaurante, también la conversación tendrá un tono más ligero. Marta

se reirá de las tonterías que dirá de vez en cuando Martin sin percatarse siquiera. Se pone el abrigo negro que le da justo para abrocharse los botones alrededor de la barriga, y, cuando coge el teléfono para mirar la hora, ve la llamada perdida y el mensaje de Martin. Sujeta su tripa con las dos manos como quien ha recibido un puñetazo.

Está a punto de llamar a Añes para decirle que acepta su plan para ir juntas al cine. «No puedo –piensa–, ahora no le puedo decir que Martin me ha dado plantón.» Se quita la ropa y, vestida con una camiseta amplia para dormir, se mete en la cama con Les Annés de Ernaux. No consigue concentrarse en la lectura. Oye los maullidos de un gato, las discusiones de los vecinos, los chirridos de los tranvías que circulan irregularmente y los sonidos del exterior se le enredan con los de dentro en el torbellino de su cabeza. Las palabras de viento de Martin contra la atalaya indefensa de Marta. No solo sus palabras son de viento, el propio Martin es un viento brusco, y ha entrado por alguna ventana que ha dejado abierta Marta para sacudir los desvanes interiores que había estado cuidando durante años.

Marta está tumbada en la cama de una habitación que no es la suya devanándose los sesos y, de vez en cuando, nota dentro de la tripa los pellizcos de un gatito silencioso. La hora de acostarse de Marta suele ser el momento más movido del bebé, pero ella echa a Martin la culpa de su insomnio. Le está esperando, ella, que ha vivido casi treinta años sin esperar a nadie. Marta tenía ocho años cuando su padre le explicó que su madre no iba a volver del hospital. Marta pensaba por las noches que sí, que tal vez volvería como había vuelto siempre las veces anteriores. Aquella vez no volvió. Después de la muerte de su madre, al principio tuvo miedo de dormir sola. La abuela fue a Pamplona para vivir con ellos por una temporada, y dormía en la habitación de Marta. La abuela rezaba por las noches y Marta se tranquilizaba con su murmullo. Con la abuela aprendió a dormir otra vez como una piedra.

Al hecho de haber perdido esa piedra por el carácter de viento de Martin se le unen otras preocupaciones. Aunque se maneja bien con el idioma, aunque Añes también ha venido a Berlín, la situación misma es como para no dormir: llegar embarazada a una ciudad nueva, encontrar una matrona y un ginecólogo; tener que hacer los papeles, tener que entender el sistema. Vive con un abogado que conoce palabra por palabra todos los impresos que llevan una E por delante, pero Martin la ha animado a ser autónoma. Autónoma. Con un solo viaje nunca suele ser suficiente. Porque, aunque mire previamente los horarios, justo ese día la oficina está cerrada, o porque se están cambiando de edificio. Porque, aunque lleve todos los documentos de la lista, siempre, pero siempre, falta alguno. El que está de servicio, en

lugar de ayudar, buscará fallos en los papeles de Marta. Y hasta saber si está todo en regla, siente una presión en el vientre.

Tiene el cuerpo en tensión, la mandíbula adormecida, las muñecas encogidas. Al poco rato oirá a Martin entrando por la puerta, y Marta no sabe cómo actuar. No sabe si lo que saldrá de su boca será un enfado irreprimible, o palabras de perdón por haber estado tan irascible y controladora últimamente. Vuelve a levantarse para ir al baño, para vaciar la vejiga por enésima vez, y se prepara una infusión para calmar los nervios, aunque eso no le hace ningún favor a la situación de su vejiga. Cada vez que oye una bicicleta entrar en el patio, se altera pensando que será Martin, y calcula el tiempo que necesitaría para subir la escalera. Las esperanzas vanas se van amontonando como oraciones que nadie escucha.

Marta recuerda aquella vez que Añes se quedó dormida en el piso de arriba de la sala Sputnik. Añes había estado a su lado en el concierto de CocoRosie. En un cosmos especial que reunía cajas de música, relinchos de caballo y sonidos de grillos de medianoche, le había llamado la atención aquella chica que parecía estar sola. Los gestos que hacía de vez en cuando parecían indicar que estaba esperando a alguien o que alguien podía estar buscándola. Seguía sola al final del concierto, en aquella sala en la que había más globos que en las ferias; a Marta le pareció que estaba emocionada y perdida entre la gente, y tirando de su mano, «viens avec nous», se la llevo con ella.

Añes se sentó junto a Marta y sus dos acompañantes en los asientos del piso de arriba. Se quedó dormida allí mismo. Alguien que era capaz de quedarse dormida allí, pensó Marta, tenía una gran necesidad de dormir. Cuando cerraron la Sputnik, Marta le preguntó, todavía en francés, si tenía que ir lejos. Añes vivía en el 14.º arrondissement y Marta, en cambio, muy cerca de la Sputnik. Añes la siguió hasta casa sin decir casi nada, pero no parecía alguien que se fiara fácilmente de desconocidos. La siguió porque estaba en situación de extrema necesidad.

Llegaron a la cuarta planta en un viejo ascensor que podía pararse en cualquier momento. Fabio, el último compañero de piso de Marta, se estaba mudando y tenía el pasillo lleno de cajas de cartón. La que había sido la habitación de Fabio estaba casi vacía, y allí colocaron el colchón que había hecho las veces de sofá en la cocina. Marta preparó una infusión de menta para las dos. Antes de irse a la cama ya había advertido que Añes no era francesa. La buena pronunciación de Añes y su mismo nombre la habían despistado. Al día siguiente se enteró de que era un nombre que también se usaba en euskera; en el caso de Añes, sus padres, antes de que ella naciera, habían vivido en Francia.

Del francés, pasaron a utilizar el castellano para hablar entre ellas.

Antes de cambiar de idioma, por la mañana, cuando ayudaron a Fabio a meter las cajas en la furgoneta, Marta giró la cabeza y vio a Añes esperando el semáforo para cruzar la avenida, con la aspiradora en una mano y la mesa de la plancha en la otra. Aferrada a los objetos de otra persona para no caerse.

Cuando era niña, a pesar de que Marta solía querer llevar los gatos del pueblo a la casa de la abuela, los gatos preferían quedarse en la calle. Si estaban mal, pasarían por la casa para reponer fuerzas y luego volverían a marcharse. Pero Añes, en cambio, se quedó, y vivieron juntas casi dos años. En la esquina donde se unían la Rue y la Avenue des Gobelins.

3. Claire vive en casa de Xuan

Cuando Añes está en casa de sus padres, estos pasan más tiempo que nunca juntos. Arantza suele pasear con sus amigas. Sus amigas son viudas o separadas y, aunque ella no es ni una cosa ni otra, hace vida sin marido. Juanjo tiene una huerta en los alrededores de Mungia y desde que se jubiló, no se aleja de allí. Al cabo de dos semanas que a los tres se les hicieron largas, Añes hizo escala en París para ir a Berlín. El avión llevaba mucho retraso, y Añes estaba copiando a mano en una hoja en blanco el mapa de su futuro barrio. Poniendo los primeros nombres a aquel laberinto de calles.

–Maybe I could offer a Tea?

Un viajero colgó su bolsa de lino en la silla de al lado de Añes y le hizo una especie de reverencia. Al rato volvió con dos tazas de té y repitió la reverencia. El elegante hombre que se sentó a su lado se presentó con el nombre de Xuan. Vestía una camisa blanca, salpicada con tinta negra, sin planchar. Añes percibió su buen olor al instante. Sus ojos brillaban como los de los animales nocturnos y llevaba una trenza morena recogida en un moño. Acto seguido se puso unos guantes de látex y empezó a escribir alfabetos en un cuaderno con rotuladores, con las dos manos a la vez, ensimismado y, al mismo tiempo, sin ninguna intención de dejar de hablar.

–You are visiting Berlín, or you live there? –le preguntó.

–Yes –respondió Añes simplificando las cosas.

–¡Vaya, yo también! –Pasó enseguida al alemán y, soltando los rotuladores, colocó el dedo en un punto en blanco de la hoja de Añes–. Aquí –le señaló–, al lado de Mauerpark.

Añes le dijo que ella también vivía cerca del parque, también ella en el norte, pero a la izquierda. Dirigió el dedo a Jülicher Straße. Añes iba a instalarse en Berlín y estaba haciendo escala en París después de haber pasado unas semanas en casa de sus padres.

Xuan le contó que él también venía de su país de nacimiento, de Vietnam. Que llevaba veintisiete horas de viaje, una hora por cada año pasado desde que se marchó de allí. Ubicado al final de un viaje de veintisiete horas, a Añes le pareció aún más preciado el olor de Xuan. Hacía diez años que Xuan había estado en Vietnam por última vez y este último viaje había tenido como objetivo conmemorar los treinta años desde que el Cap Anamur se hizo al mar. Era una excusa, por supuesto, pero le confesó que amaba el ritualismo de los números. Escuchando a Xuan, y a pesar de las tensiones familiares, Añes se

sintió afortunada de poder ir dos o tres veces al año al País Vasco.

–No volveré a ir en temporada de verano –dijo Xuan–. Cuando llueve en Vietnam, piensas: apocalypse now. El fin del mundo. ¿Dónde está el arca de Noé? Caen toneladas de lluvia. En un par de horas, ha desaparecido el agua. ¿Y dónde está? En el aire. ¡Vietnam es una sauna!

Le contó que en los últimos diez años había habido grandes cambios, que, de repente, todos sus primos estaban trabajando. No de repartidores de agua ni de carniceros, como antes, sino haciendo CD para Sony, vestidos con cinturones falsos de Armani. Made in China. En la familia nadie entendía por qué Xuan había recorrido el país de punta a punta. No podían entender a Xuan. Había preguntado a su tía si tenía un mapa, y ella, sorprendida, había dicho «¿un mapa?». Para Xuan, los mapas están llenos de promesas. Comió cada día tres o cuatro kilos de fruta, pero, a medida que se aproximaba al norte, los precios subían, y empezó a consumir azúcar en forma de galletas. En los lugares en los que el paisaje le emocionaba construía un refugio para un par de noches. Y se bañó por primera vez en las playas de allí. Xuan había aprendido a nadar en Berlín. De pequeños tenían prohibido nadar, les decían que les podían tragar los remolinos.

–¿Y tú?

Añes contó que le gustaba mucho el mar. Bañarse al atardecer, cuando el sol está a la altura de la cara. Añes quiso hablar de la emoción del último baño del verano, pero le salió «no sé por qué vine a París, aquí no hay mar». Que no se podía decir que en el País Vasco vivieran en paz, pero que no había sido esa la razón para irse. Hizo una amiga en París, y cuando ella se marchó a Berlín, pensó: «¿por qué no ir al mismo sitio que mi amiga?». Xuan sorbió la última gota de la infusión y lamió la cuchara.

Cuando al fin embarcaron, Xuan pidió al viajero que estaba junto a Añes que le cambiara el asiento, para continuar la conversación «with the shipwrecked lady», con la náufraga. En ese momento Añes no percibió la ironía. Más tarde, repasando fragmentos de la conversación de aquel viaje, y habiendo leído en internet que el barco Cap Anamur pescó 10.000 personas en el mar de China, el humor de Xuan le ha parecido bastante negro. Y en una segunda reflexión se ha percatado de que ese shipwrecked también puede utilizarse para describir a alguien que ha tocado fondo en la vida.

Desde la ventana del avión vieron los alrededores del plano que Añes había garabateado en el aeropuerto. Tomando como referencia los focos encendidos del campo de fútbol que está al lado de Mauerpark, Xuan dibujó en la ventana con el dedo un camino entre su casa y la de Añes. Le propuso compartir el taxi del aeropuerto a casa y, en el taxi, le escribió su número de teléfono en el mapa dibujado a

mano. Añes tenía las defensas muy bajas ese día, o Xuan era un rompedor de límites nato. A la vez, el comportamiento de Xuan no tuvo nada de inadecuado.

De camino a casa de Xuan, Añes se para en la pasarela peatonal, entre dos barrios. El paso está construido sobre lo que fue la franja de la muerte. A un lado, los álamos firmes al borde de las urbanizaciones de los setenta. Esas viviendas están plagadas de ventanas. Al otro lado, en los edificios de antes de la guerra, hay muchos cortafuegos sin ventanas. En este cruce del norte de la red de ferrocarriles se pueden sentir las líneas temporales que atraviesan el paisaje.

Es la primera vez que Añes visita a Xuan, y este no solo la acoge en su casa, también la acoge entre sus brazos de nadador. Camina por el pasillo delante de Añes. Vestido de negro, con una tela que le llega hasta los tobillos sujeta alrededor de la cadera y con una trenza morena que le cae hasta la cintura. Meneándose inquieto como un grillo, va hacia la cocina excusándose por los trastos amontonados en el suelo.

–Perdona el desbarajuste, he estado haciendo arreglos. Mira, he construido la ducha justo aquí, en el rincón de lo que era la cámara de la cocina. ¿Lo ves? ¿Qué te parece? Si quieres la probamos juntos. –Levanta las cejas, y dibuja una amplia sonrisa con sus labios carnosos. Añes no sabe responder con humor a esas ocurrencias. Xuan hace con la mano el gesto de espantar una mosca–. Tal vez en otra ocasión. Dame el abrigo.

–¿Llevas poco tiempo viviendo aquí?

–Cuatro años.

–¿Y has estado sin ducha?

–Las duchas de la piscina están muy bien, querida. Además, en el trabajo también tengo ducha. La cocina también la he puesto hace poco. Casi siempre utilizo la de los amigos, como siempre voy de aquí para allá... –Le enseña una bolsa azul, donde lleva salsas y especias preparadas para cocinar en cualquier parte–. Lo siguiente será cambiar las ventanas. –Le señala la ventana de la cocina que no cierra bien–. Estás en tu casa, prepara una infusión que te guste, yo voy al baño.

La tetera tiene un alfabeto escrito con letras negras. Cada letra, un insecto, un cuerpo articulado en miniatura. Entre los objetos colocados sobre la mesa, un frasco de tinta y rotuladores de colores en un bote de cartón de Maggie. Añes se sorprende a sí misma espiando las cosas de Xuan. Sobre una balda larga de madera: especias, hierbas aromáticas, salsas, diferentes aceites, legumbres. Xuan le ha dicho que elija una infusión y Añes no tiene ni idea.

–Acabo de llegar de nadar, hoy dos kilómetros y medio.

Coge un rotulador del bote de Maggie y escribe la marca del día en

un papel pegado en la pared. Dos y medio. Añes se percata de que la trenza de Xuan todavía no está seca del todo. Xuan pone sobre la mesa las verduras que ha lavado previamente. Se oyen pasos y aparece una mujer pelirroja en la cocina. Con una boina calada hasta las orejas, auriculares, gafas, guantes sin dedos y largas botas de ante. Los saluda desde la puerta, se descalza y entra en la habitación que hay al fondo del pasillo. Es la única habitación de la casa, y Añes creía que Xuan vivía solo.

–¿Es tu compañera de piso? –pregunta.

–No, no, Claire es la amiga de una amiga de Nueva York. Ha estado preparando una exposición en Viena, y quería conocer Berlín antes de volver a Nueva York.

–Es guapísima.

–Sí, ¿verdad?

–¿Por qué has anotado cuánto has nadado?

–Para saber cuántos kilómetros he hecho a fin de mes. –Le señala las listas de la pared–. Aquí, los kilómetros hechos en tren; aquí, los hechos a pie; aquí, las cosas que me quedan por hacer; aquí, mis amantes... Un registro de lo cotidiano. ¡No me mires así, chica! Salen gráficos muy interesantes de la correlación entre desplazamientos y amantes. –Hace un leve ademán de reír y vuelve a un tono serio.

Añes se queda sin saber qué decir sobre el tema de investigación de Xuan.

–¿Cómo quieres que corte las zanahorias? –le pregunta.

–En trozos grandes. Las vamos a cocer y prepararemos un buen caldo con melisa.

Oyen a Claire rompiendo cajas de fruta de madera para encender la calefacción. Después de poner la olla al fuego, Xuan lleva a Añes a ver el dibujo que está haciendo Claire. Aún hace frío en ese dormitorio que es a la vez sala de estar y lugar de trabajo. Claire está sentada a la mesa, junto al calefactor de azulejos marrones, con calcetines gordos de lana y mitones, pintando con lápices de colores. A la derecha de las ventanas, hay dos camas construidas a diferentes alturas en forma de L. Las ventanas están cubiertas con un alfabeto recortado de cajas de cartón, y por los huecos de las pequeñas letras se ve que llueve a mares. Esas aberturas son las únicas grietas que conectan la ordenada cueva de Xuan, ahora ocupada por Claire, con el mundo exterior. Claire llena un papel grande con motivos de animales: ojos, picos, garras. Enlaza con mucho detalle las aves que quieren destacarse con plumajes coloridos y los reptiles que se esconden mezclándose con el entorno.

–Tienen algo de humano –se le ocurre a Añes.

–¿Acaso no eres tú un animal? –Xuan con mirada de lechuza–. ¿Vas a cenar con nosotros, Claire? –Le posa las manos en los hombros–.

Estos huesos necesitan grasa para el invierno. Te olvidas hasta de comer... –Apretando los pulgares, comienza a hacer movimientos circulares–. Antes de que empiece el invierno, voy a cebar bien a Claire. Hasta que no le cierren los pantalones y las faldas –le susurra a Añes.

–Al subir las escaleras, he visto las puertas de tus vecinos abiertas –dice Añes.

–Cada uno de nosotros, cogidos uno a uno, es un ególatra puro. Pero no cerramos las puertas y tenemos una relación estrecha entre nosotros.

–Eso es impensable en Nueva York. Dejé la puerta de casa abierta unos centímetros en verano. El bochorno era insoportable y no sabía qué hacer para que se moviera un poco el aire. Al poco tiempo, ¡vi aparecer por el hueco de la puerta el cañón de una pistola! –cuenta Claire entre risas–. Antes de tener tiempo para decidir si meterme o no debajo de la cama, tenía a la policía dentro de casa. Buscaron la sombra del portal y cuando se dieron cuenta de que la puerta de mi casa, en el primer piso, estaba abierta, se les ocurrió que alguien podía estar robando. ¡Joder! No se puede comparar.

–Claire se me apareció con una maletita llena de ropa de verano –dice Xuan imitando una risa maliciosa–. Claire y yo somos aves de la misma especie: yo también llegué a Alemania con ropa de verano.

–¡No tenía intención de pasar el invierno en Europa!

La mirada de Añes va y viene de la cara de Xuan a la de Claire.

–Yo, en cambio, pensaba que venía a pasar el invierno a casa de mis tíos. Primero mi madre me llevó al cementerio, para pedir a nuestros ancestros protección para la aventura. Luego, me despidieron unos veinte familiares en el aeropuerto... Se puede decir que me sentí importante.

Enviaron a Xuan en avión desde Vietnam a Alemania, con una mochila en la espalda y una tarjeta con su nombre colgada del cuello. Su madre le metió tres libros en la bolsa, uno con instrucciones para hacer origamis. Era diciembre de 1982. Mirando por la ventanilla del avión, tenía miedo de que aquella blancura que no había visto antes le pudiera dejar ciego. En la misma pista de aterrizaje, se metió en la boca un puñado de nieve.

–¡Pensé que me pasaría el día entero comiendo helado blanco!

El recuerdo le provoca una amplia sonrisa. Cabe un continente entero en los labios de Xuan.

Quería recordarlo todo muy bien para contárselo a sus amigos cuando regresara a Vietnam. Se quedarían muertos de envidia con las explicaciones de los juegos con la nieve. Porque entendió pronto que no podría envolver una bola de nieve en la mochila para llevarla a

Vietnam y enseñársela a los de allí. En cambio, no comprendió tan pronto que no pondría los pies en Vietnam en un buen puñado de años.

–¡Pobre de mí! Un invierno siguió a otro. –Xuan se ríe–. En invierno andaremos en la nieve, Claire, le pediremos el trineo a Christian.

–¿Christian, el vecino? ¡No me dirás que va en trineo!

–Christian tiene dos hijas, Marieclaire. Vienen pocas veces, porque a su madre la casa de Christian le parece demasiado fría.

Xuan se dirige otra vez a Añes:

–Claire se pone tres vestidos de verano, uno sobre otro y, después, un jersey de lana mío. Encontré un abrigo en la calle que parecía hecho para ella, junto a un contenedor de ropa.

–¿Me estás diciendo que voy como una mendiga?

–¡De ninguna manera! Con tu elegancia, cualquier cosa parece de una boutique cara. Me gusta muchísimo salir de casa cogido de tu brazo y saber que pensarán que somos pareja. Voy como del brazo de una actriz, con mi Faye Dunaway. ¿Conocerás a Bonnie y Clyde, no, Añes? ¡Son nuestros héroes!

Antes de que Añes conteste, Claire se apropia de la mirada de Xuan.

–Claro que sí, te gusta, porque sabes que tengo una pequeña maleta debajo de la cama, y que cualquier día recogeré mis cosas y tomaré un avión. Que soy un ave de paso, precisamente. No somos de la misma especie, Xuan. Tú te has vuelto sedentario. –Claire no suelta la mirada–. Tomaré el avión y tendrás tu reino otra vez a tu disposición. Llegará otra visita, con novedades. Eso te tranquiliza, saber que solo estoy aquí por un tiempo. Es decir, jugar a ser pareja.

Xuan también aguanta su mirada.

–Tú, Bonnie; yo, Clyde.

–Si no fuera un juego estarías temblando.

–¡Anda, no! ¡Y tú también! ¡No le desearía a nadie ser mi pareja! A nadie. Será mejor que te vayas, sí. Me sentiré solo por unos días, pero no te creas que me agobiaré mucho. No me voy a derretir en lágrimas, no. Iré a casa de Añes y le prepararé la cena. ¿Qué me dices, Añes? –Una vez más, no le da la oportunidad de responder–. Cuando con cincuenta años me dé cuenta de que no tengo a nadie a mi lado, entonces me asustaré de verdad. ¡Qué le vamos a hacer! Los que comparten su vida con alguien también se asustan cuando se dan cuenta de que tienen cincuenta años. Yo tengo que vivir solo, por el bien de todos. Eso sí, reconozco que esta vida en familia simulada tiene algo de acogedor…Ya sé que no es más que una ilusión. No irás a rompérmela, Claire. Además, ¿cuándo no es ficción?

–Eres un pobre resignado, Xuan. –Igual que su rostro, las palabras

de Claire son a la vez duras y dulces.

–Un pobre hombre, sí, ya os lo he dicho antes. A veces me deseo un lujo a mí mismo. Llegar a casa y encontrarme la calefacción encendida... –Se dirige a Añes, pero lo dice para que lo oiga Claire.

–Es curioso, ¿no? Cómo pueden arreglárselas dos personas para vivir juntas... después de la corta vida conyugal que he sufrido, no pensaba que eso fuera posible... –dice Claire.

A Xuan se le atraganta la sopa.

–¿Estás casada?

–Divorciada, afortunadamente.

Añes se ha hecho invisible, justo en medio de la intimidad real de una pareja de mentira.

4. Encuentro una grieta

Queda poca gente en la playa cuando el sol empieza a acercarse al horizonte. Están llegando las gaviotas. Dos mujeres que caminan por la orilla van a cruzarse. Una, la que lleva pantalones cortos y jersey con capucha, mira hacia delante, con el perfil iluminado. La otra, desnuda, mira al suelo. Antes de juntarse, una dice: «hola, Añes». Como si le hubieran tirado de una cuerda, la otra levanta la cabeza, y por dos segundos, ve el contacto de los últimos rayos del día en las mejillas de Laia Azpitarte. Una y dos. El agua borra rápidamente sus suaves huellas de la arena oscura. Todo ha sido tan rápido, que Añes no ha tenido tiempo de decir nada. No gira la cabeza para ver cómo se aleja la que la ha saludado con esa sonrisa que conoce desde la infancia. Se mete en el agua. El último baño del verano. Siente el golpe de las olas sobre ella. Añes no ha reaccionado al instante, pero puede oír la voz de Laia bajo el agua. Las olas hacen vibrar su fina voz. Una voz que la lleva al pasado. A un pasado que yo no conozco.

Un corro de niñas y niños haciendo tortillas de patata en un descampado. La hierba está seca y alta. Entre el bullicio infantil y el de los insectos destaca un grillo. Añes, con el pelo corto, está con el grupito que busca el agujero del grillo. El resto está reunido en torno a la sartén, todos quieren controlar a la vez las patatas que se están friendo. ¿Cuántos años tienen? ¿Ocho? ¿Nueve? Laia es la pelirroja con la cara llena de pecas, sin duda. Lleva unos pantalones cortos rojos. Cuando Añes está a punto de sacar el grillo con la ayuda de una paja, un niño que no conozco golpea sin darse cuenta el mango de la sartén, y vuelca todo su contenido sobre el muslo de Laia. La profesora no estaba atenta. El aceite hierve sobre la piel de Laia, y todos, también los que buscaban al grillo, se reúnen alrededor de Laia gritando, apurados. La mirada asustada de Laia explora los rostros de sus compañeros de clase, y se queda con el de Añes. Pero Añes le niega sus ojos negros, y los fija en la paja que aún sujeta en la mano. En lugar del canto del grillo, en la memoria de Añes suena la voz grave de un hombre.

Es de noche en algún garito, y ese hombre que le ha venido a la memoria –no lo conozco– está hablando con Añes, muy cerca de ella. «¿Conoces a Laia? Es guapísima, ¿verdad?» Le está hablando al oído. Porque la música está alta y porque el alcohol no sabe guardar las distancias. «Una belleza sin escrúpulos, eso sí...» Añes escucha su lamento sin mostrar ninguna emoción. Diría que la voz es la de algún exnovio de Laia. Alguien que está bien jodido y bien borracho, en

cualquier caso. No lo he visto nunca, y el bar tampoco es uno de los bares de nuestro pueblo. Porque en la vida de Añes son largas las épocas que me son totalmente desconocidas. Enciende otro cigarro y le empieza a contar cómo terminó su relación con Laia. Sin importarle si Añes quiere saberlo o no. «Tenía que ir a la India a hacer negocios, pero yo me estaba recuperando de un accidente. Los médicos me recomendaron no hacer viajes largos.» Como Añes conoce a Laia, el hombre se cree en su derecho de desahogarse con ella. «Laia me había acompañado otras veces, y se ofreció para reemplazarme. ¿Cómo iba a imaginar que aquel era un mal asunto? Tenía plena confianza en la buena mano de Laia para los negocios, también cuando me dijo que habían surgido algunos problemas y que tenía que alargar la estancia.» El borracho quiere verter su historia en la oreja de Añes, extraerla del cuerpo junto con el humo de cigarro. «Yo pensando que estaba comprando género, y ella pegándomela con el socio indio, ¡durante tres meses!» Pero la historia es una de esas que permanecen muy dentro. «Me hizo una putada de campeonato, pero era de una belleza incomparable. ¿A ti no te parece guapa?» Añes no se muestra sensible. «Sí, por lo menos, era guapa, hace tiempo que no la veo», le responde. Fría.

Y yo, desde mi rincón, decido interrumpir el relato de la memoria de Añes. De lo contrario ya sé lo que viene ahora: el hombre ensalzará las dotes sexuales de Laia dando caladas más pausadas al cigarro, saboreándolo. Es mi turno, por tanto.

–¡Venga ya, Laia tampoco era tan guapa!

Llevo bastante tiempo callado, y he decidido empezar a hablar. Estoy sentado en la silla azul junto a la ventana de la cocina de Añes. Ella no puede verme, pero ahora ya sabe que estoy aquí, sentado en la única silla de su casa. Me imagina en esta silla que ha pintado de azul eléctrico, con la pierna izquierda cruzada sobre la derecha y las dos manos sobre la rodilla, y estoy justo así, mirando cómo prepara la tortilla de patata. Hace como que no se entera. Esa es su especialidad.

Aunque es la última hora de la tarde, el sol pega con fuerza contra el cristal de la cocina. Ha recordado las vacaciones de verano, la imagen de la playa, y con ello, todo lo demás. Está pelando las patatas sumergida en los recuerdos de Laia. Sorprendida de que algunas cosas de la infancia cambien tan poco. Yo le diría que esos ojos negros que he podido percibir buscando el grillo del pasado son los mismos que tiene hoy. Añes piensa que los comportamientos de la infancia, de mayor, cambian de escala, nada más. Que el traidor es traidor para siempre. Que una vez estuvo enamorada de Laia, enamorada de sus pecas.

–Tú eras mucho más guapa que ella, ¿me oyes?

Le he hecho perder el control; solo hay que ver cuántas patatas ha

pelado.

–¡Cállate! –me grita. Añes apunta hacia la ventana, hacia mí–. ¡Estas confidencias... tan tarde!

¿Tarde, dice? ¿Quién llega tarde aquí? No me puede ver, pero sabe que estoy aquí, lo sabe, y tengo eso a mi favor: ha aceptado mi presencia. Estoy sentado en la silla azul de su cocina. Añes tiene pocos huevos para todas esas patatas y, como el brik de leche está vacío, vierte a la tortilla el café con leche que le ha sobrado de la mañana, para que no le quede demasiado seca.

–Es una pena que no pueda probar tu tortilla.

Son mis últimas palabras, acompañadas de la sonrisa que Añes sabe sacar de mí. Y luego no estoy. Cuando toma conciencia de lo ocurrido, desaparezco.

5. M

arta y Martin discutiendo

Camino a casa, sentada en el tranvía, mientras va contando las ventanas, encendidas como estrellas, a Marta le parece ver que la ventana de su cocina también está encendida. «Quién estará en casa? –piensa–. ¿Se me habrá olvidado apagar la luz hoy a la mañana?» En ese momento siente el cansancio en las piernas, y mirando ese paisaje que la oscuridad iguala, olvida que vive con alguien. Baja del tranvía y se queda mirando otra vez aquella ventana que permanece encendida. Cuenta las ventanas de la casa azul para asegurarse de que es la ventana de su cocina. Allí están su lámpara, su flor blanca y el termo que se ha dejado olvidado. La ventana iluminada se le hace extraña.

Sube las escaleras intentando adivinar a quién se va a encontrar en casa. Se imagina en su cocina a los visitantes posibles y a los imposibles, a los deseados y a los indeseados, esperándole. Marta sube las escaleras despacio, porque tiene las piernas de plomo después de haber trabajado de pie todo el día. Imagina que la abuela le ha preparado huevos fritos con patatas. Que Fabio ha preparado un caldo verde de los que guardaba en la nevera para cuando volvía de fiesta, y que les va a durar toda la semana. Le gustaría tener a su padre sentado en la cocina, piensa, o un gato pardo hecho un ovillo en la silla. Cualquiera que la estuviera esperando la pondría contenta. Dispuesta a recibir la sorpresa, entra en casa y al momento detecta el olor a comida.

Martin está sentado a la mesa de la cocina, absorto en la lectura del periódico mientras cena. En el plato hay salchichas y patatas cocidas. Marta se quita el abrigo y le da un beso. Encuentra vacías la sartén y la olla sobre el fogón. Martin sigue sentado a la mesa, no es imaginación de Marta.

–¿No queda nada para mí? –le pregunta Marta desganada.

–¿Cuántas veces te tengo que decir que no te metas hasta la cocina con zapatos?

Martin se lleva a la boca el último trozo de patata.

–Es que vengo con hambre.

Marta está examinando la nevera vacía.

–No había gran cosa, tú también deberías saberlo. Lo mejor que podías haber hecho era comer algo de camino a casa.

Martin sigue detrás del periódico, con media salchicha entre pan y pan.

–¿Y también tenía que saber que ibas a estar en casa?

Se sienta frente a él.

–Hoy he terminado antes –pone el periódico sobre la mesa–, y no parece que te alegres especialmente. Por lo visto me estoy comiendo tus salchichas.

Martin le sostiene la mirada, y Marta baja enseguida la suya, avergonzada.

–¿He dicho yo que fueran mías?

–No lo has dicho, pero actúas como si lo fueran. De alguna manera te parece una desvergüenza que yo esté cenando en mi propia casa.

Marta levanta la cabeza.

–Extraño. No estoy acostumbrada a verte cenar en casa. Pero tú tampoco tienes costumbre de pensar en mí y ¿por qué ibas a hacer hoy una excepción?

–¿Ahora me vas a atacar con la excusa de dos salchichas y una patata?

Marta no tiene fuerzas para seguir discutiendo. Con la mirada perdida en el texto del periódico abierto, cambia de tema.

–Y lo del curso preparatorio, ¿lo has pensado?

–Hay que hablar de las cosas cuando a ti te apetece. ¿No puedo tener ni un momento de tranquilidad?

–Tendré que hablar contigo cuando estés en casa, ¿cuándo si no? ¿Quieres que te llame a la oficina para fijar la fecha del curso preparatorio?

–Marta, no sé si te has dado cuenta, pero no me has dejado acabar la cena en paz.

–¿Y tú te has dado cuenta de que no tengo cena?

A Marta le salen las lágrimas muy lentamente.

–Empiezas a llorar por cualquier cosa. No pareces una persona adulta. Hasta para que te quites los zapatos hay que decírtelo mil veces, como a una niña.

Al salir de casa, Marta es un abrigo andante sin voluntad, una concha que se ha quedado vacía. Aislada del entorno, movida por la poca energía que le da la necesidad de comer. Sorbe una taza de sopa udon en el restaurante coreano que hay al lado de su casa, empieza a entrar en calor y llama a Añes. Se da cuenta de que tiene una llamada perdida de ella, pero ahora su teléfono está apagado. Marta se adentra en el parque nocturno como un gato callejero. Para que la trague la oscuridad.

Unas pocas luces de bicicleta son los únicos testigos de su enfado, atraviesan el parque como ojos errantes. Por lo demás, la negrura lo llena todo. La explanada frente al estadio está iluminada, un grupo de

gente en patines está jugando al hockey. No muy lejos de allí, en una ventana del cuarto piso, las veintiséis letras iluminadas del alfabeto latino.

En lugar de mirar hacia esa ventana, Marta busca los destellos más lejanos. Tres coches de policía van hacia Wedding con las luces azules y las sirenas encendidas. Los puntos de luz de las casas de la Bernauer Straße se dejan ver entre las ramas desnudas de los árboles. Aquellos fragmentos de vida, desde la distancia, parecen botones que se encienden y se apagan en un panel de control. Ella debería ser una sombra dibujada en uno de ellos. Entre ella y la luz de su cocina hay un parque oscuro. Un agujero negro.

6. El zorro

Añes sale del cine en bicicleta camino a casa. Algo más de un kilómetro en paralelo al parque que fue frontera interior de la ciudad. Como no ha conseguido hablar con Marta, ha ido sola a ver Antichrist. Todo lo que había oído era verdad, incluido el consejo de no ver la película estando embarazada.

Las viviendas construidas en las décadas de los sesenta y setenta crean un pasillo que queda al resguardo del viento frío. La arquitectura no es acogedora, pero en la calle cerrada al tráfico se siente una tranquilidad inusual. Solo los dueños de los perros caminando en la oscuridad. Añes piensa que también aquel que la está observando desde un rincón es un perro. Antes de que la bicicleta llegue a su altura, se miran con curiosidad y con desconfianza. Enseguida, el animal se pone a correr a su lado. Le distingue el rabo rojizo de zorro. Por un breve instante, son aliados avanzando en el frío invierno, Añes en bicicleta y el zorro corriendo con sus patas almohadilladas. Ambos respiran, ambos en movimiento, ambos con vida. Nota la presencia de ese ser que corre a cuatro patas, cercano e incomprensible. La distancia entre ellos es pequeña, pero insuperable. El zorro se refugia de un salto en unos arbustos.

Después de esa breve carrera de dos, Añes desciende de la bicicleta en mitad del puente Millionenbrücke. Bajo ella se extiende el sombrío hueco del ancho que abren las nueve vías de tren y sus ramificaciones. Enfrente, las farolas de la pasarela peatonal que conduce a Mauerpark. A la izquierda, como en la orilla de un río, en bloques de diez pisos, cuadrados que se llenan con los destellos de las pantallas de televisión. A ratos, el sonido de un tren rompe el silencio. El viento es frío.

Añes trata de recordar los detalles del animal que ha visto y lo que ha sentido en el cuerpo. Un encuentro sin comunicación. Solo un par de metros entre ella y él; pero en paralelo, sin ninguna posibilidad de cruzarse. La presencia de algo desconocido, el engaño de la cercanía, y la imposibilidad de superar la frontera. Todavía le palpita el corazón. Sabe muy bien que las sensaciones más fuertes tal vez no desaparecen, pero con el tiempo se van debilitando. Porque, aunque últimamente Añes intenta volver a los momentos que vivió con Esteban, no puede rescatar más que retazos.

No consigue ver la cara de Esteban aquella vez que sus cuerpos desnudos y sudorosos se mezclaron. Ve la escena en su cabeza como si mirara desde la pequeña ventana del ático de Esteban, desde fuera. Su empeño en reconstruir lo que sucedió la lleva a dudar de si realmente

sucedió aquello que no tiene ya posibilidad de repetirse nunca. Le parece lejano e inverosímil. Porque la relación entre ellos, que no se agotaba nunca, se terminó para siempre.

Tras la puerta del Vip Lounge están bailando al sonido de la música electrónica. Antes de seguir subiendo las escaleras, Añes considera la posibilidad de tocar el timbre y unirse a la fiesta. Se ve a sí misma reflejada en el espejo de la sala de estar de París, bailando descalza y en pijama. El café y la tostada del desayuno sobre la mesa. Si no hubiera sido por Bruno, Añes seguiría escuchando los mismos diez CD de siempre. Pero Bruno renovaba permanentemente su colección, y siempre sabía qué era lo que quería oír Añes en cada momento. Lo borra del paisaje de cenizas de Islandia y también de los momentos más cotidianos. Lo que no sabe es si ha anulado a Bruno después o ya lo hacía cuando estaba a su lado, porque, por lo menos al final, no le tenía en cuenta. Tal vez, una mitad de Añes sí, pero la otra mitad no.

Se pone a bailar en la cocina de Berlín como si estuviera en la fiesta. Cuando suena el timbre por segunda vez advierte que ha sido en su casa, y no en la de abajo. Es el hombre de gafas del segundo piso y, sin mirarle a la cara, le pregunta si está su marido en casa. Añes no le responde.

–Este ruido es inaceptable, deberíamos llamar a la policía –dice entonces el joven.

–Yo no tengo ningún problema, si no le importa, voy a dormir otra vez. –Añes le cierra la puerta en las narices.

7. Xuan quiere ayudar a Añes a poner unas baldas

La casa de Añes es sencilla, humilde y, en cuanto al color, la única excepción es la silla azul que está junto a la ventana de la cocina. Xuan le ha traído compañera para no tener que comer sola siempre. Está en la habitación con el taladro, sin sospechar que está agujereando las palabras que Añes y Marta taparon. Añes anda limpiando el polvo que sale de la pared con un aspirador de mano. De su lista de tareas, Xuan, en su día libre, ha elegido la que dice «poner las baldas en la casa de Añes». Ha atado algunas tablas que tenía en el sótano en un fardo y las ha atravesado sobre el manillar de la bicicleta. Ha llegado a casa de Añes con la bolsa de la comida preparada en la cesta de delante, y la caja de herramientas y una silla que tenía de sobra, sujetas en el portaequipajes.

Extrae una foto que estaba atascada detrás del zócalo. Es la foto de pasaporte que encontraron Añes y Marta cuando renovaron la casa y que luego volvieron a perder.

–Se parece muchísimo a una chica que iba conmigo a la escuela. La mataron de un navajazo cuando teníamos dieciséis años.

–¿De un navajazo?

–Sí, de un navajazo. ¿Añes, en qué mundo vives?

A Añes y a Marta el peinado les pareció similar al de las mujeres de las películas de los ochenta, Alien, Dirty Dancing, Working Girl.

–Madonna –dijo Xuan–. En aquella época las chicas eran fans de Madonna.

–Marta también era muy fan de Madonna. Pero que yo sepa, nunca se hizo la permanente. Yo a Madonna no le hice ni caso.

–¿Tu amiga también es de esa isla vasca?

–Isla... –Suspiró–. ¿Qué te voy a decir? Sí y no. En algunos sitios del País Vasco se puede vivir sin vivir en el País Vasco.

–¿Allí también tenéis guetos?

–Al menos sí mundos que pueden vivir sin saber demasiado los unos de los otros. Marta no entiende ni palabra de euskera. Hasta que me conoció, ni siquiera sabía que tenía apellido vasco, Arambelza. Tal y como lo pronuncia ella, ni suena vasco. Por lo visto tiene unos primos que saben euskera y, hasta que me conoció a mí, creía que hablaban euskera como podrían haber hablado en swahili. Como algo exótico e inútil. Ese malentendido no ha tenido ninguna consecuencia grave para Marta. Nuestros referentes culturales de la adolescencia han sido totalmente diferentes, eso sí. En la música, está claro. Marta escuchaba Madonna; yo, Hertzainak. Hay grupos que hemos

escuchado las dos, pero más tarde.

Xuan dibuja en un papel dos círculos y su intersección.

–¿Y cuáles son los de en medio?

–En medio están R.E.M., o los Radiohead de los noventa... Para entonces estábamos ya en la universidad. Yo en Vitoria, en el País Vasco, estudiando traducción, y Marta en París. Su madre era parisina, y ella se fue allí a estudiar. Cuando suenan en la radio canciones de esa época nos ponemos las dos a cantar. Pero esas podrían ser también tuyas.

–No, yo no las he escuchado. Yo no he ido a la universidad.

El comentario de Xuan le recuerda a Bruno. Dejó sus estudios de empresariales sin acabar, y para resaltar algún fallo de Añes, muchas veces solía utilizar un «¡menos mal que eres licenciada!». Bruno conseguía que Añes se sintiera mal por haber acabado los estudios. Como si tuviera que pedirle perdón por haber tenido ese privilegio. El comentario de Xuan no ha provocado ese efecto.

–¿Qué escuchabas tú, Bowie?

–También escuchaba a Bowie. Pero yo no soy de los que llegó a Berlín siguiendo el rastro de Bowie. –Xuan empieza a escribir en un papel nombres de grupos–. En los noventa escuchaba los que ponían en la radio, mucho hip hop. –Subraya Public Enemy de la lista–. En esa época existía la emisora Radiomulticulti, por las noches me tragaba programas sobre músicas del mundo. Todavía guardo un montón de mixtapes grabadas en aquel tiempo. También grababa en casetes música de la diáspora de Vietnam. Sobre todo, eran versiones de canciones de los sesenta, con la parte instrumental muy americana, y las letras con influencia de la chanson, muy poéticas. Predominantemente de amor, pero también políticas. –Escribe «Trinh Công So'n» y «Khánh Ly», con letras mayúsculas–. Aquellas canciones fueron mi escuela de idiomas; las escuchaba una y otra vez y escribía las letras. En los clubs bailábamos techno, eran los años del Loveparade. Pero también la época en que conocí a Leonard Cohen.

–¿Leonard Cohen? –Añes le quita el bolígrafo.

Reúne en un tercer círculo los nombres apuntados por Xuan, incluyendo en él la intersección de los círculos de Marta y ella. Escribe «Leonard Cohen» en el espacio creado en el centro de los tres. Coloca en una de las baldas el mapa musical que han dibujado entre los dos. A su lado, con su permanente, con su pinta de teniente Ripley, el retrato de la chica que se parece a Sigourney Weaver.

–A esta mujer no la mataron de un navajazo, huyó a Polonia, cuando nadie quería quedarse en Polonia. Me gustaría saber qué música escuchaba aquí, cuando vivía en esta casa.

Después de comer, Xuan y Añes van caminando hacia el

Kugelbahn. El sol derrama la última luz entre los castaños y los envuelve. Los chavales que están jugando al baloncesto y el hombre sentado en un banco se han convertido en siluetas negras. Este tiene dos bolsas de plástico amorfas a los pies; Añes lo reconoce enseguida. Le susurra a Xuan que se cruza a menudo con ese hombre y que, si no está medio dormido como ahora, suele buscar su mirada.

–No le tendrás miedo a un pobre hombre como ese, ¿no? A mí me parece una liebre asustada.

Avanzando por el paseo, los álamos relevan a los castaños. Sobre las mesas de ping-pong, botellas de cerveza vacías que el viento no ha derribado. Xuan las mete en la cesta de la bicicleta.

–Dime, Añes, ¿te cansaste de tu trabajo en París?

–No me cansé. Me gustaban las películas que teníamos en el catálogo.

–Pero ¿no se vendían? Chica, hay que sacártelo todo con sacacorchos.

–Vivía con uno de los dos dueños de la empresa y, cuando terminé con él, tuve que dejar también el trabajo.

El local llevaba dos años cerrado cuando, Laszlo, el vecino de abajo de Xuan, lo encontró en este paraje que tiene poco más que sombras y sonido de trenes. En el hueco entre las dos últimas casas de la calle, Xuan le señala el edificio con forma de pabellón. Una planta trepadora lo tapa a medias. Por fuera, la reliquia de los cincuenta no ha sufrido ningún cambio, salvo el rótulo. La fachada es de vidrio y deja a la vista una taberna reciclada. Laszlo retiró las mesas de plástico y las máquinas tragaperras, derribó todas las paredes interiores. Todos le dijeron que era un proyecto loco. Pero por las noches suele estar lleno y, ahora, ha empezado a servir desayunos los fines de semana. Por eso la ha traído Xuan aquí. Mientras comían le ha dicho que para hacer suyo un sitio, tiene que infectarlo con su presencia. Que tiene que extenderse como un virus. Si va a vivir aquí, además de cobrar el paro y de hacer traducciones de vez en cuando, anima a Añes a trabajar fuera de casa y a tener trato con la gente.

Se suben a la terracita que tiene el bar delante, aplastan las narices contra el cristal. A la izquierda se divisa una barra pequeña; en la pared de la derecha, con los ladrillos visibles, una exposición de fotos, chimenea, leña apilada en el suelo. También detrás, dando a otra terraza, vidrio de arriba abajo. Unas escaleras conducen a un sótano, a una antigua bolera. Xuan ha usado la palabra Kegelbahn, y Añes se ha hecho un lío.

–¿Cómo es KUgelbahn o KEgelbahn?

–La taberna es Kugelbahn, y a la bolera se le llama Kegelbahn. Una es bola, y el otro es bolo.

En el tramo hasta las vías de tren, terminan las casas y empiezan

las huertas. Al hedor de las ciruelas podridas que han caído al suelo, se le une el del carbón que viene de las chabolas. En el paso subterráneo bajo las vías del tren, los plásticos se entremezclan con la hojarasca, hay restos de muebles mojados, un televisor. Al otro lado, se sumergen en un túnel de hojas naranjas. A pocos centímetros de sus cabezas se juntan las ramas de uno y otro lado. Xuan también coge con una mano el brazo de Añes, y sujeta la bicicleta con la otra.

–Estos cerezos se los regaló Japón a Berlín, para que los plantaran en lo que fue la franja de la muerte –le dice.

Van cogidos del brazo, en silencio. Un tranvía atraviesa Bösebrücke, una tienda de campaña bajo el puente, entre basura. Añes acompaña a Xuan hasta la pasarela peatonal y, al llegar a la mitad, le dice que ella se quedará allí. El sol está a punto de desaparecer detrás de la colina negra de Humboldthain. Bajo la colina hay restos de guerra y dos búnkers; el más grande de ellos, en invierno, lleno de murciélagos. Añes sigue a Xuan con la mirada, hasta que este desaparece puente abajo en bicicleta. Luego se gira hacia las líneas de las vías de tren y el estruendo de los trenes le recuerda a los bramidos del mar.

8. La segunda grieta: el adiós

La espuma de las olas asciende por los pliegues de la roca que cerca la playa de Atxabiribil. Sobre el acantilado, la urbanización Sopelmar. En la inmensidad de la playa, dos paseantes que podrían ser una pareja. Van cerca el uno del otro, sin tocarse. Dos siluetas aisladas. Una, Añes, descalza. La otra, la que no es su pareja, con zapatos. Nunca me ha gustado quitarme los zapatos en la playa cuando estoy vestido. Parece que van hablando, pero en la mente de Añes el viento y los bramidos del mar tapan sus palabras, y tampoco yo sabría decir de qué hablamos en aquel largo paseo. Sé que caminamos uno al lado del otro como si nunca nos hubiéramos tocado. Con mucho cuidado de no tocarnos. Incluso con miedo de tocarnos. Y con deseo de tocarnos. Tanto uno como otro, rígido dentro de su silueta, tal y como muestra la imagen en la memoria de Añes. Y las palabras que ambos hemos olvidado se desvanecen en el aire, porque no merecen ser recordadas.

Mientras paseábamos, Añes ahogó con su verborrea la noche que habíamos pasado juntos. Me había dicho por teléfono que teníamos que hablar y fuimos a la playa de Sopelana en mi coche. Yo quería agarrarla del hombro, alzarla y zarandearla. Besarla, para que se callara. Añes diría: «pero no lo hiciste». Y avanzamos por la orilla, una descalza, el otro con los zapatos puestos. Ambos dando la impresión de ligereza, los dos tragándonos lo que realmente hubiéramos querido decir. Una cosa es la apariencia, y otra es la realidad. Añes ha caminado hace poco por esa orilla, cuando el sol estaba a punto de ponerse, y se ha cruzado con Laia Azpitarte.

Las olas voltean con fuerza las piedras de la orilla. Y los golpes entre las piedras se funden con el tren que viene por debajo del puente. Puedo percibir las piedras y los trenes trabados en la garganta de Añes.

La mirada se le va lo más lejos posible. Por detrás del puente, más allá de la estación de tren y de la colina. Ve la playa de Atxabiribil desde un alto, desde el borde del aparcamiento. El viento peina la hierba sobre el acantilado, le revuelve el pelo delante de los ojos, delante de los ojos que están clavados en la espuma rota del mar. Los ojos negros que, cuando era niña, buscaban agujeros de grillo. Aquel verano tuvo el pelo largo. Lo más largo que yo recuerde. Una melena de color castaño oscuro hasta los hombros.

El viento podría ensordecer a cualquiera, pero mi voz consigue atravesar el parapeto de Añes: «en París no tienes esto». Gira la cabeza

y estoy justo allí, a su lado, sospechando que no me ve realmente. Pero ella no se entera; al fin y al cabo, no quiere verme. No quiere oír lo que ya sabe. Responde «no seas malo, Esteban», y vuelve la mirada al mar embravecido en busca de refugio. El viento nos rodea, lo llena todo, erosiona nuestras palabras sin esfuerzo. Como si no las hubiéramos dicho, como si antes de pronunciarlas no hubiera habido voluntad de nada. Pero ahora la resaca las recupera. Y como lo que le dije en Sopelana sigue en pie, le susurro «en Berlín tampoco tienes mar». La misma manera de girar la cabeza hacia mí. Esta vez, puedo decir con absoluta certeza que no puede verme. Aunque daría sus dos ojos por poder hacerlo.

El paladar y los dientes silencian su lengua. Enmudecida, la vista se le va inmediatamente a las vías de tren, sin saber a cuál aferrarse. La vegetación entre las vías está reseca. Echamos a andar por esos áridos arbustos, después rodeamos Sopelmar por la derecha y vamos por el camino a Barrika. En el sendero seco del acantilado, aparece una gaviota muerta, desangrada y boca arriba. La muerte yace a nuestros pies y no le prestamos demasiada atención. Continuamos distraídamente por la pista que casi se pierde por completo en la densa maleza. Porque, si algo hemos hecho Añes y yo es precisamente eso, caminar juntos. ¿Cuántos kilómetros habríamos caminado juntos, así, el uno al lado del otro, desde el instituto hasta mi casa por la costa, casi a diario durante un par de cursos? Por el camino de Aixerrota, con sol o con lluvia, solíamos ir sin ninguna prisa por llegar a comer. Bajábamos hasta la playa de Arrigunaga y fumábamos uno de los cigarros sueltos que comprábamos entre los dos, el último que nos quedaba, en un banco con vistas al skatepark.

En la punta del acantilado de Barrika, las gaviotas parecen enloquecer chirriando sobre nuestras cabezas. Frente a nosotros, las ruinas de una fortaleza sobre la colina de Ustriotxe. La bahía de Gorliz a un lado, al otro, el mar abierto y el sol cayendo sobre la última línea del horizonte. Nosotros, aislados cada cual en su silueta. Una vez más, esperando a alguien que habíamos conocido hacía algunos años. Angustiados como si estuviéramos en el cabo de una costa dibujada a tiza. Con miedo de que el mar pudiera tener la fuerza suficiente como para quitarnos la tierra bajo nuestros pies. Pero justamente eso es lo que nos faltaba: una ola firme que nos librara del pesado suelo de la realidad. Uno de los dos no está dispuesto a darse cuenta de que aquella persona que espera es justo la que tiene a su lado. Y el otro, el que sí está dispuesto, no puede hacer nada. Añes cierra los ojos y el estruendo de un tren de mercancías se traga los graznidos de las gaviotas. La hilera de contenedores del tren parece interminable.

–Aquella gaviota muerta quiso decirnos que estuviéramos atentos, Añes. Fue una mensajera de la muerte.

A diferencia del primer intento, este segundo tiene la fuerza suficiente como para provocar la reacción de Añes.

–¿Eso pensaste?

–No, me he dado cuenta ahora.

Una breve vibración en el bolsillo y un estremecimiento en el cuerpo de Añes. Gira la cabeza, y cuando se asegura de que el que está tumbado en la penumbra de la tienda de campaña está dormido, abre el mensaje. Las palabras que aparecen iluminadas en la pantalla no calman su estremecimiento: «el sexo fue increíble». Aguanta la respiración. Se viste los pantalones cortos y sale a la luz del mediodía. Debe ser la voz de Bruno la que desde dentro de la tienda le pregunta adónde va, «tu vas où?». Añes le dice que va a dar un paseo, casi sin acento, «faire une promenade sur la plage». No es la primera vez que oigo el francés de Añes. Se lo oí por primera vez en el bistró de París, y me volvió loco. Decidí que Añes no debía oír mi pronunciación. Mi francés podía valer para vender parques eólicos, pero no para ganarme a Añes.

Se dirige hacia una playa que no tiene extremos. No puede llenar los pulmones de aire, están imposibilitados para hacer el trabajo de fuelle. La ahogan las bocanadas de calor apiladas en el ático de mi casa, los jadeos de nuestros cuerpos desnudos, la luz del día que estira su garra por la pequeña claraboya. Cuando llega a la orilla, con la brisa en la cara, abre por segunda vez el mensaje: «el sexo fue increíble». Las palabras que no pude decir cuando estuvimos paseando por Sopelana y Barrika, enjauladas en un teléfono. «Como para repetir. ¿Vienes?»

Sintiendo el cosquilleo de las olas en los pies, lo vuelve a leer una y otra vez. Fue el intento más directo de atraer a Añes. Rescatar la noche que pasamos juntos, «el sexo fue increíble», y el empeño de darle continuidad «como para repetir», con una propuesta muy directa, «¿vienes?». Dejé más de cien caracteres sin usar. Me quedé sin saber qué efecto tuvo en Añes aquella parca, y puede que basta tentativa. Retiene las palabras dentro de sí y las borra del teléfono.

Yo recibí a modo de respuesta que estaba en Las Landas de vacaciones con Bruno. Ahora he podido sentir el estremecimiento que le produjeron aquellas palabras cuando las succionó junto con el deseo en la orilla de la playa. Porque el recuerdo le ha producido la misma sensación corporal que aquel día. Según los vagones grises van avanzando en fila uno tras otro, mis palabras encadenadas vibran en la garganta de Añes. Sin poder salir. Quiso venir, pero tuvo a mano la excusa necesaria para dominar el deseo. Porque, aunque he podido verificar que estuvo de vacaciones con Bruno en Las Landas, considero aquella respuesta como una excusa. Añes sabe controlar el deseo, lo ha demostrado una y otra vez, por lo menos en lo que respecta a

nuestra historia.

La noche que pasamos juntos es solo explicable en la medida en que huyó al mecanismo de control de Añes. Ya que todas las veces restantes fue ella la que huyó. Sin siquiera darse cuenta.

–Entonces, es verdad que estuviste en Las Landas.

–¿Cómo que si es verdad?

Cuando consigo sorprender a Añes es cuando recibo respuestas. Hasta ahora, en forma de pregunta.

–Te escribí estando yo muy caliente. Quería que vinieras cuanto antes, ¡y no leer que estabas con Bruno de vacaciones en Las Landas!

–Te contesté que estaba pasando con Bruno unos días de vacaciones de pesadilla.

También sabe hacer correcciones.

–Sin explicar por qué eran de pesadilla...

–¿Acaso preguntaste?

–¡No quería saber absolutamente nada de vuestras vacaciones! Si eran de pesadilla, ¿por qué no recogiste tus cosas y te viniste?

–¿Y qué le iba a decir a Bruno? «Oye, este verano te he puesto los cuernos con un viejo amigo y, como fue increíble, los dos nos hemos quedado con ganas de repetir.»

–No te soporto cuando te pones cínica. Estás haciendo una caricatura de la situación.

–¿Cuál era la situación? ¿Una aventura de verano? ¿Cómo estar segura de que era el presente, y no una visita del pasado? No parecía que tú tuvieras la necesidad de aclarar nada. Eso intenté hacer en Sopelana, aclarar las cosas.

–Para mí estaban claras, Añes. Tú te marchabas. Tú tenías que tomar la decisión. Pero parece que me equivoqué. Por lo visto, necesitabas escuchar algo.

–Pensé que era una historia que tenía que terminar, no una que tenía que volver a empezar.

Lo que faltaba.

–¡Pero si no empezó nunca! ¡Pensaste que era una historia del pasado y repetiste el mismo error del pasado! En el pasado los dos éramos muy jóvenes y no supimos hacer mejor las cosas. Pero ¿en la segunda vuelta?

Después de pasar todos aquellos años sin poder quitarse el uno al otro de la mente, primero se me colgó del cuello en París, luego otra vez en las fiestas del pueblo, aceptó mis caricias en su cuerpo, se acostó conmigo y después... Después volvió a su vida. Se fue a Las Landas de vacaciones con su novio. Y desde allí, bon voyage, a París.

Añes quiere sacarse las piedras de la garganta. Quiere sacárselas, para tirármelas a mí.

–Tú nunca has elegido bien el momento. La primera vez, viniste a

pedirme que me fuera de allí contigo cuando Beñat estaba a unos pocos metros. La segunda, me propusiste que me fuera a tu casa cuando estaba de vacaciones con Bruno.

Muy lentamente, tengo la sensación de que vamos juntos, de que vamos encaminados hacia algún lugar.

–Si cuando te envié el mensaje, tú llegas a estar sola y más cerca, ¿hubieras aceptado la invitación?

Dice que sí, rotundamente. Tal vez quiere pensar eso. El caso es que no lo repetimos.

Una breve noche juntos, un largo paseo desde la playa de Atxabiribil hasta Barrika y un par de mensajes en el teléfono. Fue un verano como para estar sudando continuamente, lleno de palabras que querían decir otra cosa.

–Perdimos nuestra última oportunidad aquel verano. –Añes también lo sabe, pero justo ahora hemos empezado a calentarnos y voy a seguir–. Ni siquiera se te pasó por la cabeza quedarte en el País Vasco. Una vez más, no fuiste capaz de darte cuenta de lo que estaba pasando. Te lo ocultaste a ti misma, te lo contaste de otra manera, para no tener que tomar una decisión que se te hacía difícil. La comodidad siempre por delante.

–Me enviaste un mensaje. Eso también es cómodo, decir las cosas a través de mensajes.

–No era el mensaje más cómodo que podía haber enviado. Fui directo.

–Repetir el sexo, ¿no era eso todo lo que querías?

–Añes, ¡te tembló todo el cuerpo! Aún guardas el temblor dentro, ¿y quieres quitarle valor al mensaje? ¿Al sexo?

–Cortaste la comunicación después de mi respuesta.

Añes tiene la respiración estancada en la garganta, la mirada perdida y los brazos cruzados sobre la barandilla de la pasarela peatonal. Tiene los dedos apretados y cerrados en un puño. No sé cuánto me va a durar esta conversación.

–Si tú vas a París a seguir con tu vida, ¡yo no voy a estar mandándote mensajes! En Navidades tenías que haber llamado tú. Al mediodía estabas tomándote un café al sol en el muro de Satistegi. «¿Has estado aquí y no me has llamado?», te pregunté yo, pero tú creíste arreglarlo con un «tú tampoco me has llamado». «¿Tomamos un café?», añadiste tranquilamente.

Tuve la tentación de mandarte no a París, sino al Polo Norte. Pero ya había metido la pata antes de manera parecida, que rompió el hilo de la comunicación entre nosotros y provocó un silencio de diez años. Decidí sentarme a tu lado con una caña y disfrutar de aquel momento. Para que te llevaras a París el recuerdo de un buen rato entre nosotros. Porque al día siguiente te ibas a París. Te pregunté si

pensabas quedarte allí. Estaba diciendo «ven aquí», pero tú me respondiste que tenías trabajo en París. ¡Trabajo! Cuando nos despedimos en la plaza del metro te hice la única pregunta posible que quedaba. «¿Cuándo vienes otra vez?» Me contestaste sin mostrar ninguna emoción: «Como muy tarde, en abril».

¿Cómo nos hubiéramos despedido si llegamos a saber que no volveríamos a vernos? Aquella vez que pusimos abril como meta, no podíamos saber que era la última vez que nos veíamos. La muerte es un pájaro que vuela por encima de las palabras y de todo lo demás.

–Así, como si nada, fuiste capaz de seguir con Bruno.

–¡Qué sabes tú, Esteban!

Añes levanta los antebrazos de la barandilla, lanza al vacío el guijarro que tenía guardado en la mano, y se marcha por el puente dándome la espalda. Dejo que se aleje de mí una vez más.

9. Las andanzas de Xuan y Claire

Hasta el final de la línea de tranvía, una estación en la central, dos estaciones hacia el norte en la U-2, y unos doscientos metros en dirección al parque. Al llegar a casa, encuentra la habitación caliente y a Claire sentada frente al ordenador, le da un beso por detrás en la cabeza y le acaricia el pelo recién lavado. Saca unas pinturas del bolsillo; se las deja encima de la mesa. Claire roza las pinturas de gran calidad con los dedos que le sobresalen de los mitones.

–¡Te habrán costado un ojo de la cara!

–No pensarás que las he pagado, ¿no?

Xuan, cantando, cuelga la ropa en mitad de la habitación y a Claire le parece que el canto que llega desde el casete transporta a Xuan lejos. Lejos en el espacio y lejos en el tiempo, protegido en un doble capullo. Su habitación de Berlín es su capullo exterior, en 2009. Dentro de la misma, el capullo que crea la música, antes de que empezara la guerra de Saigón, en la década de los cincuenta.

También hoy Xuan ha salido temprano de casa, para poder nadar antes de ir a trabajar. Cuatro estaciones en la circular, dos kilómetros y medio en la piscina olímpica. Al atravesar la piscina, siguiendo la línea recta azul, los pensamientos sueltos de la mente se van cosiendo y parecen adquirir cierta linealidad. En el trabajo, ha desactivado la mente. Al salir del trabajo, ha ido a la lavandería de costumbre a lavar la ropa. Empezó cuando se le estropeó la lavadora y lleva medio año yendo allí. Es como hacer un viaje de tren. Durante 45 minutos, los kilómetros los hace el tambor de la lavadora. Se ha sentado en el banco junto a la ventana, ha sacado el cuaderno y ha estado escribiendo alfabetos con rotuladores de colores. Sigue sus pensamientos, del mismo modo en que obedece a las líneas que sus manos dibujan por su cuenta. Las líneas se interrumpen una y otra vez. Incluso Xuan mismo es una línea.

–Xuan, ¿te he dicho que me gusta mucho el alfabeto que tienes en la ventana?

–Mm.

–Pero ¿sabes qué? Que los días son muy tristes. Gris turbio.

–Sí.

–Quiero ventanas que dejen entrar la luz. Tú no estás en casa y no te enteras, pero yo me paso el día a oscuras.

Xuan deja a Claire con la ropa y sube a la cama de arriba. Dobla la caja de cartón de la letra A y la pisa con el pie. Repite lo mismo con las demás letras. Las hojas del castaño del patio caen suavemente.

Para cuando recoge la última línea tiene trece cajas bajo el pie derecho y otras trece bajo el izquierdo. Pide a Claire que le traiga de la cocina la bolsa amarilla de Ikea y un trozo de cuerda. Agrupa las cajas en dos fardos y las guarda en la bolsa.

Xuan desaparece por las escaleras del sótano con el alfabeto de cartón, las baldosas que sobraron de la ducha y la silicona. Claire le espera en el patio con dos bolsas grandes llenas de botellas vacías. Las manos se le entumecen enseguida por el frío y las introduce en las mangas del jersey. Xuan aparece llevando al hombro un armario deteriorado.

–Lo voy a arreglar. Cada vez tienes más cosas, no sé si te das cuenta.

Mientras sujetan el armario, llega Christian a casa. Lo cargan entre los tres. Christian propone a Claire que pase a tomar un vino, pero Xuan dice que tendrán que dejarlo para otro día, porque él ya tiene un plan. Claire se percata entonces de que Xuan va vestido con un sombrero de fieltro y un abrigo largo y de que, si quiere ir a algún sitio con Xuan, ella también tendrá que vestirse con distinción.

Para cuando se presenta Claire, Xuan ha apilado ocho grandes bolsas de la compra en el patio. Viene vestida de dama del villano. Envuelta en un abrigo atado a la cintura, mechones rojizos caen de la boina hacia ambos lados del rostro, guantes de cuero sujetando un cigarro. Se dirigen hacia el supermercado con cuatro bolsas cada uno colgando del manillar de la bicicleta.

–Claire, ¿has echado un polvo con Christian?

–¿Tanto se ha notado?

–¿Qué? ¿Lo habéis hecho ahora? Lo preguntaba en general, a ver si alguna vez... pero claro... ¡qué suerte tienes!

–Tú y yo, en cuestiones de sexo, somos más parecidos de lo que tú te crees.

Se ríe. Xuan quiere dar un codazo a Claire y las bicicletas que empujan como mulas de carga, pierden el equilibrio.

En los escalones del supermercado, en negro, pone: «Realität abschaffen».

–¿Qué significa «abschaffen»?

–Invalidar, anular, borrar.

El golpe del supermercado ha merecido la pena: con el dinero recibido a cambio de las botellas vacías recopiladas en los últimos meses, van a cenar al Sasaya. Al final del día, este es el cuadro que han dibujado las líneas de sus idas y venidas: Claire y él en un restaurante japonés repleto de gente, sentados en una mesa baja junto a la ventana, cenando sushi.

–Así que has sido discreta. Dime, señorita Parker, ¿de qué manera somos tú y yo parecidos en nuestros comportamientos sexuales?

–Para tener sexo, buscamos sexo, sin intenciones ocultas.

–Sin embargo, no lo hemos buscado el uno con el otro.

–Porque entre nosotros hay algo diferente. En cualquier caso, no sabía que también te interesaban las mujeres...

–¡No serías la primera! Pero sí, tenemos algo diferente. Y no es mi estilo mezclar una cosa con la otra. El sexo debe ser limpio, puro. De ahí vienen, por cierto, mis dificultades para encontrar pareja, cariño.

–¿No follarías con tu pareja?

–En mi relación ideal, no. El sexo, solo fuera de la pareja.

–¡No me parece un mal trato!

La dueña del Sasaya, Kaori, les interrumpe la conversación. Se arrodilla al lado de Xuan y se saludan con una reverencia. Les ofrece sake a cuenta de la casa y Xuan la invita a quedarse con ellos en la mesa. Así se entera Claire de que Xuan ayudó a hacer los muebles de la cocina y del comedor hace algunos años, cuando trabajó como ayudante de un carpintero.

–¿Qué no has hecho tú, Xuan?

10. Los vecinos de Añes y el señor Kappe

Añes ha acudido con miedo a su primer día de trabajo. Oía la voz de Bruno dentro de ella. Que si iba a romper algún vaso, que si se le iba a caer el sirope encima de alguien, que si se iba a dejar la cartera olvidada en cualquier sitio. Laszlo ha silenciado esa voz al recibirla con su sonrisa, las mejillas alzadas hasta casi taparle los ojos. Laszlo lleva el pelo peinado hacia atrás, cuando cruza sus gruesos brazos en el pecho tiene pinta de entrenador de boxeo. La pose no le dura mucho, necesita sus manazas para trabajar. Como la cocina esta justo detrás de la barra, controla en todo momento cómo se comen sus pancakes y sus tostadas. Añes recibe buenas propinas, y Laszlo le dice que vuelva el próximo día.

Añes entra en casa y al poco rato sube Max con una bolsa llena de ropa sucia y una tetera de hierro. Pregunta si le deja usar la lavadora y le ofrece té verde a cambio. Para cuando dice «si no te importa, claro», ya se ha sentado en la silla azul de la cocina.

–¿Llevas mucho tiempo viviendo en esta casa? –pregunta Añes.

–El que más años lleva en la parte delantera de la casa soy yo. Quitando al de la limpieza, claro, pero el señor Hartmann no vive aquí, viene una vez a la semana a limpiar. Su vivienda del bajo está vacía. Vacía, es un decir, claro, ¡la tiene hasta arriba de trastos!

–¿Y también conoces a los demás?

–A algunos sí. En el primero vive un señor ruso, lo pasa mal si tiene que hablar alemán. –Añes comprende ahora por qué no ha conseguido nunca sacarle una palabra–. Tiene un hijo de mi edad, viene muy pocas veces a visitarle. El físico deprimido del segundo lleva un par de años aquí, vive sobre todo en su despacho de la universidad.

–A ese sí le he conocido.

–Otro del segundo tiene una cerrajería, vino aquí cuando le echaron de casa. Las dos mujeres de mi piso son artistas. Una es sueca, y solo pasa aquí unos meses al año.

–Entonces, además de ser el que más años lleva aquí, también eres el que le da vida a la casa.

–Sí, ¡porque si llegas a conocer al pobre hombre que vivía aquí antes que tú!

–¿El señor Kappe? –Añes había empezado a preguntar con la intención de llegar a este punto. No se había imaginado al señor Kappe como un pobre hombre.

–El nombre no lo sé. Al final, como no pagaba el alquiler, lo echaron. Tuvo a la policía detrás más de una vez, yo creo que por una

temporada ni apareció por aquí. Y cuando apareció, se lo llevaron. Un pobre hombre. Hacía sus idas y venidas en absoluta paz; traía sus cervezas y llevaba las botellas vacías. Su alquiler lo pagaría el Estado y ¡vete a saber por qué dejó de recibir ese dinero!

–En el edificio de atrás vive también una alcohólica; una mujer cariñosa. Es la más habladora de todas, ¿verdad?

–Ah, sí, ¡las mujeres de detrás! Esas viven aquí antes que yo. ¿Te has dado cuenta de que la más obesa vive abajo y a medida que van subiendo pisos pierden un poco de volumen? La que dices tú tiene que subir las escaleras hasta el tercero...

–Y cargada con la caja de cervezas...

–¡Eso ayuda a mantenerse en forma! –Max sonríe con malicia–. En el último piso entró una pareja joven, pero no sé si van a durar mucho aquí. A lo sumo, hasta que se queden embarazados.

El programa corto de la lavadora es de diecisiete minutos. Max recoge sus cosas con prisa, después de explicar que a la tarde tiene que acudir a cuatro citas.

Añes observa las ventanas del edificio de atrás por la ventana de la cocina. Ve poco a la mujer del tercero, porque siempre tiene las cortinas cerradas. Cuando se encuentran en el portal suele estar bebida, con la lengua floja, y siempre le habla con cariño. En la ventana del segundo piso ve con frecuencia a una mujer preparándose delante del espejo. Envuelta en la toalla y acercando el espejo, se depila el vello facial, se maquilla. La pareja del cuarto suele cocinar junta. Añes se los imagina hablando de lo que ha pasado durante el día. El hombre friega con unos guantes de goma verdes. ¿Tendrá algún problema en la piel? ¿Alergia al jabón? Una vez Añes los vio desde el balcón delante del portal, plantando bulbos de tulipán en el alcorque del árbol que siempre está rodeado de excrementos de perro. Toda la calle está minada. Añes odia a un señor que acostumbra a salir del portal del al lado en chándal con cuatro perros. Anda con dificultad y se apoya en la pared entre su portal y el de la casa de Añes. Enciende un cigarro y suelta la correa. Le ha visto muchas veces hablando con la señora Clausen. Añes no sabe quién reparte las migas de pan alrededor del árbol, pero sospecha que puede ser la señora Clausen. Las palomas que oye desde la cama la vuelven loca con sus arrullos desconsolados y le llenan el balcón de caca.

Añes se sienta en el colchón colocado sobre el suelo de madera. Con la espalda apoyada en la pared blanca, las rodillas recogidas y rodeadas con sus brazos. Le gustaría saber si el que escribió la carta en la pared de atrás y el que se llevó la policía por no pagar el alquiler son la misma persona. Si ese hombre era el señor Kappe, o si eran dos, si Kappe era el nombre de uno de los dos. Dejó la carta sin firmar.

Siente en la espalda el hormigueo de aquellas palabras que borró

con Marta. Palabras de seis patas dándole pequeños pellizcos en la espalda, el miedo que tenía aquel señor a la soledad y su arrepentimiento tardío extendiéndose como un veneno. Se le ocurre que, cuando su mujer se largó a Polonia, se sintió totalmente perdido y se aferró a la bebida, que aquella carta la había escrito borracho, pero que, seguramente, ya bebía demasiado desde antes. Considerando que el que estaba casado con la polaca y el que se llevó la policía eran el mismo hombre, Añes secuencia cómo aquel hombre, al alcoholizarse, perdió su trabajo, y acabó tocando fondo. Y acto seguido pone en duda su razonamiento. ¿El señor Kappe era ambos, uno de los dos, o tal vez un tercero? Sopesa esta última posibilidad. Tal vez, el señor Kappe fue quien tapó la carta de la pared con papel y lo pintó de rojo, y luego su sucesor no se tomó la molestia de cambiar la placa de la puerta. Podrían ser tres hombres que vivieron sucesivamente en esta casa.

La pared que tiene enfrente le devuelve la sombra difusa de otra persona, como si fuera un falso espejo. Alguien sentado en la misma posición que ella, pero sin poder sostenerse, con la cabeza abatida sobre las rodillas. Alguien que está durmiendo la mona. Tiene miedo de que ese que está a unos cuatro pasos al otro lado del cuarto despierte de su cogorza y, abriendo sus ojos de sapo, la ataque. Le parece que tiene el pelo mojado y que va a levantar la cabeza, que le dice con lengua de trapo «tú estás aquí porque yo estoy en la puta calle».

11. Grietas para el sexo

–Añes, soy yo –le digo desde el otro lado de la habitación al levantar la cabeza. Mi voz es un gran alivio para ella, un refugio en esta estancia llena de extraños.

Pero, quien ella quisiera tener como refugio se encuentra al otro lado de la trinchera. Apoyamos nuestros cuerpos contra la pared, cada uno desde su puesto, midiendo la distancia. La frontera es invisible. «Insuperable», piensa Añes. Los cinco metros escasos que tiene el ancho de su habitación son infranqueables, son como un campo que no protege en el frente de una vieja guerra. Hasta que, haciendo caso omiso del peligro de explosión, los coches empiezan a circular en las dos direcciones. Añes interpone la autopista de París entre nosotros. Y se lo tengo que agradecer, porque no estoy con ánimo de guerra.

París, unos diez metros entre nosotros, ruido de tráfico y una lluvia pertinaz de primavera. El semáforo está en rojo, pero ambos sabemos que va a cambiar. Igual que lo saben todos los demás que están esperando, por supuesto; pero nosotros vamos a salvar una distancia de años cuando cambie. Aunque sostengo la cartera sobre mi cabeza, la lluvia me chorrea por las sienes y por el pelo de la frente y se desliza por mi nariz. Después de tanto tiempo sin vernos, esa es la pinta que tengo cuando nos encontramos en París. Pero el estremecimiento que sentimos Añes en un lado y yo en el otro, deja en un segundo plano la lluvia y todo lo demás.

Cuando el semáforo se pone en verde, Añes cruza la calle y se me cuelga del cuello en un abrazo. Añes retiene esa imagen algo más de lo que realmente duró. Y si alguien se nos quedó mirando, vería dos personas empapándose bajo la lluvia de mayo.

–Mira, Añes –le digo–, la única ducha que nos hemos dado juntos.

Porque me ha recordado que, aquella noche, en el hotel, me metí solo a la ducha.

Añes da un salto en el tiempo y alarga el de París con otro abrazo. Un abrazo más normal, más normal porque es posterior al de París, al menos tiene aspecto de normalidad. En cualquier caso, dos amigas de Añes nos están observando en el aparcamiento del Puerto Viejo. Una, Maider Azkorra, no conozco el nombre de la otra. Es el tercer día de fiestas, que fue el primero para mí, el viernes. Yo soy el que se acerca a abrazarla. Entonces no escuché los murmullos de sus amigas, pero ahora en la cabeza de Añes se entienden fácilmente: «¿Qué ha sido eso? ¡Llevan mil años sin decirse ni una palabra!», dice Maider, y aquella cuyo nombre no conozco añade: «¡llevará un ciego que no

veas!». Ahora soy yo el que no se lo cree; ¿las amigas de Añes no sabían que nos habíamos encontrado en París? Por el contrario, mis amigos simulando naturalidad, bien entrenados en ser discretos, ellos, que nunca hicieron comentario alguno sobre el mutismo entre Añes y yo; ni preguntas, ni bromas, ni provocaciones. Ya habíamos estado antes en una situación similar: Fiestas del Puerto, nosotros dos entre la gente, los amigos de ambos espiándonos. Pero esta vez todos se retiran. También nosotros empezamos a caminar, nos alejamos del espacio donde están las txoznas y la gente, las puntas de mis dedos buscan los suyos. Cuando ya no hay nadie alrededor, Añes se para, y tal como hizo en París, se me cuelga del cuello en un abrazo. Detrás de nosotros se oye el mar, y Añes deja que mi voz resbale por su oído sin recelos, «podría pasarme así toda la noche». La mezcla de espuma y vibraciones que ha emergido de mi cuerpo se extiende por el suyo. Dije «toda la noche», como podría haber dicho «toda la vida».

–Echamos a perder nuestra primera oportunidad en unas Fiestas del Puerto. La segunda fue un auténtico privilegio, una señal.

–Quién sabe –me responde Añes desde el otro lado de la frontera–. La condena final.

No permanecimos de pie. Estamos sentados en las rocas del final del muelle mientras las olas rompen contra el acantilado de Usategi. Igual que una roca se ajusta a la forma de otra, nuestros cuerpos buscan la postura para tocarse la mayor superficie posible de piel. En esa búsqueda mis manos se deslizan bajo la camiseta de Añes. Ahora mismo me gustaría hacer lo mismo, pero estamos sentados cada uno contra una pared de la habitación. Aunque podría intentar salir de mi trinchera y pasar a la suya, voy a resistir un poco la tentación; no quisiera interrumpir ahora que, justamente, estamos llegando a la tregua más prolongada entre nosotros. Porque Añes me preguntó «¿vamos a tu casa?». Como quien pregunta al que está tumbado al lado en la playa «¿vamos al agua?». Y ahí vamos, como dos niños que van corriendo a la orilla, ansiosos por meterse entre las olas, cogidos de la mano, subiendo por el borde de los acantilados la pendiente de Usategi.

Las ropas pringadas de cerveza y sudor repartidas por los bordes de la cama. Los cuerpos desnudos, mojados y ofrecidos el uno al otro sin malentendidos. Estamos fuera de las coordenadas espaciales y temporales. Estoy de acuerdo con la versión de Añes.

–Parecía que íbamos a continuar así para siempre, ¿verdad? Pero cuánto duró, ¿unas tres horas en total?

Añes calla. Sé muy bien que medir el tiempo no vale para explicar lo nuestro. La única respuesta de Añes a mis intervenciones hasta el momento ha sido concluyente: «quién sabe, la condena final».

–Como tú dijiste, fue como para repetir. Pero no lo repetimos.

–¿Hubiese sido suficiente con una vuelta más?

Decido romper las posiciones: levantarme, cruzar la frontera. Busco su cuerpo al otro lado, lo despierto con caricias. Se humedece. Una sensación totalmente real. Disfruta con mi presencia al sentir mi peso sobre ella. Pero el cuerpo se le vuelve rígido cuando la mente le recuerda que estoy muerto. Añes, ¿qué importa eso ahora? Se convierte en un conflicto entre la mente y lo que siente el cuerpo. Mi reto, comunicarme desde el otro lado con el cuerpo de Añes. Aunque me esfuerzo al máximo, ella pone en duda lo que siente. Siempre ha sido así. La noche que pasó en mi casa fue la excepción. Ahora, solo a ratos consigue creerme lo más difícil, para que podamos estar juntos una vez más. Esta ha sido la última oportunidad. La última, después de la última. Es irónico, porque es Añes la que me dice: «no te vayas».

12. Intermezzo

Claire, sentada a la mesa de la única habitación de Xuan, dibuja tejidos que producen el efecto de finos relieves. Las estructuras arremolinadas que llenan la blancura del papel y los cuerpos divididos en anillos, van tomando forma capa a capa. Línea a línea, cubre con manchas las membranas y las conchas de los animales. La luz del día está a punto de apagarse y las manos de Claire van hábilmente de un extremo al otro del papel recogidas bajo la bombilla de la lámpara de mesa.

Coloca un reptil en la parte inferior, arrastrándose. Le da los últimos retoques, apaga la música, se levanta y se mira en el espejo. Con un gesto rápido se suelta la melena que llevaba descuidadamente recogida en una coleta alta, y el cabello rojizo cae formando una cresta rizada a lo largo de su espalda. Se quita los mitones y los deja sobre la mesa. Abre con un empujón la puerta de la casa de Christian, y se adentra zigzagueante en el pasillo, dando suaves pasos con sus gruesos calcetines. Aunque va vestida con calentadores y jersey largo de lana, siente su cuerpo a punto de explotar en un estrecho vestido cubierto de un vivo plumaje.

Christian le da la espalda desde el escritorio lleno de facturas y presupuestos. Claire desliza sus manos inesperadamente por los hombros de Christian y, desde allí, dejando de lado toda precaución, las dirige a su entrepierna. Mientras frota la tela de los pantalones nota el calor a medida que el miembro blando se va hinchando. Al mismo tiempo picotea juguetona el cuello con la punta de su lengua, y deja que Christian disfrute de la sensación de sentirse rodeado. Christian se libera alzando los brazos, se incorpora y agarra a su atacante de la cintura, levanta su cuerpo ligero y lo lleva en volandas hasta la cama. Se desvisten mutuamente, ansiosos por sentir el contacto de sus pieles. Las plumas se esparcen por el suelo. La última queda atrapada entre los dedos afilados de la mano de Christian; las bragas blancas de algodón resbalan por las piernas de Claire. La frontera entre los dos cuerpos se hace resbaladiza. Las manos de Christian se enredan con la melena rojiza de Claire, y las manos de esta se mezclan con el vello corporal de él; sus labios chupan sus pezones, sus muslos aprietan sus glúteos; la lengua pegajosa de Claire entra en la boca de Christian, su vulva baila siguiendo el ritmo de la cadera de este. Caricias que suavizan las diferencias. Christian tiene los ojos cerrados, se queda muy quieto dentro de Claire, y le pide que se calme. No dicen ni una sola palabra mientras se arrastran entre las

sábanas y follan, solo se escuchan jadeos. En el rostro pálido de Claire, mientras palpitan sus párpados semicerrados y sujeta entre sus manos la cabeza de Christian, se asoma un gesto de sorpresa cuando, por primera vez, percibe la nariz de Christian ligeramente curvada hacia abajo, y le parece un poderoso pico. Antes de iniciar el vuelo hacia arriba agarrados el uno al otro, le clava los dedos en la espalda como si fueran garras. Al llegar a lo más alto, y después de una sucesión de temblores, el cuerpo de Claire cae sobre el de Christian. Se sueltan todos los miembros de sus cuerpos que estaban enlazados. Completamente satisfechos, dejan que el sueño se apodere de ellos en la habitación a oscuras.

Cuando Christian se levanta para ir a recoger a su hija de la escuela de música y llevarla a casa de su madre, Claire se despierta. Vuelve a la cocina de la casa de Xuan y prepara una crema de calabaza para cenar.

13. Grietas en París

En el edificio de atrás, la pareja del último piso está en la cocina. Si miraran hacia la ventana de la cocina de Añes, la verían sola. Añes empieza a hacer la masa para los crepes con el último huevo que le queda en la nevera.

Una tarde que no hemos mencionado nunca. Llega con el sonido de la lluvia, igual que llegó en París. Quiero a esa Añes. Está diluviando. Los zapatos mojados, las salpicaduras de los coches, un manto de lluvia y, entre nosotros, el silencio de los últimos años. Como si fuera la cosa más normal del mundo, Añes cruza la calle y me abraza. Nadie lo ha oído, pero dos porciones de tierra que iban a la deriva acaban de chocar. Al liberar la tensión acumulada durante años, un terremoto de muchos grados nos planta en la misma isla. La distancia la impuse yo y Añes la ha deshecho con ese abrazo.

Pero, si he de decirlo todo, cuando terminaba la tarde y había empezado a escampar, yo iba camino al hotel arrastrando los pies por los charcos.

La lluvia cae torrencialmente al otro lado de la ventana. Añes y yo estamos sentados a la mesa pequeña de un bistró, muy cerca el uno del otro, tan apretados como para caber bajo un mismo paraguas. Los ojos negros de Añes van desde el mechón de pelo mojado que tengo en la frente hasta el botón suelto del puño de mi camisa. Su mirada repta por mi piel. «Sabía que vivías en París», le confieso. Juego con las cartas al descubierto. «Cuando tengo que venir a currar a París –le digo–, se me pasa siempre por la cabeza que voy a encontrarme contigo.» Añes afirma con la cabeza. Dice que a ella también le pasa, que cuando va a visitar a sus padres piensa que voy a entrar en el mismo vagón del metro o que me va a ver en la cola del supermercado. Que tenía que pasar. Añes resume enseguida nuestras matemáticas, seis años sin hablarnos, más cuatro sin vernos siquiera: diez.

Entre nosotros, nada más que una pequeña mesa de un bistró. Los brazos sobre la mesa, por poco enlazados. Tenemos los pies sobre el mismo pedazo de tierra y nuestras rodillas se tocan. El subtexto de la conversación se encuentra en esas pequeñas piezas. «¿Cómo fuiste capaz de actuar como si no me conocieras?» La palabra orgulloso cae lentamente entre nosotros. «¿Orgulloso? Lo pasé muy mal.» Quienes están sentados en aquel bistró de París no son ya los adolescentes que se hicieron daño mutuamente. Son los almacenes de su memoria. «Quién sabe, Añes, puede que incluso si hubieras venido a pedir

explicaciones, te hubiera mandado a la mierda.»

–Sentí la emoción de cuando acabas de conocer a alguien –le digo ahora, en la mesa de la cocina de Berlín–. Y, a la vez, todos tus gestos me eran conocidos. Todas las sonrisas posibles, todos los movimientos de los ojos y las manos. Conocidos y desconocidos. Contigo siempre ha sido así. En París tuvimos la ocasión de dibujar una nueva costa. Pero tuviste que subrayar que nuestro montículo no era más que una pila de barro. Al despedirnos. Porque siempre llegamos a las despedidas, Añes. «¿Me ha gustado mucho encontrarme contigo?» Cobardes. Destructoras. Mi hotel estaba allí mismo, pero no viniste conmigo.

–Vivía con Bruno. ¿Qué esperabas?

–No pude dormir ni fumándome toda la china que tenía en el hotel. ¿Tú dormiste bien junto al tal Bruno? Con cada calada que le daba al porro quería inhalar hasta los pulmones todos esos gestos conocidos. Sintiendo que había vuelto a encontrar a alguien del pasado y, al mismo tiempo, sintiendo que había conocido a alguien. En cambio, tú no ibas a dejar que esa tarde pusiera patas arriba tu vida.

–¡Hacía tiempo que mi vida estaba patas arriba!

Añes lleva el plato al fregadero. Me he colado en su cocina para no dejar a Añes sola con sus crepes. Pero entre nosotros los momentos que empiezan dulcemente acaban mal. Sale al balcón y enciende un cigarro. La mujer del edificio de enfrente también está fumando en la ventana. Copos de nieve entre las dos. Manchas blancas en la oscuridad. Cuando creía que había perdido del todo a Añes:

–No ha sido por capricho. No tenía fuerzas para dar más de medio paso.

El viento encrespa el mar. «En París no tienes esto.» Palabras que atraviesan el vendaval. Agitan el interior de Añes.

14. Claire se va

En la ventana del tren, la cara de Claire se mezcla con la ciudad con la transparencia de un fantasma. A Xuan el día de ayer le parece lejano. Estaba hablando con Christian entre puerta y puerta. El sonido de las botas de Claire subiendo por las escaleras. «¡He comprado un billete de avión para Túnez! –les anunció–, para mañana por la mañana.» Les dejó de piedra. «No estaba planeado quedarme tanto tiempo en Berlín. He decidido que, por una vez, voy a pasar el invierno al sol.»

Xuan y Claire se han tirado hasta las tres de la madrugada sentados junto a la calefacción terminando el dibujo de Claire. Los signos que ha añadido Xuan parecían letras, sin serlo. Se los ha tatuado a los animales en la piel, bajo las alas, en las zarpas. Después, ha preparado unos fideos chinos instantáneos en un recipiente con agua hirviendo, con un puñado de gambas congeladas y cebolleta picada. Ha salido a comprar una botella de whisky, «para brindar por todo lo que vamos a acabar hoy». Una de las consignas de Xuan es que el alcohol no ayuda a olvidar, sino a conservar.

–¡Brindemos! Contigo, Claire, he tenido ganas de celebrar algo todos los días. Esta ha sido la primera vez que he vivido con una mujer. Quitando a mi madre y a todas las madres de custodia, claro.

–Yo no tengo quejas. Eso sí, me quisiste echar de casa el segundo día.

–Sí, sacaste mi mejor versión.

Xuan se puso fino después de la primera noche que pasó Claire en su casa cuando, por la mañana, encontró charcos y un montón de ropa alrededor de la ducha. Que en casa no tenían sirvienta, y si no era capaz de cuidar de sus cosas, que empezara a buscar otros sitios. Que ser amiga de Susan no le daba derecho a acampar a sus anchas.

Cuando volvió del trabajo, lo último que esperaba Xuan era encontrarse a Claire en casa. Menos aún que Claire tuviera un pescado a punto en el horno. Cuando le dijo que quería volver a empezar, Xuan se ablandó. En vez de exteriorizar eso, le dijo «huele a quemado». Después de aquella cena que soportaron sin ataques, pero sin treguas, Claire tenía la intención de hacer la maleta.

A la mañana siguiente, inesperadamente, Xuan le propuso ir a la Galería Nacional. Allí, en la exposición retrospectiva de Sugimoto, hicieron las paces rodeados de fotos en blanco y negro. Un oso blanco mirando a su presa, una manada de lobos cazando, un cóndor al acecho desde lo alto de un barranco. Era admirable el efecto que

lograban las fotos que Sugimoto había sacado a los dioramas de animales en los Museos de Ciencias Naturales. Hacían parecer real lo que originariamente era absolutamente artificial. Parecía que los animales disecados estaban en su hábitat natural, muertos y vivos al mismo tiempo. Claire encontró en aquella serie de dioramas los temas sobre los que dibujaría en Berlín: aves y reptiles, belleza y dolor, concreción y alucinación. Y, lo más sorprendente, aquella exposición marcó lo que sería el leitmotiv de la relación entre Claire y Xuan. Lo difuso de la frontera entre lo real y lo simulado.

–Pensé que eras un extremista intolerante. Has demostrado lo contrario en la mayoría de las cosas. ¡Y has mimado muchísimo mi estómago!

–¡Tenía la intención de rellenar un poquito tus glúteos! Apenas lo he conseguido. No necesitarás reservas para el invierno de Berlín, pero también te vendrán bien para el desierto de Túnez.

–Me has seducido, totalmente.

–Oye, las cosas que se aprenden de una madre dan su resultado. ¡Brindemos también por mi madre!

–En todo el tiempo que he pasado aquí, no he descubierto ninguno de esos largos pelos negros en tus sabrosas sopas, ni en el desagüe de la ducha, ni en el lavabo. Para mí es un misterio cómo lo consigues.

–Guardemos entonces el misterio. –Levantando los vasos y dando otro pequeño trago–. ¿Claire, y lo de tu divorcio?

–¡Eso no tiene misterio! Me casé sin pensarlo mucho. Tú y yo hemos hecho las cosas al revés, pero, normalmente, todos los comienzos suelen ser buenos...

–Sí, luego llegan las fritangas...

Claire apura la copa de un trago largo.

–No pensé que corría mucho riesgo. Si salía mal, me divorciaría y punto. No conté con el riesgo a largo plazo: igual no me vuelvo a enamorar.

Para cuando Claire se metió en la ducha, después de guardar en la maleta toda la ropa de verano, eran ya las cuatro de la mañana. Volvió a la habitación envuelta en una de las toallas de Xuan, para vestirse al lado de la calefacción. Dejó que la toalla se deslizara al suelo delante de Xuan. Desnuda, su piel suave dejaba al descubierto sus finos huesos. Sus tetas, del tamaño de la palma de la mano, parecían tan indomables como una mirada provocadora. Xuan acercó sus manos de whisky a la curva de la cintura que se dibujaba en el aire. Se puso las bragas sin prisa, los calcetines, el vestido blanco, las botas altas de ante y el abrigo.

A las cinco de la mañana, han arrastrado la maleta sobre la nieve hasta la estación de tren. Se han sentado el uno frente al otro en la línea circular. Un viaje de despedida de 38 minutos y quince

estaciones.

–Si hubiera comprado dos billetes, ¿habrías venido conmigo a Túnez? –le pregunta Claire después del minuto veinte.

–¿Y qué haría yo allí, cariño?

–Cogeríamos un coche y viajaríamos.

–Sí, y atracaríamos algunos bancos...

–Si llego a traer un segundo billete, ¿vendrías?

–No, Claire. Te diría que tengo que avisar con tiempo en el trabajo, que tengo que buscar a alguien para pagar el alquiler de la casa...

–Tu trabajo no te preocupa nada. ¿Dónde queda tu movilidad?

–Soy móvil, pero necesito organizar las cosas.

–¿Acaso no sueles entrenar, para tener práctica cuando hay que solventar las cosas rápidamente?

–El entrenamiento no es para dejarlo todo tal cual de un día para otro. Sino para salir adelante sin ponerse nervioso cuando se van acumulando las cosas.

–Entonces, ¿no vendrías?

–Si me lo llegas a preguntar con un poco de tiempo...

–No, entonces sí que no vendrías.

–¿Qué estás haciendo, Claire? ¡Tú no quieres ir a Túnez con nadie!

Los últimos minutos corren, junto con la ciudad que pasa por la ventana. Llegan al aeropuerto a las seis de la mañana. Toman el té que lleva Xuan en el termo antes de pasar el control de seguridad.

–En cuanto tú te vayas, dejaré de ser Clyde Barrow. Nunca he tenido la ambición de ser un gánster –dice Xuan al despedirse.

Cogiéndole de las dos manos, Claire le da un beso.

–Cuando quieras, podemos seguir en Nueva York con la convivencia de Berlín.

Desaparece por la puerta del control con su vestido de lino sencillo y ligero.

De camino al trabajo, Xuan ve aclararse el día por la ventana del tren. El sol rompe las tonalidades del gris. Y siguiendo al sol, las grullas vuelan en líneas oblicuas. También ellas van camino a África. Claire le ha dejado una dirección de Nueva York para que envíe a una galería de arte el dibujo que han hecho juntos. Xuan aprieta en la mano una bolsa con las botas, los calcetines y el abrigo que se ha quitado Claire en el baño, porque en Túnez no los va a necesitar.

15. Marta pierde el sueño

Al anochecer, y cada vez anochece antes, las ventanas se iluminan. Ojos que se abren y se cierran; unos se van, otros vienen. La ventana de Añes brilla tenuemente. Tiene una pequeña lámpara de mesa abajo, junto al colchón. Las paredes desnudas y las ventanas sin cortinas. Ve cuatro ventanas iluminadas en la casa de enfrente. Ya se le hacen conocidos los diferentes tonos de esas luces. Pero la vida dentro de cada ventana sigue siendo una incógnita. Cuatro ventanas, cuatro enigmas.

Suena el teléfono y Marta habla al otro lado:

–¿Llamo en un mal momento?

–No, ¿qué pasa?

–¿Puedo dormir en tu casa? Nos hemos enfadado.

–Cómo no.

Añes introduce más carbón en la calefacción y se queda esperando a Marta. Después de una discusión, Añes solía quedarse junto a Bruno sin poder dormir. En el último año de la relación huía a una esquina de la cama, incluso aunque no hubiera habido discusión.

Marta, con paso de sonámbula, atraviesa a oscuras el parque que divide los dos barrios. Sube por la pasarela peatonal y gira a la izquierda en el puente, entre la urbanización de cemento y el campo de fútbol, hacia Wedding.

Vestida con un camisón de Añes y un par de calcetines, Marta se tumba junto a ella. La música que llega desde la vivienda de abajo se mezcla con las palabras apagadas de las dos amigas.

–Martin se pasa el día fuera de casa. Luego viene cansado, pero yo le digo que necesito hablar con alguien. ¡Y va y me dice «ahora tu amiga vive aquí»! ¡Como si así delegara una tarea que le parece desagradable! También me echa en cara que le controlo, que siempre le estoy preguntando dónde ha estado. Pero es que ¡para cuando llega es ya tan tarde! No sé, Añes, yo nunca he sido así. ¿Serán las hormonas?

Una puerta se cierra, el vecino de abajo apaga la música. La sirena de los coches de policía. Un viento revuelto sacude las ramas de los árboles desnudos y un pedazo de carbón se desmenuza en la calefacción. Marta pone sus manos sobre el vientre redondo que imagina lleno de hormonas. ¿Le habrá cambiado el carácter el habitante desconocido del interior? Ese estado continuo de preocupación, que es casi un estado de alerta, ¿es tal vez para proteger a este otro? O, es que, al fin y al cabo, ¿el otro no ha hecho

más que sacar a la luz la neurosis que llevaba guardada muy adentro? Marta se siente desorientada, no sabe desde dónde observarse a sí misma. Habla con los ojos cerrados.

–Martin le da la vuelta a todo, y me quedo sin asideros. –En el silencio, se puede ver la perspectiva de Marta precipitándose en un espacio sin fondo, y sin chocar contra nada–. Estoy dentro de un caleidoscopio. Mi imagen se refleja en muchos fragmentos, son demasiados y no puedo saber cuál es real y cuáles son solo variaciones que ha creado esa estructura perversa. Me siento en una trampa, Añes. Me gustaría romper todos los espejos de un golpe. –Añes pone su mano sobre el vientre de Marta, como queriéndolo proteger de los afilados cristales. Tiene el vientre tenso–. ¿Sabes qué, Añes? Nadie me toca la barriga. Si se lo pido a Martin, me dice que eso es algo que no hay que forzar. Y tiene razón. Todos los demás parece que temen invadir mi espacio íntimo. A nadie le sale un gesto cariñoso. –Toma la mano de Añes y la guía a través de la cumbre–. Está muy quieto, como si no quisiera molestar.

–Estará dormido.

–A veces, me parece que tengo la tripa vacía. Que no es más que un globo pesado.

–Pues a mí me viene la imagen de una pecera de vidrio. La de la película de Agnès Varda, ¿te acuerdas?

–Añes, ¡pobre bebé!

–Pero veo la pecera llena de agua, y la paloma está nadando.

–Vaya, sigue siendo surrealista...

–Tú qué crees, ¿que cuando filmó L'opéra-mouffe, Varda también se sentía extraña?

–Extraña no lo sé. Los amantes parecían estar divirtiéndose. Pero ¿los rostros de la gente de la calle? Los que están haciendo la compra en el mercado y los borrachos... tienen un aire espectral.

Primero en la cabeza de Marta, luego en la de Añes, en blanco y negro: Una Agnès Varda joven, que sería de su edad, embarazada, decidiendo dónde colocar el trípode en la calle Mouffetard de París. Buscando la perspectiva. Subida a una silla plegable para poder mirar a través de la cámara. Y tan cerca de la casa en la que ellas vivieron. Bajando por la Avenue des Gobelins, hasta lo que quedó de la calle Mouffetard, diez minutos escasos. Añes dice que le daría la mano a esa mujer, su tocaya, para ir a cualquier lado, igual que se la dio a Marta cuando esta, en pleno verano, la llevó a ver el ciclo de Varda.

–¿Te llevé yo? ¿De la mano? –Marta levanta la voz.

–¿Quién si no? ¡Estaba yo como para ir sola a algún lado! No sé si lo hiciste a propósito o no, pero Varda fue terapéutica para mí.

–Yo solía ir solamente para estar al fresco sentada en la oscuridad...

–¡Claro que sí! Por eso dábamos un paseo de media hora por la

tarde, bajo un sol de justicia, para ir hasta Bercy.

–¡Para apreciar mejor el aire acondicionado del cine!

A oscuras, con sus risas, recuerdan el asfalto reblandecido por el bochorno y las interminables conversaciones nocturnas sentadas en el balcón de cuando se conocieron. Para que tengan también un lugar en el invierno de Berlín. Los vapores de los recuerdos se detienen como nubes sobre los dos cuerpos tumbados el uno junto al otro, y llenan la habitación de Añes de ligeras franjas y espirales. Susurran a oscuras; son invisibles a los ojos de los demás. También la nieve cae ligera, casi invisible.

–Añes, ¿cuánto tiempo hace que no dormimos en la misma cama?

–Por mí, te puedes enfadar más a menudo con Martin.

–¡Le veo pocas veces, como para enfadarme más a menudo!

–Es una pena que mañana tengas que ir a trabajar. La próxima vez enfadaos un domingo por la noche y tendremos el lunes por la mañana para nosotras.

–Según dicen, cuando estamos embarazadas estamos muy sensibles, y nos enfurecemos enseguida, por cualquier cosa.

–Que digan lo que quieran.

–Se me pasará.

Añes piensa: «¿qué es lo que se te tiene que pasar?», pero se muerde los labios. Cuando Marta se duerme, Añes se levanta para ir al baño y se queda mirando por la ventana de la cocina. En París, era Añes la que se metía en la cama de Marta.

16. Grietas dentro de las grietas

En una habitación a oscuras, Añes y Marta recostadas la una junto a la otra. Añes le cuenta a Marta, en el tono en que se cuentan los secretos, que Bruno se le aparece a menudo en sueños y ella se despierta asustada en mitad de la noche. Que mientras estuvo con él nunca sintió miedo. Pero, ahora, en sueños, todo su cuerpo es un temblor. En medio de cualquier situación, se le aparece Bruno, para reñirla o para reírse de ella, para dejarla en evidencia. «¿Sabes lo que me decía? Que nadie más podría soportarme.» Marta le agarra la mano bajo la sábana. «Cuando se te vuelva a aparecer en la próxima pesadilla, dile que, aunque me despiertas en mitad de la noche, vivo muy a gusto contigo. Y que no soy masoquista.» Luego Añes dice otra vez, en un esfuerzo por escapar de una debilidad que se me hace desconocida: «no quiero a Bruno en mi vida, y menos aún convertido en pesadilla». No se me escapa que no es la primera vez que Añes relaciona a Bruno con pesadillas.

Desde la oscuridad de la habitación que, salvo las voces, cubre todo lo demás, y sin transición alguna, a la luz cegadora de un supermercado francés. Marta lleva el carro. Mientras se acerca a Marta, a Añes se le resbalan los kiwis que lleva en la mano, y salen rodando en todas las direcciones. Conteniendo el aliento, quisiera retener los cinco kiwis, interrumpir su trayectoria. Tiene miedo de levantar la mirada, el tipo de miedo que siente una niña que ha hecho alguna travesura a la riña de su madre, y, cuando la levanta, ahí está Marta, con una sonrisa cariñosa. Yo estaba a punto de echarme a reír, pero Añes expira y le salen algunas lágrimas mientras se ponen a recoger los kiwis entre las dos. De regreso en la habitación a oscuras, vuelvo a oír las palabras de Añes: «Bruno me solía decir que mi torpeza hacía gracia a los demás porque solo la vivían ocasionalmente, pero que él vivía conmigo, y no tenía ningún encanto». Marta le responde que no se torture de esa manera.

Tampoco ahora consigue acallar la voz de Bruno. Dice que Añes se perdería incluso en el pasillo que va desde la habitación al baño, si él no dejara la puerta del baño abierta. Las palabras de Bruno no desprenden humor, ternura. «Même les spaghettis, tu les fais trop cuire.» Cuando escucho que hasta los espaguetis los hace demasiado blandos, me tengo que poner del lado de Añes.

–Pues cuando yo te veo preparar la cena, me da pena; me quedo sin probarla.

Añes está junto a la ventana de la cocina, observando las ventanas

encendidas en el edificio de atrás. En la habitación de la pareja, el hombre está trabajando en la mesa. En el tercero, se advierte la luz azulada de una televisión detrás de las cortinas. Añes se puede ver a sí misma en la ventana. En ese reflejo, me busca en la silla que pintó de azul eléctrico. Se sienta en la otra silla y la tengo frente a mí, dispuesta a hablar, por lo que parece.

–Aprendí con Marta. Es verdad que antes casi no era capaz ni de freír un huevo como es debido.

–Por lo tanto, eras torpe, desorientada, mala en la cocina. Dime: ¿cómo era vuestra relación en la cama?

–Prefiero no contarlo, Esteban.

Está dispuesta a hablar, sí, pero no sobre cualquier tema.

–También en eso tendrías algún fallo.

Añes baja la barbilla y levanta la mirada.

–Escúchame bien, Añes: esa no eras tú.

–¿No?

–No. Yo conocía otra Añes. Soñadora, alegre, llena de ideas y, sobre todo, que hacía bien un montón de cosas. También en ese asunto que tanto te avergüenza, no sé qué es lo que te diría Bruno. Lo tendré que suponer. Yo tuve la experiencia contraria. Nosotros, Añes. No podemos decir que el sexo entre nosotros fuera frustrante. Y, dicho sea de paso: si hubiera sido así, entendería mejor que después lo dieras todo por terminado. Si hubieras dado por agotada una historia prolongada durante años tras acostarnos y comprobar que no había química entre nosotros. Pero no fue así, Añes, no fue así.

–Eso ya lo sé. Fue increíble, como para repetir.

Mis palabras están iluminadas en la oscuridad de la mente de Añes, ampliadas.

–Ahora lo entiendo todavía menos.

Añes se muerde el labio superior.

–Mi relación con Bruno también tenía sus cosas buenas.

–¿Ah, sí? ¿Por ejemplo?

–Bruno era un buen cocinero, y cenábamos en casa juntos casi cada noche.

–Pero no te enseñó a cocer unos espaguetis en su punto.

–Era mi DJ particular. Siempre acertaba con la música que ponía.

Se pellizca fuertemente la parte inferior de las mejillas y alrededor de la barbilla. Busca significados en detalles de segundo orden.

–¿Y qué creías, que conmigo no ibas a poder desayunar escuchando música que nos gustase a los dos?

–Tú escuchabas Barricada.

–¡Sí, claro, en el instituto! Y tú, ¿Sorotan Bele?

–Me aferraba a las cosas buenas que tenía vivir con él. Te parecerán migajas, pero no quería perder esas migajas. Tú me mirarías

dulcemente una tarde de lluvia, me querrías por una noche. Pero nunca has tenido que soportar las cosas desagradables que solo se descubren en el día a día.

–Así que ese era el discurso de Bruno. Que nadie más iba aguantar lo que él estaba aguantando. Pues por una temporada, le funcionó. Tú, por si acaso, no te moviste a ningún lado.

–Al final pasábamos más tiempo juntos trabajando que haciendo cualquier otra cosa.

–¡Lo que faltaba! ¿Trabajabas con él?

Eso no lo sabía yo.

–Era mi jefe.

Añes se frota con el dedo el labio inferior, seguramente lo tiene dolorido.

–Y nadie más te hubiera ofrecido trabajo, ¿no?

–En el trabajo él valoraba lo que hacía. Al fin y al cabo, solo empecé de prácticas, presentando películas en textos de quinientos caracteres. Al principio preparaba los dosieres menos importantes, y al poco escribía yo todos los textos. Él me dio ese trabajo, sí, se lo debía a él. Decía que me había dado una oportunidad, que tenía mucha suerte de trabajar allí. Y es verdad que el trabajo me gustaba. Algunos directores nuevos que dimos a conocer, con los años, han llegado a un público más amplio. Le interesaban las historias duras. Empezó con Rosetta. Cuando entré yo, había comprado Songs from the second floor. Cuando lo dejé, la empresa tenía en el catálogo Batalla en el cielo. ¿Las has visto? Con Irreversible, por ejemplo, no se atrevió. En cambio, muchas veces acertaba. Mi trabajo era escribir los textos para vender esas películas en el mercado internacional. Me tocaba subrayar qué otras virtudes tenían, además de su crudeza.

–Por lo tanto, tenías experiencia para hacer lo mismo con tu relación. ¿O era al revés?

–En aquel momento, no pensaba en mi relación.

Los ojos negros de Añes se encienden al citar los títulos de las películas. Y esa es la Añes que conocí yo, la que se entusiasmaba con lo que vivía, la que me contagiaba su entusiasmo.

–Cuando nos encontramos en París, también hablamos de cine, ¿te acuerdas? Añes, ni siquiera mencionaste que trabajabas con los derechos de películas. ¿No estudiaste traducción en Vitoria? Me pareció poca cosa para tus capacidades.

–¿Quieres decir poca cosa, comparado con ingeniería?

–Esta es la primera vez que te oigo hablar de tu trabajo, y parece que era bastante importante para ti.

–En aquella época, tal vez demasiado. Mi mundo giraba en torno a mi trabajo. Estaba totalmente aislada en ese mundo y en mi relación de pareja.

Incluso tras un silencio de muchos años, las veces que hablamos no lo hicimos ni sobre Bruno ni sobre el trabajo de Añes. Tampoco mucho sobre mi vida. Añes ya sabía que trabajaba con parques eólicos, por eso estaba en París, porque era yo el que tenía el contacto con los clientes franceses. Vendía parques eólicos, sí, pero cuando le dije que creía que no había mejor invento que la energía nuclear, puso mala cara. Y dejamos el tema ahí. Preferimos hacer las paces charlando sobre las películas que habíamos visto. Sentados en torno a una pequeña mesa, tirando de las historias de Wong Kar-wai y de Kaurismäki, fuimos deshaciendo la distancia.

El patio está a oscuras. La única ventana que queda encendida es la de Añes. Y también ahora podríamos continuar con la conversación de entonces, en torno a la mesa de su cocina. Pero le pido que me cuente cómo empezó con Bruno.

En una barra de madera, un hombre toma el café sin quitarse el abrigo. Asoman unos rizos negros en su espalda. Añes entra a preguntar si tienen trabajo. Con un gorro rojo de lana y una bufanda a juego, parece el personaje de un cuento ilustrado. O, quedándonos en el celuloide, una imitadora de Amélie Poulain. El del otro lado de la barra observa a Añes de los pies a la cabeza, mientras le hace las preguntas habituales. Añes no sería la primera opción para el dueño de un bar. Cuando le responde que no, el de pelo rizado le dice al tabernero «fais-lui quand même un café...». Si el que ha dicho que al menos le saque un café a Añes es Bruno, lo ha hecho con un modo de hablar que hasta ahora no le había escuchado. Por las referencias de Añes, no hubiese pensado que Amélie fuese una película del gusto de Bruno. Pero empieza a conversar con Añes; qué sabe hacer, en qué tiene experiencia. Añes no se da cuenta de que está en medio de una segunda entrevista de trabajo, y contesta con más naturalidad que en la anterior. Le cuenta que estudió traducción. Que los idiomas que más ha trabajado son el francés y el alemán. Bruno quiere saber cuál es la última película que ha visto. «Magnolia», le responde Añes abriendo de par en par sus ojos negros. Yo no necesitaría nada más que eso. Escuchar a Añes decir Mag-no-lia mientras me mira de ese modo. Si sabría decir el nombre del director. Lo sabe, sí, Paul Thomas Anderson, el que hizo Boogie Nights. Añes ha estado de diez. Como quien no quiere la cosa, Bruno la induce a seguir hablando. Y Añes remata la entrevista improvisada diciendo que se parece a Shorts Cuts de Robert Altman. Bruno le dice que si es capaz de escribir cuatro líneas sobre esa película en una servilleta de papel le ofrecerá unas prácticas.

–¡Menudo chollo que tuvo ese Bruno contigo!

–Tenía algunos nombres en la cabeza, y sabía de dónde eran. Suficientes para causar buena impresión. Ni idea sobre la historia del

cine, pero sabía unir Mike Leigh con la clase obrera o los hermanos Coen con la comedia negra. No había estudiado nada sobre periodismo, marketing, ciencias culturales ni cine. Pero fui una espectadora empedernida del «Cinema Paradiso». Todos los viernes durante tres o cuatro años.

–Por eso no te veía nunca. ¡Estabas metida en el cine! ¿Con quién ibas?

–Muchas veces sola. A veces venía Maider.

Añes y Maider andaban pegadas la una a la otra en la época del instituto. Yo perdí de vista a las dos.

–Ya te digo, Añes, yo fumando porros, y tú... tú en el paraíso. Antes de escapar del pueblo, soñando ya con vidas lejanas.

Apoya el codo en la mesa, la mejilla en la palma de la mano y los párpados se le vuelven pesados.

–La pecera, Esteban.

–¿Qué? ¿Dónde?

–En la película de Varda. La paloma está atrapada en la pecera, mira con curiosidad. En el vidrio se refleja una ventana y a la paloma se le resbalan las garras en ella. Solo tiene un modo de salir...

–No la he visto. Pero también ahora me pasaría horas hablando contigo sobre cine.

–Ahora mismo, Esteban, ni siquiera sé si estoy despierta o dormida.

Por la mañana Marta encuentra a Añes dormida, después de una larga noche que no le ha dejado pegar ojo, con la cabeza y los brazos reclinados en la mesa. Marta prepara café para las dos.

–Así te conocí, dormida en una silla.

–Creo que no he dormido mucho.

–Pues tómate el café conmigo, ¡y a la cama!

Duerme hasta la tarde. Queda una hora de luz antes de que vuelva a anochecer y sale hacia Humboldthain. El otoño deja al descubierto los árboles que ocupan tanto lugar en esta ciudad. Parecen dibujados al carboncillo. Las gotas de la lluvia de noviembre empapan el camino del bosque. Añes se detiene, mira hacia todos lados, no puede adivinar dónde estoy en esta arboleda.

–A tu derecha.

Es Añes la que quiere retomar la conversación de ayer.

–¿Tú no te diste cuenta de que la relación que tenía con Bruno no era buena?

–Incluso después de saberlo, me cuesta imaginarte en una relación así. Si no me lo dices, ¿cómo iba a saberlo?

–Pero tú, ¿no te diste cuenta?

–Eso lo tenías que saber tú, Añes. A mí apenas me mencionaste a Bruno.

–¿Tú crees que me hubiera acostado contigo si llego a tener una buena relación de pareja?

–Esas cosas tenían que darte qué pensar a ti.

–A la vuelta de Las Landas, por las noches me tumbaba junto a Bruno y le daba la espalda, acurrucada hacia el lado de la pared. Todas las noches me dormía abrazada a ti, y cuando digo todas las noches, quiero decir todas las noches.

Los últimos aguijones de sol penetran con fuerza entre los árboles. En el camino se entremezclan la sombra del bosque y los rayos de luz, zigzagueando hasta la cumbre. Desde que hemos tomado el camino hacia arriba, no nos hemos cruzado con nadie. En la campa de abajo, una veintena de hombres están jugando a la petanca.

–Ese abrazo me tranquilizaba. Ya no eran solo los gritos de Bruno los que me estremecían, también los ruidos de la calle me alteraban como si sucedieran dentro de mí: una persiana que se cerraba, un perro que empezaba a ladrar, un coche acelerando... No distinguía el exterior y el interior. Vivía en continuo temblor. Cada vez me costaba más aparentar normalidad. Cuando me desperté en casa de Marta me di cuenta de que estaba viviendo una pesadilla y que tenía que salir de allí. Nadie lo entendió. Para los de la empresa era inexplicable, mi decisión parecía surgida de la nada. Todos supusieron que estaba con otro, todos. Imagínate, Sophie, la contable (era veinte años mayor que yo, la mayor entre los trabajadores) me envió un mensaje diciéndome que no la llamara más. Fue como si hubiera desaparecido de la vida que llevaba hasta entonces sin dejar rastro.

–¿No se te pasó por la cabeza volver al País Vasco?

–¡Sí, claro! ¡Cómo iba a levantar el ánimo allí! Cuando se lo conté a mi familia, ni siquiera me preguntaron cómo me encontraba. Me dijeron que los dejaba muy preocupados. Había tocado fondo, tenía la autoestima por los suelos. El fracaso es tabú, Esteban. Y yo fracasé. La preocupación no me iba a ayudar mucho, yo necesitaba apoyo. Tratar de entender esa decisión que parecía repentina. Seguramente si Bruno me hubiera dejado a mí, habrían reaccionado de manera distinta. Pero la situación la había creado yo. La culpa era mía.

–Yo no te habría dicho nada de eso.

–Si llego a ir al País Vasco no hubiera sabido dónde caerme, allí no tenía red.

–¿Y tus amigas?

–No tenía.

–¿No tenías?

–Amigas, no. Algunas preguntarían a ver cómo estaba, sí; pero para cotillear, no para ayudarme. Piensa, yo hecha una mierda y todas ellas trabajando, con la casa comprada, embarazadas.

–¿Y Maider? La vi un día en una manifestación. Ella fue la que me

dijo que vivías en París.

–No sabía nada de ti. Solo la versión oficial, nada más.

–¿La versión oficial? ¡Otro día me cuentas eso! Te fuiste a vivir con una desconocida. ¿Te has parado a pensarlo alguna vez?

–Estaba demasiado débil y tú no me dijiste: «Añes, ven aquí». Pero el único que podía hacerme volver eras tú.

–En Navidades te pregunté: «Añes, ¿cuándo vienes otra vez?». ¿Es que hay que decirlo todo?

–Necesitaba a alguien que hablara claro. Marta me dijo: «te puedes quedar en mi casa». Tarde o temprano seguramente iba a volver al País Vasco. Pero tú tuviste el accidente y yo me quedé en París.

–Te hubieras quedado de todos modos.

–No creo.

–Contado así, el accidente parece decisivo. Pero no lo es. Ha habido muchos momentos decisivos antes.

–¿Cuál es ese momento que lo cambia todo, Esteban?

–Ya te lo he dicho, son muchos. Pero cada uno de ellos, solo una vez. ¿Comprendes?

La plaza del metro, el sol de diciembre pega con fuerza. Añes no dice que volverá otra vez en abril; dice «enseguida», y «te llamaré cuando esté aquí». Y yo le digo: «llámame también desde París».

–Pensé que no era lo más apropiado hablarte sobre Bruno.

–No sería apropiado. Pero estaba ahí, entre nosotros, como un fantasma.

–Te prefiero a ti como fantasma.

–¿Incluso aunque tengas que estar aquí con este frío?

Desde la cumbre se contempla una ciudad sin monumentos. Un mar en calma formado de casas. Aquí y allá sobresalen torres de iglesias, las luces de un estadio, o antiguas zonas industriales de ladrillo rojo. En la orilla más lejana, una ciudad levantada allí donde acababa la ciudad.

–¿Tú crees que tú y yo hubiésemos sido capaces de vivir juntos?

–No sé con qué fórmula de compatibilidad mediste lo nuestro. La cuestión es que nunca me diste la oportunidad de demostrar lo contrario.

–Para protegernos.

–Protegernos, ¿de qué? Añes, ¡me ahogué en el mar después de caerme desde un acantilado de veinte metros!

–Aunque estuvieras vivo, serías para mí un fantasma. Siempre has sido un fantasma.

El sol se va a poner y Añes siente deseos de oír los graznidos de las gaviotas. Convertir el búnker que tiene debajo en cabo y ver el faro de Gorliz en el horizonte. Ve las luces de los demás y busca la suya. La busca en una casa donde, quitando a la pareja del cuarto, todos viven

solos.

–No vives sola del todo.

–¡Claro! ¡Tengo que agradecerte la compañía de un fantasma!

–Pues sí, Añes, en este momento deberías agradecérmelo.

17. Xuan, el último en marcharse

En la lavandería hay veinte lavadoras y cinco secadoras. Xuan nunca ha visto todas las máquinas funcionando a la vez. Él está solo con el sonido de dos máquinas. Las restantes veintitrés máquinas permanecen en silencio, a la espera.

Entra un hombre con una bolsa de deporte, pero su programa no ha terminado y se sienta sobre la máquina. A Xuan le gusta la tensión que se crea entre dos personas cuando se juntan en un espacio así. La manera en que no se miran directamente a pesar de que necesariamente sienten la presencia del otro. El hombre comienza a jugar con el teléfono. La máquina, centrifugando.

Xuan prefiere estar sentado en la lavandería que en casa. Puede entrar cualquiera, y cada uno trae una energía a este espacio neutro. A Xuan le encanta encontrarse con esas energías ajenas. Porque es incómodo y excitante al mismo tiempo. A Xuan le gustan los que se mueven por la lavandería con toda familiaridad. Van directos a una de las máquinas, a la de siempre, como esa mujer que va a la suya. Deposita las bolsas en el suelo, se quita el gorro, y se recoge el pelo en un moño con un bolígrafo. Luego se suena los mocos y separa la ropa, la de color y la blanca.

Entra un hombre con una bicicleta. Al quitarse la chaqueta bomber, el chándal gris, que le queda prieto, le marca unos pectorales trabajados. A Xuan no le interesan tan musculosos, los prefiere más flacos. Tiene el pelo muy corto, un pendiente, zapatillas blancas, una bolsa de deporte blanca y negra, y una regadera de plástico. Xuan le observa sin disimulo. Le ha parecido tierno al pedir ayuda a la mujer que está como en su casa. Es el primero que ha venido hoy con ganas de charlar. Seguro que es de los que habla con los demás en el gimnasio.

–¿Me cuidas la bolsa unos minutos? Tengo que ir a por más agua.

La mujer afirma con la cabeza.

–A mí me parece que estas máquinas lavan con poca agua. Por eso, tengo que ir a por agua.

Vacía la regadera en el tambor de su máquina.

–Yo, de hecho, tengo lavadora, pero está guardada en el sótano mientras estoy viviendo en casa de un amigo. Y me gusta ver mucha agua y espuma, si no me parece que no pasa nada.

Se complace mirando a la puerta redonda de su máquina, cruzado de brazos, con los músculos hinchados.

–Pero no es suficiente. ¿Cuánto le falta a la tuya? Tengo que ir a

por agua.

–Todavía le queda un ratito.

Se nota que al deportista no le gusta el silencio de la lavandería y sigue buscando conversación en lugar de ir a por el agua.

–No está mal, ¡con el ordenador! A mí no me gusta leer. Pero podría traer el ordenador. ¿Estás conectada a internet?

La mujer niega con la cabeza. El deportista no pierde la sonrisa. Deja su bolsa y su bicicleta y sale con la regadera.

Entra una pareja con cinco bolsas grandes. Xuan piensa que esta pareja espera para poner la lavadora tanto como él para devolver las botellas vacías: solo vienen cuando se les acumula mucha ropa sucia. Xuan tiene poca ropa, y prefiere venir con menos más a menudo.

El deportista regresa y vacía por segunda vez la regadera en su máquina. Parece satisfecho contemplando las burbujas del otro lado del vidrio.

Claire fue una vez a la lavandería por hacerle un favor, sin intuir cuánto disfruta Xuan en la lavandería. «¡Voy una vez y lo estropeo todo!», repetía Claire una y otra vez al volver a casa. «¡Lo he estropeado todo!» Abrió la bolsa y le enseñó un montón de ropa recubierta de una fina capa blanca. Cuando le dijo que la había lavado con algún pañuelo de papel, Xuan se echó a reír a carcajadas. «¡Anda ya! ¡Has metido en la lavadora todo el rollo de papel higiénico!» Para entonces Claire estaba sollozando. Xuan dejó las bromas de lado y la abrazó. «A ti alguien no te ha perdonado ni el más mínimo fallo, ¿no?», le dijo acariciándole su melena rojiza. Volvieron juntos a la lavandería. Pusieron varias veces la ropa a dar vueltas en la secadora y consiguieron limpiar la mayor parte. Para deshacerse del polvo de papel más fino, compraron por dos euros seis rodillos para quitar pelos de gato en la tienda Woolworth de Badstraße. Terminaron de limpiar la ropa mientras veían los capítulos de la última temporada de la serie The Wire.

Su máquina ha parado hace tiempo, pero está demasiado interesado en las idas y venidas de la gente. Cuando hay mucha gente, el lugar cobra vida. Desaparece la tensión que se crea cuando hay dos personas. Porque hay muchas corrientes simultáneas. Dos adolescentes conversan balanceando las piernas, a seis máquinas de distancia. Entretanto, la pareja mira si tiene monedas suficientes. La regadera verde reposa sobre la máquina del deportista. Ha hablado prácticamente con todos. También Xuan tiene días de esos, en los que siente la necesidad de hablar con desconocidos. Hoy es observador, no parece que nadie haya advertido su presencia. Ha llegado cuando no había nadie y será el último en marcharse. Cuando terminen los movimientos. A veces, en el tren, hace lo mismo.

18. Marta empeñada en construir el nido

Cuando Marta llega del trabajo a casa el sábado a mediodía, Martin todavía está en la cama. Apunta en una hoja la lista de las cosas pendientes por hacer antes de que nazca el bebé; ordenar los armarios de la cocina, llenar el congelador, limpiar el baño, poner la balda para los libros, toallas, ropa de cama, bata, pijama, regalos de Navidad.

Piensa que las toallas del baño están demasiado gastadas, son demasiado delgadas, ásperas, demasiado usadas. Para cuando Martin se levanta y va al baño a darse una ducha, las ha metido en un saco de basura. Encuentra algún agujero en todas las sábanas bajeras que estaban puestas y a la mayoría de las que estaban guardadas en el armario y también las mete, junto con las toallas, en el saco de basura.

–¿Qué estás haciendo? –pregunta Martin a la vuelta de la ducha.

–Tenemos que ir a hacer compras –responde Marta cerrando el saco.

–No me sorprende, si tienes intención de tirarlo todo.

–También voy a necesitar un batín. Cuando nazca el bebé voy a pasar mucho tiempo en casa.

–No tendremos que hacer las compras hoy mismo, ¿no?

–¿Cuándo si no?

–Podemos ir cualquier otro día.

Martin está sentado en la cama, subiéndose los calcetines. Las piernas de Martin podrían ser las de un bailarín.

–Si no, ¿por qué no le pides a Añes que vaya contigo?

Marta extrae de la bolsa la punta de una sábana descolorida, tirando de ella con dos dedos. Lo que al principio parecía un rabo de tela toma forma de cuerpo, una piel que crece y crece, llena de manchas. Con la otra mano la sujeta de un extremo inferior, y extiende los brazos de par en par a la altura del pecho. Colgada entre las puntas de las dos manos, aparece, sin dobleces, el atlas de las historias de cama de Martin. Suelta los bordes, y, agarrándola por la mitad, Marta rasga la sábana de arriba abajo. Martin permanece muy atento.

–¡No voy a tener el bebé con Añes! Por desgracia, ¡te tendrá a ti de padre! –chilla Marta.

Martin cabecea.

–Te pones como una loca. El pobre bebé tendrá una madre histérica, que no me muestra ningún respeto, aunque afirma que el padre soy yo.

–Si fuera de otro, ¡no estaría yo aquí!

Marta, con la barriga de por medio, consigue levantar el saco y lanzárselo a Martin a la cara. Martin se lo vuelve a tirar a ella y le da de lleno en el vientre. El bebé responde al golpe con otro golpe, y Marta lleva sus manos instintivamente a la barriga. Luego se apoya en la pared y deja caer su cuerpo hasta quedarse sentada.

–¡Largo! Déjame sola.

Los pasos de Martin alejándose y un portazo. A sus pies, el saco lleno de bultos que parece un nido de serpientes. Marta lo aleja a patadas. «¿Me he vuelto loca? –piensa–. ¿Cuándo he empezado yo a perder la cabeza?»

Lo que se dice enloquecer, Marta nunca enloqueció de amor por Martin. Marta quedó fascinada, más que con Martin, con la seguridad que este tenía para presentarse a sí mismo. Con la fuerza que tenía lo que decía, no con lo que decía. Con el desparpajo para dar sus opiniones, no con sus opiniones. Con el arte de alabar lo que hacía, no con lo que hacía. Con aquella manera suya de sentarse en el sofá, abarcando sitio, llenando el sitio.

Cuando le habló a Añes de él, se dio cuenta de que Martin iba a quedarse por un tiempo en su vida. Marta no le había dado su número de teléfono, pero estaba segura de que la iba a llamar. Sería tan bueno o malo como cualquier otro, pero apareció en buen momento. Bueno para Marta, pues se conocieron la semana en que quebró Lehman Brothers. Cuando Marta volvió de la cena organizada por sus compañeros de trabajo del Instituto Française, vio luz en la habitación de Añes. Se la encontró leyendo un libro suyo. Dejó la gabardina que había sido de su madre sobre la silla, se quitó el pañuelo verde del cuello y las botas de tacón y se tumbó junto a Añes.

–Os habéis alargado.

–Después de cenar nos hemos sentado en el cuarto de estar, alguien ha puesto música, han sacado vino...

–Y te has emborrachado.

–Ya sabes que no necesito mucho para emborracharme.

–¿Habéis bailado?

–¿Bromeas? Todos sentados en el sofá, hablando de la crisis financiera, de política, de sexo y de los que no estaban allí... Ya sabes, yo no he participado. Sobre todo, he estado escuchando. A mi lado se ha sentado un abogado y ¡no sé ni lo que me ha contado!

–¿Era al menos de buen ver?

Marta alzó los hombros.

–Se llamaba Marko, o Martin, no sé. Es alemán. Ya te digo, no sé ni lo que me ha contado. Sé que es abogado y que su empresa trabaja en Francia y Alemania. Tenía un acento encantador. Habrá pensado que soy una conversadora aburrida, claro.

–¿Cuántas escucharán las historias de un abogado con tu

paciencia?

–Querrás decir, ¡con mi ausencia!

Martin fue cariñoso y atento mientras estuvo en París. A la vez, sugería que cada cita podía ser la última. Con una falta de compromiso calculada, consiguió que Marta estuviese pendiente de sus llamadas. De todas formas, en lugar de llamar, la mayoría de las veces enviaba mensajes. Marta no sabía si elegía ese modo de comunicación por falta de tiempo, por falta de valor para decir las cosas directamente, o por pura costumbre. Marta no quería presionar, no quería ser pesada y seguramente la despreocupación que fingía Marta animaba a Martin a llamar otra vez y a mantener la tensión. Cuando quedaban, en lugar de quejarse o de pedirle que hablara claro, se acostaban. Martin era muy ambicioso en la cama. No se conformaba hasta conseguir que Marta tuviera varios orgasmos.

Cuando Martin volvió a Berlín, dejó sin aclarar el estatus de la relación. Por teléfono esquivaba hábilmente las preguntas de Marta. Cuando se veían, no hablaban del futuro. Marta se guardaba las dudas y dejó que el tiempo tomara las decisiones. Hasta que llegó la verdad de la orina. El sí de la prueba de embarazo. Martin le dijo que tendría que ir a vivir a Berlín, sin considerar ninguna otra posibilidad. Martin sería un buen tecnócrata. No le sugirió, no le propuso, no le pidió, porque esas cosas no le corresponden a un hombre como Martin. Y Marta, tal y como había pensado desde un principio, decidió que Martin era una opción tan buena como cualquier otra.

Con la llegada de Marta a Berlín quedó la verdad al descubierto cuando Martin ni siquiera fue a buscarla a la estación. Si Marta no hubiera estado embarazada, se habría largado en ese mismo momento. No sería del todo mentira decir que fue entonces cuando sus ojos cegados vieron la luz. Tampoco sería toda la verdad. De hecho, cuando Marta, camino a Berlín, visitó a su amigo de Bruselas y pasó la noche con él, se desquitó de Martin por anticipado. Claro que eso ahora no le sirve de mucho.

Después del desastre provocado en la habitación, Marta se refugia en el sofá con una manta de lana y Les Annés. En todo el día solo se mueve para vaciar la vejiga y volverla a llenar. Pero, de nuevo, no tiene mucho éxito con la lectura. La culpa no es de Ernaux. Resignada, recuerda un comentario de Añes. «Como Martin y tú tenéis gustos diferentes, cada uno sigue haciendo su vida. Bruno y yo mezclamos nuestras vidas demasiado.» Pero ¿qué hacían Martin y ella juntos? Salir a cenar, follar, dormir. En aquella época inicial, a Marta no se le pasó por la cabeza que no tenían nada que compartir. En París, Marta no se daba cuenta porque vivía con Añes. Ahora vive en casa de Martin y, de pronto, ya no le parece una aventura que el otro, su pareja, sea tan diferente. Por lo visto, Bruno solía contar delante de

todo el mundo que Añes hasta los espaguetis los cocía demasiado. Martin y ella no se ponen de acuerdo ni para decidir cuándo están los espaguetis al dente.

Marta creía que, cuando dos personas viven juntas, el mero de hecho de estar cerca las unía. Que no había que hacer nada. Y ahora, si abandona la cama y empieza a dormir en el sofá del cuarto de estar, renunciará a la última de las tres cosas que hacían juntos. Desde que se le agrandó la barriga, Martin no tiene ganas de sexo, justo cuando a Marta su cuerpo se lo pide con más claridad que nunca. No se lo ha contado a Añes, porque con Añes nunca habla de sexo. Marta tiene la sospecha, una firme sospecha, de que Añes no se ha acostado con nadie desde que dejó a Bruno.

Al empezar a salir con Martin, llevaba un año y medio viviendo con Añes. Cuando Martin se quedaba a dormir, Añes desayunaba con Marta. Porque Martin se metía en la ducha, se vestía, y después de darle un beso salía corriendo de casa. Desayunar le parecía una pérdida de tiempo. «¿Qué se puede esperar de alguien así?», piensa ahora Marta. Para Marta, la cama, además de base de operaciones, era también su hogar. Casi un segundo cuerpo. Hacía de todo en la cama: cenar, leer, ver películas, desayunar, hablar con los compañeros de piso o por teléfono, preparar las clases. Pero para Martin no era más que un lugar para dormir y follar. Y solo por la noche, porque el deseo matutino de Marta le parecía inoportuno. Tampoco solía venir a cenar, por no dar trabajo, aunque a Marta le encantaba cocinar. Quedaban en restaurantes. Una vez, Marta le dio una sorpresa preparando un salmón en croute. Martin se sintió muy incómodo, le pareció excesivo el trabajo que se había tomado Marta. Marta le restó importancia diciéndole que no lo había hecho para él y que, si tenía algún otro plan, no se sintiera obligado a venir.

Marta siguió viendo películas en la cama con Añes, porque a Martin no le interesaba el cine. Después de conocer la obra de Varda, empezaron a llenar una de las lagunas cinematográficas más grandes de Añes. Marta trajo a casa películas de directores de la Nouvelle Vague, las de los hombres: Truffaut, Chabrol, Rohmer, Godard, Rivette... Aunque Añes trabajaba desde hacía seis años con películas, conoció todas aquellas por medio de Marta. Martin se sentó con ellas una vez y le pareció pura pérdida de tiempo. «¿Quiénes son estos tipos tan aburridos?», preguntó. Y Marta no se molestó en responder, se echó a reír. Al fin y al cabo, Añes y Bruno vieron las mismas películas durante años, y tampoco eso los salvó.

De joven, aquellos directores fueron los ídolos de la madre de Marta, como también lo fueron las protagonistas femeninas de aquellas películas. Las feministas actuales sostienen que se trata de modelos creados por la mirada masculina, y seguramente tendrán

razón, pero en sus películas se percibe, igualmente, la emancipación de las mujeres de aquellos años. La misma misoginia de la que se acusaba a los directores sería la mejor razón para la emancipación ansiada por Bernardette.

En París, Bernardette trabajaba en un estudio de arquitectura y viajaba sola. Luego terminó en Pamplona, una pequeña capital de provincia, bajo la dictadura de Franco. Y nunca hubiese traicionado a su marido como las mujeres de las películas de Godard. En una ocasión estuvo a punto de coger a Marta y regresar a París. Marta lo sabe porque se lo contó la abuela. La abuela quería mucho a Bernardette. Siempre le habló de ella como una mujer fuerte, que defendía sus ideas y sus decisiones. Incluso cuando tenía que llevarle la contraria. Su padre y su madre se casaron por la iglesia, pero no la bautizaron. Y, por supuesto, no la enviaron a las monjas, sino a la escuela pública de San Jorge. La abuela aceptó todo aquello sin decir ni pío. Pero cuando Bernardette estuvo a punto de marcharse a París con Marta, la abuela se puso en medio y lo impidió.

Marta se acuerda muchas veces de su infidelidad. Se excita con el recuerdo. Ahora, esperando a Martin, imaginando que entrará en cualquier momento y la sorprenderá con otro, se excita aún más y se corre sin necesidad de utilizar los dedos.

Martin no dice nada cuando llega bien entrada la noche y se encuentra a Marta tumbada en el sofá leyendo. Entra en la habitación. Marta se imagina que tiene a su amigo de Bruselas bajo la manta y que les da igual que Martin esté en la estancia de al lado. Agota su cuerpo con orgasmos sucesivos y por fin consigue dormirse.

Se vuelve a despertar cuando oye a Martin salir de la habitación. «¿Viene adonde mí?» –piensa Marta–. ¿Qué hago?» Pero Martin va a la cocina. A Marta se le empieza a hacer largo y, preocupada, se levanta para ver qué le pasa a Martin. Está trabajando sentado al ordenador. Mirándole desde la puerta, Marta estudia su perfil izquierdo, le encuentra parecido a Gabi, su madre. Los clientes de Martin tienen suerte, lo da todo por resolver los asuntos de sus impuestos. Les ayuda a no perder dinero en los negocios que hacen entre Francia y Alemania.

En la habitación de Marta en París se veía a Napoleón III de perfil, mirando hacia la izquierda. Lo puede ver como si lo tuviera delante: vestido con el casco prusiano, la perilla puntiaguda y rodeado por la inscripción «Badinguet le lâche». Martin nunca le prestó una atención especial. Marta nunca le habló de los abogados que se especializaron en sacar más dinero de las expropiaciones ordenadas por Haussmann durante el mandato de Napoleón III. ¿Para qué? Hubiese alzado los hombros, soltado alguna risa tonta, con aire de quien está orgulloso de sí mismo. Los que poseían tierras en París se enriquecieron con las

cuentas falseadas gracias a la ayuda de aquellos abogados. De ese modo, en los trabajos para renovar la ciudad, el prefecto Haussmann gastó el triple de lo que había calculado en un principio. «Und? –diría Martin–, was hat das mit mir zu tun?» Le hubiese parecido un asunto de poca monta. Pues bien, estaría equivocado. Todo eso propició un ambiente, en París empezó a articularse la indignación. Hasta se dice que Haussmann creó el caldo de cultivo de la Comuna. Pero, claro, ¿qué le importan estas cosas a un abogado como Martin?

Marta, en cambio, se entretuvo largo tiempo haciendo de detective. Para empezar, se enteró de que el dibujo de su habitación era la reproducción de una moneda acuñada para burlarse del exemperador. Lo que fue el Empire Français cayó tras la derrota en la batalla de Sedan. El emperador se rindió y los prusianos lo apresaron. El pueblo llano estampó el odio que ya le tenía de antes en cientos de monedas satíricas, y las puso en circulación. Aquellas monedas existieron con muchas variantes. Desde luego, hace falta ingenio para eso. Por lo menos tanto como el de un abogado. Algunas mostraban al pequeño Napoleón fumando despreocupadamente un cigarro, llevando al cuello una cadena con el nombre de la batalla perdida, «Sedán». En el reverso, un águila convertida en lechuza: «Vampire de la France. París 2 dec. 1851-Sedan 2 sept. 1870». A Marta la maravilló esa capacidad para la sátira.

Según iba averiguando más cosas, la curiosidad fue en aumento. En las lecturas que hizo sobre aquella época, se mencionaba una y otra vez el Brumario de Marx. También un vecino que conocía su interés por la caricatura, le recomendó ese libro; que se lo prestaba, si quería. Al ser un texto breve, Marta lo sumó a sus lecturas. Lamentablemente, no lo interpretó como un libro de autoayuda. Incluía algunas lecciones. Desde el principio Marx retrataba a Luis Napoleón Bonaparte como un personaje ridículo. Cuando le quedaban pocos meses para tener que dejar su cargo de presidente, dio un golpe de Estado y se autoproclamó emperador. He ahí como algunos hacen su sitio.

Marx argumentaba que se dio la condición necesaria para ello: en la política de Francia nadie tenía un plan y parecía que no había más opción que dejar que las cosas sucedieran. No tener otro plan en el bolsillo puede tener consecuencias graves. A Marta ahora le parece una pequeña revelación aplicable en muchos ámbitos. La consecuencia puede llegar camuflada con un gran nombre, con palabras vanas pronunciadas con mucha seguridad. ¿Es posible que los análisis políticos de Marx den pistas para entender la vida privada de Marta? ¿O es que el enfado, el enfado producido por su situación, le ha trastocado la cabeza? El paralelismo le resulta sólido, porque le sirve para explicarlo todo. Luis Napoleón y Martin en un juego de espejos

que posiblemente no tiene ni pies ni cabeza. La asociación será efecto del cabreo, o de la frustración, quién sabe, de un humor extraño. Alguien que tenía una moral tan corrupta como la de aquellos a quienes tuvo de aliados deshizo por la fuerza el poder legislativo de Francia: un farsante. Al fin y al cabo, también Marx dibujó una caricatura, acaso excesiva. Marta dudó si alguien que sabe calcular tan bien cuándo ha llegado el momento adecuado para conseguir su objetivo puede ser tan mediocre como imaginaba Marx. Por otra parte, siendo ambicioso, tener las circunstancias a favor es tenerlo todo. Martin ha reventado progresivamente los mecanismos que Marta tenía para hacer frente a semejante relación de poder. Ha conseguido acomodarse en el trono incluso sin aliados. Luego, al abrir los ojos y ver lo que ha sucedido, es sumamente difícil quitar a un tipo así del cargo del que se ha apoderado. Y empezar a dormir bien otra vez.

Le parece oír en sueños los sonidos penetrantes de las sirenas. Al amanecer, contempla desde la ventana el paisaje blanqueado por la escarcha. La niebla helada se ha recostado sobre la hierba y la piel transparente que lo cubre todo le da al parque un aspecto fantasmal. En los terrenos que quedan a la izquierda del lago empiezan a emerger los puestos del mercadillo y, si además de fijarse en el trajín de las furgonetas de los vendedores, no llega a reparar en los coches de bomberos y de la policía, no se habría dado cuenta de que, camuflado entre la niebla, hay un humo que oscurece el cielo.

Se junta con Añes en la entrada del parque y se adentran en el mercado. Para entonces ha levantado la bruma y el cielo está despejado. Añes compra luces delanteras y traseras para la bicicleta y una lámpara redonda de vidrio que tendrá que transportar con cuidado. Marta encuentra libros en francés en una caja de cartón para plátanos; «todo es bueno, todo», repetía mientras revisaba el contenido de la caja. Había dejado casi todos los libros en París y, si no fuera demasiado pesada, compraría la caja entera. Elige el diario de Beauvoir, Fin de Partie de Beckett y las memorias de Colette. Son suficientes para salir satisfecha del mercado, pero en el último puesto de la hilera izquierda, divisa unas cestas llenas de sábanas, las revisa con paciencia y aparta las que le gustan. Entretanto, Añes charla con la vendedora. Por poco dinero, Marta le compra a la mujer un juego de sábanas blancas y de fundas de almohada con flores que le recuerdan a las de la abuela.

Con las compras y con una infusión caliente en la mano, suben a la pequeña colina que limita con el estadio. Quieren sentarse en los columpios de arriba.

–¿Marta, has oído lo que me ha contado la mujer?

–Ha dicho algo así como que algunos le conocían, y que ella no.

Pero ¿de quién hablaba?

–Esta noche las temperaturas han bajado a quince grados bajo cero y han encontrado a un hombre muerto, junto a su perro. Ha debido de ser ahí mismo, en una chabola de chapa que había en el solar detrás del mercado.

Las finas puntas de los álamos, rebasando las casas parecen humo que asciende sobre los tejados. Entre el mercado y esa urbanización hay una franja vallada. Algunos contenedores, montones de chatarra y poco más. El hombre tenía su refugio en ese solar que había pertenecido al ferrocarril.

–Por lo visto, ha hecho fuego para no congelarse. Han encontrado alcohol de quemar, un cartón de leche y comida para perros.

–Por la mañana he visto coches de policía y bomberos desde la ventana de casa. He visto humo, pero no sé cómo decir, se me ha hecho ajeno, estaba lejos –dice Marta.

–El responsable de seguridad del estadio debió de llamar a los bomberos. Pero la mujer me ha dicho que sacaron el cuerpo calcinado.

–Y nosotras con nuestras pequeñeces de siempre, creyendo que el cielo se nos va a caer encima...

–¿Hoy también habéis discutido?

–Ayer. Las cosas que dice tan a la ligera, como si estuviera hablando del tiempo, bastan para hacerme daño.

–Martin nunca ha sido muy cuidadoso con lo que dice.

Marta parece sorprendida con el comentario de Añes.

–Yo diría que es amable con todo el mundo, excepto conmigo...

–¿Y cuando le llevamos en París a aquel desfile? ¿Te has olvidado?

Allí estaba uno de los mayores cineastas de Francia con su cámara. Puedo entender que no le conociera, yo también lo acababa de descubrir. Pero Martin solo mostró desprecio hacia él.

–¿Sabes que ese día su ocurrencia me hizo gracia?

Una tarde de febrero, una de las pocas veces que los tres hicieron algo juntos, salieron por el barrio para ver el desfile del Año Nuevo chino. Martin les dijo: «chicas, mirad a ese viejo de ahí, ¡es realmente ridículo, con su camarita!». «Tellement ridicule», dijo. Añes y Marta miraron a aquel hombre mayor. Alcanzaron a leer Chris en la etiqueta del costado de la cámara. Tenían a Chris Marker a dos metros escasos, sin que nadie más se hubiera percatado de su presencia. Marta no le explicó quién era el señor que a él le parecía tan ridículo. No le dijo que era cineasta y amante de los gatos.

Bajan al camino empedrado que cruza el parque, Añes coloca la lámpara en la cesta de la bicicleta y cuelgan las compras de Marta del manillar. Dando un paseo, las dos amigas se alejan del gentío y se dirigen hacia el norte. Entran en la cafetería que está antes de llegar a la pasarela sobre las vías del tren.

La voz de Édith Piaf, L'accordéoniste. El sol entra de lleno a través del gran ventanal y proyecta juegos de sombras en las paredes color menta. Disemina destellos por los vasos de vidrio, por los azucareros y jarrones, y la luz se desliza también por la mejilla derecha de Marta. Añes le dice que está espléndida. Y así es, por fuera no se le nota la amargura que le ha dejado la discusión con Martin. Cada una ha sorbido su minestrone en silencio. Están escuchando La Vie en Rose, un fragmento de felicidad. La canción que une a Piaf y a su amiga, que tal vez fue su amante. La película homónima no hacía sino señalar la relación entre las dos mujeres. Añes la vio en la inauguración de la última Berlinale a la que asistió con Bruno, y se deshizo en lágrimas. Bruno la riñó. Ahora Piaf canta padam, padam... y Marta se queda mirando a la camarera hasta captar su atención. Inclinando la cabeza, le envía un gesto de agradecimiento.

–Mi madre escuchaba estas canciones estando ella en el vientre. Y ahora mi bebé también –le dice a Añes.

–Es griega.

–¿Quién?

–La de la barra. A veces tomo aquí el café. Entre semana suele estar vacío por las mañanas.

–Tú tienes mucho tiempo libre. ¿No te aburres, Añes?

–De momento no. –Apoya el codo sobre la mesa y mira hacia la barra–. Me dijo que les gustaría volver a Grecia. A ella y a su novia, a las dos. Pero que ahora no pueden ir, claro.

–Pues no.

Marta sigue el ritmo de la canción golpeando la mesa con la mano –un, dos, tres. Las uñas cuidadas de los finos dedos de Marta. La nube de cerámica que cuelga de su cuello, sobre los pechos transformados de Marta. Durante años, Piaf lució en el escote una cruz de oro que le regaló Dietrich. No tenía más adornos. Las manos de Marta caen como latidos de corazón, qui bat, qui bat, y con cada golpe una malabarista invisible hace volar una pena. La pecera bajo el jersey color ocre.

–Cuando me miras así, Añes... –empieza a decir Marta.

–Así, ¿cómo?

–Así, haciendo inventario, mirando qué llevo encima, qué está como siempre, qué ha cambiado...

–¡Pero no estoy haciendo inventario! El color del jersey favorece a tus ojos.

–No me has dejado terminar. Me siento observada. Y precisamente tengo que confesarte cuánto bien me hace ahora mismo tu mirada.

Continúan hacia el norte y se detienen en mitad del paisaje que abarcan las vías del tren. El sol se está poniendo tras la colina de Humboldthain y el bosque se ve totalmente negro.

–¿Has estado alguna vez allí arriba? –pregunta Añes a Marta.

–No, podemos ir juntas alguna vez. O espera, ¿he estado una vez con Martin? No sabía que quedaba tan cerca de tu casa... Era primavera, tenía un aspecto totalmente distinto. Ahora, el bosque parece un pubis peludo boca abajo, ¿verdad?

Añes no se atreve a confesar con quién fue de paseo hasta allí arriba. En vez de bajar por Behmbrücke, descienden por las escaleras hacia la arboleda de los cerezos. Van por el sendero que fue frontera; trenes a un lado de los cerezos, huertas al otro. El sol en la cara de las dos amigas.

–¿Sabes qué, Añes? He estado mal acostumbrada. Siempre que he vivido con alguien, nos hemos arreglado bien. Pensaba que no había razón para que la convivencia no funcionara.

–Vivir contigo es muy fácil.

–La casa de París la compartí con mucha gente y siempre me salió bien. A mí nunca me ha importado en qué estado se encontraban las sábanas de Fabio. Pero no quiero las de Martin y he comprado otras.

–¿Y cuál es el problema?

–¿Recuerdas que una vez me despertaste y me preguntaste: «Marta, ¿es insoportable vivir conmigo?». Yo te dije que no era masoquista y que, si Bruno pensaba que vivir contigo era insoportable, por qué se había pasado tantos años viviendo contigo. Pues eso mismo me pregunto yo ahora, por qué vivo con Martin. Y por qué me dijo que viniera a vivir a Berlín.

Pasan a Wedding por debajo de las vías del tren y Añes le enseña a Marta la antigua bolera. Ese tramo de la acera está repleto de bicicletas.

–Hoy está alquilada para una celebración. Pero, si no, sirvo desayunos aquí los fines de semana.

–¿Desde cuándo?

–Un par de semanas.

Añes reduce el tiempo que lleva trabajando en el Kugelbahn.

–No me has dicho nada.

–No tiene ningún misterio, Marta. Preparar cafés, llevar los platos a las mesas, cobrar.

Añes acompaña a Marta hasta la estación de tren.

–Cuando me necesites, llámame –le dice.

Mientras come una currywurst en el puesto de salchichas, el sol le da en la cara. El hombre que está esperando al semáforo con la ayuda de dos muletas, levanta una hacia el cielo para rascarse la parte superior del labio. Dispara sobre la bandada de palomas que viene a posarse sobre el tejado de la estación del metro: ¡pum! Seguramente, la música que va escuchando por los auriculares domina sobre los lamentos de las palomas.

Palomas sin mensaje. Se vuelven a juntar en una nube negra.

Planean sobre las vías del tren hacia el Center y girando en el cruce, unas pocas palomas se desmarcan del rodeo que las otras repiten continuamente. Caminan entre las piernas de Añes, picoteando patatas fritas y trozos de pan. Añes da unos golpecitos con la punta de sus uñas contra la lámpara redonda de cristal blanco. Si hubiera alguna paloma intentando salir de su interior, no la vería.

La cuelga en su habitación. Kappe se esmeró más que Añes en poner la casa. Papel nuevo en las paredes, pintura roja, baldosas en el baño. Le gustaría ponerle cara a Kappe. Y le gustaría preguntarle a la mujer que se marchó a Polonia a casa de quién se fue. ¿A la de su madre? ¿A la de su hermana? ¿A la de alguna amiga? Añes quiere pensar que no volvió a esta casa.

Visto desde el balcón, el sauce del otro lado de la calle parece un alga gigante aferrada al fondo marino. La marea viva ha puesto a danzar sus láminas, retorciéndolas en un continuo vaivén. Una puede quedarse atrapada en un alga como esa.

19. Grietas: esas otras Añes

La luz del día entra por las pequeñas aberturas de la persiana, que está bajada casi del todo. En la habitación en penumbra, las estrellas alineadas se expanden y las pecas de un rostro se iluminan. Hay dos chicas adolescentes, tumbadas la una junto a la otra sobre una alfombra. Una, con los ojos cerrados, hacia arriba. La otra, con el cuello girado, examinando sus pecas. Cuando los ojos negros que miran aquellas pecas me han mirado a mí de esa manera, me han dejado marcas en la piel. En el trayecto que va de la frente a la muñeca. Son las pecas de Laia Azpitarte. Parece que Añes está intentando aprenderse de memoria las constelaciones que se le forman a Laia en las mejillas. Añes amaba esas pecas. No; Añes dijo que estuvo enamorada de Laia.

Notas de luz en las paredes de la habitación. Se perciben los ingredientes sueltos de la música, no el cuerpo entero de la canción. Es la textura de la voz de Bob Dylan, su modo de cortar las frases, las entradas y salidas de la punzante armónica. Añes busca las palabras que van unidas a las características de ese sonido. No es más que empezar, las siguientes le vienen solas. Las frases que emergen al callarse la armónica. Laia y ella no entienden las estampas que crean esas palabras, «ceremonies of the horsemen», pero se estremecen: «she's like some raven». En cambio, las imágenes que hay a sus pies son concretas: unos peldaños de piedra, el pelo rizado revuelto, una bufanda... Con las fotos de las portadas de los discos en la mente, Añes abre el ordenador en busca de sus títulos: The Times they are a-Changing, Bringing it all Back Home; Blonde on Blonde, Desire, Street-Legal, Blood on the tracks. Quiere fijarlos como en un muestrario de insectos.

Lee en la pantalla el texto de la canción Tangled up in blue, que Laia y ella escuchaban una y otra vez y que no podría rescatar solo con la memoria, mientras suena la versión que ha encontrado en YouTube. La voz de Dylan casi recita las poderosas escenas de una historia sobre dos personas a quienes el pasado les pisa los talones, contada por medio de recuerdos fragmentados. El final es abierto, aparentemente sin dramatismo, rasga una grieta creada por diferentes puntos de vista: «We always did feel the same, We just saw it from a diferent point of view». Un solo de armónica como despedida.

Descubrieron a Bob Dylan entre otros como Benito Lertxundi, Xabier Lete, Mercedes Sosa o Víctor Jara. Añes piensa que cuando ella nació, su padre y su madre volvieron de Francia al País Vasco con

pocas cosas. La idea de indagar entre sus discos fue de Laia. Cuando su padre y su madre se refugiaron en Francia, cayó Saigón. Fue una época de ciudadanos ideologizados, de tensiones, de confrontaciones. Añes piensa que aquella generación, entonces, no sabía cuándo acabaría el franquismo, que también la Guerra Fría acabaría. Porque aquello que existe no tiene fijada previamente la fecha de caducidad. Pero esa tarde, cuando los movimientos de los labios de Laia quieren seguir las palabras de Bob Dylan, Añes sabe que cualquier día terminarán las largas tardes que podrá pasar con Laia. Sabe que, cuando menos se lo espere, escuchará de esos labios «Añes, no te quiero como amiga». Que la apartará sin explicaciones. Laia ya le había dado la espalda una vez, y lo volvería a hacer.

Aunque cuenta con que le fallará, tumbada junto a Laia, quitando el polvo a un montón de discos viejos, está concentrada intentando entender las letras cantadas en inglés. Cuando ponen la misma canción una y otra vez y consiguen entender las palabras, aunque son incapaces de descifrar lo que sugieren, Añes se siente especial. Especial en compañía de su amiga pecosa.

La habitación se llena de luz. La claridad de la calle entra sin atravesar el tamiz de las persianas. Al abrir las ventanas, se extiende por el pecho de Añes un sentimiento de culpa. Hay una lata de Coca-Cola sobre la alfombra, trozos mordisqueados de sandía en un plato. Tumbado junto a Añes, Beñat, Beñat Gaztelu. Una piel poco velluda al sol. Cómo se le llena la mano con su pene. Sobre el vientre de Añes, manchas de semen. El recuerdo es incómodo, porque llega mezclado con la culpa.

–Pero ¿culpa de qué?

Ahora estoy yo tumbado a su lado, y la única luz que entra en la habitación de Añes llega de las pocas ventanas encendidas que hay en el edificio de enfrente y de las farolas de la calle. Se oyen sirenas de policía. Una frase que dije en las Fiestas del Puerto resuena en la mente de Añes: «venga, los dos sabemos lo que hay entre nosotros». También entonces estábamos a muy pocos centímetros, pero de pie, entre gente. Yo solo veía un camino. Añes cogió la huida. «No lo entiendo», «un malentendido», «imaginaciones tuyas». No podía ser Añes la que estaba diciendo ese tipo de cosas. «Seguro que Beñat está mirando.» A mí Beñat me importa una mierda. «¿Y a mí qué?» A Añes no. Mi hermano tiene turno en la txozna y nos sirve un cubata para compartir. Jokin Larrea, amigo de la cuadrilla, está desfilando en calzoncillos sobre la barra.

–Me sentía culpable por haber sentido ganas de irme contigo en las fiestas. Tan culpable como si hubiera desaparecido contigo –me dice–. Luego, me quise convencer a mí misma de que era el hecho de que fueras inaccesible lo que te hacía deseable.

La pared del pasillo del instituto me sostiene en pie. Añes pasa por delante de mí con sus amigas. Intenta atraer mi atención con su mirada. Añes es una fiera que siente el impulso de saltar sobre mí. No tengo claro si su deseo es destructivo o erótico. Tiene algo de los dos. Añes aplasta a su bestia, la dobla, la reduce hasta que adquiere el tamaño suficiente como para caber dentro de una grieta estrecha. No le hago ni puto caso. Cualquiera pensaría que no la conozco. Esta escena que, con pequeñas variaciones, repetimos una y otra vez durante todo el curso esconde en sus dobleces un obús.

–Tú no estabas dispuesto a hablar de manera normal y volver al statu quo de antes del verano, Esteban. Tu consigna era: «O hablamos del muerto, o no hablamos».

Si, después de la noche de fiesta que lo revolvió todo, llegamos a hacer la cama y a estirar bien las sábanas, hubiéramos visto el obús allí. O el cadáver.

–¿Normal? ¡Tú y yo nunca hemos hablado de forma normal!

–Por un instante pasaba de ser Añes a ser invisible. Luego vuelta otra vez. Un viaje de ida y vuelta en unos segundos. Extenuante.

–Tienes razón, te hice invisible. Si llegas a ser una desconocida, te hubiera hecho más caso. No tengas ninguna duda.

–No venías ni a las reuniones de la revista.

–No. Y no hice más fotos. Ni para la revista, ni para ninguna otra cosa. Dejé de andar en bicicleta y de hablar contigo. Me centré totalmente en fumar porros.

–Entonces moriste solo para mí –me dice Añes–. Aquel curso, cada vez que tú me decías algo, era más raro que cuando me hablas ahora.

La comparación de Añes me provoca una sonrisa triste.

–Eran pequeñas treguas. Y no fueron muchas. Era para volverse loca, Esteban, loca de remate.

La máquina de bebidas no le acepta la moneda. Tiene a su lado a Maider Azkorra, siempre la tenía a su lado. Mientras Maider busca en su cartera, un brazo que se estira por detrás de las dos amigas introduce la moneda en la ranura. Añes se da la vuelta para dar las gracias y entonces me ve. Quiere darme las monedas que tiene en la mano y yo le digo que no con la cabeza: «estás invitada». Viene Atxaga a dar una conferencia, nos juntan a los alumnos de dos cursos en el aula magna. El profesor de euskera le dice a Añes: «tú ahí no, Arteaga, al lado de Azkorra no vas a callar». El profesor mira alrededor y señala una silla que está libre: «siéntate ahí, junto a Rementeria». Toda la conferencia de Atxaga sentados uno al lado del otro. Yo más tumbado que sentado, medio caído de la silla. Hacia el final, saco el paquete de chicles del bolsillo, «¿quieres uno?», le ofrezco y gira la cabeza para encontrase con mis ojos enrojecidos. Cuando coge el chicle, nuestros dedos se tocan, justo cuando la voz de

Atxaga menciona a los pájaros como metáfora de algo. Añes está frente al cuarto oscuro de fotografía, esperando a que llegue el profesor. En diagonal, al otro lado del pasillo, yo estoy esperando a entrar al laboratorio de química, sentado en el suelo. Tirado. Yo mismo no me puedo creer cómo me han salido esas palabras de la boca: «Ei, Añeska, ¡me ha gustado lo de la revista!». Le señalo con el dedo lo que tengo entre las manos. Es una entrevista hecha por Añes a un insumiso que fue alumno del instituto.

–Treguas, las llamas. Eran señales de humo hechas desde lejos, Añes. Al fin y al cabo, sí que te veía. Cada día.

Añes está sirviendo en la txozna de los antimilitaristas, son otra vez las Fiestas del Puerto. Me acerco a ella para ofrecerle, o pedirle, un alto el fuego. Pues a mí también se me hace insoportable la situación. Le pido que me saque un trago, y ella me responde: «le sacaría un trago a cualquiera antes que a ti».

–Después del curso que sufrí, ¿no fuiste capaz de tolerar ni una sola respuesta brusca mía?

No, no la acepté y se acabaron las treguas.

Mis ataques son mudos; se fusionan como si fueran uno solo. Se puede hacer el recuento rápidamente, porque a partir de entonces nos vimos muy pocas veces. En la calle de la casa de mi familia, es sábado por la mañana, Añes va con las bolsas de la compra y me cruzo con ella sin desviar la mirada y sin que mi cara exprese absolutamente nada. De noche, Añes apretujada entre todos los que quieren entrar al bar. Yo salgo del bar empujado por una avalancha. El impulso de esas dos corrientes nos sitúa frente a frente, apretando el pecho de Añes contra el mío. La atravieso de lado a lado, como si solamente hubiera rasgado el viento. Otro día, estoy en la barra del mismo bar con Jokin Larrea, Añes me ve por detrás. Sabe que esos hombros son los míos, tengo una pierna cruzada sobre la otra. Es mi bar, de hecho, es mi segunda casa. Escuchar su voz, como una corriente de aire, me produce un escalofrío, y tengo el reflejo de girarme. Dejo el dinero en la barra y salgo con mi amigo.

Unos pocos encuentros dispersos a lo largo de seis años y unos cuatro años sin vernos siquiera. Diez. Hasta que nos topamos en París. Para entonces ya éramos otros.

–Y ahora, mira qué paradoja, Añes, es hablándote como consigo invadir tu cuerpo.

«C'est qui, qui t'envois ça?» Bruno pregunta quién le ha enviado el CD que Añes acaba de sacar del paquete. «C'est Maider», le dice Añes en tono neutro. El CD pasa a manos de Bruno. «Sigur Rós? Ils sont vraiment mauvais.» A Añes ni siquiera le da tiempo para alegrarse por el regalo. Bruno acaba de decir que la música de Sigur Rós es una mierda y que lo puede tirar a la basura. Cuando escucha que Sigur Rós es una mierda,

también Añes se siente devaluada. Porque los juicios tajantes de Bruno dejan al descubierto el mal gusto de Maider y eso, por extensión, deja en mal lugar a Añes. Como si Bruno quisiera decir: «¿esto es lo que tiene para ofrecerte la mejor amiga que tienes?». Tras humillar a Añes, le pasa por encima como una apisonadora. Para empezar, alguien que cuando viene a París acompañada de su novia no encuentra un hueco para Añes, ni siquiera merece el nombre de amiga. Maider es una mala amiga; para sentirse mejor, le envía cualquier CD con pinta de alternativo. Y con eso quiere arreglar el feo que le ha hecho. Amigas así no merecen la pena.

–¿Qué hiciste con aquel disco?

–No lo sé.

«¿No te llegó un paquete?», le dice Maider a Añes sin mirarla siquiera a la cara. Y la respuesta de Añes: «¿Un paquete? ¿Qué paquete?». La mirada de Maider permanece fija en el horizonte. Cuenta que le envió un regalo, que estuvo esperando su respuesta, que le había enviado con mucha ilusión un álbum de Sigur Rós, que a ella le había gustado mucho. Y Añes repite que no sabe de qué le habla, que a ella no le llegó nada. Maider, antes de apagar el cigarro: «No lo entiendo, a mí no me han devuelto el paquete».

–Seguramente, no me creyó –me dice Añes–. Cuando estuvo en París de visita, fue raro. El lunes por la mañana, al salir para ir al trabajo, ella no se levantó de la cama para despedirse. Yo no me atreví a entrar en la habitación y despertarla. En verano, negué haber recibido aquel disco, sin pensármelo dos veces. Desde entonces, no he tenido contacto con Maider.

–Entonces, esa era la situación entre tú y Maider cuando aparecí yo...

–Pero ya desde antes, no le hablaba de ti. Desde fuera no se podía saber nada. Solo lo sabíamos tú y yo. Ahora solo lo sé yo.

–¿Tampoco sabía nadie la pesadilla que estabas viviendo con Bruno?

Ya sé la respuesta.

–No, nadie tenía acceso a nuestra relación.

Y Bruno dejó fuera de juego a la amiga que podía haber tenido acceso.

–Mientras nadie sabe nada, se puede esconder todo muy bien. ¿Verdad, Añes?

–Hasta el punto de no saberlo ni yo misma.

Le dejamos sitio al silencio. No quiero echar más leña al fuego en este momento de extrema debilidad de Añes. Ella sabe mejor que yo hasta qué punto ha sido enemiga de sí misma.

–Hay un comportamiento tuyo que se repite. Quieres recibir la aprobación de los demás, aunque tengas que dejar de lado algo que es importante para ti. Pero eso no quiere decir que no exista otra Añes. O

que no existiera tampoco entonces.

Yo pensaba que no había conseguido que tú me vieras como era, y que precisamente esa había sido mi mayor derrota. Seguramente, por miedo a mostrar demasiado, no te dejé ver lo suficiente. Incluso desnudos, normalmente nadie nos ve. Si hubiese conseguido que tú me vieras, tampoco sé si habría cambiado algo. Tú también te ocultabas mucho, pero, con lo que me mostrabas, me parecía que yo era capaz de imaginar el resto. Por eso, en Fiestas del Puerto, pensé que era suficiente con acercarme a ti y decirte «vámonos de aquí». Ni se me pasó por la cabeza que ibas a negarlo todo. Quién sabe, puede que tampoco yo haya sabido nunca quién eras tú.

–Al fin y al cabo, Esteban, puede que no te haya querido lo suficiente.

–Yo nunca me he creído que no me quisieras.

–Tampoco creías en los alunizajes del Apollo –me espeta Añes.

Había leído en un libro que Kubrick, a cambio de falsear el alunizaje, negoció un presupuesto ilimitado para hacer 2001. Teniendo en cuenta la competición entre las dos potencias enemigas durante la Guerra Fría, sería entendible el interés de Estados Unidos en mostrar un éxito así en la carrera espacial. Y defendí esa hipótesis la tarde en la que Añes y yo nos encontramos en París. Yo no decía que no hubiera llegado nadie a la Luna, sino que las imágenes que se mostraron eran falsas. Reforzaba esa teoría, por ejemplo, el hecho de que el estreno de Eyes Wide Shut coincidiera con el 30.º aniversario del lanzamiento del Apollo 11. Kubrick, al no poder desvelar el secreto que le quemaba en las entrañas, dejó rastros de él desperdigados aquí y allí.

–Te parecerá raro, pero siento que nadie me ha querido tanto como tú.

–Eso no quiere decir nada.

–¿Dirías que querías a Bruno?

La respuesta no llega enseguida.

–No me acuerdo. Diría que buscaba su aprobación. Seguramente, no se me hacía extraña la manera que Bruno tenía de quererme. Era la única que conocía. Siempre he tenido a mi lado a alguien que ponía mis defectos al descubierto.

–¿Tu madre?

No sé gran cosa sobre el padre y la madre de Añes. Sé que en los años del instituto Añes no lo tuvo fácil en casa.

–Sí, o Laia. Siempre me ha menospreciado y, al mismo tiempo, yo tenía el honor de ser su amiga.

Añes ha puesto límite a mis aproximaciones. Dentro de esos límites herméticos, ha defendido situaciones indefendibles. Y cuando se ha sentido rodeada, ha escapado como ha podido.

La sigo a la cocina. Empieza a bailar con la música que llega de abajo. Está de puntillas, casi sin tocar el suelo. No le importa si alguien la ve desde la ventana del edificio de atrás. «Tengo todo el derecho de bailar», se dice a sí misma. Sí, Añes, ¡baila! Entre las mil cosas que nunca hemos hecho juntos, una de ellas es bailar. Al cerrar los ojos crea un espacio infinito dentro de los escasos metros cuadrados de la cocina, y bailamos en esa inmensidad. Yo interrumpo el baile.

Son las siete, las ocho de la mañana en el Puerto Viejo. Suena Prodigy. Estoy clavado al suelo porque, unas horas antes, no me ha dejado entrar en su vida. Estoy mirando a Añes. Odiando a Añes. Tiene el cuello mojado, se levanta el pelo para sentir el frescor de la mañana en el cuello. La camiseta blanca sucia, los pantalones anchos del pijama de su padre con los bajos ennegrecidos. ¿Cómo puede estar bailando, así, sudando, moviendo el cuerpo con esa calma, después de dejarme a mí sin poder moverme? No quiere reconocer que hay algo entre nosotros. La cogería del brazo, como lo ha hecho ese antimilitarista, pero no puedo. «Tenemos un problema –le lanzo junto con la saliva que me sale por la boca–, y no lo vas a arreglar bailando.» Viene detrás de mí, preguntándome si quiero hablar. Me doy la vuelta, vacío el katxi, y le digo: «a tomar por culo, Añes». Sigue con los ojos cerrados en la cocina, pero ahora tiene los pies quietos.

La gente sube por las escaleras estrechas del Puerto Viejo esquivando a Añes. Sus ojos negros, que ahora miran al vacío, fijos en mí.

–Dijiste que lo nuestro no eran más que imaginaciones mías, pero, cuando me viste con otra, me echaste en cara haber estado mintiendo. ¿Cómo quieres que entendiese algo?

–La versión oficial se impuso sobre lo que sentía de verdad.

–¡La famosa versión oficial!

–Según esa versión, tú eras un auténtico cabrón. Si podías satisfacer tus necesidades con cualquier chica, ¿por qué tenías que venirme con historias?

–¿Esa versión no te chirrió, Añes?

–¿Chirriar? ¡Creó el caos! Y tú me dejaste sola con ese caos. ¿No te das cuenta?

–Añes, solo hay un relato que coincide con tu voz interior.

–Pues a esa voz le hice un nudo en la garganta y, para cuando me di cuenta, salieron de mi boca palabras de un guión escrito por otra persona. Luego ya no hubo vuelta atrás, y ese guión nos dominó durante años. Tú también te adaptaste perfectamente a él. Un silencio de diez años, desprecio y, fuera de guión, algunas miradas de tanto en tanto.

–¿Quién había escrito ese guión?

–Todos los demás, los que nos rodeaban.

–¿Resulta que estaban mirándonos a nosotros?

–Tú también ayudaste, me dices que me pierda contigo y, a las pocas horas, te enrollas con otra en mis narices.

–¿Qué iba a hacer? ¿Esperarte?

–Cuando te vi ahí tuve la prueba de que tenían razón.

–¿Quiénes, Añes? ¿En qué tenían razón?

–¿Quién se iba a creer que a Esteban Rementeria le podía gustar Añes, Añeska?

–¿Quién? Cualquiera lo habría creído, si lo hubieras creído tú.

–Era imposible.

–¿Qué era imposible? ¿Que tú le gustaras a alguien? ¿Era eso lo que decían, Añes? ¿Quiénes? ¿Dicen que no vayas conmigo a ningún sitio? ¡Pero qué sabrán! Y, sobre todo, ¿por qué les tienes que hacer caso?

–Esteban, ¿qué estamos haciendo? ¡Estas historias las hemos superado! ¡Ya las superamos! En París no tuvimos la necesidad de mencionar todo esto. ¿A qué viene ahora?

–En París no estaba muerto. Ahora, me has perdido para siempre y quieres saber cuándo me perdiste por primera vez. O por última.

–¡Pero eres tú el que está preguntando, no yo!

–¿Estás segura?

Con las llaves de casa en la mano, se dirige hacia la puerta en calcetines.

–¿Adónde vas, Añes?

–Abajo, a casa de Max. Contigo no se puede bailar. Y todavía no tengo ganas de dormir.

20. Paseos y viajes con Xuan

Es un día sin luz. Las ruedas de la bicicleta salpican al girar sobre el suelo mojado. Un viento frío que congela las vías respiratorias; olor a carbón. Se escucha el sonido de pisadas y el jadeo rítmico de los corredores. Añes no sabe diferenciar los cantos de los pájaros. El perro que le sale al camino se asusta con el ruido de los frenos de la bicicleta. Las ramas desnudas de los árboles se reflejan fragmentadas en los pozos.

Xuan le está esperando en el coche de Christian, en el asiento del copiloto. Tiene la radio encendida. Estos días no hay otros temas que la crisis de Grecia y el programa atómico de Irán. Se dirigen al norte, subiendo por la Schönhauser Alle, dejan atrás el ayuntamiento de Pankow.

–Desde luego, no vas a ser taxista.

–Oye, es la primera vez que conduzco en Berlín.

–¿Cómo te va lo de poner cafés?

–Bien.

–Sí, mejor si no hablamos. Mejor si pones toda la atención en la carretera.

Siguiendo rumbo al norte, largas avenidas una tras otra. Xuan le señala el camino sin dudar ni una sola vez, aunque se alejen del centro, siempre sabe adónde se dirigen. Van a recoger cuatro sillas que regala una pareja que está vaciando su apartamento en Reinickendorf. El día anterior Xuan había ido a la misma dirección a recoger un colchón de 140 × 200. Lo empaquetó con un plástico grande, le hizo dos asas al fardo con cinta de embalar, se lo puso a la espalda y se dirigió hacia la estación de tren dejando a la pareja boquiabierta. Al ver que tenían más cosas para dar, pensó en Añes.

Han regresado anocheciendo, con las cuatro sillas en la parte trasera del coche. A veces oscurece sin que haya aclarado el día. Partiendo de la última estación de la U-8, siguen la línea del metro por la superficie. Dejan las sillas en la cocina de Añes y el coche aparcado delante de la casa de Xuan. Luego, van en bicicleta a cenar a casa del padre y la madre de Xuan. Por el borde del parque Humboldthain, bajan en paralelo a las vías de tren, cruzan el río Panke, la fábrica Bayer-Schering, un gran puente sobre las vías y, dejando a la izquierda la nueva estación central de vidrio, entran en el barrio Moabit.

El padre y la madre de Xuan viven en una urbanización grande en Moabit. Xuan le ha dicho a Añes que entienden bastante bien el

alemán y que también pueden hablar un poquito. Pero la madre de Xuan responde a Añes con una sonrisa y habla con Xuan en vietnamita.

De entrada, una sopa. Luego arroz, gambas gigantes y una salsa roja. El padre se levanta de la mesa y entrega una carta a Xuan: es el contrato de un paquete de cadenas de televisión, con la firma de la madre. El padre sigue comiendo. Al leer la carta, a Xuan se le salen los ojos y empieza a echar humo por el resto de orificios de la cara. La madre quiere hacer frente a la bronca de Xuan, pero no consigue hacer oír su voz. Cuando se rinde y baja la cabeza, Xuan deja de gritar y va a la cocina a por más arroz. Añes se queda sola con ellos, sonríe a la madre con gesto de solidaridad, y le dice que la comida está muy buena.

Xuan mete en una bolsa de plástico el arroz y los trozos de pescado que había en otra cazuela para llevar a casa. El padre enciende la televisión en el cuarto de estar y Xuan se prepara para salir sin despedirse de él. Le da un beso en la frente a su madre.

–Xuan, no saben alemán –le dice Añes poniéndose a su lado con la bicicleta.

–Sí, un poco sí.

–Muy poco.

–¿Y qué pensabas, que te iban a dar una conferencia? No tienen con quién hablar alemán.

–¿Tu madre no trabaja?

–Sí, trabaja en la tienda.

–¿Y tu padre?

–Mi padre no.

–Nunca te he visto en ese tono.

–¡Pues sí! También fuera de casa de mis padres me salgo de mis casillas.

21. Añes y Marta van al Salon Bruit

Añes no ha tenido noticias de Marta en toda la semana y la llama por teléfono.

–Todo bien. Le dije a Martin que, si me vuelve a hablar así, yo me marcho. Y lo ha entendido. Él también está nervioso. Le va a cambiar la vida. Ya le ha cambiado, desde que yo estoy en su casa.

–Estás en su casa porque él te lo pidió.

–Sí, pero es un proceso, los dos tenemos que aprender.

Añes propone a Marta ir al cine. Pero a la tarde viene la madre de Martin y pasará la noche en Berlín, porque el domingo ha quedado con una amiga.

–¿Por qué no vamos mañana a la sesión matinal?

–Yo trabajo por la mañana. Ya sabes, lo de los desayunos.

–Se me había olvidado. Oye, ¡a lo mejor puedo ir con Martin a probar ese desayuno vuestro!

Añes no le quiere quitar la ilusión a Marta y pregunta si les reserva una mesa.

–Mejor no. A Martin no le va a gustar que deje atado el plan de mañana sin hablarlo con él.

–Marta, hoy a la mañana he tenido una pequeña sorpresa al llegar al trabajo.

A petición de Laszlo, Añes ha ido a trabajar antes, para ayudar a preparar las cosas. Ha abierto la puerta con llave, no había ninguna luz encendida, pero la puerta que daba a la terraza trasera estaba abierta de par en par. Añes ha oído ruidos que venían del sótano y se ha acercado a la escalera para llamar a Laszlo. Ha oído ruido de pasos. Ha aparecido una cabeza, con la expresión de un gato al que han pillado haciendo algo. «Así que se han encontrado dos gatos», piensa Marta para sí. Ha subido despacio hasta quedarse unos pocos escalones más abajo de donde se encontraba Añes y cuando le ha dicho «Kai» y le ha extendido la mano, se le ha caído al suelo un revoltijo de cables. Le ha extendido una mano huesuda, de pianista, con un anillo de sello. Añes se le ha acercado para ayudarle a recoger los cables. Se mezclaban el olor de alguien recién duchado y del alcohol. Zapatos de cuero negro con la punta gastada.

–Te ha gustado.

Es la primera vez que Marta oye a Añes dar tantos detalles en la descripción de un hombre.

–No sé. Parece mayor. Será porque lleva vida de juerguista.

–¿Calvo?

–¡Qué va! Llevaba coleta.

–Un exheavy.

–No, no. Tenía porte aristocrático. No sé cómo explicarlo. Organiza los conciertos de los viernes, las sesiones se llaman Salon Bruit.

–¿Le has preguntado qué tipo de música suele ser?

–Se lo he preguntado, sí, pero... me ha dicho «noise». Le he respondido que ya sé francés, pero que no sé qué significa eso en música.

–¿Y?

–Me ha dicho que vaya el próximo viernes y que lo escuche yo misma.

–Ya tienes con quién ir, Añes. Cuando nazca el bebé no podré.

Marta acaba de salir de la ducha y Añes se sienta en la cocina a esperar. Ve las pertenencias de Marta desperdigadas aquí y allá: las botas y el abrigo en la entrada, los libros que compró en el mercado apilados en la repisa de la ventana, el termo sobre la nevera. Objetos conocidos colocados en un entorno extraño.

Hay una televisión en el cuarto de estar.

–¡Añes! –Marta la llama desde la habitación–. Tengo que gritar demasiado para hablar contigo.

Un camisón sobre la cama. Añes nunca le había visto un camisón a Marta. Un pequeño resto de pintura blanca en la uña del dedo gordo. Mientras está sentada para ponerse los leotardos, se mueve un bulto bajo la tensa piel del vientre de Marta.

–Está estirándose, ven.

Guiada por Marta, la mano de Añes intenta seguir los movimientos. Una extremidad se estira hacia fuera, deslizándose a muy pocos centímetros de su mano. Le da algo de miedo sentir con los dedos que ahí adentro hay algo vivo.

Han oído a Martin entrar por la puerta de casa, y dar un puntapié.

–¡Si ordenaras mejor tus zapatos, también habría sitio para los míos!

Un estallido dentro de Añes, unas ganas de recogerlo todo y pirarse. Le gustaría poner las manos alrededor de la boca a modo de altavoz y avisar a Marta: «¡lárgate de aquí!».

–¡Serán los de Añes! –Marta le devuelve el grito, mirando a Añes como pidiendo perdón.

Para cuando Martin aparece en la habitación Marta está ya preparada, lleva un vestido de lana rojo que podría haber sido de su madre.

–Nos has pillado justo a punto de salir de casa.

–Te queda bien ese vestido. ¿Adónde vais?

–Voy a acompañar a Añes a un concierto.

–¿Y te has puesto tan elegante para acompañar a Añes? ¿Cuánto tiempo lleva Añes esperándote? –Acaricia la tripa y le besa los labios–. Pasadlo bien, pareja.

En un entorno en el que la oscuridad hace que todo desaparezca, escrito con letra danzante y luz de neón roja, brillando, se puede leer Kugelbahn. La barandilla de la terraza está iluminada con cuatro faroles azules. En el interior, una bola de espejos gira y expande los destellos. Aparte de la pareja que está hablando con Kai en la barra, no hay nadie más en el bar. Añes pide un vino, y, cuando Marta dice que no sabe qué tomar, Kai le saca un zumo de pera.

–A mi cuenta –les dice–. Bienvenidas al Salon Bruit.

Se sientan con las bebidas a una de las mesas cercanas a la chimenea.

–Zumo de pera, ¿cómo se le ha ocurrido? Ha acertado de pleno.

–Pues también entiende de vinos.

Empiezan a entrar algunas personas, de una en una, como mucho en pareja. Van llenando los sofás y los sillones. Los que han venido solos enseguida entablan conversación. Parece un conjunto de insectos; todos vestidos de negro, pero todos un poco diferentes. También Añes va de negro. Kai lleva una camisa naranja y el pelo recogido en una coleta. Recién afeitado, tiene un aspecto más joven que el día en que Añes le conoció. Cuando anuncia que va a empezar el concierto, el público se dirige al sótano.

Hay un montón de cables sobre la mesa, un ordenador y la mesa de mezclas de sonido encima del piano. En una mesita, una serie de objetos iluminados por una lamparita del tamaño de un puño. Kai presenta en dos idiomas a la pareja de la barra, y Añes se sorprende de la naturalidad que tiene para hablar en público. El hombre está de pie detrás del piano, con toda su atención puesta en la pantalla del ordenador. Gota a gota, el sonido de una lluvia suave llena la pequeña sala. La fina mano de la mujer hace girar una piña sobre la mesa, la acerca y la aleja del micro.

Las capas de sonido se van superponiendo con diferente intensidad, como los rastros de los aviones en el cielo. Añes se sumerge en uno de los viajes posibles que crea imágenes en ese cielo. Suspiros y fricciones que llevan a una escena de sexo. El crujido de unos pasos sobre cristales rotos, ratones escondiéndose por los rincones. Siente la emoción de las cosas prohibidas, o algo por el estilo... Interferencias en alguna señal, hasta que el sonido se hace insoportable. A su espalda se cierra una puerta de golpe, los rugidos de la bestia del otro lado van perdiendo fuerza, se van apagando. Oye su pecho que respira, y su corazón que bombea sangre hacia arriba, subiendo por la garganta. Cuando se encienden las luces se queda clavada a la silla. Mira a Marta, sabe que dentro de ella se han proyectado asociaciones

diferentes. El sonido ha tejido las imágenes y los recuerdos con aquello que no se puede compartir. Marta solo le dice que necesita estirar las piernas.

Cuando Añes sube a la parte de arriba, la mayoría de la gente tiene un cigarro en la boca, Marta está en la terraza. Añes observa desde el interior cómo se acerca a Marta un chico con un gorro de lana negro y las manos en los bolsillos de la chaqueta. Observa desde dentro cómo este mira la tripa de Marta con los ojos que pondría un niño ante un bombón gigante. Añes ve cómo mueven los labios. Pero lo que llega a sus oídos, en lugar de su conversación, es el zumbido de los insectos de alrededor. Intenta atrapar palabras sueltas entre todo ese rumor de voces, voces que van codificadas de boca en boca, porque buscan algo del otro: un cigarro, por favor, protección, confirmación, amor. Visibilidad. Y Añes piensa en los malentendidos que se crean en ese cortejo. Cuántas veces nos equivocamos, cuántas veces no interpretamos bien el susurro del otro.

Cuando ya el murmullo se le hace totalmente incomprensible, solo ve los movimientos de las manos. Signos de sordomudos. Cazan algo al vuelo, lo desmenuzan entre los dedos, se limpian las comisuras de la boca, se tocan el pelo. Al otro lado del cristal, el del gorro ha puesto su mano sobre el vientre de Marta.

–¿Quieres probar otro vino?

Kai estira su mano huesuda para coger la copa vacía de Añes.

–¿Los demás son tan buenos como este?

A Añes le cuesta conversar con desconocidos, pero quiere mostrar su disposición a hablar.

–Todos están bien elegidos. –Kai alza las cejas y aprieta los labios–. Tengo un dealer de España para los vinos, Aitor. –Arrastrando la R, se lo pone fácil para seguir.

–Entonces tu dealer es vasco.

–El vino que has tomado es español; de Navarra.

–Marta, la amiga que ha venido conmigo, también es de Navarra.

–Tú eres francesa, ¿no?

–No, yo soy vasca. Y sí, voy a probar otro vino.

–Te voy a sacar uno italiano.

Pone el dedo en forma de gancho y tira de Añes con un hilo invisible para que le siga. Mientras Kai sirve el vino, Añes decide que no tiene que intentar ser original. Ha estado a punto de decir «esto está hasta arriba», pero hace una pregunta para saber algo más sobre Kai.

–¿Tú también haces música?

–Sé hacer muchas cosas –se encoge hombros–, pero la música no es una de ellas. –Añes se queda mirando cómo saborea el vino–. Y tú, ¿qué sabes hacer tú?

Eso es lo que pasa con una pregunta de ese tipo, que el otro luego también quiere saber algo.

–Hay muchas cosas que no puedo hacer. La música es una de ellas.

–En nuestra casa es mi hermana la que tiene el don para la música. Esas cosas se suelen repartir. Mi abuela quería ser pianista, pero la guerra le destrozó su sueño y solo llegó a ser profesora de piano. Cuando murió, la casa fue para mi madre, el piano para mi hermana y el coche para mí. Puestos a elegir, yo hubiera preferido el piano, pero mi hermana no necesitaba el coche y, al fin y al cabo, a mí no me viene mal. Pero un coche hay que mantenerlo y el piano, no.

–Y ese bonito piano del escenario, ¿es de Laszlo?

–No, es de mi exnovia. –De pronto le molestan los pelos que le quedan fuera de la coleta y se los lleva detrás de la oreja–. Desde que se fue, he tenido el piano en casa. Pero está mejor aquí. –Cruza los brazos en el pecho–. Yo tengo su piano y ella, quién sabe, tal vez un hijo mío.

–¿Tú no lo sabes?

–¡Vete tú a saber si ella lo sabe! Yo solo sé que nació más o menos nueve meses después de dejarme a mí.

Abre la botella que está encima de la barra y llena la copa. Marta se acerca para decirles que se va a casa. Añes no sabe cómo seguir con la conversación y, con la excusa de que a la mañana siguiente tiene que venir a poner desayunos, se ofrece para acompañar a Marta.

Se adentran en el oscuro camino de los cerezos. Las luces del puente Bösebrücke y las hileras de ventanas de los trenes pasan entre los árboles. A la izquierda, en los caminos que van entre las huertas, hay dos farolas encendidas, también la ventana de una chabola. Un hombre joven está apilando la hojarasca en un montón con un rastrillo.

–También Lasse quería acompañarme. Le he dicho que no, que para él era muy pronto para irse a casa.

–¿De qué le conoces?

–No le había visto nunca. Él se me ha acercado, me ha dicho que me conocía de vista, que vivimos en la misma calle.

–¿Te tenía fichada?

–¡Me ha confesado que incluso perdió una apuesta por mí! Después de ir de parranda, él iba con un amigo camino a casa y debí salir de un taxi, haciendo mucho ruido con una maleta enorme. Y le dijo a su amigo: «cada vez odio más a estos turistas». Y su amigo negó con la cabeza: «esta no es turista». Y apostaron, turista o no turista. Y al par de meses, cuando creía que ya estaba todo olvidado, su amigo le vino a pedir cuentas, «ahora mismo se ha cruzado conmigo en el parque, ya te dije yo que esa no era turista».

–¿Te ha dicho qué se apostaron?

–¡Le tuvo que comprar una tableta de chocolate! –Marta se ríe con ganas–. ¡Oye! –me dice–, pero cara, del mejor chocolate de la ciudad.

–¿Es músico?

–No, ¡constructor de barcos!

–¿Construye barcos?

–Me ha dicho que nunca ha construido un barco nuevo. Pero que si sumara todos los barcos que ha remodelado tendría unos cuantos barcos construidos.

–He visto cómo te tocaba la tripa. Y te ha mirado.

–¿Mirado?

–Sí, Marta, te ha mirado como para sentirte mirada.

–Sí.

–No hay nada peor que sentirse invisible, ¿verdad?

Llegan a la escalera que sube a la pasarela peatonal. Marta le asegura que no tiene ningún problema para hacer el tramo del parque sola, pero Añes va a gusto charlando con Marta. Le habla de los recorridos que ha hecho con Xuan por la ciudad, del vecino que suele ir a su casa a lavar la ropa, de los pancakes gigantes que prepara Laszlo. Marta se da cuenta de que Añes, tras haber vivido replegada como un erizo, ha empezado a ampliar su campo de acción.

–Me tenías preocupada porque estabas sola en esa casa. Pero has empezado a conocer gente.

–Marta, te lo dije desde el principio, pero para que quede claro: has tenido influencia en mi decisión de venir aquí, pero no tienes ninguna responsabilidad.

No menciona los daños colaterales de la mudanza. Sobre todo, no sabe cómo hablar de las visitas que recibe en las noches de insomnio, porque también tiene miedo de que al mencionarlas se vuelvan vanas. Le gustaría blindar la intimidad de las conversaciones que tiene con Esteban.

Por otra parte, hablar con alguien de Esteban podría afianzar su presencia. Y Añes no está segura de quererlo.

Quiere dar la vuelta por la arboleda con Esteban a su lado. Volver al paseo que dieron por la playa de Sopelana después de una noche increíble que pasaron juntos. Descalzos en la nieve y con las vías de tren en lugar del mar. Apartar de su mente que vivió con Bruno en París. Cambiarlo. ¿Por qué necesitaba que alguien le dijera lo que tenía que hacer? Pero Esteban no le dijo nada de eso. Y si lo hubiese dicho, ¿hubiese valido para algo? Cuando, mirando a las olas que rompía el viento, le dijo «en París no tienes esto», acertó de pleno. Esteban le diría: «Sí y, sin embargo, te largaste otra vez».

Añes está a punto de entrar otra vez en el Kugelbahn, pero continúa hacia delante. Al llegar a Jülicher Straße, ve acercarse una figura esquelética. Va huyendo sin tener a nadie detrás, dando

bandazos, esquivando obstáculos que nadie ve. Va con las manos entrelazadas delante del pecho, a punto de perder el equilibrio, parece un borracho rezando. Baja los brazos, los sacude como miembros heridos, y entonces Añes se da cuenta de que sujeta en las manos una bolsa de lino para la compra. El señor Hartmann la saluda. Añes advierte el miedo en su cara. Pero, seguramente, El Quijote solo tiene un peligro: que, a falta de caballo, no pueda llegar a tiempo al supermercado de Bad Straße, que suele estar abierto hasta medianoche.

Subiendo las escaleras, se oye música en casa de Max. Hay una silla azul en la cocina, esperando a que llegue Añes. Esteban sentado en las escaleras del Puerto Viejo. Esteban en el aula, con el cuerpo tirado sobre la mesa. Esteban como un títere suspendido de la estructura de la canasta de baloncesto del patio. Esteban cojo, con un esguince en el tobillo. Esteban en el camino de Aixerrota con la mochila al hombro. Sacando la cartera del bolsillo de atrás; botas militares negras, gastadas, heredadas. Los ojos de Esteban, bajo unos párpados kilométricos, muy enrojecidos. Esteban con restos de anfetamina, líquido, para poder mezclarse mejor con ella.

22. La cena de Xuan, Añes y Marta

Xuan llega tarde a la cita con Añes en Gesundbrunnen. Entran a una cafetería turca para comer unos pasteles llamados baklava que le gustan a Xuan, con un té.

–Hoy he hecho cuatro kilómetros nadando y ¡premio! No vas a adivinar lo que me ha pasado.

–Necesitarás una buena historia para compensar el tenerme esperando con este frío.

Xuan coge con sus largos dedos la mano que Añes tiene sobre la mesa.

–Me he lavado el pelo. Al quitarme el jabón y abrir los ojos, he pillado a un hombre mirándome. No ha disimulado. Se ha ido al baño, cómo no. Estaba claro.

–¿Qué es lo que estaba claro?

Xuan envuelve en el aire la mano de Añes con sus dos palmas.

–¿Qué crees que hacen dos hombres desnudos en los baños de las duchas de la piscina, jugar a canicas?

–¿De verdad?

Añes tiene los ojos atentos; la mano, muerta.

–Añes, ¡a veces no sé dónde vives! Él sabía que yo le iba a seguir al baño.

–¿Te pasan a menudo estas cosas?

–Hay que saber leer las miradas, nada más. Si estás abierto a este tipo de situaciones, te das cuenta enseguida: están en todos lados. –Suelta la mano de Añes–. Pero ¿sabes qué es lo que ha sido extraordinario? Cuando estaba agarrado a su cintura, he levantado la mirada.

–¿Vas a entrar en detalles?

–Ver para creer: ¡los pelos de la espalda de ese hombretón tenían forma de alas! Dos alas, Añes, tapando los omoplatos. Así.

Xuan sitúa las dos manos muy abiertas sobre la mesa, uniendo las puntas de los pulgares.

–Yo también tendré que empezar a ir a la piscina –dice Añes.

Suele haber mercado en la plaza situada entre la salida del metro y las escaleras de los andenes de tren. Se encaminan allí a hacer las compras. Detrás de un montón de berzas, un señor con bigote fuma un cigarro, bebe té y grita: «¡dos kilos, un euro! Bitteschön!». Su voz rotunda quiere llegar a sus potenciales compradores, intercala algún que otro piropo, «meine Dame», recita con tono alegre, «¡tomates uno con cincuenta!». Los «Limón, limón, limón, bitteschööön» se repiten

como oraciones, y alguna vez, puede que con un poso de melancolía. Pero las ofertas de última hora tienen poco de plegaria; son más bien una simple obstinación por traer a la tierra, sin ningún lirismo, a ese dios que alaban. Con los salmos pronunciados en alto y entre muchos Bitteschön, si piden algo, eso que exigen a su dios es intervención y justicia.

Un niño arrastra a su padre frente a los trozos de calabaza tirando de su mano. Le señala entusiasmado las tripas, las semillas enmarañadas con un hilo naranja, húmedas. Si no estuvieran envueltas en film transparente, el niño metería sus dedos en las entrañas de la calabaza sin pensarlo dos veces. Xuan compra tres brócolis por un euro. Un ramo de cilantro y cebolletas. Cuando le da las vueltas, el vendedor hace aparecer el billete entre sus dedos como por arte de magia, «bitteschön». Xuan parece extasiado. Confiesa a Añes que llevaba años sin poner el pie en Wedding, que ha empezado a venir otra vez a su barrio de juventud hace poco, desde que viven en él cada vez más amigos.

–Este era un barrio duro para un vietnamita –dice Xuan.

Camino a casa, toma a Añes del brazo; con la otra empuja la bicicleta cargada con las compras.

En la calle abundaban los conflictos y las peleas. Pero Xuan no quería ser miembro de ninguna banda y entró en un grupo que dirigía toda su energía criminal a hacer grafitis. La suya fue una decisión consciente, y se metió en líos por eso. Convenció también a otros para que hicieran grafitis alejándose de las bandas.

–Los tentáculos de mi madre llegaban hasta Wedding: cuando éramos niños, solía estar preocupada de que no entráramos en bandas de Vietnam. Aunque ella no estaba aquí, yo tenía miedo de que se enfadara.

A la mujer que Añes conoció el día que cenó en casa de la familia de Xuan, no le quedaba mucho de aquel poder.

–Cuando dejé Wedding y me fui a vivir solo a la otra punta de la ciudad, mi educadora, la señora Blume, me llamó una vez y me advirtió: «Señor Nguyen, necesitas un objetivo». Claro que sí, en eso tenía razón. ¿A cuántos crees que he visto quedarse en el camino? Tú, Añes, ¿ya sabes qué andas buscando? Me dijiste que habías venido siguiendo a una amiga.

–Cuando Marta vino a Berlín, yo no tenía razones para quedarme en París. Además, ya sabía que Marta no iba a estar bien con Martin.

–¿Por qué no la invitas a cenar con nosotros? Estoy deseando conocerla.

Mientras llega Marta, Añes ayuda a Xuan a preparar la cena. Añes suele hablar con Esteban en la cocina, así que los vecinos que ven su

ventana deben pensar que siempre está sola. Mira al edificio de atrás, quiere saber si tiene alguien a quien poder mostrar a Xuan. En el tercero se aprecia el destello azulado de la pantalla del televisor.

–¿Marta es buena en la cama? –suelta Xuan inesperadamente.

–Eres un provocador nato, Xuan.

–Oh, Añes, ¡cuéntamelo!

–He vivido casi dos años con Marta. Reconozco que me gusta tenerla cerca. También es verdad que me parece muy sexy. Pero, Xuan, nunca he sentido deseo sexual. No sé si es necesario ser mujer para entenderlo mejor.

–¡No me subestimes, Añeska! No pensarás que solo sé disfrutar de las personas sexualmente. Si así fuera, tú y yo no estaríamos aquí.

Y, de hecho, Añes no entiende cómo es que tiene a Xuan en su cocina. A Xuan no le faltan amigos, y su agenda está bien llena.

–Viendo películas, muchas veces nos quedábamos a dormir la una en la cama de la otra. También los fines de semana, después de desayunar, nos metíamos en la misma cama a leer. En el tiempo que he vivido con ella, me he sentido querida por primera vez. A pesar de que no me conoció en mi momento más alegre. Había dejado a mi pareja y el trabajo.

–Y cuando Martin se metió en la cama de Marta, te quitó el sitio a ti.

–Pues no. Incluso cuando empezó con Martin, seguimos teniendo momentos de mucha cercanía. Ahora es más difícil. Sobre todo porque vive con él. Pero Martin está entre nosotras también de otra manera. Marta sabe que yo no entiendo cómo puede vivir con él. Ella tampoco lo entiende.

–Tú, Añes, ¿cómo liberas la tensión sexual?

¿Qué le iba a decir? ¿Que la última vez echó un polvo con un muerto? De todos modos, Xuan no espera respuesta.

–Marta y tú ¿no seréis víctimas de una heterosexualidad forzada?

–Mi sexualidad tiene sus dificultades, Xuan, pero no la llamemos heterosexual, por favor. Ni a mi sexualidad, ni a su dificultad.

–Objeción aceptada, cielo.

Marta se quita las botas y se queda en la puerta de la cocina.

–¿Qué ha pasado aquí?

Los platos están colocados esmeradamente en la mesa como para un banquete. Arroz, brócoli y tiras de carne salpicadas de cebolleta. Xuan ofrece una silla a Marta.

–Las sillas las he conseguido yo. Esta amiga tuya no hace nada para adecentar esta casa.

–El otro día compró una lámpara.

–¿Comprar? ¿Acabas de empezar a currar y ya estás gastando, Añes? Por cierto, el trabajo también se lo he encontrado yo. Ahora

está buscando un ángel. Pero lo que necesita es sexo. ¿No crees?

–Xuan es un cocinero de primera –le dice Añes a Marta.

Xuan sirve la comida. Se da cuenta de que no va a conseguir hablar de sexo con las dos chicas.

–Por una temporada me sirvió también para trabajar en un restaurante. Añes puede confirmar que he tenido de quién aprender. El otro día la llevé a cenar a casa de mi padre y mi madre.

–En cambio yo, he aprendido a cocinar con Marta. Hasta conocerla, estaba convencida de ser una inútil.

–Te sientes salvada, ¿verdad? Yo también, hasta que llegó mi madre, comía cualquier cosa.

–¿Viniste antes que tu madre? –le pregunta Marta.

–Sí, vine de niño, pero yo solo, sin familia.

Añes sostiene una roseta de brócoli con los palillos, la suelta otra vez y lo intenta con un trozo de carne.

–Cerca de nuestra casa de París, construyeron un barrio moderno en un lugar donde había habido fábricas. –Marta dibuja en el aire los edificios con la punta de los palillos–. Las nuevas torres estuvieron vacías hasta que, en la década de los setenta, llegaron los refugiados asiáticos.

–¿La Chinatown de París?

–Los primeros que vinieron fueron los Boat people de Vietnam, ¿verdad?

–A mí me exportaron en un avión de Lufthansa.

Añes ya sabía que Xuan había llegado a Berlín solo y en invierno, pero nada más. Marta pregunta con total naturalidad.

–Pero ¿quién te estaba esperando?

–En el aeropuerto, un desconocido. Pero mi tío y mi tía, que estaban refugiados aquí, fueron los que consiguieron traerme. Mi tío pidió asilo para mí cuando llegó a Singapur. Vine camuflado como su hijo adoptivo.

Para empezar, hasta quitarle los piojos y otros parásitos, le tuvieron en cuarentena durante tres meses. Después, en un internado cristiano de Cáritas para aprender el idioma y la disciplina alemana. No se entendió con su familia adoptiva. Pasó por otro par de familias, y nunca funcionó bien.

–Hasta que dije «basta, ya está bien, yo tampoco os aguanto a vosotros». –Xuan necesita pequeñas pausas para llevarse la comida a la boca–. Fui donde la señora Blume y le dije: «ya vale, quiero vivir solo». Tenía dieciséis años cuando salí de Wedding y por fin empecé a hacer mi vida en Treptow.

–Y entonces, ¿cuándo vino tu madre?

–¡Mi madre, mi padre y mis hermanos, vinieron todos! Allí se quedó solo mi abuelo, no quiso venir. Un día, la señora Blume me

dijo: «Viene tu familia». No le dije «¿qué familia?» de milagro. Antes de hacer la pregunta me di cuenta de que la señora Blume se refería a mi familia de Vietnam. ¡Ocho años desde que había hecho la solicitud para que vinieran, ocho años! Me pusieron unos documentos delante, «firma y arreglado», me dijeron entonces. «¿Solo eso?» ¡Sí, seguro! Ocho años esperando. ¡Para entonces ya no sabía ni siquiera si quería que vinieran! Cuando aparecieron, les dije: «Bienvenidos a Alemania, me alegro de que estéis aquí, pero llevo casi dos años viviendo por mi cuenta y no me voy a poner ahora a vivir con otra familia que no conozco».

Xuan come las últimas cucharadas, unta el plato con un trozo de pan y lame la punta del dedo que ha utilizado para rebañar el borde.

–No podía volver a su mundo. Iba de visita, a ver qué tal estaban, para ocuparme de lo que necesitaran. Me quedaba mirando a mi madre en la cocina. Sus gestos, sus expresiones faciales, los detalles de sus huesos... no era fácil. Al verla, salía todo de golpe; toda la recopilación de imágenes que tenía guardada. No, al principio no fue fácil para nadie. Ahora tampoco es fácil, no te creas. Pero ha nevado mucho desde que vinieron y de momento no han mencionado nada sobre volver a Vietnam. Así que, no parece que hiciera ninguna faena a nadie.

Xuan pica las últimas rosetas de brócoli de la cazuela.

–Y tú, Marta, ¿también aprendiste a cocinar de tu madre?

–Yo perdí a mi madre de niña, pero sin la opción de traerla de vuelta.

–¿Y tu padre?

–Mi padre vendrá en Navidades, para cuando nazca el bebé.

–Entonces, ¿tienes una buena relación con tu padre? Yo no puedo decir lo mismo.

El plato de Marta está vacío y Xuan lo está mirando.

–Cuando estuve en casa de tu familia, pensé que tu padre y tú estabais aliados contra tu madre.

–Las cosas no son lo que parecen. –Xuan limpia también el plato de Marta–. Mi madre era la que nos daba los azotes cuando éramos niños, pero no me oirás decir una mala palabra sobre ella. Cuando alguno de nosotros hacíamos algo mal, cobrábamos todos. Así cumplió mi madre con su deber. Hoy todos la alaban: de seis chicos, ninguno se ha perdido por el camino. Mi padre no está del todo de acuerdo. Preferiría para mí una mujer que supiera cocinar bien un Pho ¡y no que sea yo mismo el cocinero! Pero tu padre, si se quedó viudo, aprendería a valerse por sí mismo.

–Si mi padre es especial, se lo debe a mi madre. Porque ella era una mujer francesa. Y, además, cuando se murió su mujer, tuvo que convertirse en un hombre moderno a la fuerza, en algunas cosas.

–Sería tu padre el que te ponía Leonard Cohen en el coche –le dice Xuan.

–¿A ti también? –pregunta Marta, sin adivinar de dónde viene el comentario.

Xuan no puede evitar la risa.

–Corina me puso sus discos y me los grabó en casetes. Los de Cohen y los de cantantes de la RDA.

–¿Quién es Corina? Una de tus madres de acogida, una novia...

Marta le hace preguntas con más facilidad que Añes y Añes se percata de que no se crea ninguna situación incómoda, al contrario.

–Algo intermedio. Fue mi vecina en Treptown. Era profesora, madre de cuatro hijos. Corina tenía una colección de discos increíble. También quedé deslumbrado por la chanson francesa.

Improvisan un Karaoke en la cocina con el ordenador de Añes. Entre los tres empiezan a cantar So long, Marianne. Luego, Suzanne. Hacia la mitad, sucede algo y Xuan se emociona. Es difícil saber cuál ha sido la razón: La confianza total entre dos personas, el deseo de crear un vínculo con el interior de otra persona, o la perspectiva de unos marineros que están ahogándose en el mar. Pero consigue superar el bloqueo, y sigue adelante cogiendo la mano a la lady loca del puerto, camino del río, con los ojos cerrados.

–Otra –dice Marta–. Le Temps des Cerises.

Abre en la pantalla una versión de Cora Vaucaire y canta suavemente. Sin caparazón que la proteja, con la voz desnuda. Una canción que rima belle y cruelle. Jour y amour, douleur y coeur.

–¡Bravo! –Xuan aplaude–. Emocionado. ¿Qué significa cerises?

–Cerezas. Un fruto de primavera.

–¿De primavera?

–En Francia sí, y caen como gotas de sangre. Por un amor perdido, o por una revolución fracasada. Se convirtió en una canción para recordar la Comuna de París. Su autor luchó hasta el final en la sangrienta semana de mayo.

–¿Eso fue cuando los anarquistas dieron fuego a París?

–Los anarquistas, los comunistas, sí. De todas formas, la mayoría de los fuegos los encendió el ejército. Con granadas. La canción era anterior, pero después, a la vuelta del exilio, su autor se la dedicó a una enfermera de Belleville que conoció detrás de una barricada, a una joven ambulancière.

–Am-bu-lan-cière. –Xuan saborea la palabra en francés.

–Otros, en cambio, vieron en las barricadas mujeres medio desnudas con apariencia medio animal. Putas rojas. Esos llamaron pétroleuse a las mujeres.

Cuando Xuan pone Non, je ne regrette rien, Añes decide quedarse de espectadora. Xuan está imitando la pose estática de Édith Piaf, con

los brazos colocados a los costados del cuerpo, con las muñecas apretadas. Modula las palabras abriendo exageradamente la boca, primero el largo «nooon», «rien de rien», pero no sabe francés, así que, aparte del estribillo, finge moviendo sus labios. Xuan pone la mímica, Marta añade la precisión del idioma. Cantan sin leer, con la mirada fija en la lejanía. Xuan abre las palmas y las coloca frente a él mirando hacia arriba, cuando dicen al unísono «je-re-parts-a-zé-ro», sin pestañear, lentamente, optimistas, seguros. Marta también se desliza en la piel de Piaf, tira del vestido negro hacia abajo alrededor de la tripa, y tanto Xuan como Marta, con las manos en la cintura y haciendo rodar las erres, «regarde moi, Milord», se sumergen en la siguiente canción, «vous ne m'avez jamais vue», los ojos acompañando las palabras con la intención de atravesar la coraza de un hombre de buena posición, y lo consiguen, Milord está llorando, ahora tienen que animarle, le piden un esfuerzo, «Allez riez, Milord», para que vuelva a reír y a bailar, «Bravo, Milord!». Le aplauden juntos. Permanecen en el ambiente de las prostitutas del puerto con Le port d'Amsterdam. Los labios gruesos de Xuan son inmejorables para interpretar a Brel. Los marineros que se emborrachan en honor a las prostitutas intentan librarse de las garras de las pesadillas, y Xuan comienza a balancearse de un pie a otro, mientras los marineros frotan una barriga contra otra barriga. Los movimientos de las manos de Xuan se vuelven cada vez más dramáticos; borrachos perdidos y poseídos por el diablo, los marineros abren sus braguetas y mean, como si llorasen en el regazo de las mujeres infieles. Para cuando termina, a Xuan se le ha deshecho el moño. Enciende un cigarro invisible y exhala el humo. Busca en la red Sea, sex and sun. Copia los gestos de gigoló de Gainsbourg como mirándose en un espejo. No se alarga. Cambia la canción antes de que termine, pide a Marta que se ponga a su lado y, antes de que se dé cuenta, tiene a Marta metida en el papel de Jane Birkin, susurrando tiernamente «je t'aime». Xuan le responde una y otra vez «Moi non plus», y al final Marta consigue incomodar a Añes con los gemidos de los orgasmos fingidos, entre ridículos y sexis. Xuan y ella parecen estar como una cuba, y Añes no se ha permitido tomar ni una sola gota.

Xuan y Marta cruzan las vías del tren por Millionenbrücke. Al otro lado del puente, Marta percibe un penetrante olor a hierba seca y establo. Xuan le señala unos caballos, bajo una techumbre, entre los huecos que dejan los esqueletos de los árboles. Hay dos coches de caballos y piezas de andamio alrededor, charcos. Los carruajes tienen la capota cerrada y un interior tapizado en cuero y terciopelo. Las vías de tren están veladas por la niebla. En el borde de los raíles de acero –porque solo podían ser de acero– y a la sombra del puente hecho de acero –pues son contemporáneos–, cuatro caballos sueñan con el

acero, con el futuro. Cuando hace tiempo que el futuro se volvió pasado. Pero antes de descansar entre sueños, al final del día, entre la bruma, Marta se los imagina llegando a Millionenbrücke. Ciegos, tirando de las carretas, herraduras y ruedas al trote, golpeando rítmicamente los adoquines de la calzada. Desde hace más de cien años, hasta hoy.

Marta no conoce la calle peatonal que cruza por la mitad de la urbanización de los sesenta, porque siempre ha ido a casa de Añes por Mauerpark. Xuan dice que a pie se hace largo, que se siente en el portaequipajes, de costado, y que se agarre tranquilamente a su cintura.

–¡Un zorro!

Marta ahoga con una mano lo que iba a ser un grito, hace que la bicicleta se balancee y Xuan frena poniendo los pies en el suelo.

–¡Loca! ¿Quieres caerte de la bici y matar de un golpe a ese bebé que llevas dentro?

El rostro de Xuan se desfigura. Lo que acaba de decir ha asustado a Marta. Protegiendo su tripa con las manos, señala con el mentón hacia el lugar en el que ha visto al zorro. Las luces de los pasillos de la biblioteca están encendidas. En una esquina del edificio naranja de una sola planta, el animal, que rebusca con la punta del hocico en un montón de hojarasca de dos metros, levanta la cabeza y se les queda mirando con gesto desafiante.

–¡Le brillan los ojos!

Marta habla en voz muy baja, para no espantar al zorro. Xuan rompe a reír y el zorro sigue mirándolos sin inmutarse.

–Habrá sido el reflejo de las luces de mi bicicleta. Los ojos de los zorros no tienen luz propia.

–¿No le damos miedo?

–Ese está muy tranquilo. No necesita esconderse.

Xuan saca el teléfono para hacerle una foto.

–Es la primera vez que veo un zorro.

–Esta ciudad está llena de zorros.

–Me da pena.

–Pena, ¿por qué?

–Ese zorro ahí está fuera de lugar.

–Ha perdido el instinto, nada más.

Baja del montón de hojarasca sin agachar la cabeza y se mete tranquilamente en el camino que va hacia la parte trasera de la biblioteca. Avanza sin apoyar del todo en el suelo sus almohadilladas patas.

–Pura supervivencia.

Xuan se sienta en la bicicleta y se pone en marcha.

Al final de la calle, las líneas de una grúa; y posados en su brazo,

cientos de cuervos durmiendo.

Añes baja al sótano a por carbón. No encuentra el interruptor en la entrada y enciende la linterna del teléfono. El señor Hartmann suele estar siempre aquí abajo, metido quién sabe en qué actividades. Limpiando no, desde luego. Antes de llegar a los pasillos con trasteros, pasa por un rincón lleno de chatarra, un televisor antiguo y piezas de impresora. Oye un breve crujido y piensa que debe de haber ratas. Lo que ha oído podría ser una rata, o un trapo sucio movido por alguna corriente de aire. Dirige la luz hacia el final del pasillo y percibe un bulto que se mueve. En vista de su tamaño, se le escapa un grito de la garganta con la mandíbula abierta de par en par. Tiembla todo su cuerpo. La sombra pegada a la pared de atrás se encoge, alza los pies del suelo y agacha la cabeza. Añes, sin mover la luz de su objetivo, deja de gritar para poder respirar. Eso que es más oscuro que el sótano, asoma la cabeza de debajo de una manta y, a unos cinco metros de Añes, aparece un rostro flaco y asustado. Tiene los párpados abultados, los ojos inyectados en sangre. Las facciones están hinchadas, deformadas. Ambos permanecen callados, el lenguaje no es una opción mientras se observan el uno al otro. Añes reconoce a quien está sentado en una silla plegable tapado hasta al cuello con una manta. Las dos bolsas de plástico junto a la silla se lo confirman: es el hombre que ve casi todos los días en el banco del paseo. El cartón de vino que se ha bebido para calentarse por dentro está tirado en el suelo. «¿Me reconocerá él a mí?» «¿Me ve cuando paso por delante de él en la calle?». El hombre rompe con voz de niño el silencio, que se está alargando demasiado:

–No se lo digas a nadie, por favor, no se lo digas a nadie.

A Añes se le pasa el miedo de golpe. Pero sigue alerta.

–¿Cómo has entrado?

–Me quitaron la llave de casa, pero no la del portal. Por favor, no se lo digas a nadie.

Parece que va a romper a llorar. Le tiemblan los labios. También las manos que sujetan la manta. Añes ya no teme sufrir una agresión y se percata del hedor que invade el pasillo, de la humedad, mezclada con la acidez del alcohol y del pis. No daría un solo paso en su dirección, de ningún modo reduciría esos cinco metros que hay entre los dos. Le gustaría que ese hombre desapareciera de ahí, pero sabe que él no tiene escapatoria posible, es ella la que está de camino a la puerta y retrocede.

Añes sube a casa habiendo dejado el carbón en el sótano. El hombre le ha rogado que no se lo diga a nadie y Añes no le ha prometido nada. No quiere ser la única que lo sabe. Está a punto de tocar la puerta de Max, pero no está segura de cómo reaccionará él.

También Añes habría preferido no saberlo. Ha sido Añes la que ha entrado en el pasillo que ese hombre tiene como refugio, pero ese hombre se había metido en la vida de Añes desde mucho antes. Ahora el señor Kappe tiene cara. Una cara hinchada y enrojecida por el alcohol, atravesada de arrugas. Le viene a la cabeza el hombre al que encontraron calcinado en la chabola, detrás del mercado. Aquel hombre, al querer sacarse el frío del cuerpo, abandonó la vida por la grieta que hay entre morir congelado o quemado. Añes no sabe si Esteban murió por los golpes al despeñarse o si se ahogó tras caer al mar.

En el invierno en que Agnès Varda hizo sus grabaciones en Mouffetard, el frío mató a varios sin techo. Esos clochard aparecen en algunas fotos de Varda, y les dedicó un capítulo en su película: Les chers disparus. A veces, cuando algo ha despertado un recuerdo, no es fácil adormecerlo. Hay imágenes, voces, remordimientos que no dejan de perseguirnos. Estaría bien poder extinguirlos con los latidos obsesivos de una melodía, padam, padam.

Añes abre el ordenador y busca L'opéra-mouffe. Quiere ver otra vez la coreografía de rostros del mercado: labios pintados y bocas sin dientes coronadas con grandes narices y rodeadas de arrugas, parlanchinas o quejicas, vivaces. Después vienen las miradas lánguidas y los labios deformes, en un fragmento más silencioso llamado quelques uns. Hay de todo entre esos a los que se llama algunos: unos con sombrero elegante y otros que cojean, manos quitándose los mocos, rascándose, arreglándose el pelo. Se ve lo que se puede ver: los rostros de la gente. Hasta ahora, el señor Kappe no tenía cara, si es que ese es su nombre. Y, al menos por ahora, su imagen podría incluirse en el montaje del fragmento quelques uns. Escondiendo el mentón y con la cabeza mirando hacia abajo, eso sí, y arrastrando sus bolsas de plástico por un rincón por donde nadie camina, en la periferia. Pero ya tiene el primer pie puesto en el próximo capítulo: Les chers disparus es el siguiente capítulo, la siguiente etapa, la de los seres queridos que desaparecen.

Quien pierde su casa debe de tener la sensación de haberse quedado sin sombra. Ese hombre que ahora duerme en una silla plegable, en el sótano, dormía, no hace mucho tiempo, en la habitación en la que ahora duerme Añes. En casa del señor Kappe. Cuando estaba casado con una fan de Madonna que se parecía a una chica que murió en la calle de un navajazo. Antes de que empezara a tener problemas para ser un buen marido por culpa del trabajo. Solo, en una habitación pintada de rojo para su esposa polaca. Como se le ocurra encender un fuego en el sótano para calentarse, puede liarse una buena.

23. Marta en casa de Lasse

Es viernes al atardecer, Lasse avanza por la calle llevando al hombro una gran caja de cartón llena de comida. Ve a Marta saliendo del portal de la casa azul y caminando hacia él. Ha pasado una semana desde que hablaron en el Salon Bruit y Lasse la ha visto desde la ventana de su habitación esperando al tranvía cada mañana. Marta le dice que ha quedado con Añes para ir otra vez al Salon Bruit. Primero va a comer algo, porque le ha entrado hambre y en casa no ha encontrado nada. Lasse le muestra las verduras que lleva en la caja y la invita a cenar. Dice que va a hacer un quiche de puerros y champiñones, sin masa, y que enseguida estará listo. Y que mientras prepara el quiche le pondrá algo para picar. Que luego irán juntos, dando un paseo, al Salon Bruit.

Lasse vive junto con unas veinte personas en una casa que ocuparon a principios de la década de los noventa. Es la única casa que queda por reformar en toda la calle. Las temblorosas letras blancas que cubren la fachada, Wir bleiben alle, reivindican que no van a marcharse a ningún lado. Pero ya han perdido intensidad, y parecen saber que también van a perder la lucha contra el capital. La cocina ocupa toda la tercera planta. Los fuegos y el horno son industriales, tienen tres neveras colocadas en fila. El lavavajillas está lleno, sin poner en marcha, aunque sobre él esperan torres de platos y muchas tazas. Largas mesas de madera y unos sofás junto a la ventana llenan el espacio principal. Lasse aparta de la mesa unas hojas sueltas de periódico, corta rodajas de pan y prepara un plato de queso para Marta.

Sale al balcón a por una botella de cerveza y a cortar un manojo de romero. Marta se pone a mirar desde la ventana de la cocina al parque, que está a oscuras. Las estrechas copas de los álamos se dibujan en el cielo, las luces de las bicicletas atraviesan el parque, y las de los aviones de los viernes por la noche desaparecen detrás de los bloques grises a la izquierda del puente, hacia Tegel. Lasse empieza a trocear puerro, champiñones, camembert y aceitunas.

–Es la vista de mi cocina –dice Marta–. En algo tiene que ser diferente. Pero no veo en qué.

–Retén bien la imagen, porque dentro de poco va a ser totalmente distinta.

El lago del parque estaba cubierto de verde cuando Marta llegó en junio a Berlín. Florecieron nenúfares blancos y rosas. Vio una garza pescando por la mañana.

–Todavía se nos va a hacer largo hasta que llegue la primavera.

–Las estaciones van y vienen. Los hoteles no. Ahí van a construir uno, a la izquierda de la entrada del parque, donde ahora se organiza el mercado. Más atrás van a construir viviendas de lujo de siete pisos en el solar que hay antes de llegar a las vías de tren.

–¿Al lado de las vías de tren? ¿De lujo?

–Las llaman city loft y ya está, de lujo.

Aunque nadie se lo quiere creer, el entorno se llenará de grúas y camiones.

–¡Cómo no vamos a ser unos nostálgicos! Estamos viendo cómo desaparece nuestra ciudad.

Lasse sabe que, en el lugar donde se construye algo nuevo, la memoria de lo que hubo anteriormente se borra enseguida.

–De todas formas, para cuando esto cambie, no estaremos mirando desde esta ventana. La orden de desalojar el edificio la dieron hace tres años.

Mientras prepara la ensalada, Lasse le cuenta que consiguieron reunir 268.000 euros para comprar la casa. Muchos de los que ocuparon la casa, que ahora viven en comunidades fuera de Berlín, estuvieron muy implicados en todo el proceso, y todavía lo están. Pero un día antes de la subasta pública, el dueño actual la compró por 280.000 euros. Desde entonces, han estado negociando con él y con la administración. Al nuevo dueño se le ofreció a cambio otro edificio en la misma calle, el acuerdo estaba casi hecho. Antes de firmar, un hombre de negocios compró el edificio elegido, pagando el doble de lo que habían acordado con la administración. Lasse va al balcón a por otra cerveza.

–Esto no tiene remedio. Y te voy a decir una cosa, yo me voy a ir antes de que cientos de policías vengan a echarnos de aquí. Pensarás que soy un cobarde. En otros sitios han luchado hasta el final. A mí no me quedan fuerzas.

–Escuchándote, me viene a la cabeza París. Cómo se diseña una ciudad nueva, cómo se especula con las tierras y las vidas; al fin y al cabo, cómo se expulsa a las clases peligrosas del centro. En París todo esto sucedió en el siglo XIX.

Lasse aguza la vista.

–¿Tanto tiempo llevabas viviendo en París cuando llegaste a Berlín?

Marta se tapa la cara con las manos.

–Me has pillado. Has invitado a cenar a una tortuga Galápago disfrazada de mujer joven.

–Y pudiste ver desde el zoo de París cómo cambiaba la ciudad.

Marta se queda contenta al ver que ha conseguido hacer reír a Lasse.

–No solo eso. En el zoo oímos que dos de los elefantes y otros muchos animales se vendieron como delicatessen en el mercado negro. Los parisinos tenían hambre y estaban hartos de comer ratas.

–¿Lo dices de verdad?

–Sí, eso es verdad.

En el apartamento de Rue des Gobelins, en la habitación de Marta, había un dibujo de un medallón de un metro de diámetro en la pared.

–Yo llegaría a París en la misma época en la que tú llegaste a Berlín. Fui tras el rastro de cuando mi madre era joven, pero estuve ocupada con una época que quedaba cien años antes.

Hasta quemarse las pestañas. Leyó a Balzac, a Zola y a Flaubert antes de leer a Duras, Colette o Beauvoir. Pero, delante de Lasse, ha dejado sin mencionar esos y otros muchos detalles.

–Vivía en el 13.º arrondissement. Ese y otros siete distritos los creó el barón Haussmann. Toda la ciudad se reconstruyó según sus planes, hasta el más mínimo detalle. Se debió de sentir como un dios cuando el emperador le hizo el encargo de limpiar París. Dejó que la luz entrara en los barrios sucios y el capitalismo circuló por las avenidas que él mandó ensanchar. Más rápido, con menos obstáculos. Para eso destruyó zonas urbanas y comunidades enteras. Haussmann también derribó su casa de nacimiento. ¿Nostalgia, dices?

–Puede que la nostalgia solo sea para quienes tienen algo que perder. Yo estoy en esa fase –dice Lasse con sonrisa resignada y le da el último trago a su segunda botella de cerveza–. Pero también hay que poder permitirse la nostalgia.

–Los bulevares de Haussmann se convirtieron en campos de batalla durante los últimos años del Imperio. La lucha era entre dos ciudades. Los del otro París, los ciudadanos del París empobrecido, cada vez estaban mejor organizados. Imagínate, había una red de cantinas que daba de comer al día a miles de trabajadores.

–¿Y los elefantes?

–Se llamaban Cástor y Pólux, eran muy conocidos en París. Como el oso Knut para los berlineses. Una vez perdida la batalla de Sedan, el Imperio cayó, pero la guerra no terminó. Los soldados prusianos sitiaron París. Durante cuatro largos meses, y en pleno invierno, los parisinos y las parisinas las pasaron canutas. Ya te digo, cazaban ratas. Mataron caballos. Unos 60.000. Pero los caballos de una ciudad se acaban. Cuando empezaron a subastar los animales del Jardin des Plantes, un carnicero del bulevar Haussmann compró la pareja de elefantes.

Francia estaba negociando el armisticio con Bismarck. El gobierno y las clases adineradas escaparon de la ciudad en la época del sitio y París, aislada y abandonada, en la práctica, era de los otros. Decidieron no rendirse ante los prusianos, y reunieron los cañones que

se habían financiado con su dinero en los barrios que tenían bajo su control. Cuando Francia se rindió definitivamente, el gobierno provisional instalado en Versalles dio a la armada la orden de desarmar París.

–Ahora imagínate: al amanecer los soldados vienen a Montmartre a llevarse los cañones. Necesitan caballos para transportar los cañones cuesta abajo. Miles de caballos. Así que ahí están los soldados, esperando a los caballos.

–¿Y de dónde los tenían que traer?

–No lo sé. Pero, entretanto, unas parisinas se enteran y salen a impedir que se lleven sus cañones.

Al principio salieron a defender los cañones. Pero luego se alzaron para tomar las calles. Al fin y al cabo, también para recuperar el sentido de comunidad perdido. La Comuna tomó la ciudad entera. Los parisinos pasaron de compartir la miseria a compartir el espacio.

Según lo que había hablado Marta con algunos vecinos de Rue des Gobelins, lo más probable era que su edificio hubiera sido ocupado mientras duró la Comuna de París, y que la caricatura de su habitación se dibujara entonces. Los generales y los luchadores de la Comuna tuvieron viviendas en el barrio. Muchos de los que fueron expulsados del centro por los trabajos de Haussmann regresaron a las calles que conocían tan bien. Debido a la cantidad de obras del barrio, también vivieron allí un montón de trabajadores de la construcción. Si el autor de la caricatura no fue un communard, el dibujante debió de ser uno de aquellos trabajadores. Seguramente ambos a la vez: un trabajador de la obra y miembro de la Comuna.

Marta se calla. Unos vecinos de Lasse se acercan a la cocina cuando el quiche del horno empieza a oler. Ponen la mesa, abren una botella de vino, comentan los planes para la noche.

Durante los 72 días que gobernó la Comuna, las cosas se hicieron en un ambiente festivo. Tuvieron la ocasión de poner en práctica las ideas que habían discutido en las reuniones de los últimos años. Las tropas de Versalles se estaban acercando a las murallas de la ciudad. Recibieron ayuda del enemigo: los prusianos liberaron presos de guerra para asegurar la represión de la Comuna. Cuando los soldados de la armada regular entraron en París, avanzaron fácilmente por las avenidas de Haussmann. La Comuna consiguió levantar barricadas incluso en los grandes bulevares. Hasta los primeros pisos. Pero los ómnibus, los muebles, los colchones no fueron suficientes. Las barricadas en los barrios de los trabajadores duraron ocho días. La lucha fue de casa a casa, y la represión posterior fue salvaje. Así se llevó a cabo la limpieza absoluta de la ciudad.

El vecino que estaba preparando café dando la espalda a Lasse y a Marta se acerca a la mesa, es un hombre con bigote.

–Yo estuve allí, y eso fue una guerra civil.

–¡Vaya, otro espécimen de larga vida! –le dice Marta.

Como queriendo echar en cara a Lasse el atrevimiento de su amiga, el hombre le mira antes de contestar a Marta.

–¿Cuántos años más que tú crees que tengo? Como mucho quince más. Y sí, levanté barricadas en Mainzer Straße. Lo que estaba en juego era nuestro modo de vida. –Alza las cejas y cierra lentamente los ojos, subrayando la seriedad de lo dicho.

Marta no sabe de qué está hablando, pero desde luego no sobre la Comuna de París.

–Nos querían hacer desaparecer.

–Pero no lo consiguieron, Hansi –le dice Lasse, sonriendo.

Hansi levanta los hombros y se sirve café en una pequeña taza de cerámica.

–Pues no lo sé, nos han complicado la existencia absolutamente. Para empezar, nos echaron encima a la policía y todo su arsenal, y después, la Agenda de Schröder.

Agarrando la taza con dos dedos, el bigotudo Hansi se va en dirección a las escaleras.

–¿Cómo tengo que entender esta digresión? –pregunta Marta a Lasse, perdida.

–Hansi es mi compañero de ajedrez, jugamos todos los jueves. Vino a Berlín cuando cayó el muro. Vivía en la casa de los maricas de Mainzer Straße, y en 1990 la policía desalojó toda la calle. Granadas cegadoras, cañones de agua, disparos. Fue un trauma enorme para los que estuvieron allí.

–Los traumatizados viven fuera del tiempo.

–Hansi dice que primero les quitaron el espacio, y después el tiempo. Antes se podía recibir ayuda social y hacer trabajo político. O dedicarse a actividades artísticas. Lo que fuera. Con el sistema de hoy uno no puede dedicarse tranquilamente a sus quehaceres. Hoy no hay derecho a decidir lo que cada uno quiere hacer con su tiempo. Eso lo ha conseguido la Agenda. Y además de eso, ha estigmatizado al que no tiene trabajo. Lo ha criminalizado.

Lasse pone el quiche sobre la mesa y lo trocea. Un hombre pequeño entra en la cocina, debe de tener unos cuarenta y pico años, va vestido con una chaqueta y unos pantalones que le quedan demasiado grandes, unos ojos oscuros en un rostro estrecho, una mirada limpia que sustituye a las palabras. Deposita sobre la mesa un balde lleno de manzanas verdes y rojizas. Uno de los que está allí reunido le dice que no hace falta que traiga nada. Responde con un gesto de hombros, humilde, avergonzado. Lasse le dice a Marta que es comprensible, que el hombre no quiere venir con las manos vacías. Él y su mujer tienen una de las huertas que hay entre el Kugelbahn y el puente Bösebrücke,

y les trae frutos de allí. Con los membrillos de principios de otoño, hicieron mermeladas. Le han preparado cuatro bolsas llenas de botellas vacías, y una chica joven le ayuda a bajarlo todo.

Lasse le propone a Marta coger un plato cada uno y subir a su habitación. Una gata mira por la ventana de Lasse, Trouble, y Marta se sienta a su lado. A Marta le tranquiliza la oscuridad que rasgan las bicicletas como luciérnagas. Lasse está sentado en el suelo, con la espalda recostada en la cama, mirando a la mujer y a la gata encuadradas en la ventana.

–¿Qué se veía por tu ventana de París?

–El tráfico de la Avenue des Gobelins.

A Marta le caen migas de quiche sobre la tripa.

–¿Por qué está tu mesa llena de piezas de electrónica? ¿No eres constructor de barcos?

–Es un hobby. Cuando algún trasto no funciona, me lo traen a mí. O vienen con la idea de construir algo que cambie el sonido. Ahora estoy preparando un MIDI controller para integrarlo en una trompeta.

–¿Les cobras?

–La mayoría de las veces no. Algunos me regalan algo de hierba. O un CD.

Cuando Lasse termina de comer, pregunta:

–¿Tú bailas?

–Depende de la música.

–Los viernes hacíamos Voküs, la gente venía a cenar por dos o tres euros. Luego poníamos música en el sótano. Solía venir una chica que bailaba con una barriga falsa colocada debajo del vestido. Pero nunca he bailado con alguien que está realmente embarazada. ¿Bailarías conmigo?

Marta se pone muy roja. Empieza a acariciar a Trouble.

–¿Por qué no?

Lasse se pone en pie y deslizando el dedo índice por la fila de CD, dice:

–Tú di basta.

El teléfono de Lasse suena antes de que Marta diga nada.

–Es Karen. –La cara de Lasse es de sorpresa–. Mi hermana nunca llama –le dice a Marta, apurado.

La conversación es en danés, breve.

–Mi padre ha muerto –dice Lasse luego–. Ha salido a sacar el compost y no ha vuelto. Ha caído redondo al suelo.

Trouble se acerca de un salto a Lasse.

–Karen está sola en casa. Le he dicho que pida ayuda a los vecinos, pero tengo que ir yo. No sé si tendré avión hoy mismo. –Está sentado frente a la pantalla del ordenador–. ¿Qué va a hacer ahora sin su padre? Viven juntos. Vivían juntos.

Ve que puede comprar un billete para el último avión que sale a Copenhague dentro de hora y media.

–Martin tiene coche, ya te llevo yo al aeropuerto, si quieres –se ofrece Marta.

–No es mi padre –dice Lasse–. Es el padre de Karen.

Mientras Lasse mete las cosas en una mochila que, probablemente, usa desde la adolescencia, Marta baja a por el coche.

24. Una grieta en el camino

Por la mañana, cuando voy con Añes camino a la antigua bolera, el hombre que duerme en el sótano de su edificio está sentado en el banco de siempre. Por las noches entra en el sótano con la llave que aún no le han quitado y sale temprano por la mañana, a horas en las que puede evitar cruzarse con alguien. En la calle, Añes se atreve a acercarse más que en el sótano, deja alrededor de un metro y medio de distancia entre los dos. Tiene la piel de la cara y las manos mugrientas, la ropa también sucia. Uno de los zapatos está remendado con cinta aislante.

–¿No tienes a quién pedir ayuda?

Mira a Añes, no se puede advertir si la reconoce. Niega con la cabeza. Al hilo del pensamiento que le ha quitado el sueño las últimas noches, Añes le dice:

–No enciendas fuego en el sótano.

El hombre la mira desde mucho más lejos que desde el banco del parque.

Añes se para frente a la bolera. La lluvia cae con aguanieve. Un coche pasa despacio, pues los adoquines de la calzada resbalan. Ahí empiezan las huertas y se termina la carretera. El viejo Mercedes que está aparcado podría ser el de Kai, piensa Añes, el que recibió en herencia. Tras las ventanas del bar, Kai está pasando la fregona. Añes se queda mirándole. En las plantas trepadoras que recubren el edificio han brotado flores de campana de color añil. Descienden del tejado hasta llenar la ventana y tapar la puerta. Un miedo color añil recorre el cuerpo de Añes. Le tiemblan las rodillas, es incapaz de seguir caminando. «¿Qué, Añes, no te atreves?», le dice la voz desafiante de Laia.

Como si hubiera sentido la mirada de Añes, Kai gira la cabeza para mirar por la ventana. Añes respira hondo. Cruza la carretera y Kai le abre la puerta. He pensado que Añes le iba a abrazar. En París, cuando se me acercó en la avenida, con su par de ojos negros imponiéndose al chaparrón, sus brazos rodearon mis hombros. Añes hizo un gesto inesperado en París, el más natural que podía hacer. Hace un ademán con la cabeza, le dice «buenos días» a Kai y se queda a medio metro.

–He terminado de limpiar –dice Kai–. Voy a preparar café.

–Tengo que empezar en la cocina.

–Laszlo todavía no ha llegado. Vamos a tomar un café.

Kai se pone a llenar la máquina de café.

Se sientan frente a frente junto a la ventana. Los brazos de Kai

están apoyados sobre la mesa. Tiene desatado el botón del puño de su camisa blanca. Yo usaba camisas para trabajar, y traje, para ir a las reuniones en las que se cerraban los negocios. Este se la ha puesto para hacer labores de limpieza un sábado por la mañana. Lleva el pelo recogido en una coleta, y le remarca su cara afilada, la diagonal de su nariz, la punta del mentón. Habla a Añes con voz suave.

–Ayer no vinisteis. Tuvimos un concierto de primera.

A Añes le gusta que Kai mencione que ayer no apareció. Por medio segundo. Acto seguido, sospecha que Kai es así con todo el mundo.

–Pensaba venir con Marta. Pero ha muerto el padre de Lasse y Marta le llevó al aeropuerto en coche.

–¿El padre de Lasse? Pobre. –Bebe el último sorbo de café–. ¿Por qué no viniste tú?

–¡Es que no conozco a nadie!

–¡Puedes hablar conmigo! Todos los que no tienen a quién acercarse vienen donde mí. Ese es mi trabajo.

–Yo también tengo trabajo –responde Añes apurando también ella el café–. Pronto tenemos que abrir.

Entra en la cocina, abre los cajones; piensa que puede empezar por colocar las velas nuevas. Se le resbalan de las manos y me llama en voz alta:

–¿Esteban?

–Sí, Añes, estoy aquí.

–Tendría que haberte olvidado, pero no te aparto de mi lado.

–Me has apartado de tu lado bastantes veces, Añes.

–No sé si te quiero aquí. Siento que me controlas.

Velas en el suelo de la cocina.

–¡Mira lo que me pasa! ¡No sé cuántos ojos están observándome!

–Cero.

«Je-re-parts-a-zéro.» «Se dice fácil –piensa Añes–, hacer tabula rasa y empezar de cero.» No arrepentirse de nada, una declaración, una creencia. Piaf pagó caro su pasado, lo borró y lo olvidó, sí, pero Añes piensa que también gastó millones en alcohol para no sentir el dolor. Una cascada de verbos lanzados con pasión en participio pasado: payé, balayé, oublié. Esos verbos no son más que figuras retóricas; una pose para sobrevivir.

–No empiezas desde cero, Añes, empiezas desde el lugar en el que estabas.

–¿Eso no es continuar?

Piaf cantó je ne regrette rien cuando ya le quedaba poco tiempo de vida. Un balance así se puede hacer al final del viaje, o se puede hacer también en una estación intermedia, como dogma, analizando lo que se ha hecho mal y lo que se ha hecho bien hasta ese punto del viaje, cuando uno se toma un tiempo para coger aire en medio del ajetreo de

una estación grande, una que da la oportunidad de optar por nuevos enlaces.

–Incluso cuando crees que estás a mitad de camino, hay que tener en cuenta que el final puede estar ahí mismo. ¿No te parece, Añes?

Laszlo entra sonriente en la cocina.

–¡Buenos días!

La caja de cartón que trae con las compras no le deja ver el suelo.

Pierde el equilibrio al pisar una de las velas, empieza a tambalearse y, para suavizar la caída, suelta la caja de las manos. «Uno, dos, tres, cuatro...» Añes cuenta los segundos, sin poder moverse, y se da cuenta de que ha dejado K.O. a un pedazo de hombretón, a su jefe. Se han roto todos los huevos. Añes piensa: «He perdido el trabajo».

–¿No me vas a ayudar a levantarme?

También Kai se acerca a la cocina.

–Menos mal que se te han caído las velas antes de encenderlas –dice, ingenioso.

Se ofrece para ir en coche a comprar huevos.

25. Añes está enferma y Xuan la visita

Xuan tiene una cena en casa de unos amigos que han venido a vivir cerca de Humboldthain. Como los anfitriones son vegetarianos, primero quiere ir a comer una salchicha a Gesundbrunnen. Llama a Añes para invitarla, pero Añes coge el teléfono con un hilo de voz. No sabe cuánta fiebre tiene. Al día siguiente, al salir del trabajo, Xuan va a visitarla con la compra hecha. En una olla grande que ha traído de casa, pone a cocer cebollas, zanahorias, un bulbo de apio, jengibre y un pollo entero. Abre de par en par la ventana de la habitación de Añes para airearla y le pone una infusión en las manos.

–¿No has llamado a nadie, Añeska?

–¿A quién voy a llamar? No puedo contagiar a Marta.

Le cambia las sábanas de la cama y las introduce en la lavadora junto con la ropa sucia que ha traído de casa. Dejando la cazuela hervir suavemente, se sienta al otro lado de la habitación, en la silla azul que ha cogido de la cocina, con las piernas cruzadas y un cuaderno. Con los rotuladores en las manos, parece un niño grande.

–Tú no garabateas sin más, ¿verdad? –le pregunta Añes desde la cama.

–Mi profesor de caligrafía dijo una vez que dejara salir a la línea, que la dejara existir. Que eso es lo que la línea quiere.

–¿Tienes un profesor de caligrafía?

–Murió en verano, unos días antes de que yo fuera a Vietnam. No padecía ni hipertensión, ni osteoporosis; la cabeza también la tenía sana. Murió de puro viejo. Cuando yo le conocí, tenía ochenta años y la piel llena de manchas. –Xuan acaricia el dorso de su mano con la otra mano, desde las uñas hasta la muñeca–. Sus ojos rodeados de arrugas, observaban todo con mucha viveza. Como su mujer. Ella andaba por allí, de una punta de la huerta a la otra dando pasos pequeños, regaba los crisantemos, hacía agujeros en la tierra para plantar las dalias y preparaba las etiquetas para los bulbos. No paraba. Echaba un puñado de compost aquí, cortaba un brote allá. Cultivaba también berzas chinas y chiles en la huerta. Fue ella la que se obstinó por conseguir la huerta. Del mismo modo en que las manos del maestro vivían para la caligrafía, las de su mujer vivían para organizar aquella huerta. Parecía que la orquestaba. Y allí las tenía, quietas en su regazo, sentada en la habitación del hospital. Yo estaba a punto de irme a Vietnam y fui al hospital a visitar al maestro, con los caramelos de jengibre de mi madre, que tanto le gustaban. Le tuve que dar el paquete de caramelos a su mujer. Le cogí la mano, le junté los dedos

alrededor de la bolsa, y se la devolví al regazo de nuevo. Las del maestro no se veían, la sábana le tapaba hasta el cuello.

Añes pide que le enseñe las páginas del cuaderno. Los mensajes de las formas negras creadas por las letras de Xuan en las hojas blancas son indescifrables. Conexiones que no obedecen a un idioma. Hojas y hojas llenas de rayas y fisuras, sin miedo a colisionar, a devorarse, a oponerse la una a la otra. Un cielo manchado de nubes grises, bosques cerrados, raíces enredadas, los robustos troncos se ramifican, se llenan de hojas, se ennegrecen.

–Tenían la parcela en Britz. Eran muy queridos, hablaban con todos. En cambio, mis padres solo se relacionan con los vietnamitas. Además, solo con los vietnamitas del sur. Ellos, en cambio, siempre se rodearon de berlineses en aquella huerta. Si se llega a morir mi padre, no hubiera sido tan duro. El maestro me enseñó que la línea era la expresión del alma y que tiene un objetivo claro: existir. Eso me ha salvado. Yo también quería existir y, tras un accidente grave, nací por segunda vez. Muté para poder hacer mi camino. Maté al otro en aquel accidente, lo dejé en el hospital. Se emborrachó, y le metieron una navaja en el vientre. Pero él los provocó.

Cuando Xuan piensa que Añes está dormida, le pregunta con los ojos cerrados:

–¿Quién los provocó?

–Yo. Pero el otro yo, el de antes.

–¿Te atacaron?

–Él los provocó, ya te lo he dicho, en una borrachera. Los conocía y sabía que eran peligrosos, que no se andarían con miramientos. Y le metieron la navaja aquí.

Le enseña la cicatriz del vientre. Se puede ver desde la cama.

–Eso era lo que él quería, Añes. Él no lo sé, Xuan lo quería. ¿Entiendes?

Añes lo ha entendido muy bien.

–Aprendí alemán en el internado, pero nadie me enseñó a hablar de mis cosas.

–Ahora sí sabes.

–Para que Xuan pudiera vivir, sacrifiqué al otro.

–¿Por qué me ayudas?

–¿Tienes a alguien más?

Añes no hace más preguntas y, ahora sí, se queda dormida. Xuan le coge el cuaderno de entre las manos y se sienta en la mesa de la cocina a escribir. Añes no se despierta ni con el timbre. Max viene a poner la lavadora con una pequeña tetera de cerámica. Xuan saca sus ropas y las sábanas de Añes de la lavadora, Max mete las suyas y se sientan juntos en la cocina a tomar el té. Xuan sabe apreciar el té que ha traído Max. Suena el teléfono y Xuan tiene una breve conversación

en vietnamita.

–Mi madre –se excusa por haberse calentado delante de Max–. Me saca de quicio.

Mira la hora. Saca el pollo del caldo, lo trocea, y lo devuelve a la cazuela. Añade sal y pimienta, limpia la tabla de la cocina, anuda la bolsa de basura y le estrecha la mano a Max.

–Oye, se me hace tarde. Esta chica está enferma. Ven mañana para ver cómo se encuentra y prepárale una infusión.

Sale del piso de Añes con la ropa mojada metida en una bolsa azul de Ikea y su trenza negra recogida dentro de un gorro de lana. Una mujer le corta el paso en el portal. Está vaciando el buzón y sollozando. Al darse la vuelta, le muestra a Xuan una cara desfigurada por el maquillaje.

–¿Tú crees que es normal tener celos de alguien que está preso?

La lengua le resbala por el efecto del llanto y del alcohol. Xuan anda con prisa, pero la mirada de la mujer suplica atención.

–¿Tienes algún conocido preso? –le pregunta.

–Escribo a un hombre. Y mi novio se ha puesto celoso. –Abre con miedo sus ojos enrojecidos–. Yo ya sabía que no le iba a gustar, y escondía las cartas. ¡Pero las ha encontrado! –Gira nerviosa los anillos de una mano–. Me ha prohibido seguir escribiéndole cartas. –La tristeza se le vuelve enfado de repente–. Dice que estoy enferma, pero es él quien está enfermo, ¿verdad? ¡Yo ni siquiera conozco al tipo de la cárcel!

–¿Entonces por qué le escribes?

Se sorbe los mocos y se limpia las lágrimas negras de la mejilla. Los ojos y la voz se le llenan de ternura.

–Para que tenga contacto con el mundo exterior. Llevo años escribiendo a presos. Les cuento mi vida.

–Sigue escribiendo –dice Xuan, y le posa la mano en el hombro.

Añes ha sudado en la cama y tiene las sábanas húmedas. Abre los ojos, la silla azul está vacía. Cuando Xuan estaba ahí sentado, parecía estar sentado en su sitio habitual. Xuan toma el lugar de los que le precedieron, imponiendo su indiscutible presencia.

Esteban se tiraba tardes enteras en el laboratorio de fotografía, trabajando con luz roja, fijando lo que iba a tomar cuerpo en la foto. Sobre el mismo papel, se pueden hacer todas las exposiciones que se quieran. Se pueden mezclar los espacios y los tiempos. Esteban y Añes coincidieron en el mismo tiempo, sin poder acertar nunca con el instante adecuado. El espectro de Esteban se desliza junto con el de Kappe sobre las paredes blancas del piso de Añes.

Muchas veces, Añes no puede quitarse de la cabeza que comparte un espacio con un desconocido; que, en este caso, es el tiempo el que

los separa. Iluminando los dos tiempos solapados como los negativos de dos fotos, se podría ver a ella y a Kappe en la misma imagen. Siente miedo. Tendría al señor Kappe en algún rincón de la habitación. Pero ¿dónde? ¿Mirando a qué? ¿Dando la espalda a la carta, como Añes, o de cara a Añes y a la carta? ¿Qué mostraría esa foto que saca de la cabeza de Añes al señor Kappe y lo hace visible en la habitación? Sitúa los dos cuerpos demasiado cerca. Dentro de la habitación, la distancia podría ser menor que la que han mantenido en la calle. En el peor de los casos, incluso podrían estar uno sobre el otro.

Con otro decorado, Añes vive en el piso que fue de alguien llamado Kappe. Ese alguien, se llame o no Kappe, se cae de la cama, o de la silla, tal vez alguien le echa, y se queda en la calle. No ha sido Añes quien le ha echado. Pero siente que se ha infiltrado en una vida que fue de otro. ¿Fue eso lo que hizo Bruno con Añes? Añes y Bruno se fueron a vivir juntos, pero ¿acaso no fue Bruno quien se instaló en Añes? ¿No se colocó cómodamente dentro de las paredes de Añes? Si alguien hubiese hecho fotos que superaran lo aparente, el líquido de revelado no dibujaría dos figuras sobre el papel. Al principio sí, al principio los dos se movían de una habitación a otra; pero, después, Añes se volvió invisible. Bruno la anuló.

Casi. Existe un espacio que nadie puede pisar, porque es demasiado profundo como para que alguien entre. Esa caja negra que solo puede ser habitada por una misma. Un teatro sin ventanas. Es ahí donde se refugió Añes.

En el piso de Berlín, ella no quiere ser la figura que pierde fuerza en la blancura de la pared. Es el señor Kappe el que debe desaparecer de la foto. Añes no quiere oír su eco. Para eso pintó las paredes. Porque las quería para ella. Si no llega a borrar la carta, le hubiera dejado a otra persona arrimarse demasiado, viviría casi dentro de otro. Viviría en el ruego de un perdedor, en el llanto de alguien que estaba dolido. En un ambiente de queja que haría sentir culpable a Añes constantemente. Tenía claro que la carta no estaba escrita para ella: Añes no es polaca, no se ha hecho nunca la permanente; desde que se fue a París, solo ha vuelto a casa de vacaciones. Sí, también Añes ha hecho las maletas, ha roto relaciones, ha dejado personas atrás, a propósito, y sin querer. Pero, de entre aquellos a quienes ha herido, ahora le importa solamente uno, uno que nunca se ha quejado, y ese está muerto. No quiere sacarlo de la foto.

El miércoles, el de la limpieza toca el timbre del piso de Añes.

–Hoy es miércoles. El día siguiente al martes.

Añes no cree que el señor Kappe se acordase de retirar el felpudo y está segura de que el viejo no lo trataría como a ella.

–¡Si estás enfadado con el mundo, no te levantes de la cama! –le grita Añes.

–¡Sinvergüenza! –El Quijote la mira como a una loca.

–¡Lárgate! No querrás contagiarte con mis virus, ¿no?

De la cama, a la cocina y al baño, esos son los recorridos de Añes los próximos días. Tiene la sopa de Xuan y las infusiones de Max. También la acompaña el cuaderno que se dejó Xuan olvidado. El movimiento de Xuan está congelado en las letras escritas a mano. Añes coloca el cuaderno abierto en la balda que le puso Xuan, en ese altar que ha ido completando desde que llegó a la ciudad. El boceto del mapa del barrio que hizo en el aeropuerto de París, la foto de pasaporte de una mujer joven que podría ser polaca, el planisferio compuesto de nombres de grupos musicales, y el retrato que le hizo con bolígrafo en un trozo de cartón un vecino artista, cliente del Kugelbahn.

26. Lasse regresa de Dinamarca

Marta va al trabajo en tranvía después de haberse hecho la última ecografía. Siente el movimiento del bebé en el vientre. En la tienda, Alicia le dice con una sonrisa maliciosa que por la mañana ha pasado un hombre preguntando por ella.

–¿Martin?

Nunca ha aparecido por la tienda de zapatos, ¿y por qué hoy sí? ¿Justo el día en que Marta no le ha dicho nada sobre su cita?

–¿Le has dicho que he ido a hacerme la ecografía?

–¡No, mujer! Pero ¿Martin no sabe que has ido al ginecólogo?

–Si no se lo has dicho tú, no.

Marta va a atender a los clientes que han entrado en la tienda. Si Alicia no le ha dicho a Martin lo de la ecografía, ¿cómo le ha explicado que no estuviera por la mañana en la tienda? ¿Le creerá Martin cuando le diga la verdad? Tiene la prueba guardada en el bolso, la foto del bebé que va a nacer. Pero ¿cómo explicar que no le haya dicho nada sobre la cita? Si alude a su falta de tiempo y de interés se sentirá atacado. Reprochará a Marta no haberle dejado ser partícipe, andar con secretos. Y los tiene, *sí*, y bien guardados, más grandes que una ecografía, secretos que no dejan rastros visibles. La vez anterior Martin planteó dudas sobre su paternidad. Pero, la que ya está embarazada de tres meses, no puede quedarse embarazada de otro. La que está embarazada de tres meses ya no puede interrumpir su embarazo. En cambio, sí puede interrumpir el viaje de tren a Berlín.

–¿Entonces qué le has dicho a Martin? –le pregunta Marta a Alicia en cuanto salen los últimos clientes.

–¿A Martin? Ha venido un hombre joven y ha preguntado si estarías por la tarde, nada más.

–¿Y no ha dejado ningún recado?

–No, mira, ahí está.

Lasse entra a la tienda.

–Te traigo una tableta de chocolate.

Quiere agradecerle que lo llevara al aeropuerto la noche que tuvo que ir a Copenhague.

–Es la segunda tableta de chocolate que tienes que comprar por mi culpa.

Caminando con Lasse hacia su casa, Marta siente hambre, y entran en un pequeño local japonés a comer una sopa udon. Ponen las manos a calentar en los cuencos de sopa.

–Kasper era el padre de Karen –aclara Lasse antes de que Marta le

pida ninguna explicación–. Yo no he conocido a mi padre y, al parecer, no me he perdido nada.

Mientras la sopa humea, Marta escucha atentamente a Lasse contar que nadie duró mucho al lado de su madre; ni su padre, ni el de Karen. Karen y él se quedaron con su madre mientras no tuvieron otra alternativa. Karen iba donde Kasper casi cada fin de semana y todas las vacaciones, y Lasse solía ir con ella. Lasse aprendió a navegar con Kasper en las vacaciones que pasaban juntos.

–Y te hiciste constructor de barcos.

–Sí, y ahora no puedo dejarlo.

Lasse prueba una cucharada del caldo y saca los primeros fideos con los palillos.

–Aprendí a construir curvas de madera.

–Tus palabras suenan algo eróticas.

–Las líneas del cuerpo de un barco son sexys.

–¿Y por eso te pone tu trabajo?

–Solo por eso no. Monto objetos que sirven para ir a algún sitio.

Karen se encerró cada vez más bajo su cielo interior y Kasper consiguió llevársela a vivir con él. Por entonces Lasse tenía trece años. Siguió pasando los fines de semana con ellos. Karen dejó de tener relación con su madre.

–Yo visito a mi madre cuando voy allí –dice Lasse–. También esta vez. Le he contado que Kasper ha muerto, pero no ha reaccionado. Estaba totalmente borracha. Mi madre siempre ha estado borracha.

Marta sostiene los fideos en el aire, para que se enfríen un poco.

–Pensarás que estoy totalmente jodido. No se le cuentan estas cosas a alguien nada más conocerlo...

Marta siente calor en el cuerpo por el efecto de la sopa, y se quita el jersey.

–Yo perdí a mi madre cuando tenía ocho años.

–¿Cómo la perdiste?

–Por un cáncer.

–Lo siento –dice Lasse, tragando los fideos que se ha llevado a la boca.

–«Esta vez no va a volver del hospital», me dijo mi padre, y que a partir de entonces la llevaríamos dentro de nosotros. No es fácil establecer una relación con una madre que llevas dentro. A menudo, intento saber qué diría ella.

–¿Porque no le das valor suficiente a lo que te dice tu padre?

–Mi padre es muy metódico. Sigue las normas a rajatabla. Por eso intento escuchar la voz de mi madre, porque pienso que su punto de vista será más flexible. En cualquier caso, también encontré la manera de sacar beneficio de la rigidez de mi padre.

Marta conseguía la mayor prueba de amor, cuando lograba saltarse

una de sus normas. De niña, iba casi cada fin de semana al pueblo de la abuela. Los gatos del pueblo se acercaban a la comida y al agua que les ponía la abuela en la huerta. Aunque la puerta de la huerta tenía una gatera, los gatos entraban saltando por encima del muro o bajando por las ramas de la higuera. Marta quería tener gatos también en la ciudad, en la casa de Pamplona, pero su padre se lo tenía prohibido. Una vez un coche atropelló una gata delante del portal y, durante los tres días siguientes, oyeron a la gata gimiendo, llorando. Su padre aceptó que Marta acogiera esa gata en casa. Los gatos del pueblo de la abuela no solían tener nombre; Marta llamó Luna a la suya.

–Yo nunca he entendido por qué mi madre, que era francesa, de París, se fue a vivir a la Pamplona franquista de entonces. Si digo franquista, no sé si te dice algo.

–Solo sé que Franco fue un dictador español.

–Cocinas con olor a lejía y casas llenas de crucifijos. ¡Por favor! Se fue a un lugar donde todo era pecado o prohibición. ¿Cómo dejó mi madre París, y perdió la libertad que podía tener allí? ¿Por mi padre?

–Pues si la ciudad no era interesante, tu padre sí que tendría alguna cosa especial.

–No sé qué. ¿Que sabía francés? A mi padre lo volvió exótico su mujer francesa, a la que conoció en la playa de San Sebastián. Cuando mi madre enfermó, mi padre se tomó muy en serio la responsabilidad de cuidarla. La cuidó con mucho amor. Lo dio todo. Pero no había nada que hacer.

Mientras comen y hablan, el local se llena, pero Marta nota que sus palabras no se pierden en el bullicio que les rodea. Lasse recibe sus palabras. Tiene toda su atención.

–Seguramente, tu madre no cambió París por Pamplona. Puede ser el prisma de mi experiencia, pero yo creo que cuando vas a vivir a otro sitio no estás dejando un sitio atrás, más bien lo que quieres dejar atrás es alguna vivencia.

Últimamente parece que su madre está saliendo a la superficie, y que el camino que tiene que hacer para mencionarla es más corto. El bebé que está a punto de nacer, tira de un hilo silencioso y acerca a su madre y a la abuela.

–La abuela me cuidó mucho. Por unos años incluso estuvo viviendo en nuestra casa. Encontró trabajo en la cocina de un restaurante. Luego yo no estuve allí para ocuparme de ella. Vivió en casa de mi padre y de las tías, a turnos. Yo estaba en París cuando la abuela murió.

–Yo no sé qué hacer ahora con Karen –dice Lasse–. Le he encontrado una residencia. Estamos en la lista de espera.

Marta y Lasse viven en la misma calle. Estuvieron a gusto

charlando en el Salon Bruit. Una semana más tarde, prepararon y comieron juntos un sabroso quiche, y Marta llevó a Lasse al aeropuerto en coche cuando supo que su padre, que no era su padre, pero sí lo era, se había muerto inesperadamente. Ahora, lo tiene delante, pidiendo mochis verdes para después de una sopa que les ha hecho entrar en calor. ¿A qué viene esta sensación de confianza? ¿Será porque Lasse la había visto llegando sola a Berlín, bajando una gran maleta de un taxi? Cuando Lasse le acarició la tripa en Salon Bruit, ¿pensó dónde diablos estaba el futuro padre? Marta se acuerda de la gata gris mirando desde la ventana de su cuarto y se le ocurre que nunca ha preguntado a Martin si le gustan los gatos. Nunca le ha preguntado algo así, porque Marta no tiene costumbre de examinar a nadie. Nunca les hizo un cuestionario a los que se metieron a vivir con ella en su piso de París. Siempre ha tenido suerte. Instinto. ¿Dónde dejó el instinto cuando empezó con Martin? ¿O es que se impuso algún otro instinto?

–¿En qué estás pensando? –quiere saber Lasse.

–¿Crees que sabré ser madre?

–No seré precisamente yo quien te diga que todas las madres saben ser madres. La nuestra no ha sabido. En tu caso, dudaría más del padre de la criatura.

–¿Qué leches sabrás tú de su padre?

–Que nunca lo he visto contigo. Pero tienes razón, no sé nada.

Se crea un silencio.

–No le gustará pasear. A ti sí, está claro que sí. Te tenía que haber dicho eso directamente, que a mí también me gusta pasear y que cuando no quieras estar sola, puedes lanzar guijarros a la ventana de mi habitación.

–Daría un paseo ahora mismo. Hoy habrá concierto, ¿no?

Añes está sentada a la barra, hablando con Kai. Este sale de detrás de la barra y abraza a Lasse. Sirve a Marta un zumo de pera y una cerveza a Lasse. Le pregunta si el domingo le ayudará con la mudanza del piso.

–Le he pedido el catering a Kaori.

–Entonces cuenta conmigo.

–Kaori es la encargada del Sasaya –les dice Kai a Añes y a Marta–. Si os gusta el pescado, tenéis que ir al Sasaya.

–Tengo un amigo que me ha hablado del Sasaya –dice Añes–. Me quiere invitar a cenar. Por lo visto tiene prohibido venir al Salon Bruit.

–Así que eres amiga de Xuan.

Añes afirma con la cabeza.

–Hace años que no hablo con él. Justamente, desde que me ayudó

a montar los muebles para la cocina del Sasaya. Cuando se le sube la sangre a la cabeza, echa sapos y culebras por la boca.

–Sí, me lo puedo imaginar –dice Marta–. Pero yo me lo pasé muy bien con él.

–¿Hacías muebles de cocina? –Añes se sorprende.

–Los hacía, y los hago. Soy carpintero. Antes de empezar arquitectura se recomendaba aprender un oficio, para tener experiencia con materiales y estructuras. Y eso es lo que mejor sé hacer: objetos de madera.

Marta mira a Lasse. Este hace un gesto afirmativo. Los dos lo han entendido.

–Xuan me ha puesto las baldas de la habitación.

–¿Le has dejado entrar en casa? Tú verás. Pero que no venga al Salon Bruit.

La mudanza de Kai es parte de una mudanza hecha por etapas. Cuando cerraron la tienda de informática en el edificio donde vive Kaori, Kai alquiló el local para instalar su taller. Desde allí, se mudó a uno que está entre garajes a la ribera del canal Panke. Cuando Laszlo tuvo la idea de alquilar la bolera, que llevaba un par de años cerrada, emigró con el Salon Bruit desde Mitte a este rincón apartado de Wedding. Ahora va a vivir cerca de la estación de tren de Humboldthain, y saldrá a correr al parque todos los días.

También Lasse tendrá que buscar casa por aquí. Ya le ha dicho a Kaori que le avise si se entera de que se libra algo en su edificio. La dueña vive en una residencia de mayores y hay que visitarla antes de firmar el contrato. Hay que vivir con calefacción de carbón y con mucho tráfico, pero por menos de trescientos euros al mes.

Ha empezado a entrar gente. Todos saludan a Kai, intercambian un par de frases, brindan con él alzando las botellas de cerveza. Marta se sienta en un sofá de hace medio siglo. Deja caer la cabeza hacia atrás, cierra los ojos y estira las piernas. Lasse coge una silla baja, se coloca detrás de ella y empieza a hacerle un masaje. Desde el centro de la frente hacia ambos lados, dando golpecitos con los dedos, en las sienes, en el pelo, haciendo movimientos circulares.

–Tú todavía no me has dicho qué es lo que sabes hacer –le dice Kai a Añes.

Añes tampoco lo sabe.

–Sé idiomas, estudié traducción, pero no sé de qué me sirve. Antes escribía los textos para una empresa que vendía los derechos de películas. Mientras tuve ese trabajo, no tuve que dar explicaciones. Desde que estoy en paro, siento que no valgo para nada. Cuando me preguntan por mi profesión, me quedo sin saber qué contestar.

Añes y Marta escuchan la primera mitad del concierto sentadas la una junto a la otra. La voz de un cantante de ópera calvo, los ruidos

que salen de la mesa de mezclas, y la humildad de un contrabajo llenan el sótano. Al principio, cada elemento deja espacio a los otros, pero cuando entran en una competición sin reglas, sobre todo porque el cantante quiere imponer su show como solista, Marta abandona la sala. Añes empieza a darle vueltas a la explicación que le ha dado a Kai, al menos tenía que haberle dicho que fue ella la que dejó el trabajo. Al fin y al cabo, estaba claro que si dejaba a Bruno dejaba también el trabajo. Cuando sube al piso de arriba, encuentra a Marta comiendo chocolate. Está tumbada en un sofá desgastado, que parece colocado ahí expresamente para ella, mirando los copos de nieve del otro lado del cristal. Lasse la ayuda a levantarse y a ponerse el abrigo largo que fue de su madre. Salen juntos de la antigua bolera.

A Kai, cuando era estudiante, lo llamaban Hut, porque siempre llevaba un sombrero. Hiciera sol o lluvia, en verano o en invierno. No se lo quitaba de encima, porque no sabía cuándo o cuál era el día para salir sin sombrero. Siempre se lo ponía para salir de casa y, por lo tanto, solo sus compañeros del piso de estudiantes lo conocían sin sombrero. Los del piso y las chicas que se quedaban a pasar la noche. Sus amigos le tomaban el pelo a cuenta de eso, diciéndole que las chicas se acostaban con él solo por verle sin sombrero. El sombrero se convirtió en nombre y en mito, y todos pensaban que el sombrero era importante para él. Un día lo perdió y fue otra vez Kai, no Hut.

«¿Tú quién eras antes de tener ese trabajo, Añes?», pregunta Kai después de contarle la historia del sombrero. Añes le contesta que era estudiante, y que desde entonces ha pasado mucho tiempo. Tumbada en la cama, intenta buscar una respuesta mejor. Fue a estudiar a París, para salir de casa de su padre y su madre. Fue como salir de una cárcel. En París se libró de los horarios, permisos y reglas que regulaban la casa familiar. Un permiso temporal. El trabajo le dio la oportunidad de quedarse en París. No tuvo que volver a casa.

Antes de la muerte de su madre, Marta iba menos al pueblo de la abuela. A Marta le parecía que siempre llegaban demasiado tarde. Las rosas de la huerta de la abuela, las dalias, los tulipanes, las lilas, se abrían de un día para otro, como cuando los columpios que cuelgan de las cadenas del carrusel echan a volar. Y Marta no llegaba a tiempo para subirse a ese viaje tan corto.

Después de que su madre muriera, Marta se protegía en el rincón más profundo de la huerta. En el lugar donde las hojas de la higuera tocaban el suelo. Se sentaba en las ramas más bajas a leer, con la espalda recostada en el tronco y con ganas de empaparse, de emborracharse, de empalagarse y adormecerse con el olor de los higos y de la comida que la abuela ponía a los gatos. Al respirarlo, quería

derretirse, evaporarse hasta quedarse dormida con ese suero sanador. En el regazo de su madre. Una sombra abisal en un mar reseco.

El libro que se había quedado abierto se le resbalaba de las manos, y las letras de aquellas páginas, libres ya de las palabras, libres de las historias, empezaban a volar sobre los campos desiertos, sonando en los oídos de Marta, aunque estuviera dormida, en una frecuencia incomprensible. El zumbido de aquellos insectos era lo que llenaba los campos, que en verano yacían vacíos.

Para Marta, los campos solo eran campos con el verde del inicio de la primavera. Después, cuando el cereal amarilleaba, salpicado de amapolas rojas, se preparaban para ser cortados, hasta que casi desaparecían del todo. En ese vasto vacío solo quedaban carreteras, muros de piedra y el rastro de unas pocas franjas verdes. Las nubes de verano estaban tejidas con un hilo fino. El viento las cambiaba de forma y de lugar a placer. Bajo el cielo, en las parcelas resecas, aquí y allá, se intercalaban bandas flotantes de débiles sombras. La luz y el sonido de los insectos llenaban todo lo demás. En las calles del pueblo, en cambio, las sombras de las casas eran muy precisas, rotundas. Y más arriba, pero aún muy lejos del cielo, las torres de las iglesias. Ese era el paisaje que la ventana del coche no podía limitar, cuando su padre recogía a Marta y salían del pueblo de la abuela para regresar a Pamplona.

27. Añes en el taller de Kai

Kai le dijo a Añes que tirase por la izquierda del canal, hasta los garajes, que vería los carteles antes de llegar a la biblioteca. Que le enseñaría la carpintería y le prepararía un buen café.

Las señales indican la dirección al aeropuerto y la autopista. Una torre de ladrillo, un bloque de viviendas sin reformar, una taberna tradicional de barrio y un puesto de kebab acotan el cruce. En el centro, hay que superar el follón de las alarmas de tranvía, de los gases de camiones, de las carreras por los semáforos y del loco que va gritando por encima del estruendo. Añes deja atrás un cruce frenético.

El canal la arranca súbitamente de esa maraña y la obliga a adecuar el paso, pues los zapatos se le hunden en el barro. La maleza de la orilla está llena de basura, pero los patos, con la cabeza erguida, siguen en fila contra la corriente, indiferentes. Al otro lado del canal, está el pasado industrial de Wedding, con ese flair de las naves de ladrillo y el tejado nevado en forma de sierra. Una rata cruza el idilio a nado de una orilla a otra.

Un olor a aceite envuelve la carpintería de Kai. En el borde de la ventana se apilan libros antiguos relacionados con el oficio. Añes se encuentra a Kai vestido con ropa de trabajo y orejeras. Apaga la serradora, se ajusta la boina a la cabeza y prepara un espresso en una cafetera eléctrica. Kai tiene a un chico joven trabajando con él, Kevin. Le está quitando la pintura a una puerta antigua y apenas levanta la mirada para saludar a Añes.

El taller parece una enciclopedia de herramientas: un surtido espectacular de martillos, gubias, cinceles, limas, cepillos o sargentos llena las paredes, las baldas, los cajones, los armarios. Hay cubos de distintos tamaños por todas partes, como si el techo tuviera goteras, llenos de clavos y tornillos. Se pueden encontrar animales tallados en madera disimulados entre los utensilios de trabajo: un cocodrilo, una ballena, un rinoceronte. Una silla rota, boca abajo, encima de un armario, la pantalla de una lámpara sostenida en la cornamenta de un ciervo, un manojo de llaves viejas colgadas de un clavo, tablas sin lijar apoyadas en la pared. A Añes le parece que hay un montón de trastos resistentes al orden desperdigados por la carpintería. O tal vez es al revés, un trastero caótico dotado de cierto orden. Un colorido paisaje submarino lleno de tentáculos de algas y corales que se bañan en la luz que entra por la ventana. Y todo cubierto por una capa de serrín.

Kai lleva los cafés a una mesita junto a la estufa. Introduce dos troncos en el fuego. En una esquina cuelgan el letrero de la calle

Kirchstraße y un antiguo cartel enrollable con el dibujo de un roble.

–Kevin se ocupa de calentar el taller. Viene antes que yo por las mañanas y enciende el fuego.

–El café está bueno.

–Ya lo sé. Te prometí un buen café.

Kai parece otro con la boina que se pone para trabajar.

–La puerta que está limpiando Kevin la sacamos esta semana de un contenedor. Alguien quiso ponerle una cerradura nueva y la rompió. Ven, quiero enseñarte las demás puertas.

Una mujer entra en el taller.

–¡Buenos días, Kai! Vengo a por mi mueble del lavabo. –Mira a Añes y la saluda con un gesto de la cabeza–. Hola, soy Trixi. –Suspira y se vuelve a dirigir a Kai–. No me voy a ir con las manos vacías, se acabó mi paciencia.

–Buenos días, Trixi. –Kai se pone en pie para acercarse a la mujer–. Te prometí el armario para hoy al anochecer, ¿no es así?

–Lo mismo oí hace una semana.

–¿Y acaso no te lo llevé terminado? El fontanero se retrasó con el lavabo. Te dije que no podría hacer el cambio enseguida, que tenía otros clientes.

Trixi busca su mueble con la mirada.

–Aquí está. –Kai la lleva a un rincón del taller–. Lo tengo preparado, le he dado aceite, pero hay que dejar que se seque. Ha quedado muy bien.

Kai tranquiliza a la mujer con sus palabras, con su mirada, posando levemente la mano en su hombro. La acompaña a la puerta.

–No vas a estar esperando aquí todo el día. Te lo llevaré a casa hoy a la tarde.

También Añes se acerca a la puerta y dice que se va.

–¡Si acabas de llegar!

–Pero estás ocupado.

–¿Por ese armario? ¡Hay gente que se pone nerviosa enseguida! Tienen otros problemas, y creen que tengo que resolverlos yo. Ven, te voy a enseñar las puertas y luego nos vamos a comer. ¿O has quedado con alguien al mediodía?

–No.

Añes tiene todo el día libre.

Kai guarda su colección de puertas en un gran espacio trasero del taller. Empieza a mostrárselas una a una, como si estuviera pasando las páginas de un libro de ilustraciones. Tiene unas cien puertas de edificios antiguos, todas diferentes en altura y anchura, cada una con su cantidad de paneles, ventanas y adornos. Les ha quitado las manillas y las piezas de hierro, que están guardadas en cajas, aparte. Cuando vio que en Berlín no iba a encontrar trabajo de arquitecto,

empezó a trabajar reformando viviendas. Rescató puertas que eran para tirar a contenedores, pensando que algún día las podría vender caras. Las primeras las guardó en el sótano de su casa y, después, las llevó a un almacén que tenía a una hora de Berlín. Estuvo años esperando a que algún comerciante interesado en elementos antiguos de construcción le hiciera alguna oferta. Al final no le quedó otra opción que aceptar que algunas cosas necesitan más tiempo de lo esperado. Ahora tiene unas cien en el taller y las restaura a medida que los clientes las van adquiriendo.

–Nunca he puesto una tienda. Se venden poco a poco. Ocasionalmente, si restauro y monto una puerta de dos hojas, ingreso 1.500 euros.

–Y con la que está preparando tu ayudante, ¿cuánto?

–Esa será para él. Le tendrá que arreglar los desperfectos, sustituir con vidrio los dos paneles de arriba y darle esmalte. Kevin solo está haciendo tiempo. Cuando cumpla dieciocho años, se va a alistar para ir a Afganistán.

Añes examina al chico joven por la puerta que da al taller.

–Lo sé. Al principio no quise admitirle. Pero eso tampoco le iba a ayudar. –Kai levanta los hombros–. Cuando se vaya él, voy a coger de prácticas a un refugiado iraquí.

Al salir de la carpintería, Añes piensa que todo el paisaje está difuminado bajo una fina capa. Le pregunta a Kai sobre la fábrica que hay al otro lado del canal.

–Ahora son talleres para artistas. Fue una fábrica de cajas fuertes.

Kai saca el paquete de tabaco del bolsillo de los pantalones de trabajo. También lleva un metro plegable.

–Este fue un barrio obrero. Las curtidurías ensuciaron las aguas del Panke. Antes de eso, aquí hubo un balneario.

Mientras lía el cigarro, Kai se dirige hacia el puente que cruza el canal. Añes se queda mirando a los patos apoyada en la barandilla.

–Y todas las ciudades tienen un Bièvre sucio.

Despistado, Kai alza las cejas, girando la cabeza hacia Añes.

–Marta vivía en Rue des Gobelins. Y yo también, con ella, por una temporada. Entre las casas de esa calle pasaba antes el río Bièvre, también con aguas contaminadas por curtidurías y otras fábricas. Lo taparon por razones de higiene. –Duda si seguir contando o no–. Una vez Marta me llevó por el recorrido del viejo Bièvre, hasta el Jardin des Plantes. Este canal todavía está sucio, pero al descubierto.

Las dos amigas que van siguiendo corrientes subterráneas le provocan una sonrisa oculta a Kai.

–Los trabajos urbanísticos de París fueron más salvajes que los de Berlín –dice. Sabe que lo de París fue algo más que salvaje. La palabra violación le cruza la cabeza–. Pero también aquí se necesitaron tierras

para construir viviendas. En el siglo XIX hasta el mirlo se hizo urbanita.

–¿El mirlo?

–Lo que quiero decir es que todos querían venir a la ciudad y que estaba creciendo increíblemente rápido. A finales del siglo XIX y principios del XX los barrios de Berlín se edificaron deprisa, eran baratos y estrechos. Las puertas que te he enseñado son de entonces.

–También París creció en esa época. La casa en la que vivíamos Marta y yo, por ejemplo, sería de alrededor de 1870.

«No me calientes, Añes», piensa Kai mirando a la que tiene a su lado con aspecto inocente. Le da una calada al cigarro.

–París iba por delante. ¿De dónde crees que llegaron aquí las ideas? Las ideas y el dinero. –Kai fuma deprisa–. Prusia puso un límite claro a las influencias que pudieran llegar de París: no aceptó los movimientos que se mostraron solidarios con los communards. El dinero de París entró en las cajas fuertes de Berlín. Las reparaciones de guerra que llegaron de París fortalecieron la especulación y así se financió el llamado Gründerzeit, la época de los fundadores. La crisis de 1873 paró el ritmo. –Solo le queda la colilla entre los dedos–. Pero casi nadie sabe nada de aquella crisis. La gente solo conoce la crisis del 29.

–Yo le he oído a Marta que la primera crisis global fue la de 1873. ¿Me dejas liarme un cigarro con tu tabaco?

–Entonces tienes una amiga bien informada. –Le da el paquete a Añes–. Ahora mismo estamos viviendo la mayor crisis financiera que ha habido desde 1873. También entonces, los bancos quebraron uno tras de otro. La bolsa de Viena tocó fondo y el crack afectó a París, Berlín, Nueva York. Sobre todo, fue la clase trabajadora la que pagó las consecuencias. Por supuesto, vaya sorpresa. La crisis ralentizó el crecimiento, pero después se construyó a una velocidad de vértigo. Los primeros inquilinos entraban cuando los andamios aún cubrían la fachada. Podían vivir más barato mientras se secaban las paredes. A los pocos meses, montaban los trastos en un carro y tenían que ir a calentar la siguiente casa húmeda. Era una alternativa a vivir en la calle. Las casas se secaban más rápido al estar ellos dentro. Ten en cuenta que, además, en una vivienda de una sola habitación vivían unas cuantas personas: seis, ocho, incluso más.

–¿Seis personas en una casa como la mía?

Kai le da tiempo para que parcele mentalmente con colchones su cocina y su dormitorio.

–Además, también estaban los que iban solo a dormir –continúa Kai–. Por ejemplo, tú, una mujer soltera, si llegas a venir a Berlín en esa época, no estarías viviendo sola ni en sueños. Para empezar, tu única opción sería conseguir un sitio solo para dormir. O si no, hacerte

puta.

–Oye, me vas a hacer creer que vivo en un palacio.

–Y esa es justamente la cuestión. Ahora muchos vivimos a gusto en esas casas. Se criticaron un montón los errores arquitectónicos de aquellos días. Pero la miseria, como la de hoy, era social. Con menos inquilinos, sin tuberculosis, con ducha y calefacción central, cien años más tarde se puede vivir bien en esas casas.

–Yo no tengo calefacción central.

–Tendrás un alquiler acorde con eso. Y, además, no estás en la tesitura de tener que elegir qué comprar en invierno, si carbón o comida.

–No me quejo.

–¿Eres vegetariana?

Añes niega con la cabeza.

–Yo sí. Vamos a comer unas sabrosas lentejas.

Añes, inesperadamente, posa la mano en el brazo de Kai.

–¿Conoces a ese chico? –le pregunta entre dientes.

El joven que ha bajado hasta la orilla lleva pantalones negros de trabajo como los de Kai. Está haciendo de equilibrista sobre la pared de ladrillo que delimita el canal alrededor del puente.

–¡Oye, tú! –le grita Kai–. ¿No tienes un sitio mejor para darte un baño?

–¿Y tú? ¿No tienes dónde meter ese pedazo de nariz?

El joven se balancea con la punta de las botas en el aire y las manos en los bolsillos de la chaqueta. Kai le da la espalda. Alrededor de unas ramas que crecen en el agua, la corriente ha formado una isla de plantas y plástico. Una caja de fruta amarilla se ha quedado atascada. Detrás, grafitis sobre el ladrillo. Parece que el río quiere escapar de un estrecho corredor.

–Suelo venir aquí a fumar un cigarro y a hacer una pausa –dice Kai–. Me gusta el decorado. Esos son los restos que quedaron en pie del edificio de Marienbad. Marienbad se abrió después de que se echara a perder la fuente de aguas medicinales. Además de piscina, tenía pista de baile, bolera, y el primer cine de Badstraße.

–Marienbad para mí es una película –dice Añes–. L'Année dernière à Marienbad.

–En este caso dernière station. Ahí acababa la línea de tranvía tirada por caballos. –Kai señala la Badstraße. En la esquina se ve un casino, y un grupo de hombres en la entrada–. Venían del centro en tranvía. Esa otra Année dernière, por cierto, es como un soporífero.

Añes se ríe.

–Bueno, te admito que se necesita un estado de ánimo especial para verla.

–El muro destrozó la vida de aquí, y dejó el barrio en sombra. Yo

siempre he sido un chico de Mitte. Pero mira dónde tengo el taller ahora. Rodeado de ruinas de balnearios e industrias, garajes y negocios de turcos. He podido traer mi colección de puertas de vuelta a Berlín. Y ahora soy Kai el Puertas.

Añes y Kai dejan el puente y salen a la Badstraße. Hoy no habría sitio para un tranvía. Es un paisaje denso. Las tiendas tienen sus mesas en la calle, ropas, frutas, pipas de agua. Hay mucha gente haciendo compras, cada uno enfundado en su piel y sumergido en el flujo que forma junto con todos los demás. Kai y Añes se sientan en un restaurante turco cerca del canal, ambos piden sopa de lentejas. El panorama al otro lado de la ventana está en constante ajetreo, y eso es lo que lo hace duradero. Les traen enseguida los platos de lentejas.

–A mí el barrio me sigue pareciendo un poco triste. Como si todavía no hubiera perdido del todo el rastro de sombra que has mencionado. –Mirar por la ventana, es como ir sentado en un tren, pero de otra manera–. Será normal. En París es igual, las murallas que han desaparecido no han desaparecido del todo.

–¡Y piensa hace cuánto tiempo que París no tiene murallas!

–Creo que te pasarías horas hablando a gusto con Marta.

–Puede que sí. Pero contigo también. –Kai hace danzar el anillo de su dedo–. Y, no obstante, tengo que volver al trabajo. Si no, me voy a retrasar con los plazos.

–Lo siento, mi visita se ha alargado demasiado.

–No lo sientas. En los de nuestro gremio habitan Jekyll y Hyde. Uno coge el teléfono y les dice a todos «por supuesto, lo haré». Luego el otro las pasa canutas para cumplir con lo prometido y llegar a tiempo a todo.

Añes camina hacia su casa por la orilla del canal. Va con su peinado corto que le tapa justo las orejas y un abrigo que fue de Claire. Y deja de ser Añes. Añes es Nana. Nana, saliendo de un cine. Del cine Marienbad. Un desconocido le ha pagado la entrada. Ha visto L'Année dernière à Marienbad. No, Jules et Jim. O la película sobre su propia vida, Vivre sa vie. Nana debe el alquiler al propietario de su piso y, por lo tanto, su paso no es apresurado; se ha quedado atrapada en la repetición de una breve melodía. Son notas de una composición más larga. Caprichosas, obstinadas. No las puede acallar, y le interfieren en su capacidad de pensar. La siguen, la envuelven, la destacan, la distinguen del entorno, la aíslan. También la protegen. Y el ritmo de sus pasos no va al unísono con la melodía.

Los tacones no hacen ruido en el barro. Cuando Nana va sola por la calle, en cambio, es el paso el que la delata ante los hombres que tienen la mirada ejercitada. Porque el paso es demasiado inseguro, errante. Antes de mirarla a la cara, esos hombres ya saben qué está

haciendo Nana.

Cruza Osloer Straße y, siguiendo el canal, Añes-Nana continúa hacia el norte. Se dirige a casa, sí, pero no por el camino más corto. Deja a la derecha el edificio rojizo de una escuela y el sonido directo que llega del patio interrumpe con risas una composición dominada por la tristeza.

Kai ha introducido en la cabeza de Añes el fantasma de las mujeres obligadas a ejercer la prostitución. Se pone por un instante en la piel de una mujer que viene de la provincia a Berlín en el tiempo del Imperio alemán. Cuando la mirada de un hombre podía convertir en sospechosa a cualquier mujer que vagara por las calles. En la masa de aquel Berlín cualquiera podía ser puta, cualquiera podía ser portadora de la sífilis. No había una distinción precisa entre la amante de un industrial y una prostituta; todas las opciones eran líneas llenas de bifurcaciones. Añes no hubiese podido llegar a aquel Berlín con el grado de indecisión que tiene ahora. Enseguida se vería en el apuro de meterse a puta o de tirarse al río. En esos años llegó su bisabuela a Bilbao, embarazada, llevando a Asun en el vientre. Embarazada y viuda. España experimentó con bombas químicas en el Rif y la enfermedad que contrajo en aquella guerra mató a su marido. La bisabuela de Añes fue costurera en Bilbao, lechera, limpiadora. Cuando Añes era niña, solía llevar un gorro de papel de periódico para protegerse del sol, un delantal de florecitas descolorido, y tijeras de costurera en el bolsillo del delantal. Frías, afiladas.

Añes llega a la siguiente calle que atraviesa el río. Caminando con Marta aprendió que los fantasmas de las murallas, de las vías de tren o de los ríos desaparecidos quedan inscritos en la geografía de las ciudades. En una época, la calle Mouffetard cruzaba el sucio Bièvre.

Después de ver en sesión doble L'ópera-mouffe y Daguerréotypes, al volver a casa subiendo por la Avenue des Gobelins, Marta le dijo que bajo sus pies estaba enterrada la calle Mouffetard. Los muertos se entierran y se les pone una lápida. No siempre: no cuando los muertos son muchos, ni cuando se les quiere hacer desaparecer. Y en las revueltas de París las calles se llenaron de ese tipo de muertos. Las calles y el río Sena, desbordados de cadáveres.

A la estrecha Mouffetard, tan adecuada para las barricadas hechas de adoquines, le quitaron un tramo. La nueva avenida de Haussmann la ensanchó. La ensanchó y la cubrió, enterrándola. No dejó nada en pie, aparte de la manufactura de tapices. La película de Varda que acababan de ver Marta y Añes mostraba el barrio de Mouffetard: cuando Varda lo grabó, continuaba siendo un barrio pobre que los trabajos de Haussmann dejaron olvidado en el pasado.

Antes de que se perdiera aquel tramo que ahora es parte de la Avenue des Gobelins, la calle Mouffetard se alargaba hasta la Place

d'Italie. En otra película de Varda que Marta y Añes vieron días después, Cléo pasa en autobús por la Place d'Italie, cuando los árboles están en flor.

Los pasos de Cléo y Nana en la ciudad. Ambas a la deriva. Una, porque no puede soportar permanecer en casa; la otra, porque no tiene nada a lo que pueda llamar casa. Una es una cantante de éxito, la otra, una mujer que ha tenido que recurrir a la prostitución. Godard no juzga a Nana, pero al final de la película la mata. A Cléo la persigue la muerte, está esperando los resultados de las pruebas del cáncer. Las andanzas de Nana no tienen un objetivo fijo; cuando Cléo pasa en autobús por la Place d'Italie, su objetivo es el hospital Salpêtrière. Va en compañía de un soldado que tiene que volver a la guerra de Argelia.

Ir a pasear por el barrio con Marta exigía a Añes superar una frontera interior. No porque salieran a hacer cosas peligrosas o prohibidas, como se veía obligada a hacer con Laia de niña. Con Marta no tenía que hacer ninguna demostración de valor, no tenía que entrar en casas abandonadas. En aquellas casas que el abandono llenaba de flores de color añil. Solo una vez las pillaron a Laia y a ella saliendo por una ventana. Añes se quedó avergonzada, y no pudo reírse junto con Laia. Marta la obligaba a salir a la calle cuando Añes no tenía ganas más que de quedarse en su habitación. En aquellos paseos, la geografía de París y la cabeza de Añes se llenaron de miles de historias. La primera anécdota que Marta le contó sobre el 13.º arrondissement fue como un chiste. Por lo menos, así lo contaba Marta: cuando París solo tenía doce distritos, las parejas que vivían juntas aseguraban haberse casado en el 13.º.

Ahora la calle Mouffetard termina en la iglesia Saint Medard y, cuando Añes gira la Soldiner Straße hacia la derecha, aparece una iglesia neogótica en el siguiente cruce. Con una torre en forma de cohete a punto de despegar, también de ladrillo.

Añes cruza la carretera detrás de dos mujeres jóvenes que acaban de salir del supermercado. Igual que a Xuan, una trenza morena les cae hasta la cintura, sus faldas de flores les llegan hasta los tobillos y arrastran sus chancletas sobre el asfalto. Se acercan a otras mujeres que están sentadas en los escalones contiguos a la iglesia. Unos cuantos niños y niñas de edad escolar juegan en la acera; Añes consigue entender la palabra rumana bisikleta al pasar junto a ellos.

Para cuando abre la puerta de su piso, entra poca luz por las ventanas. No encuentra la casa vacía. Marta está dormida en su cama, con una niña recién nacida acostada a su lado. El señor Kappe y su mujer polaca están acostados en una cama situada contra la pared de enfrente, la mirada fija en el techo. Esteban, sentado en la silla azul de la cocina.

28. Inundaciones en el piso de Xuan

Cuando llega ese momento inaplazable de levantarse para ir al baño, a Xuan se le moja la planta del pie. Mira al suelo, y descubre pequeños arroyos que cruzan la habitación, un paisaje nuevo, con charcos donde el suelo de madera se comba. El agua busca su camino por debajo de la puerta y encuentra cientos de ellos. En la cocina le llega hasta el tobillo. Así que las varices le quedan por encima del nivel del agua. El agua sale a chorros por las baldosas que rodean la ducha. Para detener la fuga, el primer impulso de Xuan es coger la toalla y construir un dique de contención. Vuelve a la habitación a zancadas y extrae de debajo de la cama la caja de plástico que usa para guardar la ropa de verano. La vacía sobre la cama y la coloca debajo de la toalla, que ya está calada.

Llama al administrador para dar el aviso. Se viste el albornoz y desciende descalzo las escaleras para saber cuál es la situación en la vivienda de abajo. Saca a Laszlo de la cama con el timbre. El agua baja por el techo y las paredes de la cocina. Laszlo también se viste el albornoz, los dos suben al piso de Xuan y empiezan a achicar la cocina con la ayuda de una cazuela cada uno.

En Vietnam había inundaciones a menudo. El sistema de canalización era muy malo. Dentro de casa, el agua alcanzaba hasta las rodillas. Los peces nadando; la repugnancia producida por sus caricias en las piernas. Sus hermanos colocaban los muebles boca abajo; los convertían en barcos que navegaban con una mitad a flote y la otra mitad sumergida. Así comenzaba la aventura. Duraba un par de días o unas cuantas semanas. Para los niños, una eternidad. Sin ir al colegio. Cuando desaparecía el agua, los restos de lo que había traído lo recubrían todo. Había ranas y peces enterrados en un cementerio de barro.

Laszlo y Xuan consiguen rápidamente reducir el nivel del agua en la cocina a un centímetro, y continúan con la toalla. La empapan y la escurren en el fregadero haciendo ejercicio matinal. Xuan saca todas las cajas de cerillas que tenía en el cajón, las vacía y las coloca en el agua.

–Laszlo, ayúdame. O no, ponte aquí, vamos a hacer una carrera de barcos, a ver quién atraviesa antes la cocina. El que llegue antes al pasillo gana. ¡No se pueden tocar!

Con el albornoz alzado, Xuan se acuclilla y sopla las cajas de cerillas. Se mueven despacio. Cuando el recipiente que estaba colocado junto a la ducha está a punto de llenarse por cuarta vez,

vierte en él un chorro de la botella de champú, revuelve con las manos para formar espuma y, con decisión, lo vacía en el suelo de la cocina.

–¡Has perdido la cabeza, Xuan! ¿Qué estás haciendo?

–¡La espuma del mar! ¡Tempestad!

Xuan pretende poner en marcha su rústica barca sacudiendo una caja de cereales aplastada; sin embargo, se le atasca en un pico de espuma y no sabe cómo hacer para rodear el obstáculo. Chapotea con los pies para formar olas más grandes y pone su bote en peligro de hundirse. Laszlo entra en el juego. El bote de Laszlo está más atrás que el de Xuan, se balancea, cada vez más empapado, la parte delantera empieza ya a hundirse.

–¡Sálvese quien pueda!

Xuan produce más espuma en el recipiente de plástico, y lo vuelca de nuevo con fuerza. Los bateles de cartón se balancean en un mar violento. Xuan enciende unas cerillas, hace unas débiles señales de humo con la intención de salvar a los viajeros de los destartalados barcos.

–¿Quién tiene que salvarse, Xuan?

–¡Nosotros, camarada! ¡Nuestros barcos no están preparados para los vientos monzones! –Mira al cielo por la ventana–. Nuestra última esperanza para que no se conviertan en ataúdes es que los vea un helicóptero.

El cartón se ablanda, se deshace, se hunde. Se escucha una explosión.

–¡Se acabó, piratas! ¡Estamos perdidos!

–Creo que se ha caído la lámpara de mi cocina.

A Laszlo le gustaría bajar a su casa, ver cuál es la situación allí, preparar café. Pero no puede dejar solo a Xuan, y se sienta a la mesa de la cocina, espectador silencioso.

La espuma se va deshaciendo, formando pequeños islotes aquí y allá. Xuan hace trampa, intenta colocar otra vez sobre el agua los barcos que se habían hundido, pero es en vano. No llegan ni hasta la mitad de la cocina.

–Un barco que zarpaba de Vietnam era una ruleta rusa.

–Siempre has contado que viniste en avión.

–Así es. Y me libré de algunas imágenes. Pero me las han contado.

–¿Tu tío y tu tía salieron en barco?

–¡No solo ellos! También los amigos que solían venir a casa. Los niños escuchábamos las aventuras que contaban.

Las fronteras estaban muy vigiladas. Bien fuera por los chivatos o por los guardacostas, la mayoría no consiguieron escapar en el primer intento. Esperaban que algún carguero los salvara, pero, al mismo tiempo, les temblaban los huesos en cuanto veían en el horizonte un punto negro. Se culpó al barco Cap Anamur de ser un imán que atraía

a los vietnamitas al mar. Como bien dijo el responsable de la iniciativa, nadie parte montado en una cáscara de nuez en busca de un barco que está en algún lugar en el mar del Sur de China. No hay más que mirar en el mapa para saber cuáles son las probabilidades de encontrarlo.

–He recibido un sinfín de historias de miedo. No todo lo que contaban sería verdad.

–¿Por qué iban a contar historias que no eran ciertas?

–Lo de los piratas que violaban mujeres podría ser propaganda.

–¡¿Propaganda?!

–Sí, no hay que creérselo todo.

El administrador, los del seguro, preguntas. Matan y extraen la rata que se ha comido la tubería de la ducha. Colocarán en la habitación unas máquinas que aspiran la humedad del suelo. Tablas nuevas en la cocina. Con las Navidades de por medio, no son las mejores fechas. Xuan recibirá dinero por cada día que tenga que pasar fuera de su casa. Es un buen momento para hacer planes. Dejará el trabajo y pasará las Navidades en Nueva York.

Xuan enciende la radio. Empieza en la cocina con el pelo recogido en un moño y guantes de goma. Deja la grasa de la placa a remojo con agua y jabón, limpia una a una las piezas de los quemadores, la parrilla, y los botones que ha extraído. Con el trapo mojado, con una vieja camiseta seca. Raspa las parrillas del horno, frota el interior con una mezcla de bicarbonato que dejará actuar toda la noche. Saca todo lo que tiene en la nevera, echa la nata caducada y el tofu que tiene abierto. Todo lo demás lo mete en una caja de cartón para bajarlo a casa de Laszlo. Las baldas de la nevera, el cajón de abajo, lo frota absolutamente todo con la mezcla de bicarbonato, lo aclara con agua y lo seca. Mira en los botes de las baldas por si acaso ha quedado algo que haya que tirar. Abre las tapas, acerca la nariz, busca larvas de polilla. Corta la parte superior de las cajas de especias que están empezadas, las dobla y las envuelve con cinta de embalar. Enrolla las que están en bolsas de plástico y las cierra herméticamente con cinta. Mete los paquetes en la maleta que tiene preparada para ir a Nueva York, así no tendrá que comprar nada allí.

Baila en el sótano de la antigua piscina de Wedding hasta las cinco de la madrugada. Esperando al autobús, lee «Tanz den Untergang mit mir» en la valla de la vía del tren que va por arriba, con letra negra y firmado con un smiley. Son letras pintadas rápidamente, al estilo de las consignas políticas de los ochenta. Le dan ganas de ponerse a buscar a su autor o autora. Para tener con quien bailar cuando se ponga el sol, o cuando se hunda el mundo.

29. Lasse, Marta y Emiko

Lasse duerme hasta que la luz del día entra en su habitación. Puede ver desde su cama el cielo limpio dentro del marco de la ventana. Trouble está echa un ovillo a sus pies. Abre la ventana y percibe el aire frío recorriendo el trayecto desde la nariz hasta los pulmones. Siente cómo cada alveolo recibe oxígeno a cambio de sangre. Por la noche la ciudad ha cedido bajo la nieve. Todo ha quedado unificado, son pocos los detalles visibles, pero, los pocos que lo son, están claramente dibujados por el sol: las estelas de condensación de los aviones y los focos del estadio contra el cielo, las formas de los edificios al otro lado del parque y las ramas enredadas de los árboles.

Lasse baja a la cocina a preparar café y vuelve a su habitación sin cruzarse con nadie. Los primeros grupos de niños y niñas entran por ambos lados del parque tirando de sus trineos. Pronto ocuparán completamente las cuestas que bajan al camino que cruza el parque por la mitad. Una capa de nieve cubre también el lago helado. Lasse divisa a Marta desde su cuarto, de espaldas, en el borde del lago. Reconoce su gorro, su abrigo y la postura de su figura. Toma el café a grandes tragos.

Cuelga del hombro el trineo que ha encontrado en el hueco de debajo de la escalera. Entra en el parque con paso rápido. Ralentiza al acercarse a Marta. Susurra un «Guten morgen» para no asustarla. Le propone ir a una pista larga que hay en Humboldthain.

Se adentran en el bosque de abedules rumbo a Wedding. La nieve está aún sin pisar. Las redecillas llenas de comida para pájaros, suspendidas de las ramas, parecen los pendientes de los árboles. Descienden unas escaleras y, en el túnel bajo las viejas vías de tren, los troncos blancos de los abedules se transforman en columnas de hierro. Huele a humedad. El eco amplifica el sonido de las gotas de agua. Marta siente que han entrado en un mundo subterráneo. En la oscuridad, Lasse se quita las gafas de sol y mira a Marta. A Marta le gustaría perderse en el camino, perder la orientación y las referencias. Olvidar el camino de vuelta.

Si no fuera por la gente que se desliza por las pequeñas colinas, se podría pensar que Marta y Lasse se han colado en una foto en blanco y negro. Se escucha el alboroto que llega desde el corazón del bosque. También la cumbre a la que se refería Lasse está repleta, pero la pista es amplia y no hay que esperar. Marta se asusta montada en el trineo, mirando la bajada. Hace muchos años que no hace algo así. La primera vez desciende con Lasse, sentada delante, y va frenando con

los pies. Después de probar un par de veces, ya se atreve a dejar las piernas totalmente en el aire. Pero sigue gritando mientras se desliza. Después, le cuesta mucho subir la ladera. Lasse y Marta se pasan dos horas cuesta abajo y cuesta arriba.

Lasse tiene que ir a ayudar a Kai con la mudanza y no puede acompañar de vuelta a Marta. Salen del parque por la pasarela roja que cruza por encima las vías de tren. Tras de sí, la pared del búnker que ha quedado a la vista.

Hay una imagen de la que Marta no ha sido testigo: el abuelo y la abuela paseando. Solían ir juntos a los pradillos, charlando. Sería al atardecer, cuando comenzaba a disminuir el calor del día. En su época no era habitual que una pareja fuera a pasear. La abuela lo consideraba un lujo que le había tocado vivir. Marta tiene bien guardado el aroma de los árboles frutales de los pradillos. Se los imagina cogiendo melocotones. ¿Hablarían solo del espárrago y del trigo? Además de la cosecha, tal vez de los hijos, ¿qué más compartirían en las charlas de aquellos paseos?

O tal vez irían después de cenar, bajo el cielo estrellado. El cielo de allí, era más oscuro y profundo que el de la ciudad, más lleno. Tal vez, paseaban en silencio.

Ernaux recuerda la manera de hablar y los temas de conversación de otra generación en el libro que Marta acaba de leer. Marta no ha conocido a su abuelo y a su abuela maternos, murieron antes de nacer ella. Solo ha tenido a la abuela. Pero la manera de hablar de su abuelo y abuela paternos tendría similitudes con el lenguaje sin florituras que recuerda Ernaux. A Marta siempre le ha gustado escuchar a la abuela hablar sobre la cosecha, el jardín o los animales. La conversación entre el abuelo y la abuela podía ser muy vivaz a pesar de platicar sobre esos temas. Porque depositaban todo su entusiasmo en ellos. Para Marta, aquellos paseos a los pradillos eran la prueba de una buena relación entre marido y mujer. Lo que en el relato de Ernaux está más presente que en la familia de Marta es la guerra. Las guerras, en plural. Ernaux describe el ambiente de las comidas familiares en la posguerra: sienta a la mesa también a los fantasmas de las guerras que otros habían vivido en el pasado. De la época en que los parisinos comieron ratas y de tiempos anteriores. La posguerra que les tocó vivir al abuelo y a la abuela fue diferente.

Hasta que fue ya mayor, el padre de Marta, Ramón, ni siquiera supo que su padre había sido requeté. Que fue al frente sin cumplir los veinte años. También Marta le preguntó a su padre cuando era mayor «¿los abuelos eran carlistas, o qué?». Trajo esas preguntas de París, la segunda vez que volvió a casa a pasar las Navidades.

La abuela le contaba que una vez le dio la mano a una princesa en

Montejurra. A la princesa Irene. Marta clasificaba la anécdota de la princesa entre los milagros de santos y vírgenes que solía contar la abuela cuando ella era niña. Irene era princesa de los Países Bajos, y solía ir a la romería de Montejurra, elegante, con perlas en el cuello, y subía a la cumbre a oír misa junto con miles y miles de personas. Por lo menos habría 50.000 cristianos. Las pinceladas que añadía la abuela para reforzar la veracidad de la historia confundían aún más a Marta. En su imaginería infantil, Irene daba la mano a los que subían a Montejurra de la misma forma que San Veremundo daba comida a los peregrinos andrajosos por el amor que sentía hacia los pobres. Para Marta, el abad de Iratxe y la princesa de los Países Bajos eran personajes que existían en un mundo antiguo, entre bosques y niebla.

En París, pensó mucho en el artista que había dibujado el medallón y los demás bosquejos de su habitación. Pensó en su condición de artista, dejando de lado otras categorías –trabajador, intelectual, hombre, mujer. Bajo la burla que hacía a Napoleón III o al clero, sus dibujos también expresaban el sufrimiento tan extendido entre los parisinos. Pero, por encima de la burla, había esperanza. Así entendía Marta el dibujo del árbol de la libertad que ella no había visto. Mientras hacía esos dibujos, la ciudad que entraba por la ventana era una ciudad que estaba viviendo el momento intensamente: había un vacío de poder en París después del Imperio. Él o ella dibujó el paisaje que veía y que vivía. Tuvo ese lujo: la posibilidad de jugar con las palabras y las imágenes.

También pensó sobre el destino del artista. En caso de que hubiera sido joven, habría escuchado a los veteranos contar los sucesos de 1848 en las reuniones populares o los discursos de los cafés. Ocurre en todas partes, los mayores cuentan a los jóvenes que van a tomar el relevo lo duros que fueron los tiempos que les tocó vivir. En el supuesto de que hubiera sido más viejo, se convertía necesariamente en hombre y trabajador, quizá habría subido él a una mesa en una reunión, para hablar a los trabajadores y las trabajadoras jóvenes sobre las revueltas del 48. De todos modos, conocer los precedentes no sirve para predecir lo que vendrá. El artista, en el momento en que fue artista, no sabía nada sobre la sangre que se derramaría una vez más en las calles de París para aplastar a la clase trabajadora. Sobre las ejecuciones arbitrarias, los encarcelamientos, las deportaciones. Muchas, esta vez, lo más lejos posible, a Nueva Caledonia. En total, París perdería casi 100.000 electores. ¿Murió fusilado o fusilada en las barricadas, o consiguió salvar su vida? Si no tenía acento de provincia, tendría más posibilidades de escapar a la muerte. Pero ni siquiera tenía por qué ser francés o francesa.

La masacre debió de dejar un olor penetrante en aquella ciudad

convertida en matadero, pero la magnitud de la purga le llegó a Marta pasada por la imprenta: los cuerpos embalsamados en el formol de los números; la misma embestida sin sonido alguno, enmudecida. Marta la digirió en su cerebro, no en su estómago. Viajando por una vía subterránea excavada por el silencio, de golpe y por primera vez hasta entonces, Marta chocó con el punto de vista de los perdedores y las perdedoras. Entendió que, en Pamplona, había vivido rodeada de un paisaje que guardó en silenció los charcos de sangre. Tomó conciencia de los charcos de sangre que debieron de dejar los cadáveres en la Vuelta del Castillo, en El Perdón, en el desierto de las Bardenas, en las cunetas y en los profundos barrancos. Fusilados por los requetés, sin barricadas de por medio.

La abuela no le contó nunca que el día de romería de Montejurra empezaba con el vía crucis que ascendía desde Iratxe en memoria de los requetés caídos en la guerra. Que aquella princesa Irene estaba casada con el heredero carlista al trono. Pese a ser carlista, el marido de Irene tuvo un discurso hostil al régimen franquista. Las cuestas de Montejurra, el día de romería, se convirtieron en punto de encuentro de los contrarios al régimen. Marta encontró fotos de la de 1968 en un blog carlista: se podía ver a la princesa Irene rodeada de boinas rojas. Amapolas gigantes en Montejurra. Cruces, banderas, paraguas. Un denso encinar al fondo. Marta le encontró a Irene un parecido a Jackie Kennedy. Tal vez, le dio la mano a la abuela aquel día. Cuando la procesión subió desde Iratxe, o tal vez, al llegar a la cumbre.

«¿Los abuelos eran carlistas, o qué?» Y su padre contestó: «No eran nada». No solo el abuelo y la abuela, la gran mayoría no eran nada, solo una familia del pueblo fue realmente falangista. El ambiente del pueblo, si algo era, era muy cristiano y contrario a Franco. La ilusión de la abuela en torno a la romería no tenía relación con ideología alguna. Aquel día especial le gustaba por la fiesta que acercaba a Montejurra a miles de personas y a una princesa. Se pasaba todo el año esperando aquella romería.

El año que nació Marta se celebró la última. Aprovechando la determinación de aquellos que se consideraban a sí mismos auténticos carlistas de limpiar el monte de comunistas y reconquistarlo, vinieron comandos de ultraderecha. O, mejor dicho, fueron enviados. Al parecer, la tensión fue evidente desde días antes. En Estella se extendieron los rumores de que arriba había gente armada, y que sería mejor no subir. La niebla cubría el monte el día en que, en medio del gentío de la romería, sacaron las pistolas. Los guardias civiles contemplaron desde el interior de su Land Rover los primeros disparos en Iratxe, los que hirieron al hombre que moriría a los pocos días. Se escucharon ráfagas de metralleta, y mataron a un segundo hombre en la cumbre. Marta leyó en periódicos de aquellos años lo que nadie le

había contado.

Las celebraciones familiares se hacían en la Fuentica que está a mitad de camino de Montejurra. Allí había un gran abrevadero de piedra para las ovejas y un hermoso roble que daba sombra. El abuelo Javier solía colgar de sus ramas un columpio para sus hijos; el padre de Marta lo llamaba volinda. «Una maravilla», solía decir cuando recordaba aquella volinda. En la adolescencia, Ramón solía subir a la Fuentica con las chicas y chicos de su cuadrilla, montado en un caballo llamado Pardo. Las malas lenguas del pueblo no perdían la oportunidad de decir que era una desvergüenza que los chicos fueran allí arriba incitados por las chicas. Una arpía repetía a modo de sentencia «la longaniza detrás del gato». Mi padre siempre ha aceptado que las chicas iban por delante con respecto a los chicos en la mayoría de las cuestiones. El que tenía el tocadiscos era un chico del pueblo, pero los chicos aprendieron a bailar gracias a las chicas. Precisamente en el pórtico de la iglesia. Ese era el lugar más seguro; porque veían al párroco desde lejos y les daba tiempo de esconder el tocadiscos en la hierba. El párroco tenía tal obsesión, que quitaba la electricidad a todo el pueblo para evitar aquellos bailes clandestinos. La solución fue conseguir un tocadiscos que funcionaba a pilas.

En aquel entonces, lo que se dice esconder, había que esconderlo casi todo. Casi todo el aceite se vendía de estraperlo. Cuando la pescadera avisaba de que había visto al inspector en el autobús que venía desde Puente la Reina, se enviaba al alguacil a esconder garrafones de aceite en las huertas. Para darle tiempo, el juez de paz no se presentaba inmediatamente ante el inspector. Pero ¿cómo esconder los pecados del alma? Marta tuvo un padre educado en ocultar sus emociones. Su madre vivió con un hombre así. A Marta se le ocurre que, si las chicas del pueblo les llevaban la delantera a los chicos, cuántas millas por delante debía de estar Bernardette, que venía de bailar twist en París, cuando conoció a Ramón.

Lasse le pregunta si le apetece ir con él a Copenhague.

Marta responde:

–¿No lo entiendes? Estoy embarazada.

–Eso ya lo veo.

–¿Te da igual lo que eso significa?

–Estás complicando las cosas.

–¿Es que no entiendes nada?

–Eres tú la que no entiendes. Es evidente que estás embarazada, por eso tú y yo no nos hemos acostado. Pero te he hecho una pregunta simple. ¿Quieres venir a Dinamarca conmigo unos días? Quieres o no quieres.

Tumbada en la cama, a Marta le cuesta respirar. La matrona le

mostró hasta dónde se le había agrandado el útero apretando un dedo contra la tripa: hasta las costillas. Casi hasta oprimir los pulmones.

El zorro de hocico fino y rabo grueso no se precipita hacia los arbustos. Ha perdido la prudencia en sus paseos solitarios, pero no su altivez. Sabe que quien viene caminando en su dirección no va a sobrepasar una distancia de seguridad. Atento, resiste la tensión, y, cuando se asegura de que el peatón se ha detenido, cruza la calle y desaparece en la vegetación.

Una mujer japonesa entra al Kugelbahn detrás de Añes. Tiene las cejas finas, los ojos muy juntos y los pómulos salientes. Estrecha la mano de Kai. Se presenta diciendo que es la compañera de piso de Kaori, Emiko, y le da recuerdos de parte de ella. Kaori le ha recomendado ir al Salon Bruit. Kai le sirve el vino más caro. Emiko conoce a los músicos noise de Tokio, repite muchas veces friends. A Añes no le queda claro si Emiko es aficionada al noise, si también ella es artista noise, o si tiene amigos en la escena noise de Tokio. Aunque su inglés es malo, Emiko conversa con Kai sin que surjan silencios.

En el sótano, delante de una decena de espectadores, una mujer toca el violín y un hombre, el clarinete. Hoy, sin ningún sonido electrónico, los instrumentos se quedan desnudos. Las cuerdas y el viento se sumergen en un largo diálogo con diferentes fases, cada uno en su lenguaje.

Al terminar el concierto, Emiko se acerca a la barra a pedir otro vino y se queda hablando con Kai. Añes presta atención al ambiente en la oscuridad. Una vez más, entre insectos. Cada espécimen desea mostrar sus propias características: alas transparentes, con destellos morados, adornadas con escamas rojizas, perfiladas por pelos. Todos tienen las antenas atentas a las señales de los demás. Un cuello que se estira en una carcajada, un pecho que se alza arrogante, labios que se mojan con la lengua, brazos que se agitan nerviosos. La cigarra canta para reproducirse, el grillo para proteger su espacio, las abejas para mantener la relación en la distancia. Lasse se echa el gorro hacia atrás, se frota la mano contra los pantalones. Kai se acerca a los dos músicos de hoy con una botella de cerveza para cada uno, les da una palmada en la espalda. Emiko desciende del taburete de la barra con un pequeño salto y va directamente hacia Lasse en un vuelo rasante. Los ojos verdes que permanecían apagados bajo el gorro aceptan el juego de exploración propuesto por Emiko. Cuando, hipnotizado por los pestañeos de sus ojos, se le queda la boca abierta, Lasse recibe el aguijonazo. Se queda pegado a los labios de Emiko. Tras separarse, se levantan, se ponen los abrigos, y salen al aire frío de la noche. Con las luces rojas encendidas, cogidos de la mano, pedalean despacio sobre sus bicicletas. Siguiendo los álamos, dos libélulas de camino a ese río

que no existe en ninguna parte. Kai y Añes son los únicos espectadores de una película muda.

–Sucede así. A mí me parece que Lasse estaba dispuesto a ser el padre de un bebé que no es suyo.

–Si estás hablando de Marta, no sé si necesita otro padre para su bebé. Para empezar, tendría que marcharse de casa de Martin.

30. Grietas en el metro

Xuan le ha dejado a Añes su billete de metro mensual. Añes se pierde en la maraña de nombres que unen la ciudad de estación en estación, y quisiera ser Xuan en este viaje. No Xuan el vietnamita, no Xuan el aficionado a los algoritmos, ni tampoco Xuan el provocador. Añes quiere ser el Xuan que se inscribe en el paisaje de la ciudad. Ser dueña del lugar que ocupa. En ese desafío, voy con Añes en un vagón casi vacío. Tenemos una monja sentada delante.

A mediodía ha llamado Marta, para decir que Martin le ha pedido que se quede en casa. Que le tiene que dar a su madre la posibilidad de conocerla; si luego quiere que ella le ayude con el bebé, lo mejor será empezar a conocerse desde antes. «Preferiría ir a ver una película contigo», le ha dicho Marta. Añes no le ha contado que el viernes Lasse salió del Salon Bruit cogido de la mano de Emiko sobre la bicicleta.

Se apagan todas las luces, atravesamos a oscuras dos estaciones. Mencionan averías técnicas causadas por la climatología, por los altavoces nos piden a los pasajeros que cambiemos de tren.

En el tren suplente Añes quiere sentarse en el mismo asiento que en el anterior, cambiar el menor número de condicionantes, minimizar la interrupción. Pero otra mujer ocupa su asiento, teje calcetines con cuatro agujas. Se sienta frente a ella, en el sitio que era de la monja. Añes no sabe hacer punto, pero, para asegurarse de que la que tiene delante no es ella, busca su cara en el reflejo de la ventana, y allí la encuentra, atravesada por las luces azules del túnel y los garabatos del vidrio. Las marcas de tinta se pueden limpiar; en cambio, estas otras, hechas con un objeto punzante, no. Son imborrables mientras no cambien las ventanas. Jurídicamente es vandalismo; Xuan lo llama supervivencia.

Añes compra fideos chinos en un imbiss de una estación. Sosteniendo hábilmente los fideos con los palillos –es que me entran ganas incluso de ensalzar su habilidad–, analiza a los de alrededor mientras va sentada en el metro. Un hombre de mediana edad lleva un ramo de flores en el regazo, envuelto en papel verde y, justo encima, un periódico deportivo abierto. Un hombre joven rodea con el brazo una guitarra que ha depositado en el asiento de al lado. Dos caras están a pocos centímetros de distancia la una de la otra, dispuestas a ocupar en cualquier momento el hueco entre un par de labios y el otro. «Vámonos de aquí», oye Añes. Le oprime el pecho la voz interior que le hizo resistir la tentación cuando yo le dije eso.

Hemos vuelto a cambiar de tren y de línea. Esta vez tenemos que ir de pie. Junto a ella, un hombre vestido con chaqueta de cuero negra, va leyendo un libro. A Añes le gustaría empezar por sus manos e ir ascendiendo por sus mangas desgastadas, hasta posar la cara en su cuello, absorber el aroma que desprende la piel en ese hueco. Sin buscar la mirada del lector y sin ver su cara.

Una pala volteando la tierra abonada. Katiuskas verdes, vaqueros ajados, sucios en torno a las rodillas. Sin dejar el trabajo de la huerta, su padre le dice: «crees que nosotros estamos atrapados en una rutina». El padre de Añes, con apariencia humilde, continúa: «nos menosprecias cuando nos miras». Una lección dura para Añes: «Pero la rutina va hilvanando una vida. Tú tienes retales. Sigues los impulsos de cada momento». Añes no piensa lo que dice: «sois vosotros los que me juzgáis». Añes ya sabe coser con la rutina. Su padre no entendió, y su madre tampoco, que no es ese el hilo que rompió cuando dejó a Bruno. «Para mí es un misterio a qué te agarras», le dice Juanjo. Añes piensa que la azada y la pala le han calmado el mal genio a su padre, pero sin hacer milagros: cultivando tomates no ha desarrollado la capacidad para acercarse a ella. Pero también a mí me parece imposible muchas veces acceder a Añes.

La última vez que estuvo en casa de su padre y su madre, anduvo luchando, sin que nadie la viera, por no caer en un agujero. Y Añes y yo sabemos que después de dejar atrás París y la vida de París, la casa de Marta y la época que vivió protegida por Marta, he sido yo su punto de apoyo.

–Hubiésemos tenido que ir a las bodas de allí.

–¿Qué?

–Aceptar todas las convenciones, Esteban. Las rondas de cubatas de las cenas. Los chismes sobre los y las que no encuentran pareja, sobre la que prefiere relaciones sin compromiso, sobre la que no quiere venir a la comida del grupo porque está sin trabajo, o triste. Persecución por todas partes. Si nos hubiéramos ido a vivir a Bilbao, habríamos tenido que dar explicaciones. A Sopelana, porque la vivienda es más barata, vale. Pero el que se va a Bilbao es ya un traidor. «¿Por qué a Bilbao?» Hay que explicarlo todo cuando la madre de una compañera de la ikastola te para en la calle y, sin mala intención, te hace un chequeo.

–Aprender a responder lo que quieren oír, y en paz.

–Sí, claro. ¿Por qué crees que estaba yo en París? Porque tenía trabajo.

–¡A mí también me diste esa explicación!

–Sí, claro, pero a ti por otras razones.

–Añes, uno puede sentir la necesidad de marcharse lejos. Te puedes ir a algún bosque de Finlandia y pescar en sus lagos helados. Y cuando

tienes suficiente, regresas.

–Luego no dejas de oír «¡has cambiado!». ¿Cómo no vas a cambiar, si la imagen que tienen de ti es la de un fósil de la prehistoria? Si hubiera vuelto, tú también habrías pensado lo mismo. Que había cambiado.

–Estuve muy a gusto con la Añes que encontré en París.

–Tus amigos seguían viviendo en casa de sus familias porque sus madres les lavaban la ropa y les preparaban la cena. Con treinta años.

–Estuviste en mi casa, Añes.

–¿Cómo hacías tú para vivir allí?

El tren, cuando llega a la última estación, cambia de dirección.

31. Añes va a casa en Navidades

Añes baja las escaleras con la maleta.

–No tengo adónde ir –oye desde las escaleras.

La policía está en el patio. El policía que habla con el hombre que duerme en el sótano parece un trabajador social. El señor Hartmann sostiene unas bolsas, como si fueran las pruebas del delito. Es sábado, hoy no le tocaba venir a limpiar. La policía se lleva al señor Kappe sin esposarlo. Añes espera en las escaleras hasta que los ve salir del patio.

El avión de Añes despega con una hora de retraso. Estos días hay mucha gente sin poder salir del aeropuerto. Kai le dijo que sí, que llegaría a tiempo donde la familia y que, a la vuelta, él iría a buscarla al aeropuerto. Irían juntos a la fiesta de Nochevieja que se iba a celebrar en casa de Lasse.

Añes habló con Lasse anoche en el Salon Bruit. Pasará las Navidades en Copenhague. Estaba preocupado por su hermana, por la enfermedad que tiene. Lasse le habló sobre ajedrez, de que después de mover pieza uno no puede saber lo que viene. Añes dejó claro que el ajedrez no era un juego hecho para ella.

–Le dije a Marta que viniera conmigo, pero me miró como si estuviera loco –le dijo Lasse.

–¡Cómo va a ir Marta a Copenhague contigo! Viene su padre. El bebé puede nacer cualquier día.

–Emiko viene conmigo.

–A mí no me tienes que dar explicaciones.

Añes lee en la revista del avión sobre los zorros que viven en las ciudades. Son oportunistas, capaces de adaptarse a las condiciones de la ciudad. Comen de todo, y les resulta más fácil comer despojos que cazar ratas o pájaros. En un primer vistazo puede tener aspecto de estar paseando, pero suele estar buscando comida por las esquinas y en las basuras. Algunos les dan de comer, como a las palomas. Utilizan como carnada dátiles, plátanos secos, avellanas, chocolate. También el erizo les atraería. Los animales que responden a ese tipo de alimentos en los alrededores de las casas, en los aparcamientos, en los cementerios, ya no son animales salvajes. Están medio domesticados. Cuando se alimenta a un zorro, pierde el respeto que le debe al ser humano y firma su sentencia de muerte. Debe morir directamente, rápido y sin emociones, explica en el artículo uno de los trabajadores que se dedica a matar los zorros que hay en exceso. De hecho, en invierno, con la nieve y el hielo, los cepos podrían no quedar bien cerrados, y es peligroso: un zorro que se libra una vez, es resistente a

las trampas para siempre. Según el experto, se les da de comer a los animales debido a la soledad en la que muchos viven en las ciudades.

Así que dar de comer a los zorros o las palomas está relacionado con la soledad. Al salir del portal de Añes, en la acera, suele haber charcos de migas de pan, y su balcón, suele estar a rebosar de excrementos de paloma.

Los zorros aprenden a moverse por la ciudad. Tienen sus recorridos. Añes puede imaginar al zorro husmeando detrás de los supermercados de Badstraße. Después se acerca al puesto de salchichas de Gesundbrunnen, a buscar restos, a lamer gotas de salsa de tomate. Mirará, pero no se acercará a los que se han quedado dormidos contra la pared de la entrada del metro, tendidos sobre cartón. Prudentemente, mirará a ambos lados para cruzar la carretera, a trote, para dirigirse hacia Humboldthain.

El piloto anuncia que entrarán por el mar. El acantilado parece la sombra de un lagarto gigante hundido en las aguas. En cuanto desaparece la niebla, emerge el faro de Gorliz, la urbanización Sopelmar, Añes sigue con los ojos la línea que va de Punta Galea hasta la playa de Arrigunaga, y la recorre con los pies de la memoria. El avión enfila hacia el valle de la familia de Añes. Un montón de generaciones olvidadas en ese valle. Partidea, hubiese sido la palabra que usaría su bisabuela para indicar abundancia.

Lo primero que hace al entrar en su antigua habitación, es cambiarle la tarjeta al teléfono. Esteban no tenía el número francés de Añes, y abre el último mensaje que envió al número que usaba cuando estaba en el País Vasco. «Qué asco de vida», escribió Esteban. Cuando Añes abrió ese mensaje por primera vez, Esteban estaba muerto. Y, aun así, Añes no le dio importancia.

–¿Adónde vas, Añes? –pregunta su madre cuando la ve poniéndose los zapatos.

–A la calle.

Hay mucha gente haciendo compras, comiendo un pintxo con un café o una cerveza. Añes siente que se expone en la calle y que arriesga algo. Pero nadie le presta atención. ¿Ha sido el hermano de Esteban el que ha pasado en coche? Antes, cuando paseaba por el pueblo, solía imaginarse dónde podía aparecer Esteban y cómo iba a reaccionar. Ahora, lo que piensa es: «no me voy a cruzar con Esteban». Y que, si estuviera Esteban, ella tendría que volver. Esteban le ha dado la libertad de no volver. Lo que ocurre es que Esteban está, incluso cuando no está.

«¡Aupa, Añes!» Jokin Larrea pasa con su perro, la saluda sonriente, como si ver a Añes fuera cosa de todos los días. Durante muchos años, cuando se cruzaba con Esteban, seguían adelante como si no se hubieran visto. Cómo se puede ser capaz. Cuando acabaron con los

diez años de mutismo, Añes le preguntó: «Pero ¿cómo podías hacer eso?». «¿Y tú?», fue la respuesta de Esteban.

Esteban se le quedó dentro desde la primera vez que lo vio. Entró en la sala de reuniones con una lata de Coca-Cola en una mano y una máquina de fotos en la otra. Interrumpió lo que estaba diciendo el director de la revista, y este le echó una mirada: «Empezamos a las tres y cuarto». Tenía encima las miradas de todos los y las estudiantes que estaban sentados alrededor de la mesa, lo sabía, y eso no lo avergonzó. Le colgaban dos pendientes en forma de aro de cada oreja. Cuando alzó los párpados y las largas pestañas, los ojos que habían perdonado la vida al director quedaron al descubierto. Entonces fue cuando Añes se enredó con aquel chico, del que aún no sabía ni el nombre. Tiró la lata de Coca-Cola a la basura y se sentó en un sitio libre. Junto a Añes, Lore y Nagore, que firmaban en pareja todos los artículos y eran un año mayores que Añes, se contenían la risa. «Quién es este», preguntó Añes a Nagore entre dientes. «Remen», le dijeron las dos a la vez.

–¿Y quién eres tú? –dijo el director, después de seguir todos sus movimientos.

–¿Yo? –Sorprendido, señalando la cámara que tenía sobre la mesa–. Esteban Rementeria. Me han dicho que necesitabais un fotógrafo. –Miró a Lore y a Nagore–. Pero si no lo necesitáis, ya me voy.

Añes se pasó toda la semana esperando la reunión del martes siguiente. En los años que no tuvieron relación, nunca se lo quitó de la cabeza. Ahora que lleva tres años muerto, Esteban es su compañía más cercana. Los recuerdos de Esteban, las palabras de Esteban, el fantasma de Esteban. A Añes le preocupan los efectos que pueda tener esta situación a largo plazo. «¿Es posible librarse alguna vez de una presencia así?» Cuanto más espacio ocupa Esteban, menos espacio deja a todo lo demás.

Y, de pronto, Añes entiende a su abuela Margari.

Los ojos húmedos de la abuela Margari mirando a la nada. Las rígidas arrugas en torno a sus labios. Las dobleces de tristeza en la sonrisa de su abuela. La abuela de Añes, Margari, solía estar en la cocina, sentada en la silla junto a la chimenea. Más adelante, cuando la sacaron del caserío, en un sillón del cuarto de estar, con sus manos huesudas en el regazo, la televisión siempre encendida. Cuando su abuela estaba sentada a su lado, a Añes siempre le pareció que estaba lejos; asau, hubiese dicho ella. Ahora siente por primera vez un vínculo con ella: Margari también vivió con un muerto.

Cuando su abuela Margari murió, el padre de Añes encontró su misal en el cajón de su mesilla. Contenía recordatorios entre sus páginas. Docenas de familiares y vecinos del barrio. Entre ellos, los recordatorios más antiguos, los de los cuatro hermanos. Colocándolos

junto a los otros, su abuela quiso esconder a los Larrondo. Los cuatro murieron en la guerra, dos en cada bando. Ya que uno no elegía en qué bando morir.

Su abuela guardó en el cajón de la cabecera la foto del novio que murió en la guerra. Como si hubiera sido un Larrondo más, como si fuera un muerto más. Añes se pregunta si su abuela Margari solo neutralizó a Juanito Larrondo ante las miradas ajenas o también ante sus propios ojos.

A Añes le cuesta imaginar qué sería ser novios entonces, en el País Vasco de antes de la guerra. ¿Cómo serían las noches de Margari tras perder el novio y la guerra? Quién sabe si hablaría con el difunto novio durante sus noches en vela. ¿Pasaría noches en vela? ¿O estaba demasiado cansada como para no dormir por la noche? Marido y mujer se acostarían entre las sábanas frías, entre ambos, su prometido caído en la guerra. O tal vez Juanito se apropió de su puesto tras la muerte del esposo. Eso si es que su abuela alguna vez le hizo sitio, más allá del misal que tomaba entre sus manos todos los días.

Lo retuvo entre dos páginas de un libro. ¿Le miraría de vez en cuando? De no ser así, reprimía sus ganas de mirar. Las reprimió durante años. Otra fatiga más, que se sumó a la fatiga de sus huesos.

Le hiciera sitio o no, lo mirara o no, la abuela Margari vivió con un muerto.

Y Añes ahora lo ve claro: eso debió de aislarla cada vez más de su entorno. De la vida. Añes siempre tuvo la sensación de que era una mujer fría, de que aquella mujer no mostraba verdadero interés por nada. Incluida la propia Añes, la única nieta que pasaba a visitarla.

La guerra le robó a la abuela Margari una vida posible. Y la que le dejó a cambio fue parca en palabras. A Añes, en cambio, las palabras le arrojan sombras. Le sirven para aprisionar los deseos. Añes pensó que, guardándose a Esteban para ella, protegía algo. Ahora se le ocurre que siempre tuvo con Esteban una relación sin testigos. Una relación que nadie de su entorno puede sospechar. Todo podría ser una invención de Añes. En el caso de la abuela Margari, por el contrario, incluso sin saber lo que su cajón sabía, mucha gente del pueblo conocía su pérdida. El anonimato lo vivía con los clientes del Ensanche de Bilbao, cuando iba a vender leche.

Cuando se despidieron en la plaza del metro, Esteban llevaba unas gafas de sol. Ni siquiera le dio un beso. «¿Adónde vas sin darme ni un beso?, ¡Añes!» No: Esteban se puso las gafas de sol sobre la cabeza y le preguntó: «¿Cuándo vienes otra vez?». Y Añes repara en ese detalle por primera vez. Esteban se quitó las gafas de sol, para preguntar a Añes, sin ocultar sus ojos, cuándo iba a poder verla otra vez.

Añes llama a casa para decirles que no la esperen a comer. Puede imaginar lo que pensarán: «ha llegado hoy y ni siquiera viene a

comer». Coge el metro a Larrabasterra, y va caminando hacia la playa de Barinatxe. El día es soleado, luminoso, pero sopla un viento fuerte. La mar está rasgada. Puede ver Sopelmar detrás de la playa de Atxabiribil. Allí le dijo Esteban: «En París no tienes esto».

En vez de regresar al coche de Esteban, cogieron el camino a Barrika. Ahora, continúa caminando en la dirección contraria. Las rocas se meten impetuosas entre las olas. Añes ha encontrado Sigur Rós en la lista de música que le ha grabado Kai. Desde lo alto de Barinatxe, se dirige a Azkorri por los senderos del acantilado escuchando Sigur Rós por primera vez.

Le evoca imágenes de Islandia. Tomando la Carretera número 1, rodearon la isla. Añes condujo en un coche alquilado con Bruno a través de la tundra que intercalaba un musgo brillante con los oscuros pigmentos de la lava. Las cumbres de los montes se mantenían en el punto de mira, pero con constantes cambios de perspectiva. Solo había nieve en la cima de las colinas. Añes fue con Bruno a Islandia de vacaciones, sabiendo que no tenía que ir. Para entonces Añes ya no sentía las caricias y los besos de Bruno. Y no se los quería dar. Bruno decía que Añes tenía un problema con el sexo. Y que tenía que arreglarlo porque también le afectaba a él. Por entonces Añes no tenía ninguna prueba contra esa acusación, le llegó más adelante: «el sexo fue increíble».

El sexo con Bruno era forzado. Parecía más fácil que decir siempre que no.

En Islandia, estando de vacaciones, le resultó aún más difícil decirle que no. Pero su cuerpo no quería. Y a Bruno le pareció que solo había una manera de que Añes superara su problema con el sexo: obligándose a sí misma. Por la mañana, entraron por la ventana del cuarto un lago y un cielo, uno el espejo del otro, y Añes deseó que la pesadilla que había vivido por la noche se desvaneciera por esa misma ventana.

El olvido. El paisaje del Abra simula moverse. Un decorado tramposo, construido con capas variables. Los juegos de luces cambian el paisaje. Hoy los montes están en primer plano, brillantes, dominantes. En cambio, otras veces, los pequeños montes lejanos tienen el mismo azul metálico que el mar, en un tono más apagado. Se alejan cubiertos por la bruma hasta casi perderse del todo. Y la niebla que se posa en la costa puede formar cordilleras recién creadas. Inventadas. El cielo le añade o le quita pieles, esmaltes, máscaras; la marea se lleva o atrae a los montes, los funde y los separa, los aleja y los acerca, incesantemente. Se deslizan sobre el agua.

La arena oscura junto a la hierba de las dunas, no se mezclan. Con los ojos cerrados, el sonido del mar parece una autopista. Las olas no se calman. En verano Esteban solía ir a Barinatxe y Añes a Azkorri.

Entre las dos playas, un paseo que se hace en diez minutos. Cuando la marea está baja, incluso menos, porque se puede cruzar por las rocas que separan las dos playas.

En una curva más protegida del camino, el viento casi amaina. Pero la mar no pierde sus desgarros blancos. Acercándose a La Galea, entre helechos secos, surgen la zona industrial y el puerto del otro lado. A los pies del monte Serantes, el agua vuelve cegadora la luz del sol. A la izquierda un pinar y, hacia el borde del acantilado, maleza. Territorios ocultos de los encuentros sexuales y amores juveniles, también los de Añes.

Hacia Aixerrota, el camino que anduvo mil veces con Esteban.

Los martes, al terminar la reunión de la revista, comenzaron a ir juntos a casa. A medida que avanzaba el curso, también cualquier otro día, sin prisa por llegar a comer. Si les quedaba algún cigarro, se sentaban a fumar mirando la pista de skate.

Añes se da cuenta de que han abierto una crêperie bajo los arcos. «¡Falta!» Es la voz de Esteban. Está jugando al futbol en la campa delante de los arcos con dos niños. La forma de la mandíbula y las mejillas es igual que la de Esteban. Los hombros más estrechos, el pecho más salido. Partes de Esteban en el cuerpo de su hermano mayor. «No me voy a cruzar con Esteban.»

Desapareció en una curva. ¿Perdió el control de la bicicleta? ¿Llegó un coche en dirección contraria? ¿O la carretera estaba en obras? Pudo haber algún obstáculo en el arcén. A Añes le gustaría que alguien le contara qué pasó. Saber cuántos metros se despeñó. Si lo mataron los golpes, o si cayó al fondo del mar inconsciente, incapaz de volver a la superficie. Dónde dejó de palpitar su corazón, dónde dejaron de respirar sus pulmones. Dónde calló el último grito. Si un helicóptero lo sacó de allí e intentaron reanimarlo, si hubo alguna posibilidad de salvarlo.

No se le ha ocurrido acompañar a Jokin Larrea en su paseo con el perro y pedirle que le contara lo que sabía. Una vez le preguntó a Jokin por qué había dejado Esteban de hablar con ella. «Si no lo sabes tú, no sé quién lo va a saber», le contestó Jokin.

En el grupo de amigos, Esteban tenía un estatus especial: le respetaban, aunque no era tan cerrado, oscuro y mal estudiante como los demás. Esteban, además de fumar porros, hacía fotos. «Remen es especial», decían, y le dejaban en paz. Las primeras fotos que trajo Esteban a la revista fueron las del primer insumiso de Getxo que fue juzgado. También sacó una foto para un texto escrito por Añes, en la calle Telletxe, cuando la Ertzaintza disolvió una de las manifestaciones de los viernes y todo estaba lleno de humo.

¿Encontró alguien la foto que le hizo a Añes en Kantarepe? A principios de primavera, Añes se estaba dando un baño en la cala de

Kantarepe. Esteban descendió por un sendero casi vertical con la cámara y el perro.

–Te he visto desde arriba.

–¡Desde ahí arriba no puedes reconocerme!

–¿Que no?

–Debo de ser muy pequeña desde ahí arriba.

–De cerca tampoco eres muy grande, Añes.

En vez de ir a casa, Añes se dirige hacia Kantarepe subiendo por la cuesta de Kaiokabe. El solar que se llenaba de hogueras de San Juan sigue siendo una campa sin edificar. En la curva que hace la calle Landene, en el lugar de la casa abandonada que tantas veces acechó y pisó con Laia, ahora hay una tres veces más grande.

Cuando Añes se enteró de que Esteban había muerto, no pudo llorar. Una noche de domingo, su madre le dijo por teléfono: «Un alumno del instituto. ¿Era de tu curso?». Le vino a la cabeza la tarde que estuvieron sentados en las rocas de Kantarepe. Cuando el tiempo era infinito, cuando no había malentendidos, cuando Esteban le hizo aquellas fotos que le enseñó, pero nunca le regaló. Añes se enfadó porque Esteban tuvo el accidente. Porque no tuvo cuidado. Y porque ella estaba en París mientras Esteban se caía al mar. ¿Cómo que en un accidente? ¿No podía tener cáncer y haber durado por lo menos unos meses?

Un perro ladra en la barandilla del parque de Usategi, quiere atraer la atención de su dueño, que está mirando al mar. Añes entra en la cafetería a comer un pintxo de tortilla. ¿Son tamarindos los que hay bajando desde Usategi, en el camino al Puerto Viejo? ¿Los que llenan la cuesta que subió de la mano de Esteban? Subieron entre esos árboles, que podrían ser tamarindos, desde donde acaban las rocas del puerto. A oscuras, cogidos de la mano. Tal vez fueron los mejores minutos que compartieron nunca: los anteriores al sexo.

El camino que va desde Usategi a los jardines de Jeneratxu está embarrado. Las paredes de arenisca están agujereadas por la erosión. Bruno agujereó a Añes. Por cada fallo que hacía, un agujero. Todos los días, en una labor de erosión. Y los cuerpos, a medida que se llenan de orificios, como los barcos, se van hundiendo. Una de las maneras de tocar fondo es esa: cada día un poco, tiroteada sin que nadie se dé cuenta. Añes, para no caerse, posa las manos en las filigranas que ha tallado el viento en las rocas. Antes se escuchaban ranas en la piscina del Puerto Viejo.

Añes toca el timbre de la casa de Maider. Maider se asoma a la ventana de la cocina, con un cigarro en la mano. Tiene el contorno de los ojos ennegrecido por el maquillaje que no se ha quitado. Guapísima. Vuelve a entrar y le abre la puerta. En pijama, con el albornoz puesto. Añes dice:

–He venido escuchando Sigur Rós. No sé qué disco me enviaste tú. El que he escuchado ahora me ha gustado muchísimo.

Maider se muerde el labio inferior.

–¿Me das unos minutos para ducharme y vestirme?

–Te espero en un banco de Jeneratxu.

32. Marta ha tenido una niña

Desde su llegada, Ramón ha llenado el congelador de caldo para los primeros días después del nacimiento del bebé. Marta sale con su padre a hacer unas compras de Navidad, comen en un Fish and Chips y se sientan en el Niesen a tomar un café.

–Si alguien me llega a decir que mi nieta iba a nacer en Berlín y que yo iba a estar aquí para su nacimiento, no me lo hubiese creído. Antes creería que las sardinas corren por el monte –le dice su padre–. Yo me fui a Pamplona. Tuve una mujer francesa. Ya es demasiado.

Marta ha oído a la abuela contar cuándo se dio cuenta de que su hijo no se iba a quedar en el pueblo. Una vez que regresó del internado, por vacaciones de Navidad, Ramón tuvo que ir a recoger olivas con el abuelo. Yendo a pie, los olivos estaban a dos horas del pueblo y, vestidos con varias capas de ropa, salieron al amanecer. Recoger la oliva era un trabajo durísimo. Al mediodía, el abuelo solía hacer fuego para freír huevos y chorizo. También calentaba piedras en el fuego, para metérselas luego en los bolsillos. Ramón tenía los pies congelados y, en una de estas, puso un pie en las llamas. El fuego le quemó la parte trasera del zapato, y le dejó algo semejante a una chancleta. Cuando la abuela lo vio volver cojeando a casa, ni siquiera lo riñó por traer el zapato roto. Aquel chaval estudió con los frailes y fue con una beca a la universidad.

–Nuestra madre solía decir que nos había ido bien en la vida y le daba las gracias a Dios. «Pues no –le decíamos tu tía y yo–, nos ha ido bien, porque llevas toda la vida deslomándote, y porque tuviste buen juicio. ¿Cómo puede ser que le des todo el mérito a Dios?»

En el pueblo se contaba que la abuela los mandó a estudiar fuera para ser más que los demás. Solo dos de la cuadrilla de Ramón se quedaron en el pueblo, la mayoría se marchó a pueblos de Gipuzkoa, a trabajar en la industria. Aparte de Ramón y de una de las tías, Elvira, casi nadie fue a la universidad.

–Yo no sé decir cuándo decidiste tú que tenías que marcharte de Pamplona. Que quisieras ir a París no es difícil de entender. Pero ¿tenías que venir a Berlín a tener el bebé?

–Tu mujer también fue donde estabas tú cuando se quedó embarazada.

Silencio.

–No me voy a meter donde más me duele tu respuesta. Algunas cuestiones serán discutibles. Otras, no, Marta. En tu caso, tenías la oportunidad de tener el bebé tú sola. Nadie iba a juzgarte. –Silencio

otra vez–. Te voy a decir más. Sin entrar a valorar si tu madre hizo bien o no viniendo conmigo, tú no tienes ninguna necesidad de repetir nada de lo que hizo tu madre.

–¿No has venido a ayudarme?

–Sí, y no voy a hablar más de esto.

La visita de su padre está siendo difícil. Marta se siente obligada a dar muchas explicaciones, y no está acostumbrada a justificar sus decisiones ante nadie. Cuando Ramón se ha enterado de que Marta no tenía intención de acudir al hospital a parir, lo critica como si fuera una actitud contraria a la medicina moderna. Marta le explica que no es reaccionario querer parir en otro ambiente. En eso no ha tenido ningún problema con Martin, todas las decisiones relacionadas con el embarazo las ha tomado Marta y, en concreto, Martin ha respaldado totalmente su decisión de tener un parto natural.

Martin está trabajando al ordenador cuando Marta siente las primeras contracciones. Para estar entretenida, Marta se pone a hacer estrellas de origami en la cocina con su padre, siguiendo vídeos de internet. Nieva toda la noche y la ciudad se despierta de blanco. La matrona le dice por teléfono que se dé un paseo. Pero Marta no tiene ganas de pasear y se queda en casa. Claudia llega una hora más tarde, porque no ha conseguido mover el coche del aparcamiento a la primera. Nada más llegar envía a Marta y a Martin a la casa de partos. Le dice a Ramón que está dilatada de ocho centímetros y que volverán enseguida, que entretanto puede preparar la comida. No tienen problemas para sacar el coche de Martin.

Marta sufre durante mucho tiempo unas contracciones muy fuertes y Claudia le prepara un baño caliente. Le dice que esté tranquila un rato, que recupere fuerzas, y luego lo expulsará enseguida. Con ayuda de Martin, le pone a la cama las sábanas que han traído de casa. Pero Claudia se ha confundido con el pronóstico, y dan las cinco de la tarde para cuando el bebé resbala entre las piernas de Marta a los paños que tenían colocados en el suelo. La cabeza le produce una quemazón. En la siguiente contracción salen los hombros y a partir de ahí se desliza del todo. Martin entra con una taza de café en la mano cuando el bebé, tumbado sobre la tripa de Marta, se lleva el pezón a la boca. Claudia deja solos a los tres. El bebé abre los ojos y se queda mirando a Marta. Marta siente que ya conoce desde antes a quien tiene encima.

Salen de la casa de partos a las siete, y todo continúa enteramente blanco.

Claudia los visita al día siguiente. Ramón le abre la puerta. Había quedado en venir por la mañana, pero llega por la tarde, con unos pantalones para la nieve y unas botas que le llegan casi hasta la rodilla. Deja todo en la entrada, excepto el maletín de cuero con el

instrumental de trabajo y se acerca a Marta y Rosa. Le cuenta a Marta que lleva desde las ocho de la mañana sin parar de trabajar, que ha tenido que hacer todas las visitas en bicicleta.

–Os he dejado para el final. Descansando.

–Hemos dormido mucho, sí. Ahora parece que está abriendo los ojos.

Claudia le habla con ternura a Rosa, la toca, le examina el cordón umbilical y dice que no es necesario pesarla, que la niña está muy bien. Le ayuda a Marta a poner a Rosa en su pecho y quiere escucharle cómo cuenta el parto.

–Martin no estuvo cuando salió –dice Marta.

–No, le dije que fuera a preparar café. Estaba totalmente desfigurado, asustado, no sabía cómo ayudar. Y tú no dejabas salir al bebé.

–¿Le echaste a propósito?

–Mira, se llevó un alivio cuando le propuse que fuera a hacer café, así tenía algo que hacer. Y tú aprovechaste para parir enseguida.

–¿Tomaste esa decisión por tu cuenta? Martin no vio salir al bebé.

–Tengo que tomar decisiones constantemente, y funcionó. Estaba a punto de mandarte al hospital.

–Este parto era una experiencia que podía habernos unido.

–No siempre es así. Al contrario, para algunos hombres ese momento del parto es una visión demasiado violenta. Algunos no consiguen quitarse las imágenes de la cabeza, y eso causa daños permanentes en la relación.

A Marta se le escapan unas lágrimas y Claudia le deja llorar.

–Por lo menos, ¡no vino con el ordenador para poder trabajar mientras tanto! –dice Marta, sin saber de dónde le sale el humor.

–¿Dónde está ahora?

–Ha ido a hacer la compra.

Sigue nevando los días siguientes. La nieve se acumula en los tejados y resbala por el peso, creando dobleces, como si fuera una tela blanca. Marta y la ciudad quedan fuera del tiempo. Rosa es la nueva coordenada de Marta. Su sueño extiende una sensación de paz en casa. Duerme con las manos puestas a la altura de la cabeza. De pronto, da una brazada espasmódica, como si estuviera a punto de caer por un precipicio sin nada a qué agarrarse. Abre los ojos muy de vez en cuando y los dirige hacia las luces. A Marta le gusta el olor del bebé y su repertorio de gestos: sonreír, apretar el morrito, abrir un ojo, cerrarlo, fruncir el ceño, estirarse, golpear el aire con mano de boxeador, protestar. En el momento de darle el pecho, están unidas.

Marta abre los ojos y descubre una mariposa. Se asusta al tener la mariposa tan cerca, como ante una bestia que pudiera atacarle. Ya había visto esa mariposa, en la repisa de la ventana, pero pensó que

estaba muerta. Tenía las alas rígidas, parecían momificadas. Sin embargo, ha conseguido moverse, tal vez, resucitada por el sol que le ha dado durante todo el día. Articulando las patas como una escaladora, buscando un sitio seguro para colocar el pie, asciende por los lomos de los libros de Marta. Cuando pierde el equilibrio, agita las alas. Al cerrarlas, la parte negra de las alas es todavía más espantosa, la muerte misma. También el lado de las escamas de colores, desde tan cerca, es velludo y horrible. Tiene un cometido: trepar a la torre de libros. Para olvidar que está en un lugar que no le corresponde, se ciega con el objetivo de una misión que no tiene ningún sentido. Pero si Marta le abre la ventana, enseguida se congelará y morirá ahí afuera. Marta no puede volver a dormir. ¿Cómo conciliar el sueño con esa mariposa peluda subiendo por el borde de los libros del cabezal de la cama y poniendo su vida en peligro?

Por la ventana no se ve más que un eterno blanco. Marta se imagina a su padre allí, sentado en las volindas del parque, leyendo, como si fuera un jilguero posado en el columpio de una jaula. Ramón, de niño, leía todo lo que caía en sus manos. Le valían igual las hojas sueltas de periódico que se encontraba en el suelo. Aprovechaba todos los minutos. Leer le volvía sordo. Hasta que tenía a la abuela delante, no oía su voz. Los de la panadería solían tener un tebeo semanal. Y una vez, un fin de semana de invierno, no le dejaron llevarse el tebeo a casa, porque todavía no se lo habían leído. Así que su padre se sentó en el banco de piedra frente a la tienda. Empezó a nevar, debía de tener los mocos colgando, pero allí se quedó, hasta que terminó de leer. Cuando se levantó para devolver el tebeo en la panadería, en lugar de las pequeñas huellas que dejaría un pájaro, quedó una marca como de dos planetas en la nieve: uno, el del culo, el otro, el de la bolsa del pan. Con once años, la abuela encontró la manera de enviar a su padre a estudiar a un internado por medio de un cura del pueblo que había sido alumno del mismo internado. Ramón Arambelza pasó de un mundo que distinguía el verano del invierno, las alpargatas de las botas, a estar entre gente que iba vestida con ropa de entretiempo.

El silencio en la calle es absoluto. En casa se escucha el sonido de la máquina de moler café, pero Rosa no se despierta. Pequeños temblores sacuden su cuerpo si suena el teléfono, o si, al recoger los platos, chocan unos contra otros, o si alguien levanta la voz. Si su abuelo enciende la aspiradora o la lavadora, o si pone música, ni se inmuta.

Desde que nació Rosa, cada día se hace muy largo. Lleva tres o cuatro días fuera del vientre, pero a Marta le parece que lleva una eternidad con ella. Marta no quisiera que esta intensidad de los primeros días desapareciera. Sabe que se irá apagando, y llora. Martin le dice: «¿Ya estás llorando otra vez?». Es Ramón el que se ocupa de

Marta estos primeros días, el que cambia los pañales a Rosa.

–Mira, no sé qué es lo que te dice Martin –le dice a Marta–. Pero no me gusta cómo te lo dice. ¿No lo puedes echar de casa?

–Estamos en su casa.

La siguiente vez que oye a Martin hablarle con dureza a su hija, intenta echarlo de casa. Marta escucha desde la cama la voz de su padre, fuera de sí, y se levanta.

–¡No puedes echarlo de su casa! ¡Tú eres el invitado!

–¿Y tú también eres su invitada? Acabas de parir a su hija. ¿Es que su comportamiento no tiene límites?

–Los límites no tienes que ponérselos tú.

–Pero por lo visto, tú no lo haces.

–No me lo enseñarías tú.

–Por eso se me hace mala sangre, porque esta situación también es responsabilidad mía.

–¿Qué situación?

–Que mi hija esté viviendo en casa de alguien que le habla así, además cuando acaba de parir una hija suya.

–¿Piensas que debería haber abortado? ¿Y mi madre, crees que también ella tenía que haber abortado?

–Tú tampoco sabes dónde están los límites, Marta.

–No puedes meterte en mi vida. Y si no sabes estar, te tendrás que ir.

Ramón coge un taxi y se dirige al aeropuerto.

–Siento lo de mi padre, Martin.

A eso de las once llega un mensaje de Claudia, que se ha quedado dormida y llegará sobre el mediodía. Después de ir a misa de medianoche, se quedó leyendo hasta muy tarde, sin poder dejar el libro.

–Has recibido un bonito regalo, Marta –dice Claudia.

Marta ha encontrado los guantes envueltos en papel. El regalo de Navidad de su padre: unos guantes de cuero rojos. Están usados. La piel de afuera, gastada. El forro interior, de lana, está en muy buen estado. Marta imagina a su padre paseando por Berlín, entrando a una tienda de ropa de segunda mano.

33. Traen a Karen de Dinamarca

Kaori se está dando un baño caliente. Emiko también se mete en la bañera, con el pelo recogido en una coleta para no mojarlo, sin quitarse las pulseras. Cierra los ojos.

–¿Tan mal ha ido la visita a Dinamarca?

–¿Por qué?

–No sé, tú vienes a casa, Lasse se va a la suya...

–Hemos traído a su hermana Karen. Les quería dejar solos. Ha venido todo el camino como hablando con otra persona. Con la mirada perdida.

–¿Por qué la habéis traído?

–Está enferma. Parece que está en otra parte. Ha empeorado desde que su padre murió.

–¿Está enferma, o es una consecuencia de la muerte de su padre?

–Lasse dice que su hermana ha sido siempre especial, pero no sabía hasta qué punto su padre la ayudaba a hacer una vida que pareciera más o menos normal. Desde que su padre no está se ha reducido considerablemente su capacidad para organizar el día a día.

–Pero, Emiko, aquí va a estar totalmente perdida. ¡Allí por lo menos está en casa!

–Lasse la ha traído a pasar una temporada, como de vacaciones. Dice que vivir en casa de su padre, rodeada de las cosas de su padre, tampoco le hace bien.

–¿Y su madre?

–Pasamos la noche de Navidad con su madre. Yo me senté a la mesa, pero no tenía que participar. Mejor no hablar de la madre de Lasse.

Emiko se ha acostumbrado a los pequeños rituales de Kaori, al olor de su jabón, a sus objetos más queridos. Le encantan los huesos de coral de la repisa de la ventana, los que le trajo una amiga de una playa de Okinawa. El traje de aikido de Kaori colgado de una percha, secándose. La ropa de las dos mezclada en el colgador.

Cuando ha estado con Lasse en Copenhague, se ha dado cuenta del abismo que debe de haber entre lo que ella le cuenta a Lasse sobre Japón y lo que Lasse hace con todo ello. Cuando le ha dicho que en su barrio de Tokio hay un río y un puerto y un flujo constante, ¿cómo ha procesado Lasse la información? Aun así, en Copenhague, por la noche, a Emiko le ha pasado algo especial: se ha sentido como en casa. Tal vez ha sido por las luces de los quioscos de 7-eleven. Decir que se sintió en Tokio sería decir demasiado, estaba más cerca de

Osaka.

–El portero está en el hospital –le dice Kaori–. Estaba quitando la nieve del patio y le ha caído en la cabeza un carámbano. Estaba oyendo música, como siempre. Los días anteriores había sido él el que había estado advirtiendo a la gente que tuviera cuidado.

Kaori le cuenta a Emiko que hay alarma por carámbanos. Que los bomberos tienen emergencias permanentemente. Hacen quinientos rescates al día. Van de un lado a otro con escaleras largas para quitar carámbanos peligrosos. Son afilados, y algunos tienen una longitud de varios metros.

34. Grietas en el avión

Añes se encuentra a Laia en el aeropuerto. No sabía que era azafata de tierra; yo tampoco. La vio paseando por la playa en verano. El traje pantalón le queda muy bien. Lleva su abundante pelo rojizo recogido detrás; si lo deja suelto, le llegará más o menos hasta la mitad de la espalda. Añes la está mirando cuando Laia gira la cabeza, tiene la cara sonriente, llena de pecas. Frases vacías. «Cuánto tiempo.» «Sí, ¿qué tal?» «¿Adónde vas el día de Nochevieja?» «A Berlín.» «De fiesta, ¿eh?» «Sí.» Como si nunca hubieran tenido entre ellas nada especial.

La lluvia cae suavemente. En la bulliciosa fila delante del teatro, niños y niñas esperando, ansiosos por entrar en la oscuridad. También Añes y Laia están en la fila. Las dos chicas entran juntas en el baño del teatro. Laia le enseña su nuevo cinturón, de cuero, lila. «Tú nunca tendrás un cinturón tan bonito como este. ¡Anda que vaya traje de baño que te ha comprado tu madre para el curso de natación!» Antes de que empiece la película, hundida en el sillón, Laia tiene la bolsa de plástico llena de chuches, y Añes un chupachups de mora con chicle.

–¡Yo también solía ir a las sesiones infantiles en vacaciones! Iba con mi hermano.

–He visto a tu hermano en el pueblo –me dice Añes.

–¡Si mi hermano supiera qué conversaciones tenemos tú y yo últimamente!

–No le dije nada, claro.

–Pues se alegraría mucho de saber que hemos estado aireando trapos sucios. «Más vale tarde que nunca», diría.

–Sí, es tarde, Esteban.

–Añes, tú no me has entendido. Pero te has esforzado más que cualquier otra persona.

–«Qué asco de vida», escribiste. No sé si me ha sorprendido.

–¡Añes, tu maleta!

35. La Nochevieja de Añes y Kai

Cuando Añes llega a Berlín, Kai no está en el aeropuerto. Tiene un mensaje en el buzón de voz: «no he podido conducir con la nieve, y he tenido que dar la vuelta». A Añes le gusta oír la voz de Kai.

Envuelta en una tormenta de nieve, rompe a llorar ante la puerta del aeropuerto porque no quiere hacer sola el camino a casa. Hay irregularidades en todas las líneas principales. No hay modo de saber con qué frecuencia circulan los trenes de la línea circular, los que van a Gesundbrunnen. Añes coge un autobús, un tranvía, y necesita más de una hora para llegar desde al aeropuerto hasta su casa.

Subiendo las escaleras, en la puerta de Max, Añes ve la tarjeta de aviso de un paquete que se ha entregado en otro sitio. Por lo tanto, no hay nadie en el Vip Lounge.

Para Añes eso quiere decir que el piso de abajo lleva por lo menos una semana sin calentarse. Añes enciende el fuego en la calefacción de su cuarto sin quitarse ninguna prenda. Mira por la ventana que da al balcón. Ahí está el sauce, en medio de la oscuridad que rasgan las luces de la calle. En el edificio de enfrente, la ventana de la pareja de mujeres está totalmente negra, la vivienda está vacía. En el tiempo que ha estado ausente ha perdido dos vecinas que le gustaban. Se mete bajo el chorro caliente de la ducha.

Ha sido idea de Kai hacer croquetas para llevar a la cena de Nochevieja que se va a celebrar en casa de Lasse. Conoce las croquetas porque tuvo una novia de Madrid, pero nunca las ha hecho. Añes ha hecho con Marta las croquetas de carne de su abuela. Kai trae dos masas preparadas: una con berenjena y queso, y otra con espinaca.

–¿Un té? –le ofrece Añes.

–¿Whisky?

Añes no tiene whisky.

–¿Y vodka?

–Puedo preparar un gin-tonic.

Kai deja su anillo en un plato, en la repisa de la ventana. Sentado en la silla azul, empieza a enharinar las croquetas con sus manos de pianista. A la vez que les da forma, las moja en huevo, las coloca en un plato con pan rallado y se las pasa a Añes.

–Le he estado dando vueltas a lo que me contaste –dice Añes preparando el gin-tonic–. Yo conozco a los vecinos a través de las ventanas. Si cada vivienda estuviera habitada por unas ocho personas, tendría muchos más personajes. Y creo que la distancia entre las ventanas disminuiría.

–Puedes estar segura, los conocerías como si vivieran en tu casa. Que si a uno le han echado del trabajo, que si el otro ha llegado borracho, que si le han dado una paliza a este, que si han llevado al hospital a aquel, que si aquella ha parido...

–Eso también lo he pensado, sí, que se verían niños y niñas en las ventanas.

–Y, de lado a lado, verías la ropa interior de todos colgando. Con un poco de imaginación, velas de barcos lejanos. Los niños se divertirían en los charcos del patio pescando ratas muertas. Tú también tendrías.

–¿Ratas o niños?

–¡Al menos niños, sí!

Añes se sienta delante de Kai, y respira hondo antes de empezar a hacer las croquetas que sustituirán a las que no se pudieron comer en su casa en Navidades.

–Me dijiste que me imaginara que había venido sola a Berlín.

–Ya lo sé, y tú has venido con Marta.

–Tus bolitas no están nada mal. –Añes las coloca en una bandeja rebozadas en pan rallado–. Si quieres saber lo mismo que me preguntó Xuan, nunca me he acostado con ella.

–Esas son preguntas de Xuan. Yo no quiero saber nada de él.

–¿No eres demasiado duro?

–Tal vez, pero no le he perdonado.

–¿Cómo os conocisteis?

–Los dos éramos modelos de la escuela de arte.

–¿De esos que se desnudan?

–Sí. Nos ganábamos el dinero desnudándonos delante de los estudiantes. Nos hicimos amigos. Pero ya te lo dije, cuando Xuan pierde el control, puede convertir en enemigo incluso a su mejor amigo. Me dejó solo en un bosque. Estuve un día entero perdido y escuchando en mi cabeza una voz que me decía que era un gallina. Pensé que nunca saldría vivo de allí.

–Así que eres rencoroso.

–Entre otras cosas, rencoroso también, si quieres. Igual yo tendría mi parte de culpa, pero no me gustan las personas coléricas a mi alrededor.

–¿Y qué opinas de las segundas oportunidades?

–Que no se las doy a todo el mundo.

–Tengo que agradecerte algo que he hecho en Navidades. Entre la música que me grabaste estaba Sigur Rós. Una vez perdí un CD de ellos, y, con él, también una amiga. La he visto en Navidades. ¿Y sabes qué? Cuando dos personas han vivido momentos importantes juntas, se necesitan pocas explicaciones incluso cuando han pasado mucho tiempo sin saber nada la una de la otra.

–Lo que se ha roto, se ha roto. No tiene remedio.

–¿Tú no arreglas muebles?

–Vamos a dejarlo. ¿Te gustó Sigur Rós?

–Me gusta el ambiente que crean. Y acaba con una gran explosión.

–En otro contexto, a eso se le llama orgasmo.

–Me gustaría entender las letras.

Kai sonríe.

–El idioma de ese disco es inventado. Pero cuando cantan en islandés el efecto es parecido.

–Cuando estuve en Reikiavik, fui a las piscinas públicas. A oscuras, metida en una de esas bañeras redondas que había al aire libre, escuchaba el sonido de las conversaciones de los islandeses. ¿Sabías que Tolkien se basó en esos sonidos para crear los idiomas ficticios de la Tierra Media?

–Tú tienes una fijación con los idiomas, ¿no?

Ahora es Añes la que sonríe.

–Con los idiomas, entre otras cosas. Siempre he puesto atención a las letras de las canciones, me gustaba aprendérmelas de memoria.

–Yo solo escucho el sonido. Me da igual lo que digan.

–Durante los conciertos de noise que he escuchado, he fantaseado historias en la cabeza. Bueno, no son historias. Son más bien imágenes, una tras otra, como en un sueño. ¿Tú también lo haces?

Kai niega con la cabeza.

–No. Me vienen emociones.

–¿Sin pasar por las imágenes?

Kai se ríe.

Tienen lista una bandeja grande. Kai se ha tomado tres gin-tonics mientras freía las croquetas.

–Prefiero quedarme aquí contigo que ir a la cena –le dice a Añes.

Añes piensa que la última vez que tuvo sexo fue con un fantasma. Y el que tenía antes de eso con Bruno tampoco era más auténtico. Está asustada, pero deja que las manos de Kai apaguen su cerebro, y las croquetas se quedan frías encima de la mesa de la cocina de Añes. En Wedding le ponen una banda sonora de fuegos artificiales al primer sexo que tiene Añes en años. Se han pasado casi tres cuartos de hora echando cohetes.

Desayunando, la ventana de la cocina rodea un cielo gris detrás del edificio gris. La nieve en pizzicato, y una bandada de palomas cae del cielo. Los cuerpos oscuros se precipitan hacia la muerte antes de empezar a volar. Son los últimos ángeles. Son los últimos, pero hay muchos.

–No olvides tu anillo.

Añes señala el anillo de sello que está entre los papeles de la repisa.

Kai se lo pone en el anular.

–Vamos a dar un paseo. Ya verás, es como caminar por la luna después de una guerra.

En la ducha no hay sitio para dos, y Añes entra primero. Kai se queda haciendo el fregado. Suena el timbre. Al abrir la puerta, una chica joven reacciona como si el flash de una cámara la hubiera cegado. El pelo que le sale del gorro cae sobre sus hombros, el plumífero le llega hasta las rodillas, tiene las manos cruzadas delante de la tripa.

–I guess you are not Boris –dice dulcemente, avergonzada, triste.

–No, I'm not –dice Kai, alegre.

–Sorry to bother. –Se frota nerviosamente las manos–. I thought I could give it a chance, you know.

Kai cruza los brazos delante del pecho y sonríe.

–You tried to guess my name by chance?

La chica le dice que no con la cabeza, y se le escapa una sonrisa nerviosa. Empieza a decir que ha venido a Berlín a pasar la Nochevieja en casa de un amigo. Al ver que se ha confundido de dirección, Kai le ofrece ayuda para llegar a casa de su amigo.

–I'm fine. It's just too complicated. –Con un gesto de la mano expresa que lo olvide todo–. Happy new year No-Boris.

–Happy new year...

–Irenka.

La sonrisa de la chica asoma en un rostro sereno.

–Happy new year Irenka.

Cuando Añes sale del baño, la puerta del piso está abierta y Kai, sentado en el escalón delante de la puerta, se lía un cigarro mirando hacia las escaleras vacías.

–Ha venido una chica encantadora, de vuelta de una noche de anfetamina. Buscando a un chico.

–Entonces buscaba a Max; vive en el tercero.

–No, ha dicho Boris. –Kai enciende su cigarro.

–Puedes fumar en la cocina.

Añes le da una calada y entra dentro. Pero Kai se queda ahí, acompañado del cigarro, tratando de percibir y distinguir las sensaciones que tiene en el cuerpo.

–¿Ha dicho Boris? –Aparece la cabeza de Añes en el hueco de la puerta.

–Quién sabe, parecía confundida.

–¿Como cuántos años tenía?

–¿Veinte?

–¿Polaca?

–Irenka.

Añes respira. Sale al balcón de su cuarto, lleva el jersey puesto,

pero los pies descalzos. No hay nadie en la calle.

–¿Quién es Boris, Añes? –Kai también se acerca al balcón.

–No lo sé. Puede ser el padre de esa chica. –Le sale con un profundo suspiro.

La cabeza de Kai da un salto de veinte años adelante en el tiempo, y se le paralizan todos los músculos de la cara. Gradualmente, se le va apagando la mirada. Añes sostiene esa oscuridad sin decir nada.

La calle está vacía. Mirando hacia Bösebrücke, los bordes de la carretera parecen llenos de pétalos rosas. Más que de una guerra, la resaca de una procesión. Los restos de una fascinación derrochada demasiado rápido. Pero, a medida que se sube por el puente se presiente un tiroteo que ha interrumpido el desfile, un tirador escondido, seguramente más de uno. Las fundas planas de los cartuchos salpican la calzada, hay serpentinas mojadas pegadas en el asfalto y, en la mitad, baterías explotadas. El pánico se ha apoderado de la masa, son los restos de una orgía colectiva. La eyaculación de una masturbación planetaria. Al otro lado del puente, junto a las escaleras que bajan al paseo de los cerezos, quedan las cenizas de una fogata y botellas de champán volcadas. Dos niños que recogen con su padre en una bolsa las tapas de colores de los cohetes.

36. Añes va a conocer a Rosa

Los sonidos que hace Rosa cuando duerme recuerdan a los de un gato. Cuando Marta cogía en brazos a Luna, el mundo se callaba en su cabeza. Rosa también consigue acallar el mundo. Duerme dulcemente, baja la mano de la cabeza y la vuelve a subir.

–Parece una gatita –dice Añes.

–Eso dijo Alicia también. Que las manos de Rosa parecen las almohadillas de las patas de una gata.

–Me han recordado a los gatos que saludan moviendo la pata hacia arriba y hacia abajo. Ya sabes, los de los escaparates de las tiendas asiáticas.

Los Maneki Neko dan la bienvenida. También son la imagen del primer encontronazo entre Añes y Marta. Antes de que Añes hubiese oído nada sobre la gata de Marta, Luna, vieron una colonia de Maneki Nekos en San Soleil de Chris Marker. En un templo de Tokio dedicado a los gatos, una pareja se agachaba frente a las figuras de cerámica rojas y blancas, y quemaban incienso, rezando por el gato que se les había escapado. Para que cuando muriera, alguien supiera cuál era su nombre. Añes sacudió la cabeza con gesto de desaprobación, y Marta le dijo: «No sabes lo que es perder a alguien».

La matrona ha venido por la mañana a casa, y la ha tranquilizado. Estos últimos días, dar el pecho se ha convertido en algo que le da miedo. Marta siente una gran tristeza que se va del mismo modo que ha venido, una soledad inmensa. Claudia dice que observe con atención esos cambios de ánimo. Que los altibajos de las primeras semanas son totalmente normales. Pero que, si solo le pasa en el momento de dar pecho, pude ser una respuesta hormonal. Al bajar la leche, una bajada inadecuada de la dopamina puede crear ese desasosiego.

–No me dura mucho, pero me pasa varias veces al día.

–¿Y cómo están respondiendo las hormonas de Martin?

–¡Mi padre casi le echó de casa!

Añes no le ha contado a Marta que el día de Nochebuena también tuvieron mal rollo en su casa. Su abuelo le dijo a su abuela «bazkari erreko jatzu», se te va a quemar la comida. Su abuela estaba rebozando las croquetas. La pasta de las croquetas estalló contra las baldosas de la cocina. Su abuela Asun, siempre de puntillas, sin hacer ruido, siempre deseando desaparecer. Por una vez, ¡zas!, lanzando croquetas como si fueran granadas. Su abuelo se metió en la habitación karraderan, corriendo. Su madre se marchó de casa

echándole a Añes la culpa de lo sucedido: «Zeuk zoratuten dozu amoma, Añes!», eres tú la que vuelve loca a la abuela, Añes. Su padre le pidió que cuidara de su abuela Asun, y él se fue tras su mujer. Su abuela se quedó muy asustada por lo que había hecho. Añes y su abuela se quedaron abrazadas en el sofá. «Baie ze in dot, señe?», no dijo otra cosa en toda la tarde: «Pero ¿qué he hecho, chiquilla?».

Puede que, si empezase con lo de las croquetas, Añes también le contara a Marta todo lo demás. Que tuvo la intención de ir a la fiesta que se celebró en casa de Lasse, pero que se quedó en casa con Kai. Que anoche vio a Lasse y a Emiko y fueron los tres juntos a casa de Kai. Que le ayudaron a quitar con la pala el hielo de alrededor del coche. Que Lasse ha traído a su hermana a Berlín, pero que ella no quiere salir a la calle, que se pasa el día mirando por la ventana. Que ha visto al hermano mayor de Esteban jugando al fútbol con sus hijos. Que ha hablado con Laia en el aeropuerto.

Rosa, a veces, con su boca sin dientes, le trae a Marta el recuerdo de la abuela. Los gestos de la boca sin dientes y la manera de posar las manos encogidas en el regazo. La ternura no necesita palabras.

37. Añes habla con Xuan sobre Esteban

–¿Nueva York? No es para mí. No me han gustado las relaciones que he visto.

Al día siguiente de su llegada un vendaval y una tormenta de nieve impresionantes golpearon la ciudad. Parecía un ser blanco atomizado en millones de partículas que venía a capturar a los ciudadanos. Los edificios desaparecieron y solo se veían puntos de luz, de los neones de las tiendas, de las farolas de la calle, de los semáforos y los coches. Mirando a un lado, solo rojas. Girando la cabeza, todas blancas. Una alucinación de ciencia ficción. Todo el mundo llevaba la cabeza inclinada hacia delante. También había algunos ciclistas intrépidos: Xuan sacó una foto a un repartidor de comida que iba en bicicleta. Vieron peatones que se lanzaban bolas de nieve de un lado al otro de la calle. Claire y él se unieron a la banda. Disfrutaron como niños.

–Participando en aquel enredo, fue la misma Claire que en Berlín. Los siguientes días, su presencia me resultó cada vez más extraña.

Las botellas vacías de champán están en pie encima de una columna a la entrada del puente. Sobre la nieve derretida flotan fundas de colores de los fuegos artificiales. En Nochevieja Xuan y el resto de los vecinos cenaron en casa de Christian, pero Xuan se retiró media hora antes de medianoche. Le gusta empezar el año solo. Pasarse los primeros dos o tres días sin hablar con nadie, para dejar que el año viejo expire. También en Vietnam los fuegos de Nochevieja son un escándalo, se festeja una ceremonia ensordecedora para matar a los malos espíritus. Los vietnamitas lo celebran junto a los chinos, y no al final de diciembre. Este año los padres de Xuan están en Vietnam, porque hace poco ha muerto su abuelo. Xuan lo vio en verano.

Una vez el hermano de Xuan trepó a un árbol, estiró un brazo para llegar a una rama alta, pero, en lugar de una rama, agarró una serpiente, y cayó al suelo con la serpiente en la mano. Su abuelo apareció enseguida con una pala, y ¡zis, zas! cortó el animal en tres trozos. Las serpientes también entraban en casa. Mientras comían, Xuan vio acercarse una. Su madre se subió a la cama. Su abuelo la mató de un palazo. Las serpientes eran venenosas, y Xuan les tenía miedo. Un sendero se iba estrechando hasta llegar a un bosque de bambú. Se oía croar a las ranas y, cuando las serpientes las mataban, también se oía su último aliento. Xuan ha tocado serpientes para vencer ese miedo y, al tocarlas, su piel no es pegajosa.

–Xuan, ¿tú crees que los muertos pueden comunicarse con

nosotros?

–¿Qué te voy a decir, Añes? En nuestro país es algo totalmente aceptado que los antepasados siguen viviendo en otra realidad y que los vivos tienen que hacerse cargo de sus necesidades. Nos relacionamos con dos o tres generaciones que tienen existencia espiritual. ¿No viste el altar en casa de mi familia? El pasado y el presente existen al mismo tiempo. Al mismo tiempo y en la misma habitación, ¿entiendes? ¡Los antepasados viven en el cuarto de estar! Es una forma de entender el tiempo, y amplía el sentido de familia. Un vietnamita nunca está solo, porque su familia siempre está presente. Demasiado presente, en mi opinión.

»Mira, después de diecisiete años, cuando volví a Vietnam, habían encendido tanto incienso, que pensé que la casa estaba ardiendo. Lo primero fue saludar a los muertos. El tío que se ocupa de ellos me llevó al cementerio inmediatamente.

–No estaba pensando en los miembros de la familia. Desde que estoy en Berlín, tengo a alguien cerca.

–¿Y no sabes quién es?

–Sí que lo sé. Es Esteban. Fuimos amigos, durante algunos años no tuvimos relación. Hace tres años tuvo un accidente. Pero antes de morir, pasamos una noche juntos.

–¡Y yo que pensaba que vivías sin sexo!

Añes tuerce el gesto. Pero no menciona a Kai.

–¿Le respondes de algún modo?

–Sí, hablo con él. La conversación parece no acabarse nunca. Me deja cansada, tengo dolores de cabeza, no duermo bien...

–¿Tienes con él algo sin terminar?

–Sí.

–Pues termínalo.

–Es que no sé si lo quiero terminar. No le quiero traicionar.

–Hay rituales para eso. Se pueden hacer representaciones simbólicas. Con el ritual pones una distancia, no destruyes el recuerdo.

»Cuando volví a Vietnam por primera vez, tenía dos temores. Primero, qué tipo de preguntas me iba a hacer la administración, ya que yo allí no existía. Cuando mi madre encontró la manera de hacer creíble mi adopción, desaparecí. Y el otro, que me parecía más dramático, que las emociones me iban a desbordar. Después todo fue muy prosaico. No reconocía las caras, pero sí muchos nombres y, por medio de mi madre, historias asociadas a ellos. Eran los testigos de mi existencia.

»Lo que en el recuerdo era un espacio amplio, no era más que un callejón. Todo era más pequeño, más estrecho. Tuve que corregir las dimensiones de mi mapa mental. Pero las imágenes perduran.

Pertenecen casi al ámbito de la fantasía y la superstición.

»Aunque el árbol del otro lado de la valla de la casa de mi infancia ya no estaba, yo lo veía. De pequeño cogía frutos de ese árbol, unas manzanas blandas que llamamos man. Están llenas de agua y, si las aprietas con la mano, explotan en la cara.

»Esas imágenes no se traicionan. Son una carpa construida bajo el cielo, una tienda de campaña. Mi santuario personal. No están puestas en un lugar que vea a diario, como en casa de mi padre y mi madre. Están más ocultas.

–Las has guardado en un cajón que no usas mucho.

–Me pasé años buscando ese cajón para mis estampas.

»No las quiero ver todos los días, ¿entiendes? Pero sé que no han desaparecido. Hay interruptores que las conectan con el presente: estoy en el aeropuerto de Nueva York, veo un niño acompañado por la azafata, mirando desde arriba, leo el cartel que le cuelga del cuello y que lleva mi nombre escrito. No siento compasión. Durante mucho tiempo me daba lástima de mí mismo. Ahora lo he aceptado. Así fue, estuve en esa situación.

Ya no está la tienda de campaña bajo el puente. Un perro negro, como si fuera una sombra, está bebiendo de un charco que se ha formado en la nieve. En una de las huertas, el viento hace bailar un pez hecho de tela multicolor. En otra, la bandera de Alemania. Frutales negros en los prados blancos: parecen la caligrafía del viento. El tronco, un par de ramas robustas, y las demás, o bien resecas, o bien entrelazadas para sobrevivir. Un rugido congelado en las copas de los árboles, una mancha, una nube de humo. Un ademán de angustia.

–Y, piénsalo, bajo tierra la maraña es igual de grande –dice Xuan mirando esos cuerpos nerviosos–. Las ramas tienen un espejo subterráneo.

–¿Tú qué opinas de las raíces?

–¿De las raíces? –Saca el termo de su bolsa de lino–. Que, si las hierves suficiente tiempo, se ablandan. ¿Quieres té?

Las sombras de los árboles que yacen de lado a lado parecen puentes. El sol las inclina oblicuamente, una tras otra. Teniendo en cuenta la cantidad, incluso podrían ser las traviesas de una sinuosa vía de tren. Solo ha perdurado el aliento de la madera y, en los lejanos raíles, obstaculizando el camino, un árbol de Navidad ha quedado olvidado.

Xuan recuerda que cuando Añes se presentó le dijo «adoro la mar».

–¿Sabes qué pensé? ¿Por qué alguien que viene a vivir a Berlín me cuenta que ama la mar?

–Ya me lo dijo Esteban. Que París no tenía mar.

«En París no tienes esto», le dijo. Mirando al mar. Y Añes entendió

que esto era el mar.

Si se había referido al mar, y ahora no está segura, ¿qué era el mar? Algo que amaba. Algo que en París y en Berlín no tenía. Añes piensa que durante todos estos años le ha faltado Esteban. Ha cubierto un hueco con Esteban. Ha puesto a Esteban en el lugar del mar. Pero tuvo a Esteban a su lado, mirando al mar. Esto podría referirse a un lugar desde donde mirar al mar. Un lugar para escuchar el sonido del mar. Y Añes decide que dejará a la voz del mar llevarse a Esteban.

38. El rescate de Karen

En el Sasaya, tapas japonesas sobre la mesa: ensalada de algas, calamares a la plancha, sopa de carne, hígados de pollo fritos y sushis. Pequeñas raciones para ser feliz. Emiko es una sonrisa que crece en el centro de una cara redonda rodeada de pelos electrizados. Los ojos verdes de Lasse tragan esa sonrisa, y se serenan. El espacio entre Emiko y Lasse es un misterio y, al menos en parte, una invención. Tienen que completar constantemente un vacío que de otra manera sería insuperable.

Cuando Lasse escucha a Emiko y a Kaori, no siente la necesidad de intervenir en su conversación. Kaori se ríe mucho con Emiko. Por lo visto tiene salidas divertidas. Le agrada saber que Emiko, en japonés, es tan graciosa.

A Lasse le gustaría hacer un largo viaje en velero. Cruzar el Atlántico.

–Nunca he podido ahorrar dinero. Ahora, con la herencia que me ha dejado Kasper, lo podría hacer.

–¿Me llevarás?

–Tengo que hacerlo solo.

La cara de Emiko protesta.

–Quienes nos hemos acostumbrado a estar solos tenemos sueños en solitario.

–Pues empieza a hacer sitio para mí.

¿Por qué no? Compartir el vértigo hasta el extremo. Bajo un cielo sin estelas de aviones, obligados forzosamente a enfrentarse a los conflictos que surjan entre ellos. En un barco que conoce mejor que a sí mismo, durmiendo a turnos para hacer las guardias. Dejando que los destellos plateados de los peces voladores interrumpan su partida de ajedrez y haciendo en su intimidad un sitio a la compañía de las ballenas. Las palabras de Lasse y Emiko se nivelan en la fantasía, y a ambos les gusta.

–Dos elefantes nos guiarán al cruzar el Atlántico.

–¿Para ellos sí que tienes sitio?

–Tendremos a Cástor y a Pólux haciéndonos señas desde el cielo.

–¿Cástor y Pólux? ¿Géminis?

Géminis puede ser un lugar de encuentro, sí, un puerto para los dos. El padre de Emiko la solía llevar al planetario cada fin de semana. Emiko, muy emocionada junto a los demás niños y niñas, escuchaba con ansia las leyendas griegas asociadas a las constelaciones mientras su padre dormía a su lado. Al principio, su padre probablemente no

tuvo la intención de ir al planetario más de tres o cuatro veces: en cambio, Emiko pedía volver una y otra vez a atrapar, a hilvanar, los fragmentos de ese universo que se expandía en tantas direcciones. El mito que contaban un día se enlazaba con otros que había escuchado anteriormente, un personaje que había sido malo se convertía en bueno en otra historia. Cuando su padre no se quedaba dormido, se pasaban el camino del planetario a casa completando el puzzle de historias.

–Era tan grande. Sabía que no tenía límites, y no me cansaba.

–¿Todavía recuerdas las historias?

–Fragmentos sueltos sí, pero no podría relacionarlos.

–¿A Cástor y a Pólux se los comió alguien?

Emiko niega con la cabeza, sin perder la sonrisa.

–Eran unos gemelos especiales, tenían la misma madre, pero distinto padre. No sé qué les sucedió, pero los que querían algo de los dioses lo conseguían siempre con una condición. Y Cástor y Pólux igual: para poder seguir estando juntos, tenían que hacer turnos en el Olimpo y en el Hades, en el cielo y en el mundo de los muertos.

–¿Cuándo le dijiste a tu padre que no querías ir más al planetario?

–No sé cómo fue. Seguramente, fuimos dejándolo poco a poco.

–Suele ser así.

–Pero todavía me gusta quedarme mirando a las estrellas.

Sus palabras, acompañadas de sake, hacen hueco a mundos inaccesibles. Emiko sabe que es imposible saber qué forma toman los recuerdos de una persona en la mente del otro. La tierra de los mitos de Emiko es Tokio. Y a Lasse le queda muy lejos.

Llegan borrachos al Salon Bruit. Kai los saluda desde la cocina, extrae del horno una bandeja con patatas asadas. Las revuelve y su aroma se expande. Coloca dos platitos sobre la barra y reparte el resto entre las mesas. Mete leña en la chimenea. Cuando regresa a la barra, Laszlo está hablando, y Kai le pide que se pase al inglés, que Emiko no entiende alemán.

–A la gente con la política se le congela hasta el humor. Todo el país está congelado. Socialmente, ¿me explico? La situación es muy frágil.

–Estoy de acuerdo. –Añes tiene los labios amoratados por el vino y las mejillas calientes–. Qué mata a los que no tienen casa, ¿el invierno o el sistema?

–Como en la guerra, los daños colaterales –responde Laszlo–. ¡Pero ya no sabemos ni cuándo hay que llamar guerra a la guerra!

–Los soldados que están en Afganistán están en guerra –dice Kai–. Algunos vuelven muertos. Los que van allí ya lo saben. El joven que tengo de prácticas no tiene mejor plan y, en cuanto cumpla dieciocho

años, quiere ir a Kundus. Sabe perfectamente lo que hay: guerra.

–En Dinamarca mucha gente cree que los soldados en Afganistán están construyendo escuelas y repartiendo caramelos entre los niños –interviene Lasse–. Tal vez, últimamente ha empezado a cambiar esa percepción. La gente ha empezado a darse cuenta de que están haciendo la guerra. Lo llamemos guerra o no, es lo de menos.

–No, si se admite que es guerra, se puede pedir que saquen las tropas –le contradice Kai–. Los españoles lo han hecho. Francia y Alemania no entraron en Irak. Pero todavía no se han retirado de Afganistán. ¿Tú qué dices, Añes?

–Yo creo que la palabra guerra no es suficiente. Y que empezar, empiezan, pero no terminan nunca. Sarkozy prometió que iban a salir de Afganistán, ¿y qué hizo? Envió más soldados.

–Parece que el reinado de Sarkozy quiere tener más influencia en las decisiones internacionales –dice Laszlo.

–A Alemania no le gustará, ¿no? –dice Añes.

–¿Habéis visto a Sarkozy abrazando al presidente de Siria? –pregunta Kai, abriendo los ojos–. No se puede ir a ningún sitio sin pasar por Siria, está justo en medio. Sarkozy ha puesto todas sus esperanzas en ese Assad.

–¡Vete a saber qué hará! «L'empire c'est la paix», proclamó Napoleón III, el Imperio es la paz, y después, hizo la guerra en Crimea, en Italia, en México, en Vietnam. Dobló la superficie del Imperio francés en el extranjero. Con Sarkozy habrá que estar alerta. Como dice Marta, Sarkozy y Napoleón III se parecen mucho.

–¿En la nariz? –Kai señala la suya con la punta del dedo.

–Ambos son grandes amigos de los hombres de finanzas –dice Añes.

Lasse se percata de que Emiko no conocerá los nombres que se están citando. Hasta que se lo contó Marta, tampoco él sabía que había habido más de un Napoleón.

–Ese aprendiz tuyo –interrumpe Lasse– pensará que está bien enviar soldados a Afganistán, que allí se forman los terroristas. Y esos terroristas mataron 3.000 ciudadanos en Nueva York. Nosotros también, más o menos, vivimos en Nueva York y, por lo tanto, nos tenemos que defender de esos terroristas.

–Sí, así lo ve Kevin. Pero, además, si va de soldado, recibirá una formación, y seis meses en Afganistán son alrededor de 30.000 euros. Si es soldado por unos años, eso le ayudará a encontrar luego algún trabajo.

–¿Ir a la guerra sirve para encontrar trabajo? –Añes no conoce a nadie que haya sido soldado.

–Sí. El hijo de unos amigos japoneses de la familia de Kaori ha venido a Berlín de visita –interviene Emiko–. No sabemos qué hizo allí, pero estuvo en la guerra. Kaori no ha preguntado. Y cuando

volvió a Nueva York, le dieron un puesto en el mundo de las finanzas. Es muy bueno para un trabajo de ese tipo.

Lasse, sin repetir lo que ha dicho Emiko, lo cuenta de otra manera. El padre y la madre de Kaori viven en Japón. Pero la familia del chico que ha venido de visita emigró a América. Por lo tanto, él es americano. Fue soldado americano en Afganistán.

–La lógica militar es buena para las finanzas. Cumplir órdenes sin pensar, y punto.

Lasse completa la historia del japonés de Nueva York sin ofender a Emiko. Añes piensa que Lasse tiene mucho tacto con ella. Y una capacidad especial para entenderla por encima de los obstáculos lingüísticos. Como si no hubiera obstáculos.

Están jugando a los bolos en el sótano, y no se han dado cuenta de que ha empezado a amanecer. Suena el teléfono de Lasse.

–Seguro que es Karen –le dice a Emiko. Pero cuando coge el teléfono–: es Marta –le dice a Añes, y a Añes se le pasan rápidamente por la cabeza tres o cuatro opciones.

Emiko tumba nueve bolos de una sola tirada. Añes mira en su teléfono si tiene alguna llamada perdida de Marta. ¿Por qué ha llamado a Lasse y no a ella?

–Pero ¿quién? ¿Martin? –oyen preguntar a Lasse–. Ahora mismo voy –le dice a Marta y, acto seguido, a los tres que le observan atentamente–, se ha metido en el lago del parque, sin ropa.

–¿Martin? –pregunta Añes.

–Karen.

Marta ha llamado a urgencias, y al cabo de dos minutos se ha oído a los bomberos girando hacia Bernauer Straße. Han apagado el sonido de la sirena y han entrado al parque, sin embargo, al alejarse en silencio, las luces azules siguen parpadeando. Los cuerpos negros de los álamos, inmóviles a ambos lados. Marta se viste con el abrigo y las botas por encima del pijama; sale de casa con Rosa envuelta en el fular y pegada a su cuerpo. En el camino, una ambulancia adelanta a Marta. La nieve cruje bajo sus botas.

Los destellos azules se multiplican en las ventanas que dan a Mauerpark. Tumbado sobre una plancha, un bombero se acerca reptando hasta el lugar donde se ha roto el hielo. Cuando consigue sacar del agua a la mujer joven agarrada de los hombros, los demás bomberos tiran de los dos con una cuerda. Entonces llega Lasse en bicicleta, en la bicicleta de Añes, y se acerca directamente donde los enfermeros, que tienen la camilla preparada en la orilla. Un bombero lo detiene. Cubren con una manta el pálido cuerpo, y desaparece dentro de la ambulancia envuelta en plata. Lasse se queda mirando hasta que pierde de vista las luces azules.

Una policía se acerca a Marta y le pregunta si conocía a la mujer. Marta dice que no, que la ha visto desde la ventana de su cocina.

–En el agua helada, cada minuto es decisivo –le dice la policía–. El cuerpo pierde energía y oxígeno muy rápido. El límite está en unos diez minutos, ¡pero esta chica estaba desnuda!

Llega Lasse acompañado de uno de los bomberos.

–Creo que esta es la que ha salvado la vida a tu hermana –dice el bombero.

Lasse afirma con la cabeza.

–¿Era Karen? –dice Marta, y Lasse vuelve a afirmar con la cabeza–. ¿Entonces, está viva?

–Se le ha parado el corazón cuando la han sacado del agua. Están intentando reanimarla.

Marta tiene que describir a la policía lo que ha visto por la ventana, y Lasse se queda escuchando.

–Todo estaba tan blanco, el cielo, el parque, ella. Ha cruzado la carretera desnuda. Ha entrado en el parque e, hipnotizada, la he seguido con la mirada. Ha empezado a dar pasos sobre el estanque, con la gracia de una bailarina de ballet. Se ha caído, y la he perdido.

–Que la haya visto alguien a estas horas de la mañana ¿qué es, sino un milagro? Unos minutos antes, hubiera estado demasiado oscuro como para poder ver algo.

La vida es justo eso, algo que se salva entre dos puntos en el tiempo.

La policía toma los datos y el número de teléfono de Marta. Si necesitan saber algo más, se pondrán en contacto con ella.

–¿Karen estaba sola en casa?

–Mira, Marta, estoy totalmente borracho. Tengo que ir al hospital. La han llevado a Wedding.

–Y yo a casa. Si Martin se despierta y Rosa y yo no estamos en casa, se dará un susto de muerte.

Lasse se da cuenta entonces de que el bulto que tiene Marta debajo del abrigo ya no es el de la tripa de embarazada.

Desde casa de Kaori se oyen a menudo las sirenas de las ambulancias. Entran por un oído, y atraviesan la cabeza antes de salir por el otro. El eco reverbera dentro por un instante. La carretera que lleva directamente al hospital pasa por delante de su casa. El sonido de los trenes que van por detrás de las huertas fluye con el tiempo, pero las sirenas de las ambulancias lo desgarran. Cuando Emiko se quejó del ruido ensordecedor de las ambulancias, fue como si le estuviera echando la culpa a Kaori. Pero Kaori dijo, sin hacerle mucho caso, que las ambulancias solo se escuchaban al principio. Que luego una se acostumbra.

Al mediodía, Emiko va con Kaori en tranvía al hospital. Karen está en coma inducido, conectada a una máquina que mantiene los pulmones con vida. Lasse ha echado una cabezada en la sala de espera. Le han traído mudas y, por si acaso, también a Karen. Para comer, sopa miso en un termo y bolas de arroz. Por la tarde, Marta entra por la puerta con Rosa. La habitación no es grande y, para hacer sitio, Emiko y Kaori se van a la cafetería.

–Kasper conseguía traer a Karen al momento en que vivía –dice Lasse sin mirar a Marta–. Pero las cosas que suceden en su cabeza le nublan la realidad.

–¿Habla sobre esas cosas?

–No. Cuando no puede soportarlo más, canta para tranquilizarse.

–Tiene una voz preciosa. Ayer por la noche, cuando venía de dar un paseo con Rosa, vi la ventana de tu habitación con luz. Una mujer desnuda, casi transparente, miraba por la ventana y cantaba. Por eso sabía que tenía que llamarte a ti, que tenías que conocer a la que vi entrar en el parque.

–Una vez más, tengo que darte las gracias. Por estar ahí en el momento adecuado.

–Esta vez, Rosa ha tenido su parte. Yo estaba mirando por la ventana de la cocina porque me había despertado ella.

–Estoy en deuda contigo y con Rosa.

–Rosa todavía no come chocolate.

Karen permanece tres días en coma. Han conseguido estabilizar su temperatura corporal y las demás funciones vitales. En la calle, el termómetro marca -12. Las aceras están congeladas, peligrosas y sucias. Hay cacas de perro congeladas en la nieve, colillas de cigarro, trozos de cartón. En tres días, Lasse casi no se ha movido de su lado. Karen despierta al cuarto día, al quinto está estable, como para poder hablar. Empieza a nevar poco a poco, con finos copos errantes que no saben adónde ir. Luego los atrapa el viento. Las plumas de nieve van en todas direcciones. En su trayecto de arriba hacia abajo, el viento las marea. Es el caos. Parece que juegan a cogerse, pero todas están huyendo. También parece que están perdidas, pero no están en posición de elegir. El espectáculo desde la ventana es bello. Un caos hipnótico, extraordinario. Cada vez es más denso, la perspectiva no tiene profundidad. Un sauce, un edificio del hospital; todo lo demás envuelto entre niebla. La nieve no deja ver nada. Pronto, el manto blanco lo tapa todo. Los tejados, los árboles y los caminos entre los edificios.

39. Xuan y Añes van al Sasaya

En la habitación de Xuan hay ahora una cama grande. Una cortina de bambú bajada hasta la mitad separa la habitación en dos partes. También en las ventanas hay un bambú más fino, que deja entrar suavemente la luz. Se puede ver veladamente la copa del castaño del patio. Xuan le ha dicho a Añes que la cocina está fría y que entre en la habitación. Ha recibido a Añes en casa en camiseta y calzoncillos. Con las piernas recogidas, Añes se coloca en un viejo sillón de terciopelo que ha aterrizado junto a la calefacción. En las repisas de las ventanas crecen pequeñas plantas en tiestos de terracota, y retoños que están echando raíces en botes de cristal. El jardín de Xuan, un nuevo alfabeto de clorofila. Entre las dos ventanas, hay un tocadiscos sobre una torre de música. Hay discos abajo, guardados en una caja de madera. También hay CD, junto al equipo, en dos pilas. Las carátulas escritas a mano de los casetes podrían pasar desapercibidos, cofres que guardan la música vietnamita del exilio. De manera más manifiesta, Vietnam está presente en una foto en blanco y negro. Aparecen tres mujeres trabajando en un campo de arroz, con los bajos del pantalón recogidos y sus puntiagudos sombreros de paja. Tras preguntarle a Xuan, se entera de que lo consiguió en un rastro de Berlín. Xuan está recomponiéndose la trenza frente al espejo que hay sobre la cómoda, la sujeta de la punta y la enrosca sobre la cabeza. Saca los calcetines del cajón de arriba y se sienta en la cama para ponérselos. A Añes se le hace evidente lo lejos que está ella de tener una habitación así.

–Me gusta mucho tu nueva habitación –le dice a Xuan.

–Llevo años acampando aquí, ya es hora de empezar a vivir en esta casa.

Hay mucha gente en el Sasaya comiendo el menú del mediodía, y no quedan mesas libres. Xuan pregunta por Kaori, pero tampoco ella puede ofrecerles nada. Todas están reservadas hasta última hora. Después Kaori tiene que irse deprisa a un funeral.

–¿Quién ha muerto? –pregunta Xuan–. ¿Lo conozco?

–No, y yo justo, justo. Es el hombre que estaba limpiando nuestro edificio, quitando la nieve, cuando un carámbano se soltó del tejado y le golpeó en la cabeza. Ha estado en coma algunas semanas, pero no ha conseguido salir con vida.

–¿Y vas con otros vecinos?

–Emiko viene conmigo. El funeral es en la mezquita Sehitlik, no sé si irá nadie más. Yo creo que su familia agradecerá que al menos

alguien de la casa se acerque a darles el pésame.

–Nos has dejado sin mesa, pero eres increíble, tienes mucha clase, Kaori.

Se despiden con una reverencia. Xuan y Añes dejan para otro día la comida en el Sasaya.

40. El mar

Kai le preguntó:

–¿Qué te falta?

–El mar.

Iban a ir el domingo por la tarde.

Añes conduce. Emiko y Lasse ocupan los asientos traseros, pero Añes les siente lejos, muy lejos, como si el coche fuera muy largo. Cree que Kai les invitó a ir con ellos al Báltico. Sin embargo, por alguna razón que no tiene vuelta atrás, Kai no ha podido venir. Añes piensa que es porque tenía que terminar algún armario. Pero también podría ser algo relacionado con las entradas para un concierto. Cuando ha llamado por teléfono por la mañana, Kai le ha propuesto retrasar el viaje, pero Añes no ha querido. Desde que acordaron ir el domingo se ha pasado horas y horas en la cama en el umbral del sueño. Mirando la lenta marcha de las luces y las sombras en las paredes de su habitación. Observando los juegos creados por las cadencias pendulares del sauce del otro lado de la calle, que se filtraban sigilosamente sobre esas mismas luces y sombras. Añes ha estado alargando más y más las horas de un día finlandés, para continuar hablando con Esteban.

Gari canta sobre un día finlandés, Egun finlandiar bat, recitando las partes que no son el estribillo. Él también dice «¿zenbat aldiz hasi liteke zerotik?», ¿cuántas veces se puede empezar de cero? Gari pronuncia litteke, que suena más dulce. A los pocos días de aquel acercamiento de Esteban que Añes se tomó como un engaño, Gari dio un concierto en la plaza junto a la catedral de Bilbao. Añes estuvo sentada al lado de Maider en unas sillas plegables de madera. Aquel verano Añes perdió la voz. Pero no sospechaba nada del largo silencio que estaba por llegar. Ha permanecido allí, totalmente quieta, muda, siguiendo la danza de las sombras y las luces de quienes estaban escuchando el concierto desde el balcón. Y cuando Kai le ha llamado por teléfono por la mañana, proponiéndole retrasar el viaje al mar, Añes no ha querido. Le ha preguntado si le dejaba el coche y Kai le ha respondido «claro que sí».

Añes no sabe por qué tiene en el asiento de al lado un mapa de carreteras y las instrucciones de Google impresas, Lasse ha dicho que conoce el camino. Van escuchando el CD que tenía puesto Kai. Una especie de ópera. «¿Qué es esto?» Añes pregunta en voz alta, aunque juraría que no ha abierto los labios.

–Bowie.

La voz de Lasse le llega desde atrás tras recorrer un largo camino.

–¿Hizo ópera?

–¡Por supuesto! Ponlo más alto.

Añes conoció a Bowie en el cine, en las sesiones infantiles que se organizaban en las vacaciones de Semana Santa. Labyrinth sería de las primeras películas que vio. No entendió la historia y, si la entendió, no desde luego como para contársela después a alguien. En un lugar donde vivían bestias, Bowie era el rey de los Goblins, disfrazado con una peluca y un maquillaje que lo hacían temible. Añes recuerda su cuerpo flaco hundido en la oscuridad del teatro, con el respaldo del asiento por encima de su cabeza, por si acaso. Laia está sentada a su lado y, según las últimas noticias, Esteban, con su hermano, en otra fila.

–Sí, sí, de verdad que le escribía cartas a Bowie –le escucha decir Añes a Emiko desde el asiento trasero.

–¿En japonés? –dice Lasse, sin tomárselo en serio.

–No hay excusas para no contestar a esas cartas.

Añes los vigila en el espejo retrovisor, en penumbra. Emiko apoya su cabeza en el arco que crea el hombro de Lasse.

Añes y Laia, al salir del teatro, no saben que era Bowie el personaje enigmático que aparecía cantando en cualquier momento. Cuando han desaparecido todos, Añes se queda sola, sin dar un paso hacia delante ni hacia atrás, preguntándose si tendrá valor suficiente para hacer el camino del teatro a casa.

A la izquierda, entran en un camino de bosque. Los abedules gigantes, que desgarran la tierra y salen a la superficie pugnando por el cielo, los miran desde lo alto. El viento de la costa ha retorcido sus troncos. Al bajar del coche les llegan rumores lejanos del bosque, lenguas de lo invisible, voces que se inquietan con su llegada. La brisa les da el valor y la seguridad para no callarse, y luego, otra vez, les vuelve a pedir que sean más silenciosas.

Lasse y Emiko van a pocos metros de Añes; sus risas y pequeños besos se camuflan con los sonidos del bosque. Bajo sus pasos se quiebran pequeñas ramas, piñas, cortezas, y los ecos tiemblan sobre sus cabezas. Esteban le dijo que podía ir a un bosque de Finlandia, pero no hace falta ir tan al norte. Un bosque que da al Báltico puede ser suficiente. Al fin y al cabo, es el mismo mar el que moja las dos costas. El bosque acoge a los tres y luego, inesperadamente, les muestra un camino de arena. Las dunas, y detrás, el mar. El rastro rosa que ha dejado el sol sobre el horizonte todavía es intenso. El agua está en calma, pero la playa es la imagen de una destrucción.

–¡Uau! Alguna tormenta de invierno ha causado estragos –dice Lasse.

Una tormenta de invierno se ha explayado en esta costa. Ha hecho

estallar la línea de pinos que limita con la arena. Ha arrancado partes a la duna, ha dejado raíces a la vista. Algunos pinos que estaban a punto de caerse, como si de repente se hubiera detenido el tiempo, han quedado torcidos a mitad de camino. Ese movimiento congelado evoca en Añes el instante anterior a que un coche derribe un ciervo atravesando la carretera. También hay pinos que han caído muertos sobre la arena, arrancados de raíz, vencidos, dominados. Parecen barcas volcadas, pero no hay náufragos por ningún lado. Enredadas entre sus ramas y raíces, hay hierbas enganchadas como matas de pelo. Parece que quisieran protegerlas de la desnudez total.

–Voy al agua –les dice Añes, aunque ni siquiera está claro si Lasse y Emiko se percatan de su presencia.

–Necesitarás unos tragos de vodka –le contesta no obstante Lasse, sacando dos botellas de su mochila.

Están sentados sobre una manta, en la arena. Lasse está atento a las manos de Emiko, como si estas estuvieran sujetando un plano.

Añes se acerca a la orilla con la botella de vodka que le ha dado Lasse. En el camino se ha quitado los zapatos, y le gusta sentir el contacto de la arena fría en la piel. Paseando, se va alejando de Lasse y Emiko. Entre los pinos dispersos por la playa, hay un abedul que llega hasta la orilla. Añes encuentra un espacio sin ramas cerca de la punta y, de pie sobre el tronco, da unos pequeños saltos sin despegar del todo.

Apenas queda luz. Alrededor de una piedra del tamaño de un cráneo, pequeñas piedras negras, no del todo redondas, conchas con los bordes descascarillados, y una rosa y dos narcisos amarillos, como caídos de una corona, con la mitad de sus pétalos desprendidos del cáliz, medio cubiertos de arena. Y, sobre la arena, rodeando en todas direcciones esas piezas huérfanas, huellas de gaviota. Añes decide dejar allí sus cosas. Los zapatos y la ropa sobre la piedra más grande, la botella de vodka encajada en la arena.

El abrazo del mar es más estrecho que el del bosque; y, a la vez, más libre. El agua hace sitio al cuerpo, le permite moverse, hace crecer escamas sobre la piel, y los brazos y los pies lo impulsan a avanzar, a adentrarse cada vez más. En la ciudad no hay más que seguir la marea, pero, al meterse en el mar, no queda otra opción que ir contra la corriente. Sumergirse. Tras coger velocidad con la primera zambullida, su cuerpo es como una piedra que rueda y crea pequeños remolinos a su alrededor. Es como una piedra que comienza a hundirse, indiferente, dejándose caer al fondo. Y desde el interior de la piedra, todos los sonidos de la periferia van perdiendo intensidad. Todo aquello que es la piedra enmudece. Pero, más que piedra, Añes es ballena. Y, como las ballenas, necesita salir a la superficie a respirar. Y saltar. Dar grandes saltos y sacudir los brazos, ya que el

agua está muy fría. Sumergirse de nuevo. A mayor profundidad, mayor es el silencio que se crea. Han sido siete inmersiones en total.

Añes sale del mar sin cadáveres.

Lasse y Emiko yacen boca arriba, intentando encontrar las estaciones de un plano. No es fácil en un cielo tan vivo. La vía láctea divide en dos el firmamento: a un lado, está Orión; al otro, «Géminis», dice Emiko, colocando el índice delante de los ojos de Lasse.

–Buenas noches –les dice Añes desnuda–. Os dejo aquí el resto del vodka.

Duermen unas pocas horas. Añes en el coche y los otros dos en la playa, en gruesos sacos de dormir. En medio, los árboles que han permanecido obstinadamente en pie, con el orgullo de no haberse dado por vencidos. El día va entrando muy despacio en el bosque. Al amanecer un caballo surge entre los árboles. Parece pequeño ante la inmensidad que le rodea. Sus pasos blandos, acompasados, suenan dentro de Añes.

En el camino de vuelta, llevan la radio encendida. Lasse saca naranjas de la mochila, dice que son de la China, y su aroma llena el coche. Reparte los gajos entre los tres. «Everybody here», una sacudida en el pecho de Añes, «Comes from somewhere». Michael Stipe, rudo, en los bafles del coche. La voz de un amigo que se presenta cuando menos se lo espera. Una voz conocida, de confianza. A Añes le entran ganas de detener el coche, subir el volumen, y ponerse en la cuneta a dar saltos con los dos pies juntos, unas ganas inmensas de cantar con Stipe a pleno pulmón. Añes ha cantado alguna vez delante de Marta. Marta fue la que le compró ese último disco de R.E.M., cuando Añes no necesitaba muchas excusas para quedarse en casa sin salir todo el día. En cuanto termina la canción, Añes puede anticipar la siguiente, empieza con el teclado, con voz seria «I've been lost inside my head». Sin embargo, es otra la frase que sale de la radio: «Take me now, baby, here as I am». Las dos líneas se cruzan en la cabeza de Añes. Because the Night, de Patti Smith, y a Añes le resbalan lágrimas por las mejillas. Ahora sí, ha perdido el control totalmente, y sigue al volante. Nadie la ve. Detrás de ella, en silencio, mirando por la ventana, viajan dos amantes que han tenido la noche para ellos.

De vez en cuando, aparece un grupo de corzos en el prado blanco entre la carretera y el bosque. A medida que se acercan a Berlín, la luz que se desliza entre los pinos va ganando intensidad.

41. Marta pide ayuda a Lasse

Aguanieve toda la semana. El cielo está revuelto, sombrío. Marta y Rosa han pasado mala noche. Consigue levantarse de la cama. Consigue beber un vaso de agua y comer un poco de pan. Prepara a Rosa. Luego se viste rápidamente, anoche dejó la ropa preparada. También se peina. Marta tiene que ir a la Volkshochschule de Mitte a hacer una entrevista de trabajo para enseñar francés, y Martin tenía que haber llegado a media mañana, pero no ha aparecido. Marta no quiere llevar a Rosa con ella. Añes no coge el teléfono. Marta se dirige con Rosa a casa de Lasse.

El timbre está sonando en la cocina y se oye en varias habitaciones de la casa, pero nadie se da por aludido. Rosa se pone a llorar, y Marta sigue apretando el botón. En el segundo piso una chica morena se asoma a la ventana.

–¿Qué tiene esa criatura que no se calla?

–Querrás decir qué no tiene.

–¿Y tú qué quieres?

–¿Tú qué crees? Entrar.

–¿Con esa criatura?

–Voy a donde Lasse.

Le lanza una llave desde la ventana. Al pasar por el segundo piso, escucha la voz de la chica.

–¡Deja la llave aquí!

La cocina está vacía y, para tranquilizar a Rosa, Marta se sienta en el sofá y le da de mamar. Se le queda dormida pegada al pecho. Marta toca la puerta de la habitación de Lasse. Lasse está debajo de unas cuatro mantas.

–¿Puedo dejar a Rosa contigo un par de horas? Está dormida.

Lasse se sienta en la cama, y Marta le pone a Rosa en brazos. Es la primera vez que Lasse coge un bebé tan pequeño.

–Es una urgencia.

–Tranquila, no estoy sorprendido –dice Lasse–. Le he oído decir a Añes que no puedes contar con Martin.

A Marta le sube la sangre a la cabeza. ¿Lasse sabe eso? ¿Y quién más? Deja al lado de la cama una bolsa de tela con pañales, y se da la vuelta para marcharse.

–Estaré aquí dentro de dos horas.

–Llevas las botas sin atar, Marta. Ya sé que te importa la seguridad. –Le guiña un ojo–. Si no, ¿por qué te quedarías con ese tipo?

–Lasse, vete a tomar por culo. Pensaba que me entendías. Pero no

sabes nada de mí. Me he confundido contigo.

–Sí, yo también contigo.

–Gracias por cuidar a Rosa. No te volveré a molestar.

–No me has molestado.

Cuando Marta vuelve, también está Emiko en la habitación de Lasse, cosiendo los agujeros de los calcetines. Emiko es muy dulce, y no hay tensión.

–¿Cuánto pesa?

–Unos seis kilos.

–Como nuestro gato.

Emiko llama «nuestro gato» al gato de Lasse.

42. Marta y Añes en Niesen

Marta está atravesando Mauerpark. Habiendo dormido poco, la realidad se difumina. Los pájaros no se ven, pero se escuchan los cantos de cientos de ellos en los arbustos de ambos lados. Cuando Marta se acerca, la gran mayoría se calla. Los nidos están vacíos, menos uno; entre las ramas, destaca una urraca negra y blanca que se tambalea al borde de un nido. Marta oye el sonido de una sirena detrás de la línea de edificios que limita con el parque y, al poco tiempo, un helicóptero amarillo atraviesa el cielo.

Más allá del parque y de las conexiones de las vías de tren, Añes viene por el paseo que termina delante del Kugelbahn para encontrarse con Marta. Hay tres jóvenes de la escuela de oficios, con mono azul, sentados en un banco, comiendo un bocadillo mientras el sol les da en la cara. Al otro lado del paso subterráneo del tren, dos perros saltan y ladran alrededor de un viejo. En las finas ramas de los cerezos han crecido los capullos y las primeras flores blancas. Lágrimas de nieve.

Desde la arboleda de al lado, las riñas entre pájaros que repiten «kru-kru-kru» vivamente obligan a Añes a detenerse. El chillido no es melódico, pero la sospecha de que se están comunicando hace que esos sonidos secos, diferentes unos de otros, parezcan inteligentes. Por lo visto, tienen mucho que decirse. Se escuchan los unos a los otros, sí, pero se interrumpen, se contradicen, parece que se están pidiendo cuentas. Tienen plumas y pico negros, podrían ser mirlos, y si no, cuervos. Eso, en caso de que los que producen el sonido y los que está viendo Añes sean los mismos. Pasa el tren y se oye también la penetrante sirena de una ambulancia, pero los pájaros no enmudecen. Añes llega a pensar que están intentando imitar el ruido de la ciudad. En París, a veces, Marta le solía llevar al bar Le Merle Moqueur a tomar unos tragos y a bailar. La lista de canciones de Le Merle Moqueur era atemporal, se escuchaban entremezclados la chanson francesa y el pop. Añes no está segura de si ese merle es el mirlo o el cuervo. Lo que sí sabe es que cuando llega el tiempo de cerezas el merle suele estar de fiesta con el alegre rossignol.

Añes entra al Niesen y Marta está esperándola sentada en la mesa más alejada de la puerta, con el gesto torcido y la cabeza de Rosa metida en su pecho, dormida. Marta ha querido encontrarse con Añes en el Niesen. Añes no se ha quitado aún el abrigo cuando Marta le dice quién es ella para juzgar las relaciones de los demás.

–¿Perdona?

–Por favor, ahórrate los perdones. Le has dicho a Lasse que no puedo contar con Martin para nada.

Añes coloca en el respaldo de la silla el abrigo y todo lo demás.

–Tú ya sabes cómo es vuestra relación.

–Por supuesto que lo sé, y no necesito que me lo aclaren otros que lo saben porque se lo has explicado tú.

No alza la voz, pero los ojos de Marta echan chispas.

–Cuando Lasse me pregunta por ti, ¿qué le tengo que decir? ¿Que te veo feliz? Porque me pregunta por ti.

–¡No sabía ni que tenías relación con él! ¿Ahora eres su amiga?

–Marta, soy tu amiga. Y cuando Lasse me pregunta por ti, no le puedo mentir. Porque estoy preocupada intentando entender por qué sigues con Martin, y no puedo entenderlo. Y como a ti no te puedo decir nada, pues me tiene que salir por algún lado.

Se les acerca la camarera con un vaso.

–Te he puesto un capuchino.

–Gracias, Dalia.

–¿Quién más lo sabe? –le pregunta Marta, seria.

–Si tú no te dieras cuenta, lo entendería. Yo estuve años con Bruno, sin saber que con él no era feliz. Que no podía ser feliz teniendo a mi lado alguien que me trataba mal. Lo que yo daba por normal no era normal.

–Añes, ¿quién más lo sabe?

–En cambio, tú eres consciente desde hace tiempo de que no puedes esperar nada de Martin y, aun así, ¿sigues viviendo en su casa?

–A ver si pillas esto, Añes: tú y yo no somos iguales. Tú estabas ciega mientras vivías con Bruno. Yo sé lo que pasa y, sin embargo, no me voy. Y tú, en lugar de respetarlo, me has dejado mal delante de otros que no me conocen.

–¿Lasse no te conoce? Algo sí que te conoce, pero no creas que te va a estar esperando.

–Ya he visto que no.

–Y tienes razón, nuestras historias no son comparables. Tú no esperaste mucho para quedarte embarazada.

–Así que ese ha sido mi fallo, quedarme embarazada.

–No quería decir eso.

–Sí, Añes, querías decir lo que has dicho. Eso es lo que no entiendes, cómo he sido tan loca como para quedarme embarazada de Martin.

Estira el cuello para besar a Rosa.

–Tienes razón, al principio no entendí nada. Luego te he visto durante el embarazo, cuando no tenías más que penas con Martin, pero queriendo al bebé que estaba creciendo dentro de ti por encima de todo. Y he compartido tu ilusión, Marta, ya lo sabes. Pienso que sin

Martin estarías mejor. Nada más.

Añes quiere estirar el brazo desde su lado de la mesa hasta Marta, pero no llega al otro lado. La mano se detiene junto al vaso de Marta. Marta mantiene apretada la mandíbula.

–Tú no eres nadie para decirme cómo estaría yo mejor. Tú solo te tienes que ocupar de ti misma, Añes. E incluso eso te cuesta. Si me pasa algo a mí, la niña necesitará a su padre, ¿no crees?

Añes asiente con la cabeza, admitiéndolo.

–Creo que eres muy fuerte, y valiente. No necesitas coartada para no dar el paso que deberías dar.

Marta pone su mano sobre la de Añes y respira hondo.

–No tengo claro qué es ser valiente y qué ser cobarde. Por ahora, con tu permiso, voy a utilizar la fuerza que tengo para aguantar, Añes. Pero en lugar de estar mirando qué debería hacer yo y qué no, ¿por qué no pones la atención en ti misma? Ya es hora de que pienses qué es lo que quieres. Por lo menos, empezar a pensarlo.

–Pensarás que estoy loca.

–Dolida, pero soy toda oídos.

–Han abierto una crêperie en Arrigunaga, bajo los arcos de la parte de arriba de la playa. Me he imaginado a mí misma haciendo crepes.

Suelta la mano de Añes y la sube a la barbilla para taparse los labios.

–Debes de estar bromeando.

–No lo tomes al pie de la letra. Lo de los crepes no es más que una imagen. Pero me ha estado rondando por la cabeza si yo sería capaz de vivir allí.

–Añes, ahora no te enfades tú conmigo: lo más difícil es admitir que no queremos regresar.

Añes desliza la mano otra vez a su regazo.

43. Ventanas abiertas

La música techno de Max que llega desde el piso de abajo compite con el heavy que llega desde el edificio de atrás. Hay un sujetador lila enganchado entre las ramas del castaño del patio. La ventana de la mujer del tercer piso ha estado abierta toda la noche, y Añes ha oído los gritos que provenían de allí. Por la mañana, el heavy es un bálsamo.

Añes sale con la bicicleta. Se están abriendo ya los tulipanes que plantó la pareja joven alrededor del árbol de la entrada. También en las huertas de detrás del campo de fútbol, se están llenando los rincones de tulipanes, y las ramas de los frutales, de pequeñas flores. En una ventana que se abre en las hileras de los bloques grises asoman una colcha de cama y una almohada. Todo se mueve de dentro hacia fuera.

Dos tazas de café sobre la mesa. La madre de Martin está sentada en la cocina de la casa de Marta. Es una mujer delgada con el pelo corto y canoso. Como si hubiera estado esperando a que llegara el relevo, Marta deja a Gabi en compañía de Añes y se va a limpiarle el culo a Rosa. Añes pensaba que se le iba a hacer más fácil empezar algún tipo de conversación. Tal vez, porque le viene a la cabeza la madre de Bruno, aunque ella tenía un peinado rubio cuidado, labios rojos y llevaba joyas de estilo juvenil. Siempre fue muy cariñosa y contaba muchas cosas. Añes se da cuenta enseguida de que tendrá que ser ella la que intente romper el incómodo silencio con las preguntas y comentarios más habituales. En cuanto Marta y Rosa vuelven a la cocina, la mujer dice que tiene que irse a la cita concertada con el médico.

Marta la acompaña a la puerta y Añes empieza a hacer el fregado. Primero guarda las cazuelas que se están secando en el escurridor para hacer sitio. Luego limpia los fuegos. Rosa se ha quedado dormida en brazos de Marta.

–Ve a acostarte un ratito también tú.

–Tengo la ropa en la lavadora.

–Ya lo hago yo.

Añes cuelga la ropa en el baño. «Lo que faltaba –piensa al sacar trapos blancos–, ¡utiliza pañales de tela!» Limpia el baño. Quiere preparar algo para comer, pero no encuentra nada, y se tumba al lado de Marta. Rosa abre los ojos de buen humor.

–Recién despierta suele estar muy tranquila.

–Pues aprovecha para dejarla aquí conmigo y vete a darte una

ducha.

Añes juega con las manitas de Rosa. Le examina los pies, le mueve las piernas hacia arriba y hacia abajo.

Marta vuelve envuelta en una toalla. Se tumba en la cama y abre la toalla para darle pecho a Rosa.

–¿Qué me dices de tus arrebatos de tristeza?

–Me vienen cuando me está bajando la leche. Desde que sé lo que me está pasando fisiológicamente, lo llevo mejor. Y leo mientras tengo a Rosa en el pecho. Eso también ayuda.

–Me da pena la madre de Martin.

–Sí. Como tenía que ir a la consulta, ha venido de visita. Por lo menos ha traído cruasanes, y así he desayunado algo.

–¿Se lleva bien con Martin?

–Está muy orgullosa de su hijo. Tenía las esperanzas puestas en él, y no le ha defraudado.

Añes piensa que en eso la madre de Martin y la de Bruno son iguales.

–Cuando Rosa termine, ¿nos vamos a comer algo?

Marta les quita la etiqueta a los leotardos azules que ha sacado del cajón.

–Te van a quedar muy bien con tu falda de flores rojas.

–Pues no sé si conseguiré cerrar esa falda en mi cintura.

–¡Cómo que no!

–Martin me regaló estos leotardos por mi cumpleaños. Tuve la tentación de tirarlos por la ventana. Yo, con un tripón de siete meses, ¡y él comprándome leotardos de la talla S! No sé ni cómo me controlé. Porque la ventana estaba cerrada. Pero, mira, Martin tenía razón, no iba a estar embarazada para siempre.

–¡No me lo puedo creer! ¡A mí se me olvidó tu cumpleaños! ¿Dónde tendría yo la cabeza?

–Pues, oye, tú sabrás. –La voz de Marta no tiene tono de reproche–. El día de mi cumpleaños limpié el baño durante casi tres horas. Y me quedé muy satisfecha con el resultado.

–¿Sabes que tú me hiciste la fiesta de cumpleaños más bonita que nunca nadie me ha preparado?

–¿Yo? ¿Qué fiesta te he hecho yo?

–Me hiciste un pastel de chocolate, el mejor que me hayan hecho nunca.

–Devil's Food Cake.

–Apenas nos conocíamos. No sabías a quién invitar y me hiciste un zoo de papel.

–Te conformaste con una fiesta pequeña.

–Llevaba años sin celebrarlo siquiera.

–¡Aquellos lujos, Añes! Doblar elefantes y leones de origami hasta

altas horas de la madrugada...

–Cumplí veintisiete años y los celebré con la ilusión de una niña pequeña.

Pusieron la música alta, tenían abiertas las puertas del balcón que daba la vuelta a toda la casa. Bailaron en la habitación de Añes. En una de esas, Marta salió, y volvió a aparecer en la puerta del balcón disfrazada de Kurt Cobain. La melena rubia le tapaba la mitad de la cara, y llevaba un mechón de pelo detrás de la oreja. Un jersey de lana gris, debajo una camisa rosa, las dos prendas con los botones sueltos, una camiseta blanca, los hombros y los pantalones caídos, una guitarra vieja colgando del hombro.

–¿Qué cantaste?

–The Man Who Sold the World. Solo tocaba canciones de ese disco. Pero mira lo que encontré hace poco.

Sin vestirse del todo, coge a Rosa con un brazo posando su cabeza en el hombro. Con la mano libre abre el ordenador y teclea con un solo dedo. La canción empieza con un punteo lento, resulta conocida. Luego, en unos acordes, se pierde eso que era reconocible. Hasta que aparece la voz.

–¿Patti Smith?

Marta mueve los hombros y la cadera, atrapada por el sonido acústico de Smells Like Teen Spirit. Lleva un sujetador negro, falda de flores y leotardos oscuros. Siente en la piel el calor del sol y del cuerpo de Rosa. Añes está tumbada en la cama. El lugar donde la mirada de las dos se cruza es solamente de ellas dos. Inalienable. Como escuchan la música alta, les llega amortiguada la pedorreta que hace Rosa cuando se caga. Cuando se acaba la canción Marta va a cambiarle el pañal. Añes la sigue.

–Estaba leyendo la crítica de sus memorias, salseando en internet, y encontré este disco. Son todo versiones. Me pareció una pasada la de Smells Like Teen Spirit. La escuché una vez, y otra y otra. Rosa, dormida. Hasta que llegó Martin.

–Te riñó por tener la música demasiado alta.

–No. Bueno, eso también. Pero dijo que no hacía falta hacer una versión de esa canción, «o es más arrogante de lo que pensaba, o necesita dinero».

–En lugar de ser abogado, debería ser crítico.

Marta mete en un lavabo lleno de agua los pañales sucios.

–Tengo una pequeña historia para contarte. La crítica del libro mencionaba hechos que aparecerían en el calendario particular de Patti Smith. Por ejemplo, el cumpleaños de Jeanne d'Arc. Y: el día del bombardeo de Gernika.

–Habrá que darle las gracias al señor Picasso.

–Puede que sí. La cosa es que su hija nació en el 30.º aniversario

del bombardeo.

–Los hilos que enlazan los acontecimientos son misteriosos.

–Mi abuela también diría algo parecido. Patti Smith vio a su hija por última vez el día en que nació, imagínate.

En silencio, mueven los hombros como muelles y dejan que se pose lo que acaba de decir Marta. Después Marta hace un gesto como de burlarse de sí misma.

–Desde que nació Rosa, oímos Klassik Radio todo el día.

Por la tarde, hay un grupito reunido frente al quiosco de la Jülicher Straße. Está la mujer del tercero con un chaleco, visera y gafas de sol. Tiene las manos repletas de anillos, el pelo revuelto. Añes entra a comprar cigarrillos y la saluda al pasar por el pasillo que le han abierto.

–¿Te conozco?

–Soy tu vecina, la del edificio de delante.

–¿De qué piso?

–Del cuarto, vivo en el apartamento que fue de Kappe. Llevo todo el invierno ahí.

–Ah, en el piso de Boris... ¡pobre hombre! Lo volvió loco una mujer.

–¿La polaca?

–¿Polaca? ¿Quién era polaca?

–Su mujer, ¿no?

–¡Qué va! ¡Polaca dice, la mujer de Boris!

Todos se ríen a carcajadas.

–¿Era polaca?

–Mira que se la metió bien metida...

«Perdido –escucha Añes al salir del quiosco–, se lo ha tragado la tierra.» Y es como si alguien hubiera tirado de un hilo frágil. Ese hilo, que había utilizado para dar puntadas débiles y dubitativas para coser los rasgos de una cara, ha desaparecido sin dejar rastro.

44. Primavera

Añes descubre una ardilla en las sombras de los árboles. La ardilla la mira y desaparece trepando por el tronco. Añes quiere subir al mirador de Humboldthain. Al principio de la cuesta hay un señor mayor que podría ser de la India, o de Pakistán, plantado delante de los rododendros, mirando a través de una pequeña cámara que tiene sobre un trípode. El camino se adentra entre árboles. Dentro del bosque, las ramas que alcanza el sol se encienden. Como los recuerdos en el cerebro.

Cuesta arriba, en la segunda revuelta, un erizo quiere cruzar el camino. Avanza despacio. Tiene herida una de las patas delanteras.

Añes contempla la ciudad desde lo alto del búnker. A lo lejos, el mar. Cierra los ojos.

Una ardilla le acompaña cuesta abajo, por la esquina. El erizo sigue en medio del camino, quieto. No ha conseguido llegar al otro lado. Añes se queda mirándolo, y la ardilla, como Añes no le hace caso, trepa de nuevo colina arriba, en busca de otra paseante. Añes se acuclilla para verlo mejor. Es la primera vez que ve un erizo vivo. Los ha visto siempre aplastados, en dos dimensiones. Tiene el volumen del cuerpo de un erizo por primera vez delante de sus ojos, un cuerpo que puede mirar desde diferentes ángulos. Con los ojos cerrados, la cabeza inclinada hacia delante. Añes no sabe decir si está asustado, cansado o dormido. Tiene los ojos cerrados, como diciendo «yo no estoy aquí». Añes lo estudia desde un costado. Cuando toma aire, su cuerpo hace pequeños movimientos a modo de fuelle. A Añes le recuerda el aliento de Rosa. Tal vez porque ambas le parecen vidas vulnerables, desprotegidas, lentas. Mirando esa actividad se percata de que el erizo es real. Un ser vivo. Siente el deseo de ayudarlo. Pero Añes no sabe cómo se ayuda a un erizo, y reprime sus emociones. Se pone en pie y sigue caminando.

Entra en la rosaleda. Además de las rosas, están en flor los rododendros, y las azaleas, las margaritas, las violetas, las glicinias. Las abejas zumban. El hombre de la cámara sigue ahí. A Añes le gustaría ver la imagen que está grabando. Cómo encuadra las flores. Pasa dos veces junto a él.

Se siente mal por no saber cómo ayudar al erizo. Piensa que tal vez no se debe ayudar a un erizo. Que lo tiene que dejar en la naturaleza, bajo las leyes de la naturaleza. Tal vez solo ha pensado eso para sentirse mejor. De hecho, ¿hasta qué punto es naturaleza un parque de la ciudad? No puede imaginarse a sí misma cogiendo al erizo. Le daría

miedo. Añes puede acariciar perros y gatos, y ya es bastante. No puede tener un animal en el regazo. Sentir que está vivo la incomoda. Los leves movimientos del cuerpo, el calor. Y la incapacidad de prever lo que va a hacer el otro.

Da un paseo por el parque. Aún no han abierto la temporada de piscina. En el claro más grande del bosque, hay una cuadrilla de hombres jugando a la petanca. Añes vuelve a pasar por la rosaleda y, esta vez, pregunta al hombre de la cámara:

–Disculpe. ¿Está haciendo una película?

–Estoy grabando un vídeo.

Añes se queda allí, con la firme decisión de saciar su curiosidad.

–Los rododendros son difíciles –dice el señor sin quitar el ojo del visor–. Cuando están a la sombra es más fácil, pero, cuando les da el sol, rompen la imagen.

–¿Y qué va a hacer con el vídeo?

–Es mi hobby.

–Es bonito. –Añes no sabe a qué se ha referido con bonito: a la flor, a la imagen que ha visto en el visor o al hobby del señor–. Páselo bien.

–Gracias. Que tú también tengas un buen día.

Está en casa comiendo y suena el teléfono. Es Xuan. Añes le corta sin dejar que termine lo que está diciendo:

–Tengo prisa. Tengo que ir a Humboldthain en busca del erizo.

Coge una caja de cartón y una pala para meter el erizo en la caja con la pala. Luego lo llevará al veterinario. Y después, si hay que cuidar al erizo, lo cuidará ella algunos días. Si no, ya encontrará a alguien dispuesto a cuidarlo.

Añes sube la cuesta del búnker con paso vivo, y el erizo no está. ¿Por qué no ha hecho nada en su momento? Ahora no sabe si el erizo se ha metido entre los arbustos o si lo ha llevado alguien. Si nadie lo ha cogido, los demás animales lo mordisquearán y se lo comerán. O se morirá de hambre. Las dos le parecen maneras dolorosas de morir. Mueve con la ayuda de la pala la horajasca del borde del camino, pensando que el erizo no ha podido ir muy lejos. Entre zarzas y arbustos, el color de la tierra y de las ramas caídas son del mismo tono que él. Lo inspecciona todo; también se mete entre la maleza. Una ardilla la está mirando. Pero el erizo no se deja ver.

Aparece Xuan en bicicleta.

–¿Qué haces, Añes?

–He llegado demasiado tarde. Para cuando he tomado la decisión, era tarde. ¿Cuándo aprenderé a hacer las cosas en el momento en que hay que hacerlas?

Xuan abraza a Añes. Siente el peso del cuerpo de Añes caer sobre su pecho.

–¿Quieres dar un paseo?

Añes da otra vuelta al parque con Xuan.

–En la entrada del parque que cruzábamos camino a casa desde la escuela, una vez la hija mayor de Christian vio un erizo muerto. Parecía la suela de un zapato. Yo le dije que el erizo estaba muerto. Desde entonces, cada vez que pasaba por allí, conmigo o con Christian, decía: «Una vez vimos aquí un erizo muerto». Y con su dedo largo señalaba el punto exacto. Como si todavía estuviera viendo el erizo aplastado. Pero un día vino a mi casa y me contó que, Clara, su amiga, había muerto. «¿Por qué dices eso? Eso no se dice de una amiga», le respondí. «Pero mañana no estará muerta», respondió ella tranquilamente. «Eso no es posible. El que está muerto está muerto», le expliqué. «¿Te acuerdas del erizo que vimos en el parque?» Asintió con la cabeza. «Pues eso es estar muerto.» Desde entonces, cuando pasa por la entrada de ese parque, se queda muda.

Añes y Xuan se detienen. Delante de ellos, la luz que cae entre las hojas de los árboles dibuja islas en el sombrío suelo. Las islas se mueven, porque el viento sacude las ramas. Parece que las islas bailan. Se hacen más pequeñas, se agrandan, se estiran, se deforman, se cruzan con otras, dos islas se unen en una sola para después volver a separarse. El suelo vuelve a quedarse en penumbra.

El viento es caprichoso.

Agradecimientos

Este libro no lo he escrito sola, y os quiero dar las gracias a todas y todos los que me habéis ayudado en esta tarea.

Gracias a: Hélène Anquetil, Karmele Alcalde, Melanie Bode, Seamus O'Donnell, Paul Frolov, Elizabeth Grenier, Peter Kamps-Barth, Tobias Kloepper, Fumi Macho-Quevedo, Akim Nguyen, Daniela Petrozzi, Miho Shimomura y Erdmut Wizisla. Vuestros conocimientos y vivencias me han sido imprescindibles para completar muchos de los capítulos del libro.

A: Gotzone Agirre, Jose Elorrieta, Aiala Elorrieta y Matthias Herrmann. Por haber sido mis interlocutores y lectores a lo largo de todo este camino.

A Joxerra Gartzia por el impulso y la confianza que me ha dado cuando más lo necesitaba. A Lander Majuelo por introducirse en el texto con mucho cuidado y con un fino sentido del ritmo. Y a Aitziber Ormazabal, por hablar largamente conmigo sobre los personajes con la misma seriedad que sobre personas reales.

Entre los libros leídos durante el proceso de escritura, estas han sido especialmente las fuentes directas para algunos contenidos e ideas que aparecen en el texto:

BENJAMIN, W.: Das Passagen-Werk. Fráncfort: Suhrkamp, 1983.

BURHARD, B.: Abenteuer Cap Anamur: Menschen in Not. Viena: Ueberreuter, 1991.

ERNAUX, A.: Les annés. París: Gallimard, 2017.

FRANK, S.: Stadtplanung im Geschlechterkampf: Stadt un Geschlecht in der Großstadtentwicklung des 19. und 20. Jahrhunderts. Opladen: Leske und Budrich, 2003.

HARVEY, D.: París, la capital de la modernidad. Madrid: Akal, 2015.

HAZAN, E.: Die Erfindung von París: kein Schritt ist vergebens. Zúrich: Ammann, 2006.

MARX, K.: El 18 Brumario de Luis Bonaparte. Barcelona: Ariel, 1971.

MERRIMAN, J.: Masacre: Vida y muerte en la Comuna de París de 1871. Madrid: Siglo XXI, 2017.

ROSS, K.: Communal Luxury: The political Imaginary of the Paris

Commune. Londres: Verso, 2015.

Table of Contents

Cover Page
Luces de invierno
Prólogo de Edurne Portela
1. Marta encuentra un sitio para Añes
2. Primeros encuentros
3. Claire vive en casa de Xuan
4. Encuentro una grieta
5. Marta y Martin discutiendo
6. El zorro
7. Xuan quiere ayudar a Añes a poner unas baldas
8. La segunda grieta: el adiós
9. Las andanzas de Xuan y Claire
10. Los vecinos de Añes y el señor Kappe
11. Grietas para el sexo
12. Intermezzo
13. Grietas en París
14. Claire se va
15. Marta pierde el sueño
16. Grietas dentro de las grietas
17. Xuan, el último en marcharse
18. Marta empeñada en construir el nido
19. Grietas: esas otras Añes
20. Paseos y viajes con Xuan
21. Añes y Marta van al Salon Bruit
22. La cena de Xuan, Añes y Marta
23. Marta en casa de Lasse
24. Una grieta en el camino
25. Añes está enferma y Xuan la visita
26. Lasse regresa de Dinamarca
27. Añes en el taller de Kai
28. Inundaciones en el piso de Xuan
29. Lasse, Marta y Emiko
30. Grietas en el metro
31. Añes va a casa en Navidades
32. Marta ha tenido una niña
33. Traen a Karen de Dinamarca
34. Grietas en el avión
35. La Nochevieja de Añes y Kai
36. Añes va a conocer a Rosa
37. Añes habla con Xuan sobre Esteban

38. El rescate de Karen
39. Xuan y Añes van al Sasaya
40. El mar
41. Marta pide ayuda a Lasse
42. Marta y Añes en Niesen
43. Ventanas abiertas
44. Primavera
Agradecimientos